

Mi Maleta —de— dudas



Diana Mesla

MI MALETA DE DUDAS

Diana Mesta

Copyright©2019 de Diana Mesta
Kindle edition

All rights reserved, including the right of reproduction in whole or in part in any form, except for the use of brief quotations in media publications.

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción, entero o en parte, excepto por el uso de limitadas secciones en los medios de publicación.

Prólogo

La tristeza invadía ahora cada rincón de la estancia que había sido nuestro hogar durante los últimos cuatro años. Una despedida la mayoría de las veces es un momento triste, pero en este caso era peor, era el cierre de una etapa muy feliz y el inicio de otra de más incertidumbre. Habían sido unos años alegres, donde había disfrutado de independencia y libertad, conviviendo con las tres mejores amigas que podía haber encontrado. Iba a echarlo mucho de menos.

Elizabeth y Annette, mis compañeras de la habitación de enfrente, se habían despedido una hora antes partiendo para sus respectivos hogares familiares. Cada una de ellas debía asumir responsabilidades, ya fijadas desde antes de iniciar sus estudios en aquella universidad.

Elizabeth, la más sensata y tranquila de las cuatro, debía volver a la campiña inglesa para hacerse cargo de la granja familiar. Sus padres habían puesto todas sus esperanzas en ella después de que el mayor de los dos hermanos, uno de los hombres más atractivos de Inglaterra desde mi punto de vista, se negara a quedarse en el pueblo asegurando que su vida estaba ligada al ajetreo de la gran ciudad de Londres. Ambos padres dejaron de hablar a John durante un tiempo, pero Eli estaba encantada, adoraba la campiña y sobre todo los establos con sus maravillosos y elegantes inquilinos de cuatro patas. Ni se acordaba de cuando le compraron su primer caballo y nunca tuvo ninguna duda sobre su futuro en el negocio familiar.

La extrovertida y sensual Annette, Anne para nosotras, debía ayudar a sus padres a gestionar los dos restaurantes que la familia tenía en Francia. Le encantaba la restauración, no solo la cocina en sí, sino también el contacto con los clientes. Recibía con orgullo las alabanzas sobre el servicio y la comida, que le hacían esforzarse más día a día. Además, durante los estudios había desarrollado ideas sobre una posible expansión a otros puntos de Francia e incluso a otros países, como por ejemplo... ¿Inglaterra? Tenía grandes proyectos para su pequeña empresa familiar y estaba ilusionada con ponerlos en práctica. También suponíamos que su impaciente necesidad de volver a casa estaba muy relacionada con Paul, amigo desde la infancia con el que parecía haber estrechado relaciones en la última visita. No nos había contado

nada, a pesar de nuestra insistencia, pero la sonrisa bobalicona con que contestaba al teléfono no dejaba lugar a dudas.

Y luego estábamos nosotras dos; las indecisas sin futuro previsto, sin planes establecidos ni ataduras, deseando volar y comernos el mundo. Nadie nos iba a recoger como a Eli y Ann; no había ninguna prisa por salir, teníamos tiempo suficiente para llegar al tren que partía hacia Londres. Después yo debía coger un avión a Madrid, pero no salía hasta la tarde, dejándome varias horas libres para visitar la ciudad.

Nos sentamos en las camas sin hablar, pensando en el futuro y recordando los momentos pasados. Miramos con tristeza las camas sin sábanas, las mesas sin papeles ni bolígrafos y las maletas preparadas en la puerta. ¡Qué vacío estaba todo! Nuestro cuarto había sido el punto de encuentro y lugar de grandes reuniones, casi siempre con la puerta abierta a disposición de todo aquel que quisiera apoyo o diversión. Era la habitación más frecuentada por las jóvenes de la planta; a la que se acercaban todas antes de salir de copas. Casi al final del primer mes, se nos ocurrió colocar un calendario al lado de la puerta donde cada una escribía salidas, reuniones y fiestas previstas por si alguien se quería apuntar. Fue una gran idea, aceptada por todos inmediatamente. Era difícil encontrar un día sin nada escrito.

La caótica Victoria, o Vic como la llamábamos, no tenía nada claro dónde acabaría. Había disfrutado como ninguna de las fiestas y la libertad del campus sin dejarse atrapar por nadie, solo aprovechando cada momento donde, cuando y con quien quería. No parecía preocuparse por nada y amenizaba todas las reuniones derrochando alegría. Durante el último año comentó que quería dedicarse a la publicidad y sabía que tendría más oportunidades en Londres u otras grandes ciudades. A pesar de su espíritu cambiante y aventurero, no era tan viajera como yo, prefería quedarse en su país por lo menos en un país de habla inglesa, así que si no tenía éxito en Londres podría pensar en Estados Unidos. El único problema importante al que se enfrentaba era que no tenía familia que la apoyara. Sus padres habían muerto en un accidente cuando era muy pequeña y su tía la había cuidado desde entonces. El día que leyó la carta sobre la concesión de la beca para estudiar en la universidad, fue uno de los mejores días de su vida y se esforzó mucho para no tener que volver a casa de su tía. Ahora se iba a una habitación en un piso compartido de Londres y tenía dos días libres antes de empezar su precario trabajo como becaria de segunda para adquirir experiencia y optar por un trabajo mejor.

Y por último, yo. ¿Qué puedo decir? Me llamo Andrea y soy de Madrid. Al terminar Bachiller convencí a mis padres de que lo mejor era estudiar la carrera universitaria en Inglaterra. Quería vivir experiencias nuevas y necesitaba salir de casa; incluso de un país, que no parecía ofrecer mucho a los jóvenes recién graduados. Sería un gran cambio, pero estaba dispuesta a lanzarme, y había sido la mejor decisión de mi vida. Mi estancia en el campus me había permitido afrontar muchos desafíos fuera del paraguas protector de mi familia. Aun no siendo tímida, al lado de Vic y Anne había pasado casi desapercibida los tres años; era genial no tener a nadie pendiente constantemente de mí, opinando sobre todas mis acciones. Con la graduación esos felices años habían terminado pero venían otros que deseaba empezar, con experiencias nuevas y seguramente excitantes. Aunque no se lo había contado todavía a mis padres, no era verdad que no tuviera planes. Me encantaba la música pero tenía mucho miedo escénico así que me dediqué a la parte no visible de los escenarios, técnico de sonido.

—Andrea, esto es más duro de lo que había pensado —rompió el silencio Vic.

—La verdad es que sí. Te voy a echar mucho de menos.

Me quedé mirando al suelo. Me escocían los ojos y sabía que estaba a punto de llorar. Ya había llorado bastante, no podía seguir así. Siempre se me notaba cuando había llorado. No podía esconder la hinchazón de los ojos y me parecía que todo el mundo lo notaba. Hacía más de un mes que no veía a mis padres y no quería darles esa impresión. Mi hermano había podido venir a visitarme una semana antes pero ellos no pudieron acompañarle.

—Vic, no sé si ahora podré acostumbrarme a dormir sin ruido, sin tus adorables ronquidos...

—¡Yo no ronco!

—Ya lo creo que sí. Te oyen hasta en la planta baja —Me encantaba picarla; se convirtió en uno de mis deportes favoritos al poco tiempo de conocernos.

—¡Serás mentirosa!

¡Era tan fácil entre nosotras! Nos animábamos mutuamente y pasábamos de la tristeza a la risa en menos de un segundo. Los siguientes años iban a ser muy tristes sin ella; se me iba a hacer muy difícil estar sola, y encima en otro continente.

Capítulo 1

Cambio de aires

“¡Mierda! ¿Dónde estoy? Este no es mi cuarto”. Apenas abrí un ojo me dí cuenta de que no era ningún lugar conocido. La oscuridad no era absoluta y, con cierto esfuerzo, pude vislumbrar una mesita a mi lado, un ventanal con las tupidas cortinas echadas en la pared de la izquierda y una gran televisión en la pared de enfrente. Parecía una habitación de hotel, un hotel muy elegante, mucho más elegante que los alojamientos a los que estaba acostumbrada, pero un hotel al fin y al cabo. ¿Qué demonios hacía allí? Algo confusa con esa idea, poco a poco tomé consciencia de mi cuerpo y comprobé que no llevaba pijama alguno, tan solo el pequeño e insinuante tanga que mi compañera de piso me había regalado en mi último cumpleaños. ¿Qué había pasado esa noche? ¿Por qué estaba semidesnuda? Haciendo esfuerzos sobrehumanos para contrarrestar un enorme dolor de cabeza debido a la monumental resaca, intenté incorporarme pero la sábana parecía atrapada por el lado derecho. Con miedo palpé el otro lado de la cama y solté un pequeño grito.

—Andrea, ¿se puede saber qué hiciste ayer? —me pregunté con rabia en voz baja para evitar despertar al individuo que estaba durmiendo al lado ofreciéndome una amplia vista de su espalda.

¿Cómo era posible? ¿Tan fácil era llevarme a la cama? No, claro que no, normalmente no lo era. De hecho, aunque mis amigas me hablaban de las ventajas de disfrutar de sexo sin compromiso por una noche, esta era la primera vez que yo me encontraba en una situación parecida. Intenté tranquilizarme pensando que por lo menos llevaba las bragas y que el hombre tumbado a mi lado llevaba sus calzoncillos.

No recordaba las horas anteriores a meterme en la cama. Llegado un punto de la noche el alcohol había tomado las riendas y no pude evitarlo. Ese fue mi primer error: beber sin control. Pero era lógico que bebiera, era mi despedida y todo el mundo bebe en una despedida. Mis amigos me habían organizado una salida nocturna antes de mi marcha a Londres por dos meses para una formación de la empresa, y todos se empeñaron en beber chupitos cada diez minutos mientras brindábamos y lanzábamos nuestros deseos al aire. Al sexto

chupito ya no podía pensar con claridad. Aun así, recordaba haber sentido el teléfono en el bolsillo. Recordaba vagamente haber mirado extrañada el teléfono ya que todos mis conocidos en la ciudad estaban conmigo en el bar. La vibración me avisaba de que alguno de mis contactos de Tinder me había mandado un mensaje para vernos.

Era Alex. No podía ser otro. Hacía mucho tiempo que no atendía las notificaciones de otros contactos de Tinder.

Habíamos contactado por primera vez tres meses atrás, cuando la aplicación nos emparejó mientras él visitaba la ciudad, y en seguida nos dimos cuenta de que había cierta conexión. Las conversaciones fluían con facilidad entre nosotros y, una semana después del primer contacto, ya había alcanzado una confianza con él como para hablarle de mis problemas, mis ilusiones... Durante el último mes, nos comunicábamos casi diariamente por mensajes pero todavía no habíamos probado otra forma de contacto más directa. No es que no quisiéramos vernos pero no habíamos podido; cada vez que abría la aplicación para mandarle un mensaje confirmaba que se encontraba a muchos kilómetros de Nueva York. Se había convertido en mi apoyo en la distancia.

Recordé que la noche anterior, sintiendo gran curiosidad y excitación, contesté a su mensaje, estaba deseando verle y conocerle en persona. Ese fue mi segundo error: hacer caso a un hombre que me interesaba sin tener en cuenta mi estado alcoholizado.

Sabía que viajaba a menudo por los kilómetros de distancia que marcaba la aplicación en algunas ocasiones. También sabía que era soltero, que trabajaba en el mundo de la música, que tenía una casa en Inglaterra y que se alojaba en un hotel cuando venía a Nueva York. ¿Qué se alojaba en un hotel? Estaba en un hotel, no sería...

Intrigada busqué mi ropa desperdigada por la habitación y me empecé a vestir mientras daba la vuelta a la cama sin hacer ruido. Al pasar cerca del ventanal, moví las cortinas para dejar pasar un poco más de luz. Unos ligeros rayos de sol entraban por las rendijas de la persiana y pude ver con menos dificultad su rostro. Era él. Lo reconocí de las fotos de su perfil. Un hombre muy atractivo que, sin llegar a ser el más guapo de la clase, seguro que había dado quebraderos de cabeza a más de una mujer en su vida. Me acerqué para fijarme bien en sus rasgos. En realidad sí era muy guapo y se mantenía en forma, los músculos de su espalda lo confirmaban.

—Así que quedé contigo —sonreí embobada. Por fin había quedado con él y no recordaba gran cosa. —Y no solo eso; parece que lo disfruté —añadí

viendo un envoltorio de preservativo abierto sobre la mesilla. Seguramente no había tenido tiempo de explicarle que yo ya ponía medios anticonceptivos pero se alegraba de que él lo hubiera previsto. Al menos uno de los dos tenía la cabeza en su sitio.

Durante los últimos días había pensado cómo sería quedar con él por primera vez y ahora ya nunca lo sabría. El día que me avisó de que venía a Nueva York empecé a divagar sobre un posible encuentro explosivo, incluso había imaginado en detalle un contacto sexual. Qué se le va a hacer, era una romántica. Bueno, una romántica hasta que bebía unos chupitos, momento en el cual parece que era más bien una actriz porno.

Así que por lo visto fui bastante lanzada y la noche parecía haber terminado bien. Por el estado en que se encontraba mi ropa y la de él, no habíamos tenido mucho tiempo para desnudarnos. Claramente, estábamos deseosos de entrar en materia y no nos importó dónde cayeran las telas que nos impedían disfrutar.

Ya casi me había vestido por completo, cuando observé bien ese envoltorio y maldije al constatar que el contenido estaba intacto. Mi caballero andante había pensado en ello pero al final no lo había utilizado. ¿Tanta prisa habían tenido?

Alex se movió en la cama; parecía estar despertando. Con velocidad terminé de vestirme y escribí una nota con una mentira piadosa. Tenía que desaparecer de allí, me sentía avergonzada por lo ocurrido. Sobre todo porque no me acordaba muy bien de cómo había acabado allí y no quería tener que explicar nada.

Terminé la escueta e insulsa nota, cogí mis cosas y salí de la habitación justo antes de oírle hablar.

—¿Qué demonios pasa? ¿Andrea? ¿Dónde estás?

Tuve que correr para entrar en el ascensor y vi asomar su cabeza mientras las puertas de acero se cerraban. Lo había logrado por lo pelos. No me sentí contenta sino aliviada. No quería enfrentarme a esa situación pero ver su cara de perplejidad no me sentó bien. Le había dejado allí plantado de muy malas maneras y no estaba orgullosa de ello. Era mi amigo, mi confidente, mi apoyo... y le había plantado simplemente por miedo y vergüenza.

Me dirigí a mi casa con paso vacilante. ¿De verdad era así como quería que acabara esta relación? Cuando salí del metro después de cinco paradas, me llegaron todos los mensajes de golpe. Por lo visto, la noche anterior le había dado mi número de teléfono y ya se comunicaba por wasap en lugar de a

través de la aplicación de contactos. Me sorprendió haber llegado a ese punto en una sola cita cuando durante meses no lo habíamos considerado necesario.

Alex: “Se puede saber por qué te has ido así. Creía que lo habíamos pasado bien.”

Alex: “Al menos yo sí lo he pasado bien. Me ha alegrado verte y me hubiera gustado despertarme a tu lado.”

Alex: “¿No vas a contestarme? ¿Así vas a acabar con todo? ¿Ni siquiera un adiós?”

Alex: “Creía que te conocía.”

Había dejado pasar un par de minutos entre mensaje y mensaje, cambiando de muy enfadado a menos, pero el último parecía tan decepcionado que me dejó sin saber qué hacer. Realmente parecía que le había dolido; que no quería algo de una noche. Tardé un poco en reaccionar pero lo conseguí.

Yo: “Siento no haberte contestado antes. Estaba en el metro sin cobertura.”

Mientras seguía escribiendo observé que estaba en línea y el mensaje se marcaba como leído.

Yo: “Tuve que irme corriendo a preparar las cosas para el viaje a Londres. Como te he escrito en la nota, estabas tan a gusto durmiendo que no quise molestarte.”

Estaba nerviosa. No sabía qué excusa darle, mi comportamiento era inexcusable, simplemente había sentido pánico. Un pánico atroz a no saber comportarme ante él después de lo que había pasado. Un pánico atroz a que viera todos mis sentimientos reflejados en mi cara y sobretodo a que se diera cuenta de mi desconcierto al despertar en su cama y a mi falta de recuerdos. Era más fácil así; hablar en la distancia.

Alex: “Tenías que haberme despertado”

Todavía quería hablar conmigo. No lo había fastidiado del todo. ¿Qué debía hacer? Me encantaba hablar con él pero no quería hablar de la noche pasada.

Yo: “Probablemente. Seguro que si lo pienso con detenimiento me arrepiento de ello.”

Yo: “A veces me sale la vena impulsiva... Estabas muy guapo mientras dormías, no podía destrozar esa imagen.”

No podía creerlo. ¿Había escrito eso? Estaba coqueteando con él de nuevo como si no hubiera pasado nada.

Alex: “Yo te recuerdo mucho más guapa ayer cuando ni siquiera me

dejaste llegar a la cama.”

¡Mierda! Y yo sin acordarme. No iba a volver a beber en mi vida. No podía ser completamente sincera con lo ocurrido la noche anterior. No quería admitir mi vergonzosa actuación y mi falta de memoria debida al alcohol.

Yo: “De eso no me acuerdo mucho... y un caballero tampoco debería recordarlo con tanta ligereza.”

Alex: “Menos mal que no soy un caballero porque pienso recordarlo en cualquier momento, cuándo y dónde me dé la gana. No podría olvidarlo”

Un profundo calor se instaló en mi rostro. ¿Qué contestarle a eso? Ese hombre iba a ser mi perdición. Me encantaba charlar con él y, aunque yo no lo recordaba, parecía que le había dado muy buena impresión en nuestro primer encuentro. ¿Nuestro primer encuentro? Ya estaba mi lado romántico pensando en la próxima vez. Su siguiente mensaje me saco de mis pensamientos.

Alex: “¿Cuánto tiempo estarás en Londres?”

Yo: “Dos meses ¿por qué?”

Alex: “Yo estaré por allí dentro de una semana ¿Nos volveremos a ver?”

Yo: “Probablemente. Te tengo que dejar. Voy a prepararme. Hablamos en otro momento.”

Alex: “Vale. Hasta pronto. ¡Buen viaje!”

Yo: “Gracias”

* * * *

Me había despertado tarde y ya eran casi las diez cuando llegué a casa. ¡El avión salía en menos de dos horas!. Dejé las llaves en el mueble de la entrada y fui corriendo a mi habitación, saludando a gritos a mi compañera que vino detrás de mí con expresión interrogante y enfadada.

—Solo a ti se te ocurre llegar a estas horas, Andrea —me regañó Sara apoyada en la puerta de mi habitación.

—Ahora no, Sara. No puedo entretenerme o no llegaré al avión. Hablaremos en el coche —aseguré mientras apilaba ropa encima de mi cama.

—Vale, pero de esta no te libras. Me has dado un buen susto esta mañana cuando he visto la puerta de tu habitación abierta y la cama vacía.

Tardé en preparar la maleta. Nunca había tenido problemas al hacer el equipaje pero en esta ocasión me iba por dos meses y eso suponía mucha más ropa de la habitual. Además, este no era solo un viaje de trabajo, para el cual tenía claro el tipo de trajes que llevaría, sino que por fin iba a volver a ver a

mis compañeras de aventuras y probablemente necesitaría más opciones para elegir en cada ocasión. Habían pasado ya cinco años desde que nos despedimos y Victoria, con la que hablaba a menudo, había organizado una reunión aprovechando su viaje. Era el momento de pedirle su ayuda para decidir qué llevar. ¿Qué hora sería en Londres? Las seis de la tarde, ¡mejor! Así seguro que la pillaba disponible.

Yo: “Hola Vic. ¿Estás ahí?”

Vic: “Sí. ¿Cómo vas? ¿Todo preparado?”

Yo: “Que va. Estoy de los nervios. No sé qué ropa llevarme. ¿Has previsto salidas elegantes?”

Vic: “Jajaja. Parece que no me conoces. He previsto de todo para divertirnos. Pero no te molestes en traer nada fuera de lo normal. Si fuese necesario te presto algo.”

Yo: “Miedo me das.”

Vic: “No sé por qué, ya deberías saber que mis planes son siempre los mejores”

Yo: “¿Sabes algo de las demás? ¿Cuándo nos vemos?”

Vic: “Será sorpresa. Lo hablaremos cuando llegues. Dime el número de vuelo y la hora de llegada para esperarte en el aeropuerto.”

Yo: “No hace falta que vayas. Llego sobre las 9, te habrás ido a trabajar ya”

Vic: “Lo intentaré”

Tenía muchas ganas de verlas. En estos cinco años solo había hablado con Victoria que me iba contando cosas de todas ellas. Incluso estuve en Londres dos años antes pero ni Eli ni Anne habían podido acercarse y nos habíamos quedado solas nosotras dos, como cuando éramos compañeras de habitación.

Vic me había contado que Eli se había casado y tenía una hija. Llevaba una vida muy tranquila en la granja familiar y no se relacionaba mucho con ella. Prácticamente no salía de su pueblo si no era arrastrada por su hermano a algún espectáculo importante en la ciudad. Su hermano, el maravilloso John. El hombre que traía a todas las mujeres de la universidad por el camino de la amargura. Atractivo, alegre, sociable... en definitiva, el rey de las fiestas. Todas estábamos locas por él; incluso Vic y yo, que tuvimos una discusión por su culpa cuando yo conseguí liarme con él. Esa había sido la única discusión que habíamos tenido en nuestra vida; y todo por un chico.

Vic también me había contado que Anne seguía con su novio de toda la vida y habían montado un restaurante francés en un pueblecito cerca de

Londres. La parejita iba de vez en cuando a la ciudad y habían quedado varias veces. Aunque siempre se quejaba de que eran demasiado acaramelados, lo pasaba bien con ellos y me contaba todos sus encuentros.

Rellené con rapidez mi neceser, colocando lo más imprescindible. Ya compraría en Londres cualquier crema o pintura que pudiera necesitar. No estaba acostumbrada a utilizar muchos de esos productos que algunas consideran totalmente necesarios pero estaba segura de que se me olvidaría algo que necesitaría en el momento menos oportuno. ¡Siempre se me olvidaba algo!

—Andrea, ¿estás ya? —gritó Sara desde la entrada del minipiso compartido.

—Sí, ya voy.

—Venga que no llegamos al avión —volvió a gritar como si estuviera enfadada.

—Deja de gritar que ya estoy —contesté saliendo por el pasillo con las maletas a cuestas.

—Oye, que yo lo digo por ti. A mí me da igual si te vas o no.

—Ya lo sé. Venga, vamos.

El coche se movía lentamente entre el tráfico y empecé a dudar de si llegábamos a tiempo. Miré nerviosa por la ventana, fijándome en los árboles, las nubes, las casas... para intentar calmarme.

—Te dije que íbamos justitas de tiempo —gruñó Sara —¿A quién se le ocurre desaparecer la noche antes?

—Es que...

—No me tienes que explicar por qué. Le vi.

—¿Y qué significa eso?

—Que está muy bueno.

—Oye, Sara, ¿exactamente qué viste? —pregunté con timidez.

—Pues un hombre muy guapo llegó y empezó a hablar contigo como si te conociera. Nos lo presentaste como Alex, un amigo. Estuvisteis un buen rato hablando en un rincón mientras nosotros bailábamos. Al cabo de unas horas fuimos a despedirnos de ti pero ya no estabas, así que supusimos que te habías ido con él.

—Ahh —se hizo un tenso silencio -. ¿Nada más? ¿Viste si nos liamos en el bar?

—Si lo hiciste no me di cuenta pero... ¿no te acuerdas?

—La verdad es que no. —Ante la cara de asombro de Sara sentí la

necesidad de justificarme —bebí demasiados chupitos.

—¿En serio no te acuerdas de nada? —No era de extrañar que estuviera alucinada; nunca había hecho algo parecido.

—Sí, recuerdo que quedé con él en el bar. —Bajé los ojos avergonzada —pero no recuerdo como acabé en la cama en la que me he despertado hoy.

—¡Serás pendona! —exclamó entre risas mi compañera de fiestas. —Eso sí que no me lo esperaba de ti. Con un desconocido.

—No es un desconocido. Es un amigo.

—Sí, claro, por eso no lo conocíamos ninguno.

—De verdad que es un amigo —ahora como le decía que lo había conocido en Internet, iba a ser la comidilla durante semanas—. Habíamos hablado varias veces antes —aclaré sin llegar a decir toda la verdad—. En realidad le conozco desde hace tres meses y últimamente hablamos casi a diario.

—¿Y no me habías contado nada? —se percató del repentino enrojecimiento de mi cara y continuó hablando—. Bueno, como quieras. No tienes que contarme nada si no te apetece. Solo espero que te portaras bien con él —sonrió con picardía.

—Por lo visto sí, porque quiere volver a verme.

—¡Pero si te vas a Londres! No podrás verle hasta tu vuelta. ¿Qué le has dicho?

—Nada. Es que él no es de aquí. De hecho, vive en Londres. Así que...

—Ay, ay, ay ... que tu no vuelves por aquí.

* * * *

En cuanto llegamos al aeropuerto, Sara paró el coche de mala manera sin importarle una posible multa, cogimos el equipaje y salimos pitando para el control de acceso, donde nos despedimos lo más deprisa posible al oír el anuncio de embarque en los altavoces.

A pesar de los esfuerzos de mi amiga, siempre pasaba lo mismo. Hiciera lo que hiciera, tenía por costumbre llegar en el último minuto al medio de transporte contratado. Daba igual si era un autobús, un tren o un avión. De verdad que lo intentaba pero nunca lo conseguía y siempre terminaba corriendo.

Además, quedaba el trámite del control de acceso con la visualización del equipaje en la pantalla y el paso por el arco detector. Cada vez había más

cosas que quitarse para que no sonara. La sensibilidad de esos aparatos había aumentado considerablemente en los últimos años y, si no querías una revisión personalizada de una agente, había que quitarse los zapatos, el cinturón, las pulseras, el reloj, las monedas... y abrir el ordenador portátil. Todo lo cual provocaba siempre largas filas de personas esperando pasar a la zona de embarque.

Después de casi desnudarme para pasar por el control, cogí mi maleta y, sin llegar a ponerme de nuevo el cinturón atravesé corriendo el pasillo hasta llegar por los pelos a la puerta de embarque. Tuve que aguantar las miradas de reproche de las dos azafatas del mostrador que cerraron la puerta justo detrás de mí.

Lo bueno de haber entrado la última es que todos los pasajeros se habían sentado ya y no tardé en llegar a mi asiento. Lo malo es que no había ningún rincón donde colocar mi maleta. Tras revisar todos los compartimentos y ver que era imposible ubicarla en ninguno, una azafata se acercó y se ofreció a hacerse cargo de ella, lo que tristemente significaba que a la hora de desembarcar tendría que esperar hasta que salieran todos los pasajeros para volver a ver mi maleta pero... no era la primera vez que me pasaba y no sería la última si continuaba con mi costumbre de llegar en el último momento.

Por fin me senté intentando calmar un poco el subidón de adrenalina que había sufrido ante la posibilidad de perder el vuelo. La tensión fue disminuyendo poco a poco mientras centraba la atención en los movimientos habituales de colocar el bolso bajo el asiento delantero, bajar el reposabrazos, regular la luz y el aire y abrochar el cinturón.

Siempre elegía asientos de pasillo, ya que en ventanilla me sentía encajonada y me agobiaba tener que hacer que los vecinos de la fila de asientos se levantaran para dejarme pasar al aseo. Esa sensación de mayor libertad de movimiento era fundamental para mí, sobretodo en un viaje tan largo en el que por la ventana lo único que se vería durante casi todo el vuelo era una extensión enorme de agua.

—Hola —saludó nerviosa la joven sentada al otro lado del reposabrazos.

—Hola, buenas tardes —miré detenidamente a la preciosa mujer que estaba a mi lado.

—Llegas un poco justa de tiempo.

—Sí, me lié... —la pobre chica agarraba con tensión los reposabrazos del asiento y hablaba un poco nerviosa—. ¿Estás bien?

—Sí... bueno... un poco nerviosa.

—¿Solo un poco? —sonreí abiertamente para infundirle un poco de confianza.

—Pues... es que no suelo viajar en avión y es la primera vez que hago un vuelo tan largo. La primera vez que salgo de Estados Unidos y, nada menos, que para ir a Londres. Debería estar contenta ¿no?

—Pues sí. Viajar casi siempre es divertido—. La pobre no paraba de mirar a todos lados, claramente sus nervios se habían disparado con el inicio del movimiento del avión que lentamente se dirigía a un extremo del aeropuerto. Todavía faltaba para empezar el despegue, tenían dos aviones delante, pero decidí que lo mejor era empezar a distraerla o le daría un ataque antes incluso de que el avión se pusiera en posición en la pista. —¿Y por qué vas a Londres? ¿Trabajo?

—No, qué va —se volvió para mirarme y una sonrisa iluminó su rostro—. Bueno en parte sí. Voy a visitar a mi novio.

—¿Tienes un novio inglés y nunca has ido a Inglaterra?

—Ha trabajado en Nueva York durante dos años, pero le han vuelto a trasladar a su antiguo puesto en Londres hace una semana. Llevábamos ya seis meses juntos y no me sentó muy bien que le volvieran a trasladar. Tampoco entiendo por qué lo hicieron... No es de los que muestra sus sentimientos pero estoy segura de que él está en la misma situación que yo. Le he llamado varias veces pero siempre está liado con el trabajo, un traslado puede ser agotador. Incluso por las noches tiene que salir con los compañeros para retomar asuntos.

—Seguro que te llama en cuanto pueda —intenté consolarla un poco.

—Pues la verdad es que todavía no me ha llamado él, siempre le llamo yo.

—¿Y por qué dices que es trabajo en parte? —cambié de tema en cuanto empezó a formarse en mi cabeza un entramado de sospechas. ¿Por qué era siempre tan desconfiada? No importaba, el caso es que la mayoría de las veces daba en el clavo y en esta ocasión no veía que la relación estuviera equilibrada; él parecía haberse librado de un peso. ¿No habría solicitado él mismo el traslado?

—Porque trabajábamos juntos en la oficina y he conseguido un traslado temporal a Londres para hacer una formación interna. Es una sorpresa. Él no sabe nada todavía.

—Vaya, a lo mejor hubiera sido mejor avisarle —quizás era ella la que se iba a llevar una sorpresa. —¿Sabes?, yo también estoy en una formación interna. Durante dos meses estaré en casa de una amiga e intentaré aprovechar

el tiempo al máximo —el avión ya había despegado; había conseguido que se distrajera.

—Por cierto, soy Jennifer —inició de nuevo la conversación después de un largo silencio.

—Y yo Andrea.

—Muchas gracias por la conversación, necesitaba pensar en otra cosa — se volvió a mirarme—. ¿Andrea? ¿De dónde es ese nombre?

—Es español.

—¿Y en qué trabajas?

Hablamos durante horas hasta que, después de la bandeja de comida, con el estómago lleno y agotada, le sugerí que debíamos descansar un poco y cerré los ojos. Los brazos de Morfeo me acogieron hasta que la azafata me despertó para avisarme de que debía colocar bien la bandeja y el respaldo pues el avión iba a comenzar el descenso. Jennifer se encontraba a mi lado mirando pensativa hacia la ventana del avión.

—Hola. Perdona que te haya dejado completamente sola casi todo el viaje.

—No importa. Se te veía cansada.

—Es que ayer salí... y no dormí mucho. Tenía que descansar para poder aguantar esta noche.

—Claro —contestó con la mente en otra cosa.

—¿Te has aburrido mucho?

—No, también he dormido un rato. Y tengo una novela —añadió levantando un libro que tenía en el gran bolso a sus pies.

—¡Qué preparada! Yo no tuve tiempo de pensar en ello.

Recordé todo lo que me había contado de su novio y sentí pena por ella. Si todo salía como me temía, se iba a encontrar muy sola. Me daba un poco de lástima que se encontrara sola en un sitio extraño.

—Por cierto, apunta mi teléfono y un día podemos quedar para salir —esa iba a ser mi buena acción del día. Estaba segura de que iba a necesitarlo y volveríamos a vernos en breve.

—Gracias, me vendrá muy bien porque no conozco a nadie.

El avión empezó a temblar por las corrientes de aire y la pobre ya no pudo pensar en otra cosa. Le cogí la mano para calmarla pero no fue un aterrizaje tranquilo y yo también estaba nerviosa, así que no conseguí transmitirle una calma que yo tampoco sentía. Cuando el avión ya estaba parado, nos despedimos y la dejé pasar junto al otro pasajero de la ventana y observé cómo salían todos en espera de que me devolvieran mi maleta.

Yo: "Vic, ya he aterrizado. Estoy esperando la maleta."

Vic: "Me vas a matar. No he podido esperarte. Ayer no pude terminar algo y he tenido que venir antes a la oficina. Nos entró trabajo en el último momento."

Yo: "No te preocupes. Cojo un taxi y me entretengo hasta que llegues."

Vic: "¿Qué vas a hacer con la maleta a cuestas? Anda, vete a casa y cuando llegues me llamas. Tengo una llave escondida. Podrás entrar y descansar hasta que consiga terminar con esto"

Yo: "¿Cómo en las pelis? ¿Una llave debajo del felpudo?"

Vic: "Jajaja. Nada tan evidente. Luego llámame."

Yo: "Vale"

* * * *

Ya estaba en la casa. Sola. Había encontrado la llave en la maceta que me había dicho Vic y me había instalado en su habitación de invitados. Ahora sentada cómodamente en el sofá delante de la televisión esperaba a que llegara. La imagen de Alex en la cama se me apareció y sonreí como una boba. ¿Qué estaría haciendo ahora?

Yo: "Hola. Ya he llegado ¿Qué haces?"

La respuesta no fue inmediata. La ansiedad por recibir un mensaje se calmó cuando me di cuenta de una cosa. ¿En qué estaba pensando? Ahora no estábamos en la misma ciudad, de hecho, estábamos muy lejos y seguro que con la diferencia horaria... ¿qué hora era en Nueva York?, ¿más pronto o más tarde? De repente, sonó el móvil indicando la entrada de un mensaje.

Alex: "Hola. ¿Qué tal el vuelo?"

Yo: "Bien. Haciendo amigos. Ya me conoces."

Alex: "¿Alguien interesante?"

Yo: "Sí"

Alex: "¿Sí? Espero que no tanto como yo."

Yo: "Quizás"

¿Qué estaba diciendo? No era nadie interesante y solo le estaba diciendo que lo era para picarle un poco. ¿Por qué? ¿Qué importaba lo que él pensara? No sabía por qué lo hacía pero le estaba gustando ese juegucito.

Alex: "Eso solo lo dices porque no me conoces tan bien como crees. ¿Hombre o mujer?"

Yo: "¿Hombre o mujer?"

Alex: “¿El amigo interesante es hombre o mujer?”

Yo: “Mujer”

Alex: “Me alegro”

¿Que se alegra? ¿Realmente estaba aliviado de que fuera una mujer? Algo había cambiado en sus charlas desde la noche juntos; se mostraba mucho más picante. Lo mejor era quitarle un poco de seriedad al asunto antes de que se enredara demasiado.

Yo: “Creo que no deberías alegrarte tanto. Todavía no conoces todas mis fantasías sexuales. Jajaja”

Alex: “¿Cómo? No estarás insinuando lo que creo ¿no? Aunque puedo imaginar un par de situaciones en las que...”

Yo: “Solo era broma así que deja de imaginar.”

Nos quedamos unos segundos sin mensajes. Veía que él estaba escribiendo pero debía borrarlo después porque no me llegaba nada.

Yo: “No me has contestado a mi primera pregunta. ¿Qué haces?”

Alex: “Estaba a punto de echarme en la cama. Alguien no me dejó dormir anoche y acabo de llegar después de una comida muy larga. Tengo que descansar antes del concierto de esta noche”

Yo: “Lo siento. ¿Quieres que te deje dormir ahora?”

Alex: “No. Y yo no siento no haber dormido anoche.”

Yo: “Decía que sentía molestarte, no lo de anoche.”

Otro tenso silencio durante poco más de un minuto. La conversación se había vuelto de nuevo más seria. Como me hubiera gustado estar con él y rememorar esa noche, porque seguro que era memorable.

Alex: “¿Dónde estás ahora?”

Yo: “En casa de mi amiga.”

Alex: “¿Sola?”

Yo: “Sí. Falta un rato para que vuelva.”

Alex: “¿Cansada?”

Yo: “Bastante, aunque he pasado gran parte del viaje durmiendo.”

Alex: “Yo he tenido que trabajar después de que te fueras esta mañana. Me he llenado de cafés para poder aguantar la comida. En cuanto me tumbe después del concierto pretendo quedarme al menos doce horas dormido en la cama.”

Yo: “¿Solo?”

Alex: “Sí”

Después de una hora hablando, observé que cada vez se distanciaban más

los mensajes. Se notaba que el pobre estaba haciendo esfuerzos por no dormirse. Nos despedimos con la promesa de hablar en unos días y me quede dormida con una sonrisa en la cara.

Cuando llegó mi amiga, yo estaba completamente tumbada a lo largo del sofá y tapada con una colorida manta que había encontrado en una esquina, pero mi estampa no pareció importarle lo más mínimo y sin ninguna compasión me despertó con gritos de alegría, interesándose por todo lo que me había ocurrido desde la última vez que hablamos. Me tuvo despierta todavía un par de horas más pero, por lo menos, no insistió en salir a tomar algo.

No paraba de bostezar cuando le conté mi experiencia con Alex. Ya le había comentado mi relación virtual con él; de hecho, era la única que estaba al corriente de todos mis sentimientos. Y para mí era una alegría poder hablar de ello con alguien y desahogarme. Ella no me juzgaría, seguro que me animaría.

—¿De verdad que no te acuerdas?

—De verdad. Y no veas cómo me molesta. Está buenísimo y he conectado muy bien. Solo había visto alguna foto antes de esa noche pero no le hacían justicia.

—Vaya, vaya. Te ha llegado hondo ¿no?

—Pues... creo que sí. Ya sabes cuanto me gusta. Siempre estoy deseando hablar con él.

—Estás más pillada de lo que pensabas ¿eh? —inquirió curiosa Vic — Bueno, ahora está muy lejos así que tendrás que dejarlo para después.

—No te creas. Acabo de hablar con él por wasap.

—No me digas. ¿Acabas de llegar y ya os habéis hablado? Es que no puedes estar unos días sin...

—Déjalo, no lo entiendes.

—Claro que lo entiendo. Estás deseando que vaya a más. Te gusta de verdad.

No necesité corroborar nada, mi cara reflejaba perfectamente mi estado. Vic tuvo que recordarme que debía escribir a mi madre para avisarla de que ya estaba allí. Mi familia sabía que estaría en Londres durante dos meses y estaban planificando un pequeño viaje para poder vernos. Un viaje a Londres era mucho más fácil y económico que a Nueva York. Incluso mi hermano estaba pensando si aprovecharse de mi amiga Vic y quedarse más tiempo.

Al poco Vic tuvo que salir a hacer un recado con uno de sus clientes,

dejándome a mi suerte con la colocación de mi ropa y la compra de comida en el super. Algunos de sus clientes pertenecían al mundo del espectáculo y era habitual que la llamaran o citaran a horas fuera de su jornada laboral pero... el trabajo le encantaba y yo esperaba hasta su vuelta para poder ponernos al día.

Cuando nos fuimos a la cama, estaba tan cansada que casi no me dio tiempo a desvestirme. Gracias a haber trasnochado, me dormí con facilidad.

Capítulo 2

Encuentro inesperado

Llevaba dos días ya en Londres y no había tenido tiempo para nada. El curso de formación era muy intenso y me ocupaba todo el día. Había planeado aprovechar mi estancia para visitar exposiciones y librerías pero sospechaba que tendría que dejarlo para el fin de semana. Ni siquiera había podido volver a hablar con Alex y no era porque no me acordara de él. Cada vez pensaba más en su imagen en la cama: su espalda, la sábana cubriendo apenas su culo dejando ver parte del calzoncillo, sus brazos agarrando la almohada, la tranquilidad reflejada en su cara y su negro cabello despeinado. ¿Cómo sería la próxima vez que nos encontráramos?

El curso era en las oficinas centrales de la empresa que contaban con un pequeño salón de actos dónde habían colocado mesas para las 40 personas que participábamos en él. Habíamos venido desde distintos países y no nos conocíamos pero, gracias a los grupos de trabajo, en esos dos días había hablado con todos ellos.

Puse una excusa para desaparecer a la hora de la comida y acercarme a una pequeña librería que había visto de camino al metro. Solo sería una hora de libertad pero podría despejarme un poco y retomar energía después de esos dos días de sesiones maratonianas.

No me importaba comer solo un bocadillo con rapidez antes de volver y pasé casi toda la hora de descanso ojeando los libros, entre los cuales elegí dos con los que podría entretenerme por las noches. Me encantaba el olor de los libros nuevos, repasar las estanterías y abrir alguno para aspirar su olor cerrando los ojos.

Todavía estaba comprobando el contenido de la bolsa cuando, al atravesar la puerta para salir a la calle me choqué con una pareja que caminaba por la acera.

—Perdón, lo siento —me excusé mientras volvía la cabeza, alzando los ojos para observarle.

—Hola Andrea.

¿Pero qué hacía él ahí? ¿No estaba en Nueva York? Hacía unos días que no

hablábamos pero... y ¿qué hacía con esa mujer? Una mujer demasiado guapa que no le soltaba el brazo. Una mujer que ya me caía mal. ¿Por qué le agarraba como si fuera todo suyo? ¿Y qué pintaba yo allí? ¿Dos días y ya se había buscado alguien para entretenerse? ¿O ya la tenía de antes y la noche conmigo había sido un desliz? ¿Me había hecho ilusiones sin fundamento? Comencé a sentir un calor agobiante en la cara. Tenía que marcharme cuanto antes; la situación era muy incómoda y no quería verle con otra mujer. No tan pronto. No ahora.

—¿Andrea? ¿Estás bien?

—Eh, sí. Perdona. Me has sorprendido. No esperaba encontrarte aquí.

—Yo tampoco —susurró con timidez, mirándome fijamente a los ojos. Sonreía nervioso, parecía contento de verme pero incómodo como yo.

¿Qué pasaba ahí? Había algo que no me había dicho. ¿Sería su esposa? Por favor, esperaba que no. Creía haber entendido que no estaba casado, que rompió su noviazgo dos años atrás y que ahora estaba libre. ¿Lo había entendido mal? A lo mejor, dijo estar libre porque iba con una mujer distinta cada vez.

Estaba guapísimo con aquel traje gris oscuro. Debía venir de una reunión porque se había quitado la corbata que sobresalía de uno de sus bolsillos. Después de darle un rápido repaso, durante el cual creo que él hizo lo mismo, no pude evitar dejar los ojos fijos en los suyos. No sé cuánto tiempo permanecimos así hasta que la mujer que lo acompañaba se movió nerviosa y nos hizo volver a la realidad.

—Eh, sí, claro —dijo volviéndose a ella —, Andrea te presento a mi hermana Noe.

—Hola —Su hermana, era su hermana. Menos mal porque había empezado a sacar conclusiones nada agradables. Como siempre, mi tendencia a desconfiar había conseguido hacérmelo pasar mal, muy mal.

—Hola, ¿tú eres Andrea? Mi hermano me ha hablado de ti.

—¿Ah sí? —lancé una mirada inquisidora a Alex a la vez que le reprochaba que no me hubiera contado algo como eso—. Yo ni siquiera sabía que tenía una hermana. Estoy en desventaja. Aunque no debería sorprenderme; casi nunca me cuenta nada personal. Es bastante celoso de su intimidad.

—Eso no es verdad. Te he contado muchas cosas de mí —comentó en voz baja sin levantar los ojos del suelo—. Por lo menos más de lo que cuento a otros.

—Creía que seguías en Nueva York —le reproché tras un breve silencio.

—Pero si te conté que debía volver en breve.

—Bueno, es que como no he tenido noticias tuyas, pensaba que era por la diferencia horaria y el trabajo —solo habían pasado dos días y ya lo veía como una traición ¿no estaba exagerando un poco?

—Es que...

—No hace falta que me expliques nada —interrumpí un poco molesta, con la sonrisa falsa que conseguí mostrar. Me miró extrañado sin saber qué decir y su hermana le recordó en ese momento que sus padres esperaban en el restaurante—. Veo que estás liado. Ya hablamos en otro momento.

—Sí. Ya hablamos —se le había quitado la sonrisa inicial y me miraba serio y dubitativo.

Les vi alejarse calle abajo durante unos segundos antes de darme la vuelta. No había dado ni tres pasos en dirección a la oficina, cuando su mano me agarró el brazo e hizo que me volviera.

—Por favor, no saques conclusiones ¿vale? —me miro con ojos suplicantes—. Te llamaré o te escribiré, te lo prometo.

—Vale.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla muy cerca de los labios, más de lo que se podía esperar entre amigos. Me estremecí y la sonrisa que me ofreció antes de darse la vuelta me hizo pensar que había advertido mi reacción. El gesto me gustó más de lo que estaba dispuesta a admitir y me quedé embobada viéndole caminar hasta el lugar donde esperaba a su hermana.

Estaba allí, en Londres. Había soñado con él, había deseado que estuviera conmigo, y ahora que me lo había encontrado no podía creer que no hubiera tratado de contactarme. Tras nuestra última conversación no entendía lo ocurrido. ¿Es que no había coqueteado conmigo? ¿Había malentendido los mensajes? Me sentía ridícula. Yo le había escrito en cuanto aterricé, siempre me apetecía hablar con él. Por lo visto, a él no le pasaba lo mismo. Pero entonces... su tierno y sensual beso y la promesa de llamarme ¿indicaban lo contrario y me estaba agobiando sin motivo?

La tarde se me hizo muy larga. No era capaz de concentrarme en los trabajos y explicaciones. Deseaba volver a casa de mi amiga y descargar mi tristeza junto a un bote de helado. Esperaba que Vic no volviera pronto y así poder desahogarme a gusto.

* * * *

La vuelta a casa fue triste. Dada mi poca previsión y mi oposición al uso del paraguas, que siempre se me iba volando y era incapaz de llevar con soltura a través de la espesa jungla urbana, la típica lluvia de Londres me caló entera, empapando sin piedad mi pelo, mi abrigo y mis zapatos. Mi error fue evitar el metro al pensar que necesitaba pasear para ordenar mis ideas, y cuando empezó a llover ya no había solución, no había ninguna parada cerca.

Llegué a casa muerta de frío, deseando pasar por una ducha muy caliente antes de ponerme el pijama y cubrirme con la manta para llenarme de helado delante de la televisión. Pero el destino no me tenía reservado ningún tipo de descanso. Al salir de la ducha me tuve que colocar corriendo una toalla para contestar al teléfono que no paraba de sonar.

—¿Hola?

—Hola Andrea, soy yo, Elisabeth.

—¡Eli cuánto tiempo!

—Sí, hace mucho tiempo. Tardaremos un rato en ponernos al día.

—Tengo muchas ganas de veros. ¿Estás en Londres?

—No. Llegaré el viernes de esa misma semana para irnos las cuatro en un solo coche.

—¿No te puedes escapar un día antes?

—Que va, hay mucho trabajo aquí —contestó con voz cansada—. Pero yo os llamaba para deciros que mi hermano sí está en Londres y que le apetecía quedar con vosotras. Se mueve mucho por la noche y os puede llevar a sitios muy apetecibles. Os divertiréis.

—Vale, ¿pero no es un poco forzado? ¿Estás segura de que le apetecerá?

—No es forzado, seguro que le apetece. Dile a Vic que le llame, ella tiene el teléfono y ha quedado alguna vez con él.

Justo en ese momento, el ruido de la puerta me hizo girar la cabeza. Vic entraba moviendo su paraguas y protestando por el mal tiempo.

—Bueno, acaba de llegar. Ahora le pasó el teléfono y se lo dices tu misma —quería ir a vestirme y era el momento ideal para dejar que ellas se pusieran de acuerdo.

Le di el teléfono a Vic y caminé por el pasillo hacia mi habitación. Estar solo con la toalla en el salón había neutralizado el efecto de la ducha caliente; me había quedado fría de nuevo, pero deseché la idea de volverme a duchar y me vestí con varias capas de ropa para volver a coger calor.

Cuando llegué al salón seguían hablando animadamente y entré en la

cocina para comenzar a preparar la cena. Habíamos hecho compra el día anterior y la nevera estaba llena de posibilidades.

—Bueno Andrea, ¿qué tal tu día? —me preguntó entrando en la cocina y sentándose en un taburete para dejarme espacio para cocinar.

—¿Mi día? Pues... ¿te acuerdas de Alex, mi amigo online con el que amanecí justo antes de volar hacia aquí?

—¡Claro! ¿Qué ha pasado? ¿Te ha llamado? Estaba segura de que lo haría. Parecéis los dos muy...

—Si me dejaras hablar podría contártelo.

—Vale, vale, ya me callo. Venga, no te interrumpo más.

Me volví y serví dos copas de vino, colocándolas junto a un cuenco de frutos secos. Todo ello bajo la escrutadora mirada de mi amiga que observaba ansiosa esperando mi relato. Una vez que todo estaba en su sitio, me senté y apoyé los codos en la mesa, creando más expectación.

—La verdad es que Alex me encanta. Como sabes llevo varios meses hablando con él por mensajes —bebí un poco de vino antes de continuar—. Después de despertar junto a él, estaba confusa y avergonzada. Como te comenté no me acordaba de nada. Me resultaba muy violento pensar en nuestra siguiente conversación, pero él consiguió hacerme sentir cómoda otra vez. Estaba emocionada y deseando volver a recibir sus mensajes, pero durante casi tres días no he tenido noticias.

—Eres un poco exagerada, tres días no es mucho.

—Ya lo sé pero me he acostumbrado a nuestras conversaciones. Nunca he pasado más de un día sin algún mensaje suyo. En cualquier caso, lo excusé por el desfase horario y su trabajo.

—Esta relación me parece mucho más de lo que admites. Nadie busca excusas por tres días, Andrea.

—Deja que termine de contarte —intenté cambiar de tema—. El caso es que me choqué con él cuando salía de una librería. Estaba con una guapa mujer del brazo y fue un poco tenso hasta que la presentó como su hermana.

—Uf, menos mal ¿no?

—Sí, menos mal, pero no me he quedado tranquila. Ya no hay posibilidad de achacar su silencio a los horarios. Si no me ha escrito es porque no ha querido.

—No seas tan dramática. De verdad que siempre piensas en negativo. ¿Qué te dijo él?

—No pudimos hablar mucho porque su hermana esperaba para ir a comer

con sus padres. Solo me pidió que no sacara conclusiones y me prometió que me llamaría o escribiría.

—Entonces bien ¿no?

—No sé —me encogí de hombros.

—Siempre igual contigo. Anda, vamos a prepararnos que tenemos una cita con John dentro de una hora.

—¿Vamos a salir ahora? Después de empaparme con la lluvia estaba deseando sentarme frente a la televisión.

—¿Que muermo! ¿No te apetece ver a John? —preguntó con picardía—. Creía que te apetecería, hace tiempo que no sabes de él.

Ni siquiera contesté. Vic sabía que tenía todas las de ganar cuando se trataba de John. Había estado loquita por él en los últimos años de Universidad y llegué a salir con él durante seis meses hasta que nuestros destinos laborales nos separaron. Me molestaba que mi amiga me manejara con tanta facilidad, nos conocíamos bien y ella sabía mis puntos débiles para conseguir lo que se proponía.

* * * *

Teníamos una hora para prepararnos y Vic fue la primera en utilizar el baño. Mientras elegía la ropa que me iba a poner, oí el sonido que indicaba la llegada de un mensaje.

Alex: “Hola”

Yo: “Hola”

Alex: “¿Qué tal?”

Yo: “Bien”

Alex: “¿Enfadada?”

Yo: “No”

Alex: “No mientas. ¿Solo palabras cortas? Algo te pasa.”

Yo: “¡Qué perspicaz!”

Alex: “No hagas eso. No me gusta el sarcasmo.”

Pues si no le gustaba se iba a aguantar porque en esos momentos no me sentía con ganas de una charla con él. No solo me tenía que preparar para salir sino que seguía molesta por no tener noticias durante unos días y encontrarlo por sorpresa.

Alex: “Te he echado de menos.”

Pero por qué me decía eso ahora. De verdad que no entendía su

comportamiento y no sabía qué contestar.

Alex: “¿Estás ahí?”

Yo: “Sí, pero no esperaba que escribieras y no sé qué quieres que responda.”

Alex: “Primero, ¿por qué no esperabas que te escribiera? Te dije que lo haría y, segundo, no espero que me respondas nada en concreto, solo te he dicho la verdad: te echo de menos a menudo.”

Esta vez no contesté; seguía sin saber qué decirle. Su afirmación me había dejado sin palabras y con muchas dudas. Si eso era cierto por qué no me había escrito antes.

Alex: “¿Puedo llamarte?”

Yo: “Ahora no, Alex. Estoy arreglándome para salir.”

Alex: “¿Dónde vas?”

Yo: “No sé. He quedado con amigos de la Universidad.”

Alex: “¿Te puedo llamar mañana?”

No tenía claro si quería hablar con él. Era mucho más fácil con mensajes porque podías pensar con calma lo que ibas a decir. Y, en esa ocasión, estuve un rato pensando; de hecho, debí tardar bastante en contestar porque me llegó otro mensaje.

Alex: “Por favor”

Yo: “Vale, pero no antes de la hora de comer, tengo curso ¿recuerdas?”

Alex: “¡Claro! Pásalo bien pero no tanto como conmigo.”

Yo: “Todavía no recuerdo con claridad hasta qué punto lo pasé bien contigo.”

Alex: “¡Ay! Hieres mi orgullo. Ni te he dejado huella.”

Yo: “Deja de decir tonterías. Sabes perfectamente que estaba un poco...”

Alex: “Lo sé. Era broma. Me gusta picarte. Intenta no encontrarte un poco... hoy.”

Yo: “No te preocupes. He prometido no volver a beber tequila.”

Alex: “Yo no he dicho que no bebas, estabas muy graciosa, pero preferiría que lo hicieras conmigo.;)”

Yo: “¿Qué hiciera qué contigo?”

Alex: “Que te divirtieras de esa manera.”

Yo: “Alex, te tengo que dejar, tengo que vestirme y ya voy con retraso. Hablamos mañana.”

Alex: “Vale”

Me había puesto muy nerviosa. ¿Volvía a coquetear conmigo? ¿Qué había

pasado esa noche en el hotel? Me di cuenta de que al final, el “encantador” Alex, había conseguido hábilmente mitigar mi enfado. Era tan... porque yo quería seguir enfadada ¿no?

Mi amiga ya había gritado dos veces mi nombre para avisar de que podía entrar en el baño a maquillarme y arreglarme el pelo. Lancé el teléfono a la cama, justo al lado del vestido que había elegido para la improvisada salida, y me coloqué delante del espejo para aprovechar al máximo las cremas y pinturas que mi amiga me ofrecía. Una vez preparadas, solo esperamos dos minutos antes de oír el telefonillo, señal de que debíamos bajar, John estaría esperando en su coche.

Mi estómago se revolvía y emitía graves sonidos, mientras bajábamos en el ascensor. Volvía a estar nerviosa pero esta vez no tenía relación con Alex.

—¿Nerviosa? —preguntó mi amiga al oír los ruidos.

—Un poco —intenté aparentar tranquilidad sin llegar a conseguirlo.

—Solo es un amigo. No estés tan nerviosa.

—Ya —vaya consejo difícil de seguir—. Por cierto, no me has dicho si viene alguien más.

—No lo sé. Seguramente nos encontremos con amigos suyos en algún bar pero...

No dio tiempo a más. Ya estábamos saliendo por la valla del portal y pude verle a través de la ventanilla del copiloto. Estaba muy guapo, no había cambiado casi nada en esos cinco años; incluso parecía aún más atractivo con aquella sonrisa burlona. Esa sonrisa que me recordó unos años en los que mi felicidad iba unida al hombre que esperaba pacientemente nuestra llegada con las manos posadas sobre el volante.

En realidad nuestra relación no había pasado por ningún bache hasta que mi futuro laboral se interpuso en nuestro camino. No le sentó muy bien mi decisión de priorizar el trabajo con la promesa de esperar un reencuentro y contraatacó negándose a intentar una relación a distancia. En definitiva, mi marcha a Nueva York había supuesto la ruptura total de nuestra relación y no sabía nada de él desde mi partida. En realidad Vic me había mencionado que trabajaba en una gran empresa en Londres pero nada más. Ni siquiera sabía que habían salido juntos a veces hasta que Eli me lo había dicho por teléfono.

De pronto me sentí tensa, no sabía si estaba preparada para hablar con él, y con sutileza me cambié de sitio con mi amiga para colocarme delante de la puerta trasera del coche, dejando a Vic el asiento delantero junto a John.

Me quedé observando su charla durante el trayecto hasta el bar. Se notaba

que hablaban a menudo, cosa que me sorprendió porque Vic tampoco me lo había mencionado. Para poder escucharles bien con la música tan alta, tenía que inclinarme hacia el espacio entre los asientos delanteros, por lo que al cabo de unos minutos en los que la conversación me excluía completamente, decidí descansar mi espalda y mirar por la ventana mientras mis pensamientos navegaban a la deriva.

—¿Andrea? —preguntó mi amiga.

—¿Qué? Lo siento, estaba observando las calles.

—John te ha preguntado cómo te ha ido en Nueva York.

—Bien, me ha ido muy bien —sin dar más detalles. No pensaba contarle mi vida—. Y sigue por buen camino. La formación aquí es la prueba de ello.

—Sí, las empresas no forman a gente si no prevén un futuro con ellos —confirmó John—. ¿Sabes que yo también he estado un tiempo en Nueva York? No fue mucho, volví hace unos meses.

—Pues no lo sabía —dije entre dientes ofreciendo una mirada asesina a mi gran amiga por no avisarme—. ¿Por qué no me llamaste?

—No sabía que seguías allí —volví a mirar con rabia a mi supuesta “super amiga” inglesa que reflejaba una sonrisa inocente en la cara—. De todas formas, estuve muy liado. Solo tenía tiempo para trabajar. Me han dado un puesto de más responsabilidad y mis horarios son un infierno.

Así que John iba proclamando en alto su gran carrera profesional, como si quisiera restregarme que era yo la que lo había dejado priorizando mi trabajo. No me importaba mucho pero, aunque suponía que no sabría que yo solo tenía un puesto técnico, estaba segura de que conocía perfectamente el nivel del puesto de Vic en la agencia de publicidad y no me parecía bien que fuera chuleándose.

Habíamos llegado al bar y John nos hizo entrar sin problemas. Allí conocimos a tres amigos suyos que esperaban apoyados en la barra con sus respectivas copas, observando a todas las personas de sexo opuesto que contoneaban su cuerpo al son de la música.

Nada más llegar Vic, se arrimó a uno de los tres, Marc, y pasó casi toda la noche hablando con él, olvidándose de mí por completo. Ten amigas para esto. ¿No se suponía que íbamos a salir juntas? Dejando este abandono a un lado, tampoco lo pasé mal. Estuve hablando con ellos un rato largo antes de que saliéramos a la pista a bailar varias canciones seguidas. Cuando la sed pudo con nosotros, los dos amigos se acercaron a la barra a por copas y nos dejaron solos. John aprovechó ese momento para acercarse a mí y rodearme la cintura

con su brazo. ¿Qué estaba haciendo? No era una canción para bailar tan cerca. ¡Necesitaba espacio! Intenté bailar despreocupadamente pero me fue imposible obviar la mirada intensa de John sobre mí, y los nervios fueron creciendo en mi interior hasta que llegaron nuestras copas.

Con la excusa de que estaba un poco cansada nos acercamos a una mesa, pero antes de llegar John me enganchó y me colocó a su lado, arrimando el taburete para continuar la charla de forma más privada.

—Bueno, Andrea. ¿Entonces todo bien?

—Por supuesto. Estoy encantada con mi trabajo allí. Todavía no puedo afrontar un piso yo sola pero sobrevivo con comodidad, y salgo a menudo con compañeros y amigos.

—Aja —dijo distraído, para luego ser mucho más directo—. ¿Tienes pareja?

—No. Tengo amigos. Pero supongo que a ti no te importa ya que ni siquiera te habías informado de que estaba en Nueva York —lo dije todo de corrido con voz tensa.

—¡No te pongas así! —alzó las manos al frente a modo de rendición y perdón—. Es cierto que no me preocupé pero... ahora estás aquí y me interesa.

—¿Te interesa qué exactamente? —Mi pregunta sonó más borde de lo que pensé. No entendía ese supuesto interés.

—Lo que hayas podido estar haciendo estos años y... tu situación actual.

—Realmente John, no entiendo bien por qué te puede interesar —cambié de opinión cuando le miré fijamente a los ojos y decidí que no tenía nada que ocultar—. Solo he estado trabajando y ahora estoy aquí de forma temporal por formación. ¿O te refieres a otro tipo de información?

—No te hagas la inocente, sabes perfectamente a qué me refiero —se acercó un poco más y rozó mi mano con la suya.

—Si te refieres a pareja estable, no tengo, pero hay alguien... —¿de verdad estaba coqueteando conmigo? No entendía a qué venía este avance, yo no le había dado pie a que se hiciera ideas erróneas.

—Seguro que no alguien como yo.

—Es verdad, no es alguien como tú —menudo engreído. Parecía muy seguro de sí mismo y estaba claramente interesado en pasar tiempo conmigo.

—Lo dices como si fuera algo bueno.

—Eso lo has dicho tú —no sabía si era bueno o malo todavía pero me inclinaba por la primera—. ¿Y tú qué? ¿Tienes pareja?

—No, desde que nos separamos no he tenido pareja, más bien rollos.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando lo dijo. Su mirada fija en mis ojos parecía querer decir algo más. El calor de su mano al lado la mía empeoró mi estado de nervios, ya de por sí bastante alterado.

Me alegré cuando nuestra conversación fue interrumpida por Vic que convenientemente me informó de la necesidad de irnos a casa para poder descansar algo antes de la hora de ir a la oficina.

La vuelta a casa fue divertida. John se había quedado en el bar después de que le aseguráramos que nos apetecía caminar un rato y que luego cogeríamos un taxi. Tampoco estábamos tan lejos y quizás llegáramos a casa caminando.

El efecto del alcohol se notaba un poco y me sentía feliz junto a mi compañera de aventuras. Hacía tiempo que no salíamos juntas.

Hablamos de John, de su interés por su amigo Marc, de nosotras y de un tal Ander que había conocido ese mismo día en la oficina y con el que tendría que trabajar estrechamente durante las próximas semanas. Con cara de embobada me describió su primer encuentro al tropezar con la puerta del despacho de su jefe y, sin llegar a admitirlo, confirmó que le gustaba mucho. Realmente se había encaprichado con él porque, después de verla toda la noche hablando con Marc, yo sabía que lo de Ander no era nada serio. ¿Cómo podía ser algo serio si se acababan de conocer?

Capítulo 3

Visita familiar

El domingo siguiente se cumplía una semana desde que había llegado a Londres; mis primeros e intensos cinco días. Tras la salida con John y sus amigos el miércoles anterior, me había centrado en la formación y no había vuelto a tener noticias de él. Tampoco lo había echado de menos pero me extrañaba que no llamara después de haberse mostrado tan interesado.

El que sí llamó fue Alex. El jueves, no antes del mediodía como le había pedido, sentí vibrar mi teléfono mientras sonaba la canción que le había asignado solo a él. Estaba muy liada en ese momento y solo pude decirle que estaba bien y que le llamaba al día siguiente. Intenté no ser muy seca aunque noté su decepción al despedirse.

Durante la tarde de ese jueves, Vic no paró de hablarme de su cliente. Ander por aquí, Ander por allí. Estaba emocionada como una adolescente. Me contó que era el representante de un grupo conocido de música y había contratado su agencia para un video. Con su afición a música, le llenó de orgullo que pensarán en ella y no otro de los agentes. Además, trabajar con un hombre así... No le veía más que beneficios. Lo único que le disgustaba era que, a pesar de sus atenciones y sutiles insinuaciones, su nuevo cliente permanecía indiferente y más pendiente del móvil que de ella en las reuniones a las que asistía. A pesar de ello, me comentó que el grupo era fantástico y el guitarrista tampoco estaba mal, incluso sugirió que quedáramos con ellos a ver si podía divertirme con alguno y explotar esa nueva y totalmente desconocida faceta mía de “me acuesto con desconocidos”.

Esa misma noche antes de acostarme, mandé un mensaje a Alex para quitarme un poco el sentimiento de culpabilidad y me contestó inmediatamente con un emoticono de una sonrisa. Era único quitándole hierro a cualquier asunto y levantándome el ánimo.

El viernes, después de las horas de formación, a mitad de camino a casa, me senté en un pequeño banco de un jardín y le llamé por fin. Estaba deseando oír su voz. Ya no me asustaba no poder pensar las respuestas.

—Hola. Estaba empezando a dudar que me llamas.

—No sé por qué ¿cuándo he faltado a una promesa? —repliqué a la defensiva.

—No es eso... Pensé que a lo mejor seguías enfadada o no querías...

—Sí quería llamarte pero he estado liada... y ya no estoy enfadada —parecía un poco cohibido. ¿Ahora se volvía tímido? —En realidad nunca he estado enfadada, en todo caso, decepcionada.

—¿Decepcionada? ¿Decepcionada por qué?

—Pues... —dudé si contarle la verdad porque podía parecer que había un interés más profundo y no sabía su punto de vista—. Dí por sentado un tipo de relación con unas condiciones y no se han cumplido. Quizás simplemente tenía unas expectativas muy altas.

—¿Qué? —exclamó alucinado—. Eso necesito que me lo expliques.

—No hay más explicación.

—No es verdad. Tenías expectativas sobre mí y merezco que me las cuentes.

—¿Para qué?

—Tengo derecho a conocerlas ¿no? Creía que nos basábamos en la confianza y la sinceridad —esperó unos segundos—. Tenemos que hablar, pero con tranquilidad y frente a frente. ¿Salimos esta tarde? —me dejó sin habla, no esperaba que me invitara tan pronto, pero antes de que pudiera contestar continuó —¡Mierda! No puedo; hoy he quedado con alguien por trabajo.

—Yo tampoco puedo. Mañana temprano viene mi familia a verme desde España y estaré todo el fin de semana haciendo de guía.

—Parece divertido. ¿Les echas de menos?

—La verdad es que sí. Llevo unos meses sin verles y me apetece estar con ellos. Lo de ser la guía turística me atrae menos, pero seguro que con mi hermano lo pasaré bien.

—Seguro que sí, ya verás... pero no cambies de tema. Merezco una explicación y tenemos que encontrar un día para vernos.

—No importa. Tampoco tengo muy claro que sea buena idea.

—¿Por qué no? Me encantó conocerte en persona y lo pasé muy bien cuando salimos en Nueva York... me gustaría volver a quedar contigo.

—Oye... Alex... en cuanto a lo que pasó en ese hotel... —me callé de repente. Había sentido vergüenza muchas veces en mi vida pero esta era la peor.

—¿Si?

La inquietud reflejada en su voz me hizo estremecer mientras tomaba aire para afrontar mi vergüenza. Me había acostumbrado a nuestras charlas y quería realmente seguir con nuestra amistad. Miedo, eso era lo que sentía.

—Lo siento pero no recuerdo exactamente qué pasó —ya estaba, ya lo había dicho, no había vuelta atrás.

—Ah, es eso —exclamó aliviado—. No me extraña. Estabas un poco... Entonces lo mejor es que quedemos y te lo cuento todo.

—Uff. ¿No entiendes que me da un poco de vergüenza? Para ti es fácil pero...

—Si te hubieras quedado la mañana siguiente, habríamos resuelto ese punto sin problemas.

—Yo... —no sabía qué decir. Tenía razón en que mi huida no había mejorado la situación.

—¿Quedamos y hablamos de ello? —tras un tenso silencio continuó hablando—. No quiero agobiarte, solo me gustaría quedar y tomar algo.

—Vale, pero ya hemos visto que este fin de semana es imposible.

—Lo sé pero podríamos quedar durante la semana que viene. Como tope el sábado siguiente.

—Mmm... Entonces lo mejor es que nos llamemos el lunes cuando mis padres se hayan ido.

Esa noche no salí. Vic tenía una de esas salidas por trabajo con el famoso Ander y estaba entusiasmada con la idea. La excusa era que tenía que ver al grupo en su ambiente para tener una base para creatividad del video. Y en realidad era totalmente cierto, pero si además pasaba la noche con su representante todavía mejor.

Yo: “¿Cómo vas? ¿Te lo pasas bien con Ander?”

Vic: “Está muy distraído. No me hace mucho caso. ¿Tendrá novia?”

Yo: “A lo mejor”

Vic: “A lo mejor tengo que ser más directa. Quedaré un día solo con él, sin el grupo.”

Yo: “Tú siempre tan sutil”

Vic: “Siendo sutil, no se consigue gran cosa. Sigo con la caza, luego te veo”

* * * *

Por la mañana tempranísimo me levanté para ir a recoger a mis padres y

mi hermano al aeropuerto. Dejé descansar a Vic que al final había llegado muy tarde y ni siquiera la vi. ¿Habría pasado algo con el famoso Ander? Sin hacer ruido, salí del piso y me dirigí al metro.

Mis padres habían cogido habitación en un pequeño hotel cerca del piso y mi hermano se quedaría con nosotras, en un colchón tirado en el suelo de mi habitación. Era un plan económico sin grandes lujos pero pasaría un tiempo con ellos y eso era lo que realmente importaba.

Al llegar al aeropuerto, observé que el avión venía con retraso por lo que me esperaba media hora de aburrimiento en la más absoluta soledad. Estaba curioseando las noticias en mi móvil cuando me entró un mensaje.

Alex: “¿Despierta?”

Yo: “Sí. Desde hace bastante”

Alex: “¿Con tu familia?”

Yo: “Esperando el vuelo. ¿Qué tal tu cita?”

Alex: “¿Cita? Hace tiempo que no tengo una cita”

Yo: “La del trabajo de ayer”

Alex: “Eso no es una cita, más bien, una reunión.”

Yo: “¿Y qué tal?”

Alex: “Normal”

Yo: “Luego soy yo la escueta jajaja”

Yo: “¿Terminaste tarde?”

Alex: “Sí. Estoy molido pero quería hablar contigo antes de que te líes con tu familia. Después será más difícil.”

Yo: “No lo creo. Seguro que hablamos antes del lunes”

Alex: “Eso espero”

Yo: “Te dejo, ha llegado el vuelo”

Alex: “Pásalo bien”

Como buenos españoles en cuanto mi familia apareció por las puertas nos olvidamos del resto del mundo. Gritando de alegría me acerqué corriendo y me colgué de mi hermano pasando las piernas alrededor de su cintura. Nuestras efusivas demostraciones de cariño causaron risas entre los viajeros y otras personas que esperaban.

—Hola hermanito. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Hola bicho, ¿cómo estás? Te veo muy bien —contestó abrazándome fuerte.

—Es que estoy muy bien.

—¿Bien en trabajo y bien en amores?

—Por supuesto.

—Entonces tienes muchas cosas que contarme. Cuando nos deshagamos de estos dos, charlamos un rato.

—¿De quién os queréis deshacer? —preguntó mi madre con interés. —Yo también quiero un beso.

—Claro que sí, mamá. Es que hace más tiempo que no veo a Carlos. A vosotros os vi el mes pasado —me excusé mientras ponía los pies en el suelo y me acercaba a mis progenitores para darles un abrazo conjunto. —Venga, vamos al hotel.

Tras dejar el equipaje en el hotel y en el piso, pasamos un día en familia visitando distintas zonas de la ciudad. Por la tarde, dejamos a mis padres en su hotel para que disfrutaran de una cena romántica, mientras mi hermano y yo nos fuimos al piso con la perspectiva de una sentada en el salón charlando hasta altas horas de la madrugada. Vic llegaría un poco más tarde de una reunión con un cliente. Sí, aún en sábado, a veces Vic tenía que trabajar, pero llegaría a tiempo.

—Bueno hermanita, ¿entonces?, ¿todo bien?, ¿eres feliz?

—Sí, muy feliz.

—Venga, cuenta.

—Pues... del trabajo ya sabes ¿no? —comenté con fingida inocencia. Sabía que quería cotilleos pero me estaba haciendo esperar.

—Ya sabes que sí —contestó exasperado, agarrándome el cuello con ambas manos simulando estrangularme —, y también sabes qué quiero que me cuentes.

—Vale, vale, ya voy —le tranquilicé. —He conocido a alguien.

—¿Y me lo dices así de sopetón? —reprochó con la mano en su corazón, simulando un ataque.

—En realidad lo conocí hace varios meses a través de Internet y hemos estado hablando a menudo.

—Pero bueno, hermanita, ¿nadie te ha explicado los peligros de la red?

—Deja de ejercer de protector. Empezamos escribiendo mensajes y continuó así hasta que hace unas semanas quedamos.

—¿Y?

Unos pasos rápidos y el sonido de las llaves al abrir la puerta, nos avisaron de la llegada de Vic que irrumpió alegre en el salón y saludó efusivamente a Carlos. Verlos abrazados me trajo recuerdos de aquellos días en los que me visitó mi hermano en la Universidad. Unos pocos días bastaron

para que conectaran e incluso llegué a pensar que había algo entre ellos.

—¿Ya te ha contado las novedades? —inquirió sentándose a su lado y poniendo sus piernas sobre las de Carlos.

—En ello estaba pero no pienso dar detalles.

—No te preocupes Carlos, a mí me lo ha contado todo, luego te relleno los huecos.

—Serás capaz... —exclamé asombrada por la desfachatez de mi amiga.

—Pues claro, ya sabes que tu hermano es de confianza.

—Al día siguiente en que nos vimos me desperté en su cama de hotel sin recordar cómo había llegado allí, y le dejé plantado.

—¿Cómo? —gritó sonriente—. No me lo puedo creer. Hermanita ¿qué te ha pasado?

—Y eso no es todo —aclaró Vic.

—¿Ah no? ¿Todavía hay más?

—Después seguimos hablando por wasap y nos hemos vuelto a ver... —comencé a explicar lo ocurrido por encima.

—¡Eh! Cuéntalo bien —me regañó Vic y se volvió a Carlos—. Se puso inaguantable porque no recibió ningún mensaje suyo durante dos días. ¡Dos días! ¿Te lo puedes creer?

—¡Oh Dios mío! ¡Dos días sin noticias! ¡Llamad a la policía! —se burló mi querido hermano.

—¡Vale ya!

—¿Te ha contado cómo se volvieron a ver? —preguntó Vic y continuó después de negar mi hermano—. Se lo encontró por la calle del brazo de una hermosa mujer y casi le da un patatús. Menos mal que le explicó que era su hermana.

—¿Y eso cuando fue?

—Hace tres días ¿no, Andrea?

—Sí. Veo que no me necesitas para contarlo todo.

—No te pongas así. Venga, cuéntalo tú.

—Ya no queda mucho que contar, la verdad. Solo que desde que nos encontramos hablamos varias veces al día, con mensajes o con llamadas, y quiere volver a quedar.

—¿Hoy has hablado con él? No te he visto al teléfono.

—Me escribió esta mañana, antes de que llegarais.

—A ver, déjame cotillear tu móvil.

—Ni hablar, eso es personal. Solo te diré que estoy muy contenta y...

—¿Y qué hermanita?

—Que me gusta mucho.

—A ver si me ha quedado claro: habláis a menudo, os visteis por primera vez hace una semana, no sabes si has tenido relaciones con él, le dejaste plantado pero sigue queriendo hablar contigo, lo has pasado mal porque no has tenido noticias tuyas durante dos días, él quiere quedar para veros de nuevo a solas y te gusta mucho. ¿Eso es todo?

—Sí.

—Debo decirte querida hermana que estás totalmente pillada por él y parece que a él le pasa lo mismo. ¿Cuándo lo conoceré?

—¿Cómo que cuando? No pensaba presentártelo. ¿Es que estás loco? Todavía no es nada serio ¿Y si le asusto?

—¡Ey!, tranquila, solo en plan de amigos.

—Este fin de semana imposible. Por lo que me dijo, imagino que estará de viaje. Hemos quedado el próximo fin de semana.

—Pues tendré que volver dentro de un mes para saber más del asunto.

—¡Tendrás morro! Vaya excusa.

—Tu hermano no necesita ninguna excusa para venir de visita —coqueteó Vic agarrándole del brazo.

De repente mi móvil sonó indicando un mensaje nuevo y ambos se miraron durante un segundo antes de mirarme a mí fijamente con una sonrisa en la cara.

—¿Qué? ¿No pensaréis que os lo voy a enseñar?

—Pero nos pondrás al corriente ¿verdad?

—Vale, me voy a la habitación. Luego os lo resumo.

Con el sonido de sus burlas a mi espalda entré en mi habitación y cerré la puerta. Miré rápidamente la pantalla del móvil y me dejé caer de espaldas en la cama.

Alex: “¿Hola?”

Yo: “Hola”

Alex: “¿Qué tal el día?”

Yo: “Muy bien. Tenía ganas de ver a mi hermano Carlos”

Alex: “¿Muchas cosas que contar?”

Yo: “Algunas”

Alex: “Supongo que el trabajo, los amigos...”

Yo: “Sí, eso y otras cosas”

¿Había sido muy explícita? ¿Se daría cuenta de qué estaba hablando? Debía estar dudando sobre el mensaje a enviar pues estuvo demasiado tiempo

escribiendo para el mensaje tan corto que recibí poco después. Supuse que borró varias veces sus palabras antes de ir directo al grano.

Alex: “¿Le has hablado de mí?”

Yo: “¡Que directo!”

Alex: “No me has contestado”

Yo: “Sí, le he hablado de ti”

Unos segundos de silencio consiguieron que me pusiera nerviosa en un tiempo record, pero me tranquilicé al ver que estaba escribiendo.

Alex: “Me gusta ser algo que merece la pena contar a tu hermano”

Yo: “Depende de lo que le haya contado, ¿no?”

Alex: “Confío en ti”

Alex: “¿Estás sola?”

Yo: “En mi habitación, les he dejado en el salón. Seguro que luego me acosan a preguntas.”

Alex: “¿Voy a salvarte?”

Yo: “No. Necesito hablar con ellos”

Yo: “¿No estabas de viaje?”

Alex: “Salgo mañana”

Alex: “Espero que tu hermano te dé buenos consejos. Hay hermanos muy protectores”

Yo: “Tranquilo. Por ahora bien, quiere conocerte”

Alex: “¿Debo asustarme?”

Yo: “No, pero mejor lo dejamos para otra visita”

Alex: “Como quieras”

Yo: “Vuelvo al salón. Buenas noches”

Alex: “Buenas noches, Andrea”

Sentarme en el sofá de nuevo fue el inicio de un interrogatorio sin tregua. Al final les leí parte de la conversación para que dejaran de torturarme.

Después continuaron hablando de sus vidas y yo intervine pocas veces. Mi hermano nos contó que seguía buscando trabajo pero la cosa estaba muy mal en España. En el terreno amoroso tampoco había tenido mucho éxito. Desde su ruptura hace dos años con la novia perfecta a la que descubrió una infidelidad, no había salido más de tres veces con la misma chica. Curiosamente Vic estaba en la misma situación, ninguno de los dos había conseguido estabilidad, parecía que seguían buscando algo que les faltaba. Cuando vi cómo se miraban y me di cuenta de que sobraba en el salón, me fui a mi cama a descansar. Que pasara lo que debía pasar, solo esperaba que no se arrepintieran.

Capítulo 4

Coincidencia desagradable

Tras un domingo muy familiar y tres días en los que todo mi tiempo libre lo dediqué a mi hermano y mis padres, por fin les acompañé al aeropuerto y nos despedimos. Carlos me abrazó con fuerza y se volvió hacia el control de acceso, no sin antes prometerme que volvería en un mes y esperaba conocer a Alex.

Por su parte, Alex había sido muy paciente y no había insistido en vernos. Sabía que no estaba preparada para presentarle a mi hermano y se mostró comprensivo. Pero también sabía exactamente cuando salía su avión y me imaginaba que pronto empezarían los mensajes recordando nuestra cita. Efectivamente no se hizo esperar ni un segundo, pero no fueron mensajes sino una llamada.

—Hola

—Hola Alex. Acaba de embarcar, pensé que me darías una tregua.

—¿La necesitas?

—No. Me apetece hablar.

—¿Entonces cuándo quedamos? ¿Te parece bien el viernes?

—Vale —fingí voz cansada como si no tuviera más remedio que aceptar.

—Resérvamelo, hablamos por la mañana para fijar la hora y el sitio.

—Te gusta mandar ¿eh? A lo mejor no quiero.

—No, perdona, es que quiero verte, nada más.

—Lo sé pero la próxima vez no seas tan organizador.

—Vale, lo intentaré —parecía sincero y nervioso—. Ahora que hemos acordado lo más importante, ¿el resto todo bien?

—Sí, pero ya le echo de menos.

—Normal, se acaba de ir.

—Ya. Siempre me pongo un poco triste después de unos días con mi familia... me parece que hoy me espera una noche de helado de chocolate.

—¿Qué os pasa a las chicas con el helado de chocolate?

—También puedo consolarme con otras cosas —sugerí con tono sexy.

—Mmm, siempre consigues sorprenderme. ¿Qué otras cosas tienes?

—Eso te lo contaré cuando te conozca mejor. Es un tema... todavía no...

—Solo quería tener una imagen que disfrutar esta noche.

—¿Serás...? No digas esas cosas que... —solté una carcajada muy poco femenina. Estaba roja como un tomate, menos mal que no podía verme.

—He conseguido que te rías. Ese era mi objetivo. Ahora espero que no necesites tanto helado. No puede ser bueno. Mucho mejor las otras cosas, siempre que me tengas presente en tus pensamientos.

—Ya veremos. Puede que piense en algún actor famoso... mmm, o un miembro de tu grupo.

—¡Ey! Ese es — — — golpe bajo. No puedes — — —al grupo en — — —.

—Te oigo muy mal. Creo que es porque me meto en el metro. Hablamos luego.

—Vale. Yo tamb — — —oigo mal —consiguió decir antes de que la comunicación se cortara.

Lo había conseguido otra vez; él solito me había alegrado el día. No iba a tomar casi helado porque la añoranza había desaparecido pero sí utilizaría las otras cosas, iba a pensar en él y a pasar un buen rato con vistas a su cita del viernes. Solo esperaba que Vic no llegara muy pronto.

Realmente estaba pillada como me había dicho mi hermano. Todavía no estaba enamorada, eso era demasiado, pero si tenía muchas ganas de pasar tiempo con él y llegar a más. Así, no pude dejar de pensar en él esa noche y por la mañana desperté con una sonrisa recordando mi excitación de horas antes. Mientras hacía el desayuno mi cara de radiante felicidad se reflejó en el frigorífico. Me quedé mirando ese reflejo pensativa. Me veía distinta, con mejor cara, y no era debido a muchas horas de descanso sino a mi estado de ánimo. Un estado de ánimo que variaba en gran medida al ritmo de mis contactos con Alex, que ocupaba gran parte de mis pensamientos diarios. Pero esos pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de mi móvil.

Alex: “¿Has pensado en mí?”

Yo: “¿Cuándo?”

Alex: “Ya lo sabes ¿Quieres que lo escriba?”

Yo: “No y sí.”

Alex: “¿No lo sabes y sí quieres que lo escriba?”

Yo: “No quiero que lo escribas y sí he pensado en ti”

Alex: “Me alegro. Yo también”

Yo: “¿Tú también qué?”

Alex: “Pensé en ti anoche”

Yo: “Esto no es bueno”

Alex: “¿El qué?”

Yo: “Calentarse de esta manera”

Alex: “Yo creo que sí”

Yo: “Tengo que ir a trabajar y no sé si voy a poder concentrarme”

Alex: “Peor es lo mío. Sabes que los hombres tenemos difícil ocultarlo.;)”

Yo: “Tú te lo has buscado”

Alex: “Y tú me has ayudado”

Yo: “Pasa un buen día. Nos vemos mañana”

Alex: “Hasta mañana”

El día pasó rápido aunque estuve bastante desconcentrada en los talleres de la tarde. No tuve ningún mensaje más, seguramente trabajaba hasta tarde y no podía.

Tras pasar una cena tranquila con Vic, que no paraba de hablar de su cliente, me fui a la cama cansada y soñé con Alex. No necesité ninguno de mis juguetitos para excitarme en sueños y despertarme en mitad de la noche toda acalorada.

* * * *

Pasé la mañana del viernes feliz ante la expectativa de mi cita con Alex. Vic me había dicho esa mañana que intentaría forzar una salida con su “nuevo cliente buenorro” y podíamos quedar los cuatro. No era una idea que me volviera loca pero cuando Vic quería algo era difícil negárselo.

Durante la hora del descanso me separé de mis compañeros de trabajo y me senté en una mesa apartada con un libro en la mano. Poco antes de pagar la cuenta y volver a la oficina, mi móvil vibró sobre la mesa.

—¿Hola?

—Hola, Andrea

—¿Qué tal? ¿Ya has decidido dónde quedamos?

—Pues...

—¿Qué pasa?

—Tenemos un contratiempo en el trabajo y...

—Vale, sin problemas. Lo dejamos para otra vez —contesté sin pensar, antes de que notara la decepción en mi voz.

—Eres increíble ¿tan pronto te rindes?

—¿Preferirías que te gritara?

—No, pero parece que te da igual —contestó decepcionado.

—Eras tú el que insistía, si no quieres lo dejamos y seguimos nuestras charlas a distancia.

—Ahora sí parece molesta, menos mal —declaró con algo de esperanza —. Yo también estoy molesto, me habría gustado mucho verte esta noche. Llevo dos días esperándolo.

—Creo que lo deberíamos dejar. Son las señales, ¿no lo ves? Nos dicen que debemos ir más despacio.

—No creo en eso de las señales y no te vas a librar de mí tan fácilmente.

—No he dicho que quiera librarme.

—De acuerdo, entonces quedamos mañana.

Pero qué estaba diciendo. Había anulado la cita de esta noche y ya quería fijar otra cita para el día siguiente. ¿Tan pronto? No parecía buena idea.

—No puedes negarte, Andrea —insistió al notar mis dudas.

—Pero...

—Por favor —suplicó.

—Vale.

—Nos vemos mañana al mediodía en la librería del otro día —indicó contento sin dar lugar a una negativa por mi parte, aunque después pareció recordar lo poco que me gustaban las órdenes—. No estoy mandando, solo sugiriendo un punto de encuentro al que no te puedas negar.

—De acuerdo. Seré la que tenga la cara roja como un tomate —aludiendo a mi vergüenza.

—Me acuerdo perfectamente de tu cara, seré capaz de reconocerte.

—Entonces... hasta mañana.

Colgué con una sonrisa pensando en mi nueva cita. Hablar con Alex era muy fácil y necesitaba aclarar lo sucedido la noche del hotel. Todavía permanecí un rato en la cafetería pensando en esta extraña relación antes de comenzar el camino a la oficina, mis compañeros se habían ido un rato antes y no quería llegar mucho más tarde.

* * * *

Nuestra reunión de compañeras de universidad se había fijado para el fin de semana siguiente y pasaríamos los dos días en un albergue de un pueblo no

muy lejano a Oxford. Toda la planificación corrió a cargo de Vic que parecía la que más interés tenía por reunirnos, las demás íbamos a la aventura ignorando sus planes pero preparadas para cualquier sorpresa por parte de nuestra díscola compañera. Todavía quedaban siete días; estaba impaciente.

Al llegar a casa por la tarde me di cuenta de que todavía no había hablado con Anne desde mi llegada hacía dos semanas. Era con la única que no había hablado y quería hacerlo antes de nuestra reunión.

—¿Hola? ¿Anne?

—Sí soy yo.

—Soy Andrea. ¿No me reconoces?

—¡Hola! Es que hace tanto tiempo que no hablamos... ¿Cómo estás? Me dijo Vic que ya estabas en Londres pero no he tenido ni un segundo libre.

—Estoy bien ¿y tú?

—También bien... —parecía un poco apagada.

—¿De verdad?

—Sí, claro.

—Bueno. ¿Y Paul? ¿Ya os habéis casado?

—Paul está bien y no nos hemos casado aún. ¿Te crees que lo haríamos sin invitarte?

—Espero que no.

—No sabía que tenías esa opinión de mí —reprochó bromeando.

—Es que como lleváis media vida pensaba que era lo lógico.

—Ya, claro... por cierto, hoy hemos venido Paul y yo a Londres a algunos recados y estábamos pensando en quedarnos esta noche. ¿Te apetece salir?

—Pues no sé...

—Venga será divertido.

—¿No prefieres estar a solas con él?

—Como tú has dicho llevamos media vida y a ti te veo muy poco.

—Vale, pero como se te ocurra dejarme de sujetavelas...

—Ya sabes que no.

Mi primera opción para pasar la tarde había sido una cita con Alex. La segunda fue ver una película sola sentada en el sofá con un gran cuenco de palomitas entre mis piernas. Incluso estaba preparada para ello antes de llamar a Anne. Ahora se presentaba una tercera opción, salir con mi amiga y su novio. No estaba segura de que me apeteciera meterme en un bar atiborrado de gente, con la música a todo volumen, pero tampoco estaba cansada y ese plan sería lo mejor para despejar mi mente. Al final, me dejé liar por Ann.

Esta vez no le costó mucho convencerme. Me apetecía verles y, si íbamos a un sitio tranquilo podíamos ponernos al día. Conocía a Paul de un par de veces que había venido a visitarla a la residencia de la Universidad y era un chico muy simpático, algo formal para mi gusto pero ideal para Ann.

Una vez arreglada y tras haber llamado a Vic para avisarle de que no iba a estar en casa, salí por la puerta y me dirigí al hotel donde se alojaba la pareja más estable que había conocido en mi vida. Además, Vic me había dicho dónde iba a estar por si nos pasábamos y así me presentaba a Ander, por el cual ya empezaba a tener cierta curiosidad.

* * * *

Cuando llegué a la entrada del hotel, ambos me esperaban mirando a lados opuestos de la acera, sin siquiera rozarse. Algo estaba pasando, no me había creído ni por un momento la afirmación de Anne de que todo iba bien. Su actitud no era la de siempre, no se tocaban las manos, no se miraban con complicidad, parecían casi desconocidos.

—¡Hola! ¡Cómo me alegro de veros!

—Hola Andrea —dijeron ambos a la vez al tiempo que nos dábamos besos y abrazos.

—¡Estás genial! ¿Verdad Paul?

—Sí, estás guapísima.

—Oye, no lo digáis como si fuera una sorpresa. ¿Es que alguna vez estaba fea?

—Claro que no, tonta, solo que se te ve mejor que antes.

—Es que he decidido arreglarme un poco para estar a vuestra altura.

—Siempre hemos estado a la misma altura —intervino Paul, siempre tan formal y educado.

—Bien, ¿dónde vamos? —me coloqué en el medio agarrando un brazo de cada uno.

—El conserje nos ha recomendado un bar cercano —comentó Paul con una sonrisa.

—¿Pues a qué esperamos? —me volví hacia Anne—. ¿Qué me cuentas del restaurante? Viento en popa ¿no? Siempre he tenido plena confianza en ti.

Durante algo más de una hora entre los dos, más ella que él, me pusieron al corriente de los contratiempos que se habían encontrado al abrir el restaurante. Mientras hablaban de su negocio me di cuenta de que la situación tensa del

inicio había desaparecido y dio lugar a las personas que conocía desde hace tiempo. Suspiré aliviada, no quería verlos enfadados o tristes o... lo que fuera. Luego empezaron a preguntarme por mi vida, mi trabajo, mis relaciones... y yo les conté con detalle mi trabajo, con menos detalle mi vida con amigos y familia, y con muchísimo menos detalle mi relación con Alex. También les conté que Vic había quedado con un cliente que le gustaba mucho y que esperaba que fuéramos a verles.

No paramos de hablar hasta llegar al bar dónde estaba Vic. Una vez dentro tardamos unos segundos en localizar a nuestra amiga, sentada en un taburete de una mesa alta del rincón, con la mirada fija en sus manos apoyadas sobre la mesa. Fuimos a saludarla extrañados de que estuviera sola y pensativa.

Mientras se acomodaban emprendí mi tortuoso camino hacia la barra a por las copas. Paul se había ofrecido a ir pero prefería dejar que hablaran. Aunque sortear a las personas que bailaban no era mi fuerte, tras esquivar a dos hombres medio borrachos que intentaron hacerme bailar bien agarraditos, conseguí llegar a mi destino resoplando. Hasta ese momento no había podido mirar con claridad hacia la barra y fue entonces cuando le vi, observándome de arriba abajo.

—Hola —parecía contento de verme.

—Hola Alex ¿Qué haces aquí? ¿No estabas con alguien del trabajo?

—Y lo estoy —seguía sonriendo, con los ojos brillantes, bebiendo de una copa de la barra—. Está allí, en una mesa —señaló en la dirección de donde venía yo—. Estoy esperando que me pongan su copa.

—Yo he venido con unos amigos —no sabía muy bien qué decir. Me había sorprendido verle allí y estaba nerviosa por ser la primera vez que nos veíamos con más calma desde lo ocurrido en el hotel. El encuentro en la calle, del brazo de su hermana, no podía tenerse en cuenta porque tan solo fueron unos minutos y acompañados, no pudimos hablar.

—¿Y te han encargado a ti las copas? ¡Qué poca caballerosidad! He visto como te mueves entre las masas y te podía haber pasado de todo.

—Supongo que me hubieras socorrido ¿no? —la sonrisa no se iba de mi cara. La noche había mejorado de forma espectacular. Me había dejado convencer para una salida tranquila con mis amigos y ahora estaba junto al hombre que ocupaba mis pensamientos desde hace unos días.

—Creo que con los tíos no has tenido problemas, los has rechazado sin pestañear, pero los empujones son otra cosa. Me gustará comprobar cómo llevas dos copas sin derramarlas.

—Eh —le dí un empujón en el brazo —no te rías de mí. No soy un experimento.

—Es solo curiosidad —añadió divertido, acercando su cara—. Además, me gusta observar cómo te mueves.

—Hablando de caballerosidad, ni siquiera te has ofrecido a ayudarme —volví al tema anterior sintiéndome acalorada.

—No puedo, yo ya tengo mis copas —se dio la vuelta para cogerlas—. ¿Sigue en pie lo de mañana?

—¿Qué sigue en pie? —Vic se había acercado a la barra e interrumpió la conversación intrigada—. ¿Ya os conocíais? ¿Ander?

¡No! ¿Este era Ander? Pero... no me lo podía creer. ¡Qué mala suerte! Otra vez las dos atraídas por el mismo chico, como en la Universidad. Mi cara debía ser un poema porque Alex no me quitaba ojo, sonriendo perplejo, sin decir nada.

—¿Andrea qué pasa? —me preguntó mi amiga.

—Sí que conozco a Andrea. ¿Por qué?, ¿tú también? —intervino él en mi ayuda al ver que era incapaz de formular una frase.

—Claro. Es una de mis mejores amigas, compartimos habitación en la Universidad y ahora está en mi piso. Pero nunca me ha hablado de ningún Ander. ¿Andrea? —Vic me estaba pidiendo explicaciones.

—Yo... es que...

—Eso es fácil. En la Universidad, Alejandro se transformó en Alexander y luego se acertó hasta Ander, pero mi familia y amigos más cercanos me llaman Alex —continuó ajeno a nuestros pensamientos—. ¿Te ha hablado de algún Alex?

Al oír ese nombre fue Vic la que se puso pálida. Yo no sabía dónde meterme mientras ella hilaba todas nuestras conversaciones.

—Sí, me ha hablado de ti —contestó mi amiga en tono serio.

—Vic... yo...

—Déjalo Andrea, no importa —se dio la vuelta y desapareció entre la multitud.

—¿Qué ha pasado? No lo entiendo. ¿No es tu amiga? ¿Por qué se va?

—Nada, es solo un malentendido. Venga coge tus copas y vamos a la mesa.

Cuando por fin llegamos, Vic se había ido y Alex me miró extrañado de que le hubiera plantado sin despedirse. Intentando quitar tensión al momento, le presenté a Anne y Paul que lo escutaron con curiosidad y no pararon de hacerle preguntas. Yo seguía a duras penas la conversación, mientras mi

cabeza no dejaba de darle vueltas al hecho de que Alex y Ander eran la misma persona. Es cierto que sabía que ambos representaban un grupo de música pero nunca hubiera pensado que las dos habíamos caído en el embrujo del mismo hombre. De hecho, yo la había animado a lanzarse con Ander sin tener siquiera una ligera sospecha de que eran la misma persona.

En realidad yo no tenía la culpa de nada; le había hablado de Alex mucho antes de que ella le conociera, pero algo dentro de mí me decía que nuestra amistad se iba a ver dañada y eso me entristecía. No era la primera vez que nos gustaba la misma persona. Había pasado con John y no fue fácil.

Cuando salimos del bar la parejita se despidió y se alejaron paseando cogidos de la mano en dirección a su hotel. Alex aprovechó ese momento para mirarme preocupado y se ofreció a acompañarme a casa.

—Me encantaría pero creo que es mejor que no.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Nada... mi amiga...

—Andrea, nunca hemos tenido problemas para hablar. Dime qué ha pasado.

—Es que... no sé si a Vic le hará gracia que te lo cuente.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Vale, acompáñame un rato —consentí para cambiar de tema.

Era un asunto delicado y no deseaba hablar de los sentimientos de mi amiga; no me creía con derecho a ello. Durante varias manzanas no pronunciamos ni una palabra, hasta que él no pudo esperar más. Me agarró del brazo para colocarme frente a él.

—Andrea, dime qué pasa. ¿He hecho algo que ...

—Tú no has hecho nada —le interrumpí—. Yo le he hablado de ti. De nuestros mensajes, de nuestra noche en Nueva York, de nuestro encuentro en la calle...

—Vale, eso es normal, yo también le he hablado de ti a algún amigo ¿y qué? Ella no es... Ahh, ¡mierda! —ahora se había dado cuenta y no parecía entusiasmado con la idea.

—Sí, ahh.

—Pero yo no he hecho nada; no le he dado pie a... Solo es una colaboración laboral.

—Lo sé. A Vic no hace falta darle pie —me giré y continuamos caminando—. No es que se haya enamorado pero...

Seguíamos caminando uno al lado del otro con las manos metidas en los

bolsillos de los abrigos. Nos quedamos en silencio hasta la siguiente esquina, él mirándome fijamente y yo mirando al suelo sin saber exactamente qué decir.

—Vale, no hablemos más de Vic —exclamó de forma repentina deteniendo el paso un momento—. ¿Y tú? ¿Qué piensas tú?

—Todavía no lo sé —me detuve para mirarle a la cara—. Estoy triste; ella estaba emocionada por que te conociera. Me dijo que ni se me ocurriera no pasar. En cierto modo creo que quería mi aprobación o darme envidia.

—Me estás haciendo sentir un poco incómodo. No creo que yo sirva para dar envidia.

—Eras tú el que quería que te contara...

—Lo sé, estaba preocupado por tu cambio de actitud. Ahora solo quiero que me digas si nosotros estamos bien, si podré seguir contando con nuestras conversaciones y si podré volver a verte.

—Esto es más complicado de lo que piensas. Ya nos ocurrió en el pasado y...

No me preguntó por ello. Nos volvimos a quedar en silencio durante unos minutos mientras caminábamos de nuevo en dirección a mi casa. Y el silencio duró hasta que llegamos a una manzana de mi destino.

—Hasta aquí me puedes acompañar. No quiero que te vea conmigo. Necesito hablar con ella a solas.

—De acuerdo —me dio dos besos en las mejillas—. ¿Sigue en pie lo de mañana?

—Quiero hablar primero con ella. ¿Te mando un mensaje más tarde?

—Andrea, en realidad no depende de ella sino de ti. ¿No? —se le notaba nervioso, pasándose la mano por la nuca.

—Pero no quiero...

—Te aseguro que yo nunca habría dejado que fuera a más. Si no llegas a estar tú, se hubiera llevado un chasco igualmente esta noche, pero en ese caso se habría enfadado conmigo no contigo —afirmó seriamente sin atisbo de duda, mirándome fijamente con aquellos ojos color caramelo.

—De acuerdo, mañana nos vemos —confirmé nuestra cita después de unos segundos.

Me di la vuelta, caminé deprisa el tramo que faltaba hasta el portal de mi amiga, notando su mirada a mi espalda, y subí las escaleras sin descanso preparándome para el enfrentamiento.

* * * *

No había nadie en casa. Vic no había vuelto; todo estaba como cuando salimos por la tarde, así que ni siquiera había pasado por allí.

Encendí la televisión y me dispuse a esperarla pacientemente en el sofá del salón. Cuando ya llevaba media hora y me estaba quedando dormida mandé un mensaje a Anne a ver si podíamos hablar un rato. Era tarde y no sabía si estaba dormida. Su llamada no se hizo esperar.

—¿Qué tal? ¿Lo habéis arreglado?

—No. Vic está desaparecida.

—¿Cómo que desaparecida?

—No ha vuelto y no contesta mis mensajes ni mis llamadas.

—¿Y dónde puede haber ido?

—Y yo qué sé, tendrá un montón de amigos —grité desesperada.

—Vale, tranquilízate. Seguro que no pasa nada —su voz relajada consiguió calmarme un poco—. Cambiando de tema. ¿Ese era tu Alex? No me habías dicho que estaba bueno. ¿No te parece una característica importante?

—Oye, que estábamos con Paul. Si hubiéramos estado solas quizás te habría dado más detalles.

—Ya, seguro —puso en duda y se quedó callada dos segundos—. Parece que le gustas.

—¿Y tú qué sabes? Si casi no le has visto.

—No me ha hecho falta mucho tiempo. Se nota enseguida. Estaba preocupado por ti y no dejaba de mirarte.

—¿Si?

—¿Le volverás a ver?

—Hemos quedado mañana.

—¡Bien! Es lo que tienes que hacer... y no te preocupes por Vic, se dará cuenta de que no ha sido culpa de nadie. ¡Pásalo bien mañana!

Cuando colgué me quedé pensando en lo que Anne había sugerido. ¿De verdad que le gustaba? Suponía que sí porque insistía en quedar conmigo pero eso no quería decir que hubiera un interés más allá de una preciosa amistad ¿o sí? Habíamos terminado en una habitación de hotel por lo que la atracción sexual era patente. Pero también habíamos tenidos unas largas charlas durante los últimos meses y, en ese momento, esperaba nuestra cita del día siguiente con expectación más por la charla que por la posibilidad de un excitante encuentro sexual. Eso quería decir que a mí también me gustaba pero ¿cuánto?

Yo: "No está. No sé cuando vendrá"

Alex: “¿Estás bien?”

Yo: “Sí. Mañana nos vemos y hablamos.”

Alex: “Vale. En la librería a las 12”

Yo: “Vale. Buenas noches”

Alex: “Felices sueños”

Me quedé mirando el teléfono, el medio en el cual se habían basado casi todas nuestras conversaciones. Le había conocido a través de Tinder y hasta nuestro encuentro en Nueva York no había oído su voz, siempre mensajes. Cuando esa noche al coger el móvil para escribirle un mensaje, observé que la distancia que nos separaba era de menos de cinco kilómetros, el corazón me había empezado a latir con fuerza. Descubrir que se encontraba cerca del bar donde celebraba mi despedida... ¿Pero por qué las veces que nos habíamos encontrado en Londres mi móvil no me había avisado?

Busqué entre las aplicaciones y descubrí que no estaba; la había desinstalado. ¿Cuándo? ¿Cuándo fue la última vez que la utilicé para buscar pareja? Debía de ser al menos cuatro meses antes, ya que una vez encontré a Alex, no volví a “ojear” el resto de posibilidades, solo mensajes entre nosotros.

En realidad la última vez que hice una consulta a la aplicación fue precisamente cuando me constaté que Alex estaba cerca. Después empezamos a utilizar el wasap y no volví a entrar en la aplicación de relaciones; ya no le veía sentido.

Definitivamente, algo pasó esa noche que decidí eliminar la aplicación. ¿Qué pasó? Mañana por fin lo iba a saber, se lo preguntaría directamente a Alex.

Capítulo 5

Sin bolso por la calle

A la mañana siguiente me sentía muy mal. No había descansado nada dándole vueltas a lo ocurrido en el bar y sopesando la afirmación de Anne acerca del interés de Alex por mí. No podía creer que Alex y Ander fueran la misma persona. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? Ya me había imaginado en una doble con mi amiga, todos felices como en los finales de las películas de Walt Disney. Y toda esa burbuja había explotado dejando ver la realidad de la vida en el mundo. Siempre surgía algún detalle que dificultaba ese final feliz, lo alejaba en el tiempo o lo hacía desaparecer.

Intenté descansar un poco más pero me fue imposible con la cabeza llena de pensamientos negativos. Cuando por fin me levanté de la cama, todavía no tenía noticias de Vic y empezaba a estar muy preocupada. Mientras estaba en la ducha oí ruidos en su habitación, continua a la mía. ¿Había llegado? ¿Qué eran esos ruidos? ¿Qué estaba haciendo? Me di prisa en terminar para poder hablar con ella pero antes de salir de mi habitación tapada con la toalla oí la puerta de la entrada que se cerraba con un fuerte portazo.

Entré en su habitación, donde parte de sus cosas estaba desperdigada por la cama. Deduje que había ido solo para recoger algo de ropa pero no pensaba volver pronto. ¿Por qué no me daba la oportunidad de hablar? No me lo podía creer; se había ido sin cruzar una palabra y no tenía ni idea de dónde iba a estar.

Furiosa e indignada con su actitud, cogí el teléfono.

Yo: "Por favor, vuelve y hablamos"

Esperé unos minutos y no obtuve respuesta.

Yo: "Vic tenemos que hablar"

Otra vez sin respuesta. Los ticks azules me indicaban que había leído ambos mensajes pero el tiempo transcurrido sin respuesta dejó claro que no tenía intención de contestar. Ya no podía hacer más. Solo me quedaba esperar a que entrara en razón y no echara por la borda nuestra amistad por un malentendido.

Conseguí minimizar mi decepción por su actitud centrando mis

pensamientos en mi inminente cita; quedaban menos de dos horas y todavía no había elegido qué iba a ponerme. Abrí las puertas del armario de par en par para poder ver fácilmente toda la ropa que había traído de Nueva York. No tenía gran cosa pero, gracias a la insistencia de Vic, había un par de vestidos... ¿o era mejor ponerme unos vaqueros y restarle importancia a la cita? También podía estar guapa con unos simples vaqueros ¿no?

Al cabo de una hora estaba saliendo por la puerta con uno de mis vestidos preferidos, ligeramente maquillada y con una gran sonrisa que delataba mi estado de ánimo. Iba a ser nuestra primera cita y quería sentirme guapa. Bueno, no era la primera, estaba la cita espontánea en nueva York, pero esta era premeditada y eso demostraba un mayor interés.

Al abrir el portal me dí cuenta de mi falta de previsión y tuve que volver a subir para coger un paraguas. ¡Maldito tiempo! ¿Era mucho pedir una cita con sol para poder pasear con libertad?

* * * *

A paso ligero me dirigí caminando hacia el centro. Había dedicado más tiempo de lo que pensaba a la elección de mi atuendo y me quedaba el tiempo justo para llegar a la puerta de la librería. Estaba mirando nerviosa la hora en el móvil, nunca llevaba reloj de pulsera, cuando noté un fuerte tirón y la correa del bolso se rompió. Tarde un segundo en comprender lo que había pasado y darme la vuelta para ver correr a un chico con mi bolso agarrado. Con el paraguas en una mano y el móvil en la otra, me quedé alucinada sin saber qué hacer. Nunca me habían robado antes y tenía que ocurrir justo en ese momento. Tras mi momento de shock, giré entorno a mi misma buscando ayuda y gritando que me habían quitado el bolso. Nadie parecía entenderme, probablemente porque instintivamente lo dije en español, pero conseguí atraer la atención de una pareja de policías que se acercó desde la entrada de un parque.

—¿Qué pasa señorita?

—Me acaban de quitar el bolso... he sentido un tirón y ya no estaba — grité alterada.

—Cálmese por favor, me llamo Henry, ¿y usted? —dijo suavemente para tranquilizarme.

—Andrea.

—Bien, Andrea, ¿ha visto quién se lo ha llevado?

—No le he visto la cara. Cuando me he girado solo he visto su nuca pero

llevaba mi bolso agarrado con el brazo —contesté recuperando poco a poco mi compostura.

—¿Hacia dónde fue?

—Hacia allí —señalé la dirección por donde había visto alejarse al ladrón.

—James, ¿vas revisando la vía mientras tomo declaración a la señorita?

—No esperó a que su compañero se alejara para continuar el interrogatorio y apuntar las respuestas en su libreta—. ¿Qué llevaba dentro del bolso?

—¿Cómo?

—¿Qué llevaba... —Su voz era segura y pausada, generando gran confianza.

—Le he oído perfectamente pero no recuerdo exactamente todo lo que llevaba. Le puedo decir que el móvil lo tengo en la mano pero... documentación, dinero, llaves...

Mientras escribía mis respuestas, pude fijarme en que su aspecto no se correspondía a la imagen que tenía de la policía, sino todo lo contrario. Era joven, atractivo, y se notaba que hacía ejercicio. Debía haber ingresado en la policía poco tiempo antes, por eso era tan sumamente amable, todavía seguía con la ilusión de los novatos y su carácter no se había agriado con el paso de los años. Mis pensamientos se vieron interrumpidos por su voz.

—¿Qué aspecto tiene el bolso?

—Es pequeño, de ante marrón, con un cierre dorado...

—Vale, con esto es suficiente. ¿Está más tranquila?

—Sí, pero... no sé qué hacer sin mi documentación. Voy a tener que... — Dejé la frase sin terminar pensando en todos los trámites. Solo estaba en Londres de forma temporal y debía solicitar un nuevo pasaporte antes del viaje de vuelta. Además, tendría que anular las tarjetas de crédito, pedir nueva tarjeta de acceso a las oficinas... Menos mal que mi banco tenía oficinas aquí pero estaría cerrado hasta el lunes, tendría que aguantar dos días sin dinero. Y ¿cómo iba a entrar en casa?

—Vamos paso a paso. —El pobre Henry estaba observándome preocupado ante mis cambios de expresión—. Lo primero es venir a la comisaría a firmar la denuncia. No está lejos de aquí.

—¿Ahora?

—Cuanto antes lo haga mejor por si utilizan sus tarjetas o su identificación en alguna infracción de la ley. Además, con la denuncia podrá agilizar los trámites del pasaporte.

—Por favor, Henry, no me trates de Usted, me hace sentir vieja.

—No lo pretendía...es lo habitual.

—Pues no para mí—. Suspiré mirando en la dirección por la que se había alejado el otro policía.

—No te preocupes más. Estos pequeños robos pasan a menudo y se resuelven fácilmente en muchos casos.

—Pues a mí es la primera vez que me pasa —murmuré mirando al suelo pensativa.

—¿De dónde eres? —estaba claro que Henry quería distraerme.

—Soy española, pero estudié aquí y llevo viviendo en Nueva York cinco años.

—Pues Nueva York tampoco es una ciudad muy segura.

—Lo sé, a varias de mis amigas les han robado pero a mí nunca, y es una experiencia que me hubiera ahorrado gustosamente.

—¿Cuánto tiempo llevas en Londres?

—Casi dos semanas. Estoy haciendo una formación para mi empresa y me quedaré dos meses.

—Entonces a lo mejor nos vemos otra vez por aquí. Siempre hacemos la ronda por los alrededores de los dos parques —me indicó con la mano toda la zona—. No sé por qué pero los ladrones actúan con más frecuencia por ahí.

—Ya estoy aquí —interrumpió su compañero—. En las dos manzanas no he encontrado nada. No me he alejado mucho para poder ir a poner la denuncia cuanto antes. Luego, podemos volver tú y yo, Henry, a mirar un poco más allá.

—Vale, entonces vamos.

Caminé junto a ellos hacia la comisaría. James cumplía con mi imagen inicial, hombre de edad avanzada, bastante más seco al hablar, de aspecto algo descuidado y cuerpo no tan atlético. Hacían una pareja curiosa, a la que observé intrigada durante todo el paseo hasta sus oficinas.

Mientras esperaba en las sillas de la recepción, me fijé en todas las personas de la estancia. Algunos estaban sentados como yo esperando pacientemente su turno, otros pasaban rápidamente de un lado a otro con papeles en la mano, y había un hombre que hablaba algo alterado a la pobre recepcionista que parecía no poder ayudarle. Detrás de él estaba una mujer que se mantenía discretamente en un segundo plano, sin hablar y mirando al suelo ¿Qué les habría pasado? El hombre parecía realmente enfadado y la recepcionista cogió el teléfono para avisar a alguien. Al poco rato vino un

policía de uniforme y se hizo cargo de la situación, indicando a la pareja que le siguieran por una puerta. Ese fue el suceso más relevante ocurrido durante mi espera.

La ausencia de sus gritos, con el consiguiente casi silencio recién instaurado, me recordó que no había avisado a Alex de mi tardanza. ¡Menos mal que llevaba el móvil en la mano!

Personas con papeles en la mano, suponía que trabajadores de la comisaría, seguían cruzando la estancia de un lado a otro y deteniéndose frente al mostrador en algunos casos, sin que ninguno de ellos pareciera darse cuenta de mi presencia. Me concentré en mi teléfono y prácticamente no oí nada más.

Yo: “¿Hola?”

Alex: “Ya era hora ¿Dónde estás?”

Yo: “No voy a llegar”

Iba a seguir con la explicación de lo ocurrido cuando me llegó otro mensaje.

Alex: “¿Así que me das plantón?”

Yo: “Deja que te explique”

Alex: “No importa, ya veo”

Su mensaje me llegó antes de poder continuar con mi explicación. Parecía algo enfadado y seguramente pensaba que no iba a ir por lo ocurrido con Vic. Queriendo justificarme lo antes posible para que no se enfadara más, terminé mi mensaje y lo envié.

Yo: “Estoy con la policía. Me acaban de robar el bolso por la calle”

Tardó un poco en contestar; parecía no encontrar las palabras adecuadas. La palabra escribiendo aparecía y desaparecía en mi pantalla.

Alex: “Perdona, había pensado muy mal de ti. Esa es una excusa... indiscutible”

Alex: “¿Estás bien?”

Yo: “Sí, pero no podré llegar hasta dentro de una hora.”

Alex: “No puedo esperarte tanto tiempo. Es el cumpleaños de mi padre y salgo para la finca en breve”

Alex: “Quería verte antes para aclarar las cosas entre nosotros”

Alex: “Vuelvo mañana por la tarde”

Yo: “¿Seguro? No me estarás dando calabazas tú por haberte hecho esperar ¿verdad?”

Alex: “No suelo inventarme excusas”

Yo: “Bueno... pues pásalo bien”

Alex: “Espero que sea leve y puedas volver a casa lo antes posible”

Yo: “No creo; no sé qué voy a hacer sin dinero ni llaves de casa. No sé dónde ir.”

Alex: “Ven a la librería. Te dejo un paquete a tu nombre con un regalito dentro.”

Yo: “No quería darte pena. No te preocupes.”

Alex: “No me das pena, me sabe mal no poder quedarme contigo. Además, no voy a permitir que vagues por las calles sin poder cobijarte con el tiempo que hace. Si necesitas donde dormir avísame, un amigo dirige un hotel.”

Yo: “Muchas gracias. Te debo una”

Alex: “De eso nada, es puro egoísmo: necesito que estés bien cuando vuelva ¿Nos vemos mañana? ;)”

Yo: “Sí, claro”

Alex: “¿Te paso a buscar? Te avisaré cuando esté volviendo.”

Yo: “Vale”

Alex: “Me hubiera gustado verte antes de irme.”

Yo: “A mí también”

Después de arreglar la denuncia, el agente Henry me aseguró que me informarían por teléfono de cualquier avance en la recuperación de mi bolso y su contenido. Le agradecí toda su ayuda y salí corriendo en dirección a la librería. Como me había dicho por teléfono, Alex había dejado pagado un libro y dentro había colocado un sobre con dinero suficiente para comer, pasar la tarde, cenar, desayunar... era bastante más dinero del que esperaba.

Yo: “Eres increíble. Muchas gracias. Hasta mañana.”

* * * *

Al salir de la librería, un poco más tranquila y aceptando mi situación, me di cuenta del hambre que tenía por el rugido emitido por mi estómago. Deseando soltar el paraguas y descansar sentada frente a un buen plato de sopa caliente, me metí en el primer restaurante que encontré con un menú asequible.

Una vez sentada decidí llamar a Anne para ponerla al corriente de lo ocurrido. Seguro que estaría esperando ansiosa mi informe sobre la cita con Alex.

—Hola, soy yo

—Hola, Andrea, estaba esperando noticias. Venga cuéntame todo.

—Al final no he podido ver a Alex.

—No me digas que te has echado atrás por lo de Vic.

—No, no es eso. Es que cuando estaba de camino me han robado el bolso y he tenido que quedarme con la policía.

—¿Qué? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Me han dado un tirón. Yo estoy bien pero se llevaron el dinero, las llaves...

—¡Vaya! ¿Necesitas algo?

—Ya no. Hablé con Alex y me ha dado dinero.

—¿Pero no decías que no le habías visto?

—Sí, me dejó un sobre dentro de un libro, lo tenía envuelto para regalo en la librería en la que habíamos quedado. Ahora estoy tomando algo y un poco más tarde intentaré volver a ponerme en contacto con Vic o ir a casa a ver si ya ha llegado.

—¿Todavía no tienes noticias de ella?

—¡Que va! No ha contestado a ninguno de mis mensajes.

—A mí tampoco. ¿Qué vas a hacer si no aparece esta tarde? ¿Tienes algún sitio donde dormir?

—No te preocupes, Alex me dijo que le avisara si tenía problemas. Tiene un amigo que dirige un hotel.

—¡Caramba con Alex! Ese chico es genial, no le dejes escapar.

—Yo no...

—Ya, tú no... pero estás coladita por él.

—¿Coladita yo? ¡Que va!

—Te gusta un montón, se te nota cada vez que hablas de él.

—Bueno, yo... te dejo que se me va a gastar la batería.

—Claro, cuélgame; con tal de no admitirlo.

—Adiós, Anne. Te llamo cuando sepa más —colgué sin dejarla despedirse.

¿Cómo podía pensar eso? Simplemente éramos amigos, buenos amigos, pero solo desde hacía poco más de tres meses. Sí, me gustaba hablar con él, incluso le añoraba cuando pasaba más de un día sin hacerlo. También me gustaban las sensaciones que sentía al verle y la tensión sexual. Esa misma mañana estaba completamente feliz por su cita y ahora... Ahora le echaba de menos, pero estaba contenta porque le vería al día siguiente. ¡Mierda! Era verdad que estaba coladita por él.

Después de comer me fui a una cafetería con intención de pasar varias

horas antes de dirigirme a casa. Con un café y un trozo de tarta en la mesa, cogí el libro que me había comprado. Era una novela de intriga, uno de los últimos bestsellers del mercado. La elección no estaba nada mal y me sumergí en su lectura. Pasé varias horas entre café y café, hasta que fue hora de volver a casa. De camino el móvil empezó a sonar.

—¿Sí?

—¿Andrea?

—Sí, soy yo.

—Buenas tardes, soy el agente Henry. Hemos encontrado tu bolso.

—¿Tan pronto?

—Sí, ha sido una suerte. Suponemos que el ladrón se quedó con el dinero efectivo, que es difícil de rastrear, y tiró el bolso dos manzanas más lejos. Si mi amable compañero hubiera caminado un poco más esta mañana lo habiéramos recuperado inmediatamente.

—¿Y el resto de las cosas están dentro?

—Parece que sí pero tienes que venir a identificarlo y comprobar el contenido. ¿Puedes acercarte a la comisaría ahora?

—Por supuesto. Voy para allá.

Casi me pongo a dar saltos de alegría. Ya había recuperado mi documentación y las llaves, y esperaba que estuvieran todas las tarjetas de crédito. Por fin había tenido un poco de suerte.

Tardé muy poco en llegar a la comisaría donde Henry me ayudó a realizar todos los trámites para recuperar mi bolso. Las tarjetas estaban dentro; podría disponer de dinero y devolverle el suyo a Alex. Menos mal que solo las había bloqueado durante 24 horas por si encontraban el bolso en ese tiempo. También estaban las llaves así que podría dormir en la que era mi cama desde hacía unas semanas.

Henry se portó tan bien que nos intercambiamos los números de teléfono para quedar antes de mi vuelta a Nueva York. No conocía a mucha gente en la ciudad y me pareció muy buena idea quedar con él la próxima vez que saliéramos de copas.

* * * *

Ya en casa, tras pasar a comprar algo de comida en un supermercado cercano, revisé cada habitación hasta comprender que Vic no había pasado por allí en todo el día. Después de una larga y relajante ducha más caliente de lo

normal, me puse ropa cómoda y preparé la cena en una bandeja para reponer fuerzas delante de la televisión, pero antes tenía que avisar a Alex de que no iba a necesitar la ayuda de su amigo.

Yo: “Ya tengo mi bolso, sin dinero efectivo pero con todo el resto. Estoy en casa, cenando delante de la tele. Nos vemos mañana. Pásalo muy bien.”

Alex: “¿Tan pronto? Me alegro. La próxima vez confiaré más en la policía de Londres. Pasa buena noche. Estoy deseando verte mañana.”

Apagué la televisión al terminar de cenar; la programación dejaba mucho que desear y la novela que me había comprado Alex me había dejado intrigada. Recogí la bandeja con rapidez, deseando continuar mi lectura, y en menos de una hora ya estaba en pijama dentro de la cama. No era mala opción pasar una noche tranquila en casa, desde que había llegado Vic no me había dejado en paz con sus charlas o sus salidas de amigos, además de la visita de mi familia. Tener una noche para leer era como un sueño.

Conseguí terminar un par de capítulos antes de sentir mis párpados pesados y notar cómo se me cerraban los ojos sin poder evitarlo. Las emociones del día me habían afectado y el estrés dio paso a la fatiga en cuanto me relajé lo suficiente.

Vic no volvió por la noche y tampoco respondió a los mensajes pero conseguí que no me preocupara tanto, al fin y al cabo, ella conocía a mucha gente allí y seguro que estaba bien. Yo no podía hacer más. Solo esperaba que en algún momento se presentara y accediera a hablar conmigo.

Capítulo 6

Curada de amnesia

Pasé la mañana del domingo repasando lo aprendido durante mi primera semana de formación en Londres. Los conceptos eran básicos pero la puesta en práctica era más complicada ya que había mil cosas que tener en cuenta. Nos habían avisado de que la semana siguiente haríamos prácticas por parejas en distintos equipos de sonido y estaba deseando empezar.

Al mediodía, volví a escribir un mensaje a Vic. Esperaba que viniera a comer y poder hablar tranquilamente pero según pasaban las horas me daba cuenta de que mi deseo no se iba a cumplir.

Cuando estaba en la cocina terminando de preparar una ensalada, recibí por fin una contestación

Vic: “Estoy bien. He pasado todo este tiempo con John... ha sido muy atento. Me quedo con él, no me esperes.”

¿Cómo que con John? ¿Muy atento? ¿Eso significaba que se habían enrollado? ¿En qué estaba pensando al quedarse con él? No entendía cómo podía irse con John cuando unos días antes coqueteaba con mi hermano y no paraba de hablar emocionada de su cliente favorito. No se podía pasar tan rápido de un extremo a otro. Mi amiga se había vuelto definitivamente loca pero su mensaje me había dejado claro que no debía seguir escribiéndola hasta su vuelta. Por lo menos estaba bien y me había vuelto a hablar.

Sentada en la pequeña mesa de la cocina, mientras comía mi ensalada, sentí un estremecimiento por todo mi cuerpo al pensar en mi cita con Alex esa misma tarde. Estaba deseando verle. El día anterior no habíamos conseguido vernos, y nuestros mensajes se centraron en mi robo como tema principal. Y yo tenía cosas que aclarar, cosas que para mí eran importantes.

Era increíble. Ni siquiera nos habíamos besado y estaba más nerviosa que una adolescente. ¿Cómo podía la expectativa de verle ponerme en ese estado de agitación? Era pensar en él y... notaba un ligero estremecimiento en mi estómago. Esa tarde debía dar algún paso para estrechar la relación porque no podía seguir con la tensión. Alex me atraía de verdad, más que ningún otro desde hacía mucho tiempo.

Mi teléfono vibró cuando estaba fregando. Al estar boca abajo no pude ver el nombre, pero tenía una ligera sospecha de quién podía ser y, emocionada, me sequé las manos lo más rápido posible.

Alex: “He salido hace un rato. Estoy poniendo gasolina. Llegaré en media hora.”

Yo: “¿En media hora? ¿Tan pronto? Tenías que haberme avisado antes.”

Alex: “¿Quieres que vaya más tarde?”

Yo: “Nooo pero casi no tengo tiempo de prepararme.”

Alex: “No necesitas prepararte, seguro que estás bien.”

Yo: “Bien no me parece bastante.”

Alex: “No sabía que eras tan coqueta.”

Yo: “No tanto ¿Dónde vamos a ir?”

Alex: “He pensado pasear y tomar algo.”

Yo: “Vale. Te espero”

Alex: “Voy”

Media hora era tiempo justo para ponerme otro de mis maravillosos vestidos, peinarme y maquillarme. Gracias a dios no me hacía falta una ducha, me había lavado el pelo la noche anterior. A penas terminé de colocarme un sencillo anillo de oro blanco y abrocharme la cadena del mismo conjunto, sonó el telefonillo. Tras comprobar que era él, cogí mi rebeca y mi bolso y volé escaleras abajo.

* * * *

Me esperaba apoyado en su coche parado en doble fila, con las manos metidas en los bolsillos, con la mirada pensativa fija en un baldosín del suelo. El sonido de la puerta al cerrarse tras de mí le hizo abandonar esa posición relajada y mirarme a los ojos.

—Hola —dije sonriendo a poca distancia de él.

—Hola ¿vamos? —contestó abriendo la puerta del copiloto.

—¿No íbamos a pasear?

—Primero tengo que dejar el coche en mi casa. No está lejos de aquí. Hay un parque al lado donde podremos caminar y hablar.

Sentada en su coche mirando por la ventana intenté aligerar el tenso silencio que se había instalado entre nosotros.

—¿No me llevarás a tu casa para aprovecharte de mí? —quería que sonara como una broma pero mis sentimientos me jugaron una mala pasada y pareció

más bien un coqueteo en toda regla. Me echó una mirada de reojo y volvió a fijar su vista en la calzada antes de contestar.

—Por mucho que pueda apetecerme, no me aprovecharé de ti si tú no quieres.

—Así que solo tengo que decirlo y te lanzarás sobre mí —esta vez le miraba directamente a él para ver todas sus reacciones—. Te tengo a mis pies ¿es eso?

—Yo no lo diría así —una sonrisa pícaro se estaba formando en su boca—. Algo se quedó en el aire en Nueva York y me gustaría...

—Sí, bueno... tenemos que hablar de eso.

—Espera que aparco y salimos.

Nos llevó solo cinco minutos dejar el coche en su garaje, subir en ascensor hasta el portal y salir en dirección al parque. Ni siquiera dejamos la bolsa de viaje en su piso, la abandonó en el maletero diciendo que luego se encargaría. Una vez en la calle me indicó la dirección hacia el parque y se situó a mi lado.

—¿Qué pasó esa noche? —le pregunté a bocajarro sin poder esperar más.

—¿Cómo que qué pasó esa noche? ¿No lo recuerdas?

—No, no me acuerdo, y no te rías que ya es bastante vergonzoso para mí.

—¡No lo puedo creer! El otro día pensaba que me tomabas el pelo diciendo que no te acordabas.

Mi cara debía reflejar a la perfección mi estado de ánimo y, al volver la esquina, aunque más tranquilo él parecía algo decepcionado mientras miraba mi rostro con preocupación.

—¿Te acuerdas por lo menos de haber quedado conmigo?

—Sí, de eso sí me acuerdo. Tengo claro que quería verte.

—¡Menos mal! —soltó un suspiro y continuó murmurando—. Por un momento he pensado que todo fue por los efectos del alcohol.

Me quedé callada sin saber qué contestar, esperando que continuara y mirando el suelo avergonzada. Pero permaneció en silencio, pensando. Cuando llegamos a la valla de entrada al parque decidí ser sincera.

—Recuerdo perfectamente que cogí el móvil para mandarte un mensaje y observé que estabas cerca, te escribí porque me apetecía mucho verte y viniste al bar donde estuvimos hablando junto a la barra.

—Umm —confirmó esperando que siguiera.

—No recuerdo salir del bar y mucho menos ir a tu hotel.

—Pues estabas peor de lo que pensaba —murmuró con sarcasmo.

—¿Hice algo de lo que deba arrepentirme?

—No. No hicimos nada —me tranquilizó.

—¿Qué? Pero si me desperté desnuda contigo —puse en duda su afirmación—. En tu cama, concretamente.

—Lo sé. Estaba allí, ¿lo recuerdas?

—No te burles y dime qué pasó.

—Vale. Te lo cuento —no estaba satisfecho de mis recuerdos—. Cuando salimos del bar, fuiste tú la que se empeñó en venir a mi habitación, habíamos pasado unas horas estupendas y a mí me pareció una buena idea. La verdad es que no suelo irme con las chicas que acabo de ver pero a ti te conocía desde hacía tiempo, aunque no te había visto antes.

—Ya. Yo tampoco suelo despertar en camas de otros en mi primera cita.

—Me hubiera decepcionado mucho lo contrario.

—Continúa por favor.

—Ya en el ascensor estuviste muy mimosa y al llegar a la habitación casi no me da tiempo a cerrar la puerta antes de que te desnudaras.

—¿Yo?

—Sí, tú. Me pareciste muy lanzada, más de lo que había imaginado, pero no sospeché nada hasta que me acerqué a ti. Te estaba abrazando cuando te empezaron a entrar arcadas y saliste corriendo hacia el baño.

—¡Qué vergüenza! Te debiste quedar con una imagen poco agradable de mí. —Nos habíamos sentado en un banco y había escondido mi cara entre las manos.

—Al ver el estado en el que estabas simplemente te cogí, te metí en la cama y me acosté al lado. Me fue imposible ponerte de nuevo la ropa, no ayudabas en nada.

Seguía con la cara escondida, preguntándome cómo podía haber llegado a ese estado. Me sentía atraída por un hombre cuya imagen de mí era de una borracha que se iba a la habitación de cualquiera.

—Ey, no te preocupes.

—¿Qué no me preocupe? ¡Vaya imagen!

—Hasta el momento de las arcadas, todo fue bastante divertido... y muy sexy.

—No me digas que además te hice un strip-tease —mi cara se volvió roja de repente y sentí un calor inmediato en todo mi cuerpo.

—Y muy, muy... sugerente —otra vez esa sonrisa pícara en su boca. Se estaba divirtiendo a mi costa.

—¿Y el preservativo abierto?

—Te empeñaste en abrirlo durante tu strip-tease.

Aparté el sentimiento de vergüenza de mi cabeza y me centré en el hecho de que, aún habiendo realizado mi peor demostración del efecto del alcohol en mi cuerpo, él quería verme... y, por el brillo de sus ojos, seguro que le gustó mi sugerente y provocativo desnudo. Todavía había posibilidades ¿no? De hecho, debía gustarle bastante si no había bajado su interés después la desastrosa imagen de “borracha me voy con cualquiera” que le había mostrado. A lo mejor mis amigas tenían razón.

—¿Qué más hicimos?

—Nada. Dormir.

—¿Nada más? —pregunté extrañada.

—Me ofende que lo dudes. No suelo aprovecharme de las mujeres y tú no estabas en condiciones. Me considero un caballero en ese aspecto, menos mal que no terminaste con otro menos caballeroso.

—Nunca me hubiera ido con otro —le rocé la mano y le miré a los ojos—. Gracias.

Me cogió la mano y un nuevo silencio se instaló entre nosotros. Esta vez no era un silencio tenso, me sentía más tranquila después de haber aclarado lo ocurrido. Me apoyé en su costado, colocando su brazo sobre mis hombros. Se estaba bien ahí, con él, en el banco, mirando el paisaje. Respiré profundamente, dejando que su olor inundará mis pulmones.

—Tienes ventaja. Ya me has visto... bueno, ya has visto todo lo que hay que ver.

—Cuando quieras lo... equilibramos —afirmó entre risas—. Estaría encantado de anular esa ventaja —estrechó su abrazo y me besó en el pelo.

—¿Tenías algo pensado para la mañana en que salí huyendo? ¿Querías equilibrar la situación?

—Tenía muchas cosas pensadas pero... no creía que tuviera que ver con el equilibrio sino con mi disfrute personal y el tuyo.

Muy a mi pesar, nos levantamos para dirigirnos caminando a una cafetería; la tarde estaba refrescando y la humedad vegetal del parque empezaba a entumecer los huesos. Pero me alegró ver que continuó con el brazo en torno a mis hombros durante todo el camino.

* * * *

Me dí cuenta de que volvíamos hacia su casa. ¿Tan seguro estaba de sí

mismo? ¿Creía que yo era tan fácil? No podía haberme equivocado tanto, parecía un hombre en el que se podía confiar. Vale, yo no era una santa, tenía muchas ganas de estar con él y cada vez que le olía, mmm... pero me molestaba que lo diera por sentado, sin preguntar ni nada. No pensaba subir a su piso esa tarde.

—¿Te pasa algo? —preguntó extrañado por la expresión dura de mi rostro.

—¿Eh? No.

—¿Seguro?

—Es que estamos... ¿pensabas llevarme a tu casa?

—No. Como te he dicho vamos a una cafetería que conozco. Está cerca de mi casa y así luego te puedo llevar en coche a la tuya —había apartado su brazo y me miraba extrañado todavía—. ¿Qué te habías imaginado?

—Lo siento —contesté avergonzada de nuevo—. Pensé que dabas por supuesto que...

—¿De verdad?... ya te he dicho que no me aprovecharé de ti hasta que tú quieras —se giró para abrir la puerta de la cafetería y cederme el paso.

—Por favor, no te enfades. No digo que no me apeteciera... solo que necesito ir más despacio.

—Yo no te he pedido otra cosa.

—Lo sé. A veces mi imaginación me hace pensar demasiado y me equivoco.

No replicó, parecía de acuerdo con mi comentario. Nos sentamos frente a frente en una pequeña mesa de un rincón, con bancos a ambos lados, y no hablamos hasta que la camarera nos trajo los cafés.

—Tengo dudas —decidí sincerarme y ser completamente abierta—. He conocido una persona con la que me encanta hablar y mantengo largas charlas por wasap. Quedamos y lo que he visto me gusta mucho. Pero...

—Pero ¿qué?

—Que no sé qué quiere él —sonó a reproche—. Salvando el hecho de que nuestras casas están a un océano de distancia, él es un hombre de mundo que viaja a menudo y está rodeado de gente importante y mujeres preciosas.

—Eso no debe preocuparte.

—Alex, yo... —cómo explicárselo, yo era insignificante en comparación con su entorno, me sentía poca cosa pero principalmente temía quedarme sin él —te necesito como amigo. No quiero echar a perder eso por una noche de sexo.

—Yo tampoco. ¿Es que te he dado la impresión de querer solo una noche?

—No, pero...

—Entonces, cálmate —me cogió la mano por encima de la mesa—. La atracción es mutua, eres mucho más preciosa que las mujeres que conozco y eres la única con la que mantengo largas y animadas conversaciones, de las que yo también soy adicto después de estos meses. Sé que la forma de conocernos puede hacer pensar que me gusta variar pero no es así. He encontrado una amiga que, además, me atrae y es nuevo para mí. No sé qué pasará pero será cuando los dos queramos.

—¡Uau! Ha sido precioso —apreté su mano—. Me parece que me has convencido. Solo una cosa más: si todo lo que has dicho es cierto ¿por qué no me escribiste cuando llegaste a Londres? Me pasé tres días sin saber de ti.

—¿Por qué? ¿Me echaste de menos?

—Bastante, pero mi sentimiento principal fue decepción, sobretodo cuando nos encontramos y me di cuenta de que estabas en la misma ciudad que yo.

—Mi hermano estaba ingresado en el hospital por un accidente —comenzó a explicar mirándome seriamente—. Por eso adelanté el vuelo. Hasta el día que nos encontramos no salí del hospital.

—¡Oh! ¡Mierda! Lo siento. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No voy contando mis problemas familiares a todo el mundo. Sé que a ti te lo habría contado pero estaba tan cansado... y tenía que ocuparme de mi hermana y mis padres. Pensaba escribirte aquella noche pero nos encontramos antes.

—Vale, definitivamente soy la persona más mal pensada del mundo.

—Eso no voy a negarlo.

—¿Tu hermano está mejor?

—Sí. Ya le han subido a planta y pronto le darán el alta. El resto de la recuperación será en casa de mis padres. Tiene la rodilla destrozada.

—Me alegro de que esté mejor. Espero que la rehabilitación no sea muy difícil —en ese momento me acordé de un pequeño detalle—. Por cierto, ayer me di cuenta de que había desinstalado Tinder y no recuerdo...

—Lo decidimos juntos al salir del bar —me interrumpió—. Pensamos que ya no nos hacía falta. Supongo que ambos habíamos encontrado lo que buscábamos.

—Ven, siéntate a mi lado —le pedí dando con la palma en mi banco — quiero decirte algo sin que nadie lo oiga.

—¿El qué? —preguntó intrigado mientras se acercaba.

—Esto —le cogí por detrás de la nuca y posé mis labios sobre los suyos.

Ambos lo deseábamos y abrimos la boca a la vez. Colocó sus brazos alrededor de mí y estrechó el abrazo mientras seguía besándome, hasta que tuvimos que separarnos para respirar, quedándonos con las frentes apoyadas. Solo había pensado en darle un pequeño y cariñoso beso pero inevitablemente la pasión lo transformó en un beso más intenso.

—Me siento excitado como un adolescente —susurró cerca de mi oído, sin quitar sus manos de mi cintura—. Afectas a mis sentidos como hace tiempo que no me pasaba, Andrea.

—Tú a mí también —volví a besarle con ansia y pasión.

—¿Seguro que no es buena idea subir a mi casa? —preguntó en otro descanso para respirar.

—Me cuesta decirte que no pero...

—No digas nada —me interrumpió acariciando el contorno de mi cara y posando su mirada en mis labios—. Voy a llevarte a casa porque creo que me va a ser difícil controlarme. Además, tengo que prepararme para una cena con el grupo.

—Así que me dejas para salir de juerga ¿eh? —bromeé sin querer apartarme de sus brazos.

—Te aseguro que para mí es trabajo —acercó su cara a la mía—. Lo anularía todo si decides subir conmigo.

—Tentador... muy tentador.

Después de un par de besos más y unos cuantos abrazos, pagó la cuenta y me llevó a casa en coche. La tensión sexual fue palpable durante todo el viaje. No sabía qué decir y él también estaba muy pensativo. Cuando paró el coche, me incliné para despedirme con un beso pensando que permanecería al volante, pero después de un maravilloso beso tardé solo unos segundos en darme cuenta de que no tenía intención de quedarse allí. Me acompañó hasta el portal en silencio y me acarició la cara mientras juntaba sus labios a los míos en un tierno beso de despedida. Después apoyó su frente en la mía y comenzó a hablar sin apartar sus brazos de mi cintura.

—Tengo que irme ya, pero no...

—Lo entiendo. A mí me pasa lo mismo —coloqué mis brazos alrededor de su cuello.

—Me parece que esta noche no voy a poder centrarme en el trabajo. ¿Cuándo te volveré a ver?

—No lo sé, entre semana es complicado; yo tengo la formación y tú

trabajas casi siempre de noche. Quizás a la hora de comer...

—Cuando sea, Andrea, pero no voy a esperar hasta el viernes. Además, algunos días tengo la noche libre.

—Lo que tienes que hacer es no olvidarte de escribirme, ya conoces mi adicción.

—No pensaba dejar de hacerlo. ¿Nos vemos el martes? ¿Me acerco a tu oficina o nos vemos en la librería? —seguía sin apartarse de mí.

—En la librería mejor —elevé la barbilla para darle un último beso—. Anda, vete ya que vas a llegar tarde. Además, no quiero que te vea Vic si vuelve justo ahora —le empujé ligeramente y me di la vuelta para meter la llave en la cerradura.

—¿Me estás echando? —soltó una pequeña risa.

—Claro que sí —ya dentro del portal mirándole a los ojos—. Si no lo hago no me libraré de ti nunca y tengo una cita ahora mismo con unos pequeños amigos a pilas que me sirven de consuelo —coqueteé con descaro.

—¿Te refieres a...? Eres una bruja. ¿De verdad me vas a dejar así imaginando lo que harás cuando subas? ¿No podías habértelo callado? Ahora no voy a pensar en otra cosa. Por tu culpa voy a tener que darme una ducha fría antes de la cena —aseguró entre risas justo antes de que se cerrara la puerta.

A través del cristal le hice señales como si escribiera por el móvil y un círculo con el dedo índice indicando “más tarde”. No paré de sonreír mientras subía por las escaleras moviendo las caderas sensualmente durante el tramo en el que sabía que él me observaba. Una vez en la habitación me tiré en la cama seguía excitada e ilusionada. Nunca me había gustado tanto una persona. Me había sentido atraída con las conversaciones, realmente me comprendía. Ahora me daba cuenta de que me había empezado a gustar al mes de hablarnos y mis sentimientos fueron reforzándose con cada palabra que cruzábamos. Y cuando le había visto... no podía ser de otra forma, ya estaba casi enamorada antes de verle. Lo cual era sorprendente ya que mi tendencia a desconfiar de las personas dificultaba todas las relaciones y, en los últimos años, ninguna había durado más de una semana.

Yo: “¿Pensando en mí?”

Alex: “¿Lo dudas? ¿Y tú?”

Yo: “Vic no está. Voy a pasar un buen rato...”

Alex: “No me cuentes más o me planto ahí”

Yo: “No hagas locuras. Tienes trabajo”

Alex: “No lo veo normal. ¿No prefieres el original?”

Yo: “Claro que sí, pero... pensaré en ti y en lo que haremos la próxima vez que nos veamos.”

Alex: “Cuando llegue a casa te escribo y me cuentas detalles, para que yo también disfrute.”

Yo: “¿Sexo por teléfono? Nunca lo he hecho”

Alex: “Yo tampoco, pero me apetece contigo y me servirá de consuelo hasta volver a verte.”

* * * *

Durante media hora di rienda suelta a mi imaginación con los aparatos que guardaba en una cajita en el fondo del armario, rebajando la tensión sensual que me había creado el continuo coqueteo con Alex. Realmente necesitaba una cita más directa, con un objetivo claro: la cama. El encuentro en la librería solo iba a conseguir calentarnos más y yo ya estaba bastante caliente. Mi intención de ir despacio se había hecho añicos a los pocos minutos de habérselo planteado; estaba deseando acelerar el asunto.

Todavía tenía una sonrisa en los labios cuando oí el leve chirrido de la puerta de entrada. No me lo podía creer, ¡Vic había vuelto! Salté de la cama, me puse de nuevo la ropa que me había quitado y salí corriendo para estrecharla entre mis brazos sin dejarle decir nada. Me quedé un rato apretándola con los ojos vidriosos por la emoción antes de separarme y mirarla de arriba abajo. Se la veía contenta, ya no parecía enfadada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—No parece que tengas nada roto. Me preguntaba por qué no habías contestado mis mensajes ni llamado —le respondí con sarcasmo.

—Ten cuidado Andrea, que te conozco. No quiero discutir; no he vuelto hasta estar más serena y poder hablar contigo.

—Vale. Perdona. No quiero reproches de ningún tipo. Solo aclararnos.

—Tranquila. Me dio mucha rabia pero lo entiendo y se que él es más importante para ti que para mí.

—¿Seguro? Es que me gusta mucho y...

—No será problema. Sabía que te gustaba Alex antes de conocerle yo. Lo he pensado mucho —me guiñó un ojo —justo después de que mi rabia se aplacara.

—¿Y dónde has estado?

—Mmm —negó con la cabeza—. No estoy muy orgullosa de lo que he

hecho. Solo espero que no afecte a mi relación con Eli, contigo y con John.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Me he enrollado con John. Sabía que no se negaría porque lo intentó hace unos meses —volvió a negar con la cabeza—. No tenía que haberlo hecho.

—Bueno, no te preocupes, no creo que le afecte. Mira la tranquilidad con la que me trata a mí; después de lo que nos ocurrió podía ser muy tirante ¿no? —un pequeño silencio—. Tú actúa como si no hubiera pasado nada. Además, tengo que presentarte a tu nuevo objetivo.

—¿Cómo? ¿Ya quieres actuar de casamentera? ¿Esa es tu forma de asegurarte de que no me acerque a tu Alex? —se rió con fuerza.

—Deja que te cuente, porque este fin de semana me ha pasado de todo.

Tardé un buen rato en contarle el susto por el atraco, mi cita fallida con Alex, su detalle de dejarme dinero y apoyarme, la devolución del bolso... y todo ello entremezclado con una descripción detallada del guapo y simpático Henry.

—¡Uau! Te dejo sola y la montas, chica. No te aburres nunca.

—Además, he quedado en llamar a Henry uno de estos días. —Le di un codazo ligero —siempre pensando en ti.

—Eso ya lo veremos. Creo que durante un tiempo quiero descansar.

—Vale, no te lances pero no cierres las puertas. Creo que es perfecto para ti.

—Déjalo, ya veremos.

—Bueno pues eso fue el sábado.

—¿Todavía hay más?

—¡Claro! ¿Qué te has creído? Hoy he tenido otro día intenso: por la mañana preocupada por ti y estudiando el temario del curso, y por la tarde muy bien acompañada. Nos hemos separado con ganas de más...

—Pero si tenías la casa para ti.

—Primero, no iba a arriesgarme a que lo encontraras conmigo antes de hablarlo nosotras y, segundo, tenía una cena de trabajo.

—La verdad es que me das envidia. Fue un detallazo lo del libro con el dinero dentro y si terminasteis así es que los dos estáis muy apunto. Es atracción mutua. ¡Ojala tuviera yo eso!

—Pero tuviste una noche de sexo sin problemas, Vic. Deberías haberte desfogado un poco.

—No quiero desfogarme. Estoy cansada de eso, quiero algo de verdad.

—¿Qué pasó?

—Enrollarme con él fue fácil; yo estaba triste y él me consoló con el objetivo de meterme en su cama. No es ningún santo ¿sabes?, nunca lo ha sido.

—¿Nunca lo ha sido?

—Desde que te fuiste se ha liado con todas las que ha podido para no hacerles caso al día siguiente. Algo le cambió en la cabeza y parece no querer parar. Pensé que yo podía hacer lo mismo pero a media noche me fui avergonzada. Le utilicé como él utiliza a las demás chicas, pero ese no es mi estilo y, aunque el sexo fue genial porque sabe bien lo que hacer, me sentí muy mal. Escapé en cuanto se durmió y pasé el resto del fin de semana en casa de una amiga.

—¡Pero me dijiste que estabas con John!

—Quería dañarte. Tenía mucho rencor —reconoció con cierto tono de disculpa.

—¿Y has hablado con él después?

—No le he cogido el teléfono, aunque él tampoco ha insistido mucho.

—¿Por eso no estás segura de cómo afectará al grupo? —ella asintió—. No debes preocuparte. No creo que él se lo cuente a nadie y yo tampoco. Lo que haya pasado entre vosotros es solo asunto vuestro.

—¡Pues sí que lo has superado! —exclamó después de mirarme fijamente—. No estaba segura después de lo sucedido en el bar. Se ve que Alex te ha calado hondo.

—Creo que sí —reconocí ruborizada—. Espero que no sea un problema para nuestra convivencia.

—Claro que no, Andrea. De verdad, solo es envidia sana.

* * * *

Nuestra charla hizo que me sintiera mucho mejor; habíamos aclarado la situación y me había dado su apoyo en mi incipiente aventura amorosa junto a unas copas de vino y unos aperitivos.

Cuando estaba a punto de meterme en la cama, oí la vibración del móvil.

Alex: “¿Sigues despierta?”

Yo: “Sí”

Alex: “¿Tienes sueño o puedo llamarte?”

Yo: “Llámame”

Apenas pulsé enviar el mensaje tenía una llamada entrante. Mi corazón se

había acelerado y sonreía feliz ante la expectativa de oír su voz. ¿Cómo podía afectarme tanto? Tenía que tranquilizarme.

—Hola

—Hola.

—¿Qué tal la cena?

—Larga, muy larga... ¿has pensado en mí?

—No mucho —mentí haciéndome la dura. Todavía no era el momento de reconocer mis sentimientos en toda su amplitud.

—¿No mucho? Qué decepción.

—Bueno, al principio sí pero después llegó Vic a casa y...

—¿Todo bien? —me preguntó al ver que no iba a seguir.

—Sí, todo bien. Ya te lo contaré. Ahora prefiero hablar de otra cosa.

—Yo también. Además, tenemos pendiente otro asunto ¿no?

—¡No lo dirás en serio! Creía que era broma.

—Quedamos en ello —parecía muy serio—. Un trato es un trato y llevo toda la cena esperando —insistió con voz sugerente.

—Pero... no sé cómo empezar.

—Tú solo dime qué estás haciendo, en qué estás pensando...

—Me da vergüenza hablar ello.

—Nunca hemos tenido problemas para hablar. ¿O prefieres escribirlo?

—No, prefiero oír tu voz.

—¿Entonces? —bien pensado él tenía razón podíamos probar y solo era la voz, él no me vería.

—Espera, no cuelgues, se me ha ocurrido algo —contesté decidida.

Me levanté y abrí el armario de par en par. Saqué de nuevo mi caja de aparatitos, los coloqué por la cama y me tumbé a un lado.

—Acabo de volver a sacar mis juguetitos, los cuatro que me he traído de nueva York, y estoy en ropa interior en la cama.

—Joder Andrea, ¿así tan rápido?

—¿Quieres decirme tú lo que te apetece que haga?

—¡Mierda! Solo de pensarlo me estoy poniendo a cien. Espera, yo también me voy a poner cómodo —oí ruidos de caída—. Ya estoy.

—Eh, tranquilo, sin prisas. Si vamos a hacer esto, vamos a hacerlo bien —había tomado las riendas y me estaba excitando más de lo que había pensado—. Mira tu teléfono. Te ha llegado una foto de lo que tengo. Dime qué quieres usar.

—Hay una cosa que no sé cómo se usa exactamente.

—No importa. Hoy empezamos con los que conoces y el otro te lo enseño cuando vengas.

—Como no empezamos ya y sigas hablando así voy a explotar, Andrea.

—Yo ya he empezado, Alex. Estoy tumbada con la mano sobre mi, esperando que me digas qué usar —expliqué suavemente intentando resultar sexy.

—Mmm, no parece tu primera vez, ¿seguro que no has hecho esto antes?

—Seguro, venga, dime qué quieres.

—Bien, quiero... ¿y si usas el gel para tocarte suavemente los pechos?

—Eso me gusta.

—Pero cierra los ojos, piensa que soy yo el que está contigo, igual que yo me imagino que eres tú quien me toca y te veo claramente a mi lado.

—Mmm... ¿qué más quieres?

—Ahora se te oye muy lejos —se quejo extrañado, rebajando ligeramente el nivel de tensión.

—Es que... —empecé con timidez —he puesto el “manos libres” para poder usar las dos manos.

—Bien... pues deja una mano acariciándote sobre las bragas.

—¿Y tú? ¿Qué haces tú ahora?

—Imagino que mis manos son tu lengua recorriendo mi piel... estás preciosa y sexy en mi cama, junto a mí —hizo una pausa con un leve gemido que me excitó más de lo que había pensado—. Lo que realmente quiero ahora es oírte colmada de placer, así que baja un poco tu lencería y coloca el aparatito rosa sobre tu centro imaginando que soy yo el que te lame y saborea sin descanso —un gemido de mi parte le confirmó que había seguido sus indicaciones y continuó hablándome en sensuales susurros—. No dejes de pellizcarte arriba, así me lo imagino yo. Eso es lo que te haría si estuviera ahí contigo.

Esto se estaba animando. Alex parecía haber entrado en un juego que al principio le había tomado desprevenido, y se le daba bien.

Se me escaparon algunos suspiros y jadeos mientras me excitaba cada vez más y sentía ligeros espasmos de placer. Justo antes de explotar, volví a oír su voz exigiendo esta vez que utilizara el aparato más grande imaginando que era él quien poco a poco se introducía en mí. Me alegré al notar que estaba tan excitado como yo; me sentí fuerte y segura de mí por conseguir ese efecto. Su voz, grave y sensual, llegaba como un susurro estremeciéndome con cada una de sus peticiones. Después de jugar a cambiar de postura y utilizar al máximo

nuestra imaginación, ambos jadeábamos con intensidad totalmente desatados, llegando al climax de forma acompasada.

Había sido una experiencia única. Realmente lo había sentido allí conmigo. ¡Tenía tantas ganas!

—¿Estás ahí? —preguntó temiendo que estuviera dormida.

—Sí. Ha sido... increíble. Yo...

—Para mí también. No lo había imaginado tan... —permaneció unos segundos en silencio pensando—. Pero esto solo me ha calmado un poco y me deja con más ganas. Si ha sido así por teléfono imagina en vivo y directo.

—No sigas por ahí o no podremos dormir. Además, tengo que ir al baño y recoger todo mi arsenal.

—Yo también voy al aseo pero me gustaría seguir hablando un rato. Nunca me ha gustado el sexo con despedida rápida —comentó entre risas.

—A mí tampoco, aunque nuestra primera noche pueda haberte dejado otra impresión.

—Es verdad que la impresión final no fue muy buena, pero me gustó que quisieras verme. Piénsalo, si no te hubiera dado por escribirme nunca nos hubiéramos visto —No supe que decir a eso—. Venga, vamos a dormir. ¿Te veo mañana?

—No, el martes para comer.

—¡Uf! Para comer no es lo que estaba pensando.

—No gruñas. Después de estos meses, unos días más no es demasiado. La paciencia es una virtud, Alex.

Esa noche dormí feliz, soñé con él.

Capítulo 7

Paseo por el parque

La mañana del martes estaba muy nerviosa. El lunes había pasado muy lento, centrándome en los trabajos relacionados con la formación. Mis compañeros habían avanzado en sus trabajos individuales mientras yo todavía estaba empezándolo. Tenía que darle un empujón o me quedaría retrasada y no podría aprovechar al máximo el curso, pero los mensajes de Alex me desconcentraban. Estaba claro que esa mañana se aburría mucho porque me llegaban mensajes cada diez minutos, hasta que exploté. Quizás tenía que haber sido más suave y no haber llegado hasta ese punto, pero no pude más. Agobiada por no poder atender tranquila durante la clase, en un descanso le llamé.

—¡Quieres dejarme en paz de una vez! —exclamé sin siquiera saludarle.

—¡Eh, no me grites! ¿Qué puñetas te pasa? —protestó enfadado.

—Es que me estás poniendo de los nervios —expliqué bajando el tono.

—Si yo no he hecho nada.

—No dejas de enviarme mensajes, Alex, y no puedo concentrarme. Tengo trabajo ¿sabes?

—Pues no los leas —contestó de malas maneras.

—¿Cómo que no los lea?

—Sí, que los dejes ahí y los lees en el descanso y me respondes.

—Eso no me sirve de mucho porque en los descansos me desconcentras y luego tardo en retomar el tema. Por favor —supliqué—. De verdad que tengo tantas ganas de hablar contigo como tú conmigo pero necesito un poco de tranquilidad.

—Vale, no te escribo hasta la noche —refunfuñó —si puedo, porque tengo una reunión fuera.

—¿Estás bien? —me atreví a preguntar al cabo de unos segundos.

—¿Ahora quieres hablar? Básicamente me has llamado pesado.

—Eso no es cierto. Solo que estoy agobiada. Espero que no cuelgues enfadado.

—Tranquila, aunque no encajo bien el rechazo, soy muy hábil con la

venganza —contestó riendo—. Te lo haré pagar.

—No me hagas sufrir mucho —tonteeé riendo—. Te tengo que dejar, me está llamando mi grupo.

Lo había conseguido otra vez. Me había dejado con una sonrisa boba en la boca. ¿Cómo lo hacía? Empezaba la conversación triste o enfadada y él le daba la vuelta a la situación.

Esa noche aunque estuvo ocupado, logró dedicarme casi media hora. Así me enteré de que estaba cenando en el restaurante de Anne y Paul, a los que había conocido en el bar y le habían dado una tarjeta del restaurante. Ya le preguntaría más tarde a Anne por qué no me había avisado.

También me informó de que estaba preparando una pequeña gira para el grupo y estaría fuera un tiempo, lo cual no me hizo gracia. Me quedaba todavía un mes y medio pero no quería desperdiciar ni un día más; ya tenía que pasar tres días sin él este fin de semana por la reunión de compañeras. ¿Cuántos días estaría fuera por la gira?

Ese era uno de los motivos por los que me encontraba nerviosa la mañana del martes pero no quería pensar en ello. El otro motivo era que iba a verlo en pocas horas y, además de excitada ante la idea de estar con él, estaba preocupada por cómo me sentiría después de la sesión de sexo telefónico. Nos habíamos mandado mensajes y no me había sentido extraña ni vergonzosa sino todo lo contrario, nuestras conversaciones seguían siendo entretenidas y animadas aunque ahora también picantes y sugerentes. Algo había cambiado el domingo por la noche, me encontraba más segura de mis sentimientos y de los de él, y esa seguridad me daba confianza y me animaba a lanzarme en esta aventura con ganas de hacer cosas nuevas y experimentarlas solo con él.

* * * *

Antes de salir a comer conseguí casi ponerme al día en trabajos y tareas. Después del enfado del día anterior, Alex tuvo mucho cuidado en no distraerme y no recibí ningún mensaje hasta cinco minutos antes para confirmar que no había contratiempos. Tras una animada conversación en el ascensor, me despedí sonriendo de mis compañeros al salir a la calle y me dirigí a la librería. No había nadie esperando. ¡Qué decepción! Miré el móvil y no vi ningún mensaje. Miré a ambos lados y no le vi. No quería ponerme más nerviosa, suspiré mirando los libros del escaparate.

—Hola —noté su aliento en mi nuca. Estaba cerca, muy cerca.

—Hola —contesté sin volverme—. Llegas tarde.

—No llego tarde. Solo he ido un momento a comprar algo —rodeó mi cintura con los brazos colocando una rosa delante de mí.

—¡Qué bonita! —cogí la rosa, me di la vuelta y posé mis brazos alrededor de su cuello.

—No pareces agobiada ¿Cómo estás?

—Ahora mejor. Tenía ganas de verte.

—¡Lo sabía! —me besó con fuerza—. Sabía que no nos afectaría.

—¿El qué?

—Ya sabes. Al principio pensé que podría cambiar algo entre nosotros después de nuestro jueguito telefónico, y ayer dudé aún más por tu bronca, pero... contigo todo me resulta fácil. Creo que me preocupo demasiado.

—No sé con quién has salido hasta ahora —comenté dudosa de querer saber más al respecto —, pero has debido de pasarlo muy mal para que una mujer normal como yo te parezca tan alucinante. Aunque he de reconocer que me gusta que te preocupes —le di un suave beso —, es puro egoísmo.

Seguíamos abrazados frente a la librería sin importarnos nuestro entorno. Le olí el cuello descaradamente antes de volver a besarle.

—¿Me hueles? —preguntó entre risas.

—Me gusta tu olor. Así podré imaginarte mejor la próxima vez —sugerí coqueta, dejándole la boca abierta mientras me apartaba, le tomaba la mano y comenzaba a caminar calle abajo. Le estaba encontrando el punto a ser descarada y sorprenderle.

—¿Dónde vamos? —preguntó cuando consiguió reaccionar.

—Todavía no lo tengo claro.

—Podemos ir al parque y enrollarnos en algún rincón escondido o meternos en algún sitio más privado, como mi casa.

—Veo que sigues con los objetivos claros. ¿Qué ha pasado con tu paciencia?

—Te dije que no tenía mucha —me soltó la mano y colocó el brazo sobre mis hombros.

¡Qué bien se estaba así! Con su brazo sobre mí, caminando sin rumbo fijo, el sol brillando... Sin ni siquiera confirmarlo, nos dirigimos a la entrada del parque y nos sentamos en el césped en un lugar tranquilo algo apartado.

—No me dijiste que ibas al restaurante de Anne —le reproché.

—Se me olvidó. —Se giró vio mi cara y levantó una ceja —no imagines nada raro. No hay ninguna intención oculta. Eres demasiado...

—¿Demasiado guapa?, ¿demasiado buena?, ¿demasiado... —le interrumpí riendo. Sabía que se refería a mi tendencia a pensar mal de las personas y no quería entrar en ese tipo de discusión.

—Además de eso —se acercó a darme un beso y nos tumbó a los dos.

—Sigues con tus objetivos claros.

—Yo siempre los he tenido claros, aunque mis objetivos van variando según te conozco mejor.

Esta vez se colocó de lado y me besó con más intensidad para luego quedarse mirándome mientras me acariciaba la mejilla con ternura.

—Tenemos un problema —conseguí murmurar bajo esa mirada hipnotizadora, al tiempo que mordía mi labio inferior como expresión de mis dudas.

—¿Solo uno? ¿Cuál? —preguntó sonriendo fijando sus ojos en mis labios.

—Bueno, tenemos más pero uno inmediato, que es la escasez de tiempo ya que debo volver al curso en poco más de media hora y me gustaría comer algo antes.

—Ese problema lo tengo resuelto. A la salida del parque hay un puesto de bocadillos.

—Perfecto, uno menos.

—A ver, dime el siguiente.

—Para nuestro segundo problema no creo que tengas solución.

—Pruébame —me retó.

—¿Recuerdas que te comenté que tenía una reunión de las amigas de la Universidad? —él asintió con la cabeza —Pues es este fin de semana.

—¿Este fin de semana? No puede ser verdad —dejó de acariciarme y se pasó la mano por el pelo nervioso—. Quería... Yo... Había hecho planes y tú entrabas en ellos.

—Alex, lo siento. Esta reunión es importante para las cuatro.

—Lo sé —su expresión era indefinible, mezcla de enfado, tristeza y decepción. No iba a pedirme que eligiera, sabía que no debía, pero su actitud me decía que le hubiera gustado que lo dejara todo por él.

—¿Podemos posponer tus planes? —No hizo ningún gesto, ni se inmutó ante mi pregunta. Tenía la mirada fija en el cielo—. Te propongo un soborno a cambio.

Esa sugerencia sí pareció captar su atención y se volvió intrigado.

—¿Qué tipo de soborno?

—Del tipo que a ti te gustan —contesté enigmática.

—No sé si tienes claro lo que a mí me gusta.

—Creo saber exactamente lo que...

—¿Seguro?

—Bueno, será un gran sacrificio para mí pero... —sonreí mirándole fijamente a los ojos.

—¿Sacrificio? No pensarás eso cuando estés en mi cama —volvió a echarse encima de mí y me besó como solo él sabía hacerlo.

—¿No crees que ya somos mayorcitos para retozar en el césped? —le aparté, me levanté y le tendí la mano—. ¡Vamos! Deberíamos ir a comer.

—A mí no me engañas. No me levanto hasta que me digas cuándo será el soborno.

Permanecía tumbado apoyado sobre el codo derecho sin coger mi mano y fingiendo seriedad mientras reflejaba una ligera sonrisa en un extremo de su boca. Agaché la cabeza para susurrarle al oído.

—Cuando menos te lo esperes. —Me separé y le pedí que me dijera las noches que no trabajaba esa semana y su dirección, asegurándole que le haría una visita.

Cogidos de la mano nos acercamos a un puesto de comida en la calle y tomamos un bocadillo cada uno. Ninguno de los dos tenía su mente en la comida; él parecía contento de haber llegado a un trato y yo pensaba en el poco tiempo que me quedaba para volver a la oficina y en cómo sorprenderle en su casa. Tendría que ser al día siguiente, esa noche era demasiado pronto, o mejor lo dejaba para el jueves, así pensaría que se me habría olvidado, crearía expectativas. ¿Y eso era bueno o malo? No quería que tuviera muchas expectativas y luego decepcionarle.

* * * *

Llegué cansada y casi de noche a casa. Las prácticas de la tarde se alargaron demasiado y en la última hora pensé que la cabeza me iba a estallar. El camino a casa no consiguió rebajar mi tensión y el dolor de cabeza continuaba asentado en la parte posterior y ambos lados.

El recibimiento de Vic no hizo más que aumentar mis ganas de darme un baño relajante en completa soledad después de tomarme una de esas pastillas contra el dolor que aseguran mi agradecimiento a los avances médicos de por vida.

—Por favor, Vic, baja la voz. ¡Tengo un dolor de cabeza...

—¿Qué te pasa? —preguntó en voz baja.

—Ha sido una tarde intensa y necesito algo para el dolor antes de volverme loca.

—Anda, toma —me trajo una pastilla y un vaso con agua.

—Gracias, lo necesitaba ya.

—¿Y qué tal el resto del día? —sonrió y me tocó con el codo en el costado.

—Supongo que no te referirás a la mañana de formación ¿verdad?

—No exactamente. Ya sabes.

—¡Serás cotilla!

—Sabes que sí, además me gusta seguir tus avances.

—La comida fue curiosa. En realidad solo comimos bocadillos, no dio tiempo a más.

—¿Por qué no dio tiempo a más? ¿No tienes una hora para comer?

—Sí —sonreí embobada.

—Yo seré una cotilla pero tú... tú eres una pendona. ¿Estuvisteis retozando?

—Efectivamente, retozando en el parque.

—¿Delante de todo el mundo?

Comencé a reírme confirmando de ese modo mi falta de vergüenza con Alex en el parque, y Vic se unió a mí contenta por mi nueva actitud hacia la vida. Siempre había sido muy discreta en mis relaciones.

—Por cierto, no le gustó mucho que nos vayamos el viernes de fin de semana de chicas.

—Lo supongo.

—Es que tenemos tan poco tiempo —puse morritos de pena—. Me voy dentro de poco más de un mes y queremos aprovechar al máximo.

—¿Pero todavía no os habéis acostado?

—No exactamente.

—¿Cómo que no exactamente? O sí o no. No hay más opciones.

—No es tan sencillo. No estábamos juntos pero hemos tenido sexo —Ante su cara de incredulidad y asombro, seguí con mi explicación—. La primera vez, ya sabes en Nueva York, me ha dicho que no pasó nada porque yo no estaba en condiciones. Y la segunda vez que tuvimos posibilidad los dos decidimos esperar. Solo hemos tenido una experiencia telefónica muy gratificante.

—Sexo telefónico... nunca lo he probado.

—¡Pues fue increíble! —exclamé con una expresión bobalicona.

—Está claro que no queréis esperar más, al menos tú. Así que te recomiendo que quedes con él antes de irnos y te des el gusto. Así vienes de viaje con una sonrisa.

—Ya he quedado que uno de estos días le hago una visita sorpresa.

El sonido del teléfono nos interrumpió pero Vic no parecía dispuesta a dejar el tema tan pronto ya que lo dejó sonar tres veces mientras me decía que le gustaba mucho esta nueva faceta mía y que tenía que contarle los detalles de esa visita sorpresa.

—¿Hola?

—Hola Vic soy Anne. ¿Cómo estás? No hemos hablado desde el bar. Menos mal que Andrea me ha dicho que estaba arreglado porque nos tenías un poco preocupadas.

—Estoy bien. Justo hablaba con ella para ponerme al día de los avances amorosos. Luego te cuento —su tono de confidente, bajando la voz, me hizo sonreír.

—Sí, luego cuéntame que esto es mejor que los “reality shows” de la tele.

—Calla que nos está oyendo.

Me había acercado tanto al teléfono que casi tenía la oreja pegada a la cara de Vic. Estaban hablando de mí como si fuera una protagonista de una serie.

—Oye, pon el “manos libres” para hablar las tres.

—Vaaale. Ya está. ¿Nos oyes bien Anne?

—Os oigo perfectamente.

—Pues Andrea me estaba contando su cita de hoy con Alex y las ganas que tienen ambos de mmmm, ya sabes.

—Anda, no seas tan... —le pegué un fingido puñetazo en el brazo—. Anne, he de reconocer que tenías razón, ¡estoy coladita por él! —grité con entusiasmo.

—Ya te lo decía yo. Se os nota a los dos en la cara. A ver cuando empezáis a valorar mis opiniones.

—No es que no las valoremos, si no que nos cuesta aceptarlas, señorita sabelotodo —contestó Vic.

—Oye chicas, ¿habría algún problema en que lleváramos pareja el fin de semana? —solté por fin después de haberlo pensado mucho. Por un lado, necesitaba estar con mis amigas y hablar con libertad de nuestras aventuras pero, por otro lado, aunque me daba corte admitirlo, no quería separarme de

él.

—¿Qué? ¡Pero si es un fin de semana de chicas!

—Sí Anne, pero nuestra amiga está muy caliente y como no de rienda suelta a sus “apetitos” me parece que va a empezar a pitar como una olla Express —se burló Vic soltando después una carcajada.

—Me da igual —protestó Anne enfadada—. Es solo para nosotras cuatro. Ve ahora mismo a verle y haz lo que tengas que hacer para calmarle pero el viernes salimos las cuatro en perfecto estado. Te quiero ver risueña, animada y con ganas de pasarlo bien.

—Vale, vale. No te enfades. Solo era una idea.

—Pues vaya idea.

Ya no volví a hablar hasta que me despedí de ambas. Las dos se enredaron en una conversación sobre lo que íbamos a hacer durante nuestra escapada pero yo no tenía ningún interés en conocer los pormenores. Decidí irme ya a dormir, estaba muy cansada.

* * * *

Mientras me ponía el pijama y me lavaba los dientes, pensé en la mejor forma de arreglar un encuentro entre Henry y Vic. No era muy tarde así que le envié un mensaje para quedar el día siguiente.

Yo: “¿Hola?”

Henry: “¡Qué sorpresa!”

Yo: “¿Es tarde?”

Henry: “No”

Yo: “¿Quedamos mañana? Salimos unos amigos a un concierto”

Henry: “Vale”

Yo: “¿En la puerta del parque?”

Henry: “Perfecto”

Yo: “Mañana te digo la hora”

Henry: “Muy bien”

Yo: “Hasta mañana”

Henry: “Hasta mañana”

Llamé inmediatamente a Alex. Me había dicho que el día siguiente tenía un concierto pero que estaba todo arreglado y podría escaquearse a una hora decente, por aquello de estar disponible si yo quería aprovechar para hacerle la visita sorpresa. Pero yo ya había decidido dejar la sorpresa para el jueves y había quedado con Henry a propósito para ir en grupo a verles.

—¿Andrea?

—Sí soy yo. Perdona que te moleste, sé que estás en una de esas “cena-reunión” típica tuya.

—No importa. Me alegra oírte. ¿Pasa algo o solo querías oír mi voz? — preguntó en tono sensual. Se notaba que estaba contento, ¿habría bebido?

—Claro que no —contesté avergonzada—. Creído.

—Mentirosa.

—Vale, reconozco que quería oírte pero te llamo para preguntarte una cosa. Mañana tu grupo da un concierto, ¿verdad?

—Sí, pero ya te dije que no hace falta que me quede. Solo tendré que estar al principio. ¿Piensas venir mañana a mi casa?

—Pues no.

—Vaya. ¡Qué decepción!

—He quedado y he pensado ir a visitarte en el trabajo ¿nos consigues entradas para tu concierto?

—Claro que sí, pero en el trabajo no va a ser lo mismo. Eso no vale como soborno —me reprochó.

—Ya lo sé. Es solo que quiero que Henry y Vic se conozcan y... quién sabe.

—¿Henry? ¿Quién es Henry?

—El poli que me ayudó.

—¿Estás haciendo de casamentera entre tu amiga y un poli?

—Y además, aprovecho para visitar a un tío que conozco al que tengo muchas ganas de ver. A lo mejor sabes quién es.

—Ahora no caigo —me contestó riendo.

—Alex, te voy a dejar que vuelvas a tu reunión, estoy molida y quiero dormir. De hecho, ya estoy en la cama a punto de apagar la luz.

—¡Qué envidia! Me gustaría estar exactamente así, en tu cama a punto de apagar la luz.

—Anda vuelve al trabajo que tus deseos se harán pronto realidad — conseguí decir después de una carcajada.

—Eso espero. Que duermas bien, Andrea.

—Qué te sea leve la reunión, Alex.

Pese al deseo de Alex, no pude dormir bien esa noche. Por alguna razón estaba nerviosa e inquieta. Por primera vez, me sentía completamente en conexión con un hombre. No era un enamoramiento loco como el que había tenido con John, basado en una atracción física que luego derivó en algo más,

sino que Alex se había metido en mi cabeza durante meses a través de sus mensajes, sin vernos siquiera, y mis sentimientos por él eran más fuertes. Pero en breve me tenía que volver a Nueva York. ¿Qué iba a hacer?

Cerca de las dos de la mañana me sorprendió el sonido de un mensaje en mi móvil.

Alex: “Deseando verte esta tarde”

Yo: “Yo también. ¿Cansado?”

Alex: “Mucho ¿Te he despertado?”

Yo: “No”

Alex: “Quería que leyeras el mensaje al despertar mañana”

Yo: “Yo prefiero ahora. Dormiré mejor”

Alex: “Me alegro ;). Buenas noches”

Yo: “Buenas noches”

Capítulo 8

Intento fallido

El viernes por la mañana me desperté triste. En los dos últimos días había intentado estar con Alex a solas y no lo había conseguido. Por distintas causas ajenas a nuestra voluntad, nuestros planes no habían dado frutos y parecía que el destino se había puesto en nuestra contra. Esa misma tarde salíamos para nuestro esperado fin de semana de chicas y yo seguía con unas ganas tremendas de estar con él. Al final me iba a resultar difícil salir con una sonrisa en la boca como me había pedido Anne.

El miércoles le había visto a ratos durante el concierto; él estaba trabajando y tampoco pudo hacerme mucho caso. Además, yo iba con Henry y con Vic, a la que había liado para venir a conocerle. Pensaba que le vendría bien relacionarse con gente nueva e interesante y pasar una noche entretenida. Sabía que no le hacía mucha gracia que fuera policía pero aceptó ir al concierto, supongo que también por su relación profesional con el grupo.

La aparición de Henry produjo un asomo de interés en la mirada de mi amiga. Durante el camino hasta el concierto, eché mano de toda mi sutileza para dejar ver a Henry que yo estaba ocupada pero Vic estaba libre. Me alegré al conseguir relajar tanto el ambiente que al poco rato ya hablábamos como si nos conociéramos de toda la vida.

No tardamos mucho en llegar al mostrador donde Alex nos había dejado unas entradas. Tras pedir unas copas y asentarnos en un rincón, le mandé un mensaje avisando de dónde estábamos. Al cabo de dos canciones se reunió con nosotros. Con una sonrisa me agarró de la cintura e inclinándose hacia delante me dio un intenso beso que me obligó a echarme hacia atrás.

—Hola —sus ojos brillaban con deseo, diciéndome cuánto me había echado de menos.

—Hola —todavía estaba semi tumbada hacia atrás, sin poder moverme.

—Tenía muchas ganas de verte.

—Ya lo he notado —nuestra charla fue interrumpida por el carraspeo de Vic llamando nuestra atención —Ah, sí. Alex, él es Henry —nos incorporamos para hacer las presentaciones.

—Hola. Es un placer. Gracias por tu ayuda cuando le robaron el bolso.

—Es mi deber.

Vic permaneció inusualmente callada. Era la primera vez que le veía tras el incidente y la confusión, y estaba un poco tensa. No me había dado cuenta de que podía ser un poco incómodo hasta justo antes de salir de casa pero ella le restó importancia. Menos mal que desconocía los detalles de mi amplia explicación a Alex, incluyendo su interés especial por él, porque se sentiría todavía más incómoda. ¿Tendría Vic la necesidad de ofrecer una explicación por su parte al haberle dejado plantado? Evitando una conversación no deseada, Alex aligeró la situación haciendo como si no supiera nada acerca de lo ocurrido, como si el final de su último encuentro hubiera sido el que cabía esperar, omitiendo cualquier alusión a ese día.

—Hola Vic, hace tiempo que no te veo. ¿Cómo estás?

—Bien. La verdad es que he tenido mucho trabajo, tu grupo no es el único cliente que llevo —contestó dándole un ligero codazo en agradecimiento de la omisión.

—Lo imagino, eres muy buena en tu trabajo. Espero que la próxima semana podamos reunirnos para aclarar cosas.

—Vale pero ahora a divertirse. Henry ha prometido bailar conmigo así que...

Cogió su brazo y le llevó a la zona central de la sala sumándose a los movimientos desinhibidos de la gente al son de la música del grupo. Aquello nos dio un poco de intimidad por primera vez desde nuestra llegada.

—¿Cuándo vas a venir a mi casa? —preguntó a bocajarro.

—¿No tenía que ser una sorpresa?

—Eso lo dijiste tú.

—No lo tengo claro. Tenía pensado hacerte sufrir hasta el último día, es decir, mañana, pero... si me convences podríamos irnos juntos desde aquí —coqueteé entre sus brazos jugando con el pelo de su nuca.

—Mmm eso me gusta más.

La sala era grande y estaba abarrotada pero el rincón que habíamos conseguido era más tranquilo y podíamos hablar a pesar del volumen de la música. Estuvimos una hora los cuatro juntos después de que Vic y Henry volvieran de bailar, cuando un hombre con auriculares le avisó de un problema y tuvo que irse. No sabía qué había pasado pero empecé a preocuparme por nuestros planes. Al cabo de otra hora mis temores se hicieron realidad al recibir un mensaje avisándome de que no podría venir

conmigo. Ya no le volví a ver esa noche y sus mensajes disculpándose no evitaron que me sintiera decepcionada y triste.

El jueves por la mañana me llamó temprano, justo diez minutos antes de empezar mi formación. Se notaba que estaba cansado, probablemente no había dormido todavía o había dormido muy poco.

—Buenos días, Andrea.

—Hola Alex. Pareces cansado, ¿resolviste el problema?

—Sí, había líos con los técnicos de sonido.

—Eso podrías habérmelo dicho a lo mejor te podía ayudar.

—No se me ocurrió, la próxima vez lo tendré en cuenta... después hubo problemas de organización de la gira, horarios, entrevistas,... porque uno del grupo tenía una cita ineludible y nos ha trastocado los planes.

—Has dormido poco ¿verdad?

—Sí, pero quería hablar contigo antes de que empezara el curso.

—¿Estás bien?

—No mucho. Me estoy empezando a desesperar por no poder vernos. Siempre surge algo.

—Ya te lo dije. El destino nos dice que vayamos despacio.

—Pues a mí no me apetece y espero que a ti tampoco. Tenemos muy poco tiempo, Andrea, y me gustaría pasarlo contigo.

—A mí también.

Desde el principio había pensado en el jueves para llevar a cabo mi visita sorpresa por la noche y tenía muchas ganas de verle. Durante el día estuve un poco distraída pensando en el conjunto sexy con ligero que me iba a comprar.

Alrededor de las ocho de la tarde me presenté en la puerta de su edificio y llamé al telefonillo. No contestó nadie. Me había dicho que estaría en casa, incluso el día anterior le dejé caer que probablemente el jueves era el gran día. No podía creer que me hubiera dejado plantada. No, no era posible. ¿Estaría en la ducha? Extrañada cogí mi teléfono y le escribí.

Yo: “¿Hola?”

Alex: “Hola”

Me sorprendió obtener respuesta tan rápido. No estaba en la ducha.

Yo: “¿Dónde estás?”

Alex: “En casa de mis padres ¿Y tú?”

Yo: “En el portal de tu casa”

Alex: “¡Mierda!”

Yo: “Sí, mierda”

Alex: “¡No me lo puedo creer!”

Yo: “¿No decías que ibas a estar en casa?”

Alex: “Ha sido una emergencia. Mi hermano”

Yo: “¿Está bien?”

Alex: “Deprimido. La recuperación no será fácil ni total”

Yo: “Yo también estoy deprimida ahora”

Alex: “Y yo. Creía que ya no vendrías”

Yo: “Ayer te dije que vendría”

Alex: “Lo siento. Al recibir la llamada, se me olvidó todo. He venido a toda prisa”

Yo: “Me había comprado unas cosas para tentarte y volverte loco”

Alex: “¿Más de lo que estoy?”

Yo: “Pero no... hoy tampoco. Si seguimos así, me volveré a Nueva York sin recuerdos contigo”

Alex: “Ni se te ocurra pensarlo”

Yo: “¿Por qué?”

Alex: “No voy a dejar que pase”

Decepcionada, triste y con rabia, volví al piso para que mi gran amiga me consolara. ¡Qué ilusa! Solo conseguí que se riera de mi mala suerte y me atiborrara de helado, pero me despojé de mis sentimientos y pude dormirme con facilidad.

Eso fue el jueves, es decir, ayer y por eso me desperté el viernes triste y sin ganas de nada, sin ganas de ir al curso, sin ganas de sonreír, sin ganas de irme de viaje.

* * * *

En un descanso de media mañana llamé a Vic para insistir sobre la posibilidad que las parejas se unieran en alguna parte de nuestro apretado programa de actividades durante el fin de semana. Ahora que conocía a Henry quizás pudiera convencerla.

Después de pasar todo el descanso intentando convencerla, volví al curso sin ninguna motivación; mi intento había tenido nulo resultado. Ni siquiera ella, mi mejor amiga, me apoyaba. No hacían falta las parejas; por tres días sin compañía nadie se iba a morir. ¡Qué sabía ella!

El resto de la mañana no fue mejor. No tenía ni un ápice de la ilusión que debía sentir ante la perspectiva de irme de viaje con mis antiguas compañeras.

De hecho hasta una semana antes sí sentía esa expectación pero ahora... “¡Nada de peros!”, me recriminé a mí misma. Habíamos programado esta reunión desde hace tanto tiempo que no podía echarlo todo a perder. Ya vería a Alex a mi vuelta.

De camino a casa me sonó el móvil, sacándome de mis reflexiones sin solución. Era él, una despedida hasta el domingo no era lo que más me apetecía.

—Hola

—Hola, Alex. Me alegro de oírte. Echaré de menos tu voz hasta el domingo.

—¿Por qué? Durante el viaje podremos hablar por lo menos ¿no?

—Se supone que no. Solo podremos mandar mensajitos y no muy a menudo. Estamos rememorando nuestros viajes de la universidad y entonces no estábamos pendientes de nadie excepto de nosotras. A mí me parece una tontería pero, ya ves, no he conseguido cambiar las normas de nuestro viaje.

—¿Qué norma querías cambiar?

—La de llevar compañía.

—¿Has intentado cambiar esa norma por mí? —la sorpresa y el orgullo reflejados en su voz, me hizo reaccionar. No quería que mis sentimientos fuesen tan evidentes.

—Bueno, no solo por ti. Creía que le hacía un favor a Vic facilitando un encuentro con Henry.

—Ya. Seguro —no soportaba que sus ataques de ego dieran en el clavo y no quería darle la razón.

—¿Y tú que vas a hacer? —cambié de tema rápidamente.

—Trabajar, trabajar y visitar a la familia, hasta que me avises de que puedo ir a recogerte a tu casa.

—¡Qué planazo! Para que no te aburras te escribiré aunque tenga que esconderme en el servicio. Pero no creo que te aburras mucho, recuerda que sé cuál es tu trabajo y salir por la noche no es aburrido.

—Sí que lo es, si sales obligado. Te aseguro que estaré muy atento a mi móvil controlando la entrada de tus mensajes aunque espero que no solo lo hagas para que no me aburra. Me gustaría que me contases todo lo que hagas.

—¿Todo, todo?

—Sí, todo —permaneció un segundo en silencio antes de despedirse—. Pásalo bien pero, no conozcas a un tío bueno con el que te apetezca chatear más que conmigo.

—No creo que eso sea posible.

—Tengo mis dudas, soy bastante normalito, y sé lo que pasa en los viajes de chicas. Al menos lo que pasa en la películas; os dedicáis a ligar y esas cosas.

—¿Ahora tienes dudas sobre ti?, ¿o son dudas sobre mí? ¿Crees que voy a lanzarme a ligar?

—¡Déjalo! Ha sido un momento de trastorno temporal. En realidad, solo quiero que te diviertas y vuelvas a mí con esa sonrisa que tanto me gusta.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer. Hasta el domingo, Alex. Te iré informando —fui muy cortante, lo sabía, pero no estaba segura de sentirme halagada o enfadada por ese ataque temporal de celos.

¿De verdad pensaba que podría conocer a alguien mejor que él? ¿Qué había sido eso? ¿Miedo? ¿Desconfianza? Pero si él se pasaba noches y noches rodeado de bellezas en bares y discotecas, un entorno que propiciaba el ligoteo, y yo no decía nada.

—No te enfades. No lo he dicho para controlarte. Quiero que te diviertas, solo que me gustaría más si fuera conmigo.

—Lo sé, a mí también —me sinceré —, pero no vuelvas a dudar de mí.

—No dudo de ti —se disculpó en un susurro.

A los pocos minutos nos despedimos un poco más tranquilos después de prometerle que le escribiría esa misma noche. No debería tener que prometérselo. Pensaba haber dejado claro que era adicta a sus conversaciones, lo necesitaba tanto como él. Se había convertido en mi mejor amigo y confidente, de hecho, le había contado cosas del trabajo que ni siquiera sabían mis amigas ni mi familia. Quizás debía mostrarle mejor mis sentimientos para que no tuviera dudas pero tenía miedo. Miedo de no ser correspondida en la misma manera y que solo buscara algo temporal. Miedo a ser vulnerable. Miedo a dejar entrar a alguien en mi mundo y después no saber vivir sin él cuando se fuera.

En realidad, no debía ponerme tan melodramática, solo había sido una pequeña discusión por los nervios y esa misma noche se arreglaría todo por mensajes.

* * * *

Después de comer, Vic y yo ya estábamos impacientes esperando la llegada de Elisabeth. Primero iba a recoger a Anne, que le pillaba de paso, y

luego venían a casa, para salir directamente a la autopista.

Vic no paraba de hablar de todas las cosas que íbamos a hacer juntas y de lo bien que nos lo íbamos a pasar. Estaba tan contenta que consiguió animarme y que olvidara por un rato a Alex. Tanto que cuando llegaron nuestras amigas y bajamos cargadas con nuestras mochilas las recibí con una gran sonrisa, tal y como me había pedido Anne.

—Hola —gritó Eli abriendo el maletero.

—Hola. ¡Qué ganas tengo de empezar la escapada! —contestó Vic excitada.

—Pues venga entrad de una vez —animó Anne sacando la cabeza por la ventanilla del copiloto.

—Ya te has quedado con el mejor sitio ¿eh? —reproché.

—Claro ¿Qué pensabas? Alguna ventaja tiene ser la primera en montar, llevamos ya casi media hora de viaje.

—Haya paz, chicas. Podemos hacer paradas y cambiar los sitios —replicó Eli mostrándose la más sensata como siempre.

—De eso nada —se negó Anne en rotundo.

Durante el viaje nos pusimos al día de nuestras respectivas vidas y el resto de compañeros del campus. Ellas habían visto a algunos de ellos pero yo desconocía por completo lo ocurrido después de mi partida hacia Nueva York. Solo sabía algunas cosas que me había contado Vic de Eli, Anne y John, y en vista de lo ocurrido entre Vic y John intenté no hablar mucho de él durante el viaje y desviar la conversación a otras personas.

—¿De verdad que Alicia se casó? —Era la chica más popular y la más alocada.

—Sí, se casó con Mat.

—¿El cerebritito? —pregunté asombrada.

—Sí. La verdad es que nos sorprendió a todos. Pensábamos que acabaría con alguien del equipo de fútbol como en las películas pero... cosas de la vida, parece que el cerebritito consiguió deslumbrarla.

—¿Y cómo les va?

—Muy bien, tienen dos hijos.

Recordamos uno a uno a todos los estudiantes con los que pasamos nuestros días de alocada libertad en la Universidad, hasta que llegamos al pequeño hotel elegido por Vic para pasar las dos noches del fin de semana.

Habíamos decidido que, para vivir una experiencia parecida a la del campus, compartiríamos habitación de la misma manera, es decir, Eli con

Anne y Vic conmigo. Nada más llegar a nuestra planta, Anne informó de que teníamos reserva en un restaurante en menos de una hora y que debíamos prepararnos para salir. Aunque la idea de quedar el fin de semana para recordar viejos tiempos había sido de Vic, ella solo se había encargado del hotel, el resto lo había organizado Anne.

Mientras nos preparábamos para la cenar, aprovechando que Vic estaba en la ducha, escribí a Alex para informarle de nuestra llegada.

Yo: “Ya hemos llegado. Compartimos habitación como en la universidad. Será divertido”

Alex: “Me alegro por ti. De verdad. Pásalo muy bien”

Yo: “Tu también”

Fue una conversación muy escueta. No llegaba ni al significado de conversación en realidad. Estaría entretenido con algún asunto porque no daba muestras de querer seguir hablando. No le di mucha importancia aunque me sorprendió su desinterés después de sus palabras de aquella mañana.

Intenté quitarme esas ideas negativas de la cabeza. El problema era yo, estaba claro que siempre pensaba lo peor y esta vez no iba a dejar que eso ocurriera. Debía tener confianza y superar mis miedos; mi tendencia a fastidiar las relaciones.

No fue fácil pero lo conseguí. Me concentré en el vestido, el peinado y mi maquillaje; quería estar guapa para nuestra primera salida en grupo del fin de semana.

* * * *

En cuanto nos encontramos las cuatro en el pasillo del hotel me sentí transportada a cinco años antes; las cuatro juntas saliendo de marcha.

No paramos de hablar durante todo el camino hacia el restaurante, que aún conservaba el mismo aspecto que recordaba y en el cual habían reservado la misma mesa que solíamos ocupar.

—Caray chicas. Esto es genial. Parece que no ha pasado el tiempo — exclamé al entrar.

—Verdad que sí —confirmó Anne.

—¿Y qué vamos a comer? ¿Lo de siempre?

—Sí, ¿por qué no comemos las hamburguesas completas de siempre? — Vic estaba ilusionada. Seguramente ella tampoco estaba al corriente de dónde íbamos a cenar antes de entrar. Anne nos lo había ocultado para darnos una

sorpresa.

—Claro, aunque después tendremos que ir a bailar para gastar todas las calorías porque mi cuerpo ya no es el de antes.

—Ya tengo previsto dónde vamos a ir —informó misteriosa Anne.

—Dime que has pensado en la disco de la esquina —pidió Eli descubriendo una nueva faceta alocada.

—He pensado en todo. Dejadlo en mis manos y divertiros sin límites.

Durante la cena Eli nos contó que estaba deseando esta salida, que su vida en la granja con su marido y sus hijos era muy rutinaria y necesitaba urgentemente tener un fin de semana de descanso, un fin de semana para ella misma. Anne también estaba deseando escaparse del restaurante y su vida familiar, al menos durante dos días. Las dos eran felices con sus parejas pero necesitaban esos días de distracción.

El tiempo pasó con rapidez entre risas, recordando situaciones cómicas de nuestra vida juntas en el campus, y pronto nos encontramos en la discoteca. No era la de siempre, por lo visto había cerrado un año atrás, sino una nueva que se llenaba gracias a los estudiantes universitarios de la zona.

Sin pensar más que en divertirnos, tomamos algunas copas y bailamos descocadas en el centro de la pista. Saltábamos, girábamos y nos movíamos sensualmente al ritmo de la música. No nos importaba la imagen que dábamos, no íbamos a volver por allí en un tiempo y no estábamos pensando en ligar ni hacer amistades.

—Chicas, vamos a la barra. Estoy seca —me agarró Vic del brazo.

—Venga que queréis —preguntó Eli al llegar.

—Chupito de tequila —contestamos las tres al mismo tiempo.

—Una ronda de chupitos, entonces —dijo el camarero, y acercándose un poco más a nosotras añadió —os invitan esos chicos del final.

—¿Cómo? —exclamó Anne extrañada.

—Allí, los que os están saludando —el camarero nos dio la espalda y se fue a servir a más gente.

—Oye, no quiero líos. No estoy dispuesta a ligar hoy —comentó Anne.

—Yo ni hoy ni nunca. ¡Estoy casada! —exclamó Eli.

—Pero yo sí, soy la única soltera por lo que parece —se insinuó Vic mientras les saludaba.

—¿La única soltera? ¿Y Andrea? —preguntó Eli ajena a todo lo que había ocurrido con Alex.

Mientras Anne le ponía al corriente de forma resumida, nos bebimos los

chupitos de golpe y volvimos a la pista de baile. El grupo de chicos se acercó a nosotras para bailar distribuyéndose cada uno de ellos junto a una de nosotras. ¡Qué directos! Estaba claro que ya se habían hecho una idea y no podían estar más equivocados. Pero me apetecía mucho bailar y no iba a desaprovechar la ocasión, necesitaba desfogarme un poco; divertirme y no pensar en Alex.

Durante la siguiente hora lo conseguí, me centré en bailar canción tras canción, sin dar pie a ningún coqueteo y dejando claro que no iba a pasar nada. Nunca me había gustado ligar en las discotecas, para mí había que conocer un poco a la persona antes de llegar a más y en una discoteca era bastante difícil.

Vic fue la única que coqueteó con el chico que se le había acercado, pero no tuvo problema en dejarlo plantado en el momento que decidimos que habíamos bailado suficiente y debíamos volver al hotel. El alcohol nos había afectado un poco y volvimos haciendo eses y cantando por la calle. Menos mal que habíamos sido previsoras dejando el coche en el aparcamiento para salir andando esa noche. Sabíamos que íbamos a beber.

Ya eran las cuatro de la mañana cuando llegamos a las habitaciones y no me había acordado de Alex, ni me había escapado al aseo para poder escribirle como le había prometido. Esperaba que no se enfadara por ello. De todas formas ya era muy tarde; no podía mandarle un mensaje ahora, seguramente le despertaría. Cogí el teléfono para ponerlo en el cargador y me di cuenta de que tenía varios mensajes.

Alex: "Hola ¿Te diviertes?"

Alex: "Veo que sí"

Alex: "¿Ni siquiera ves mis mensajes?"

Alex: "Vale, duerme bien. Hasta mañana"

¡Mierda!. No me había dado cuenta. Me habían llegado entre las doce y la una. Parecía mosqueado por no obtener respuesta. Al final no había cumplido mi promesa. Yo que creía que no hacía falta hacerla porque no iba a poner estar tanto tiempo sin escribirle y resulta que no solo me había olvidado sino que había roto la promesa. Mañana por la mañana intentaría hablar con él para mejorar las cosas.

Capítulo 9

Amigas a lo loco

Después de la entretenida noche del viernes, el sábado no se quedó atrás. El día en realidad había empezado mal por la resaca y el cansancio, pero pronto nos pusimos las pilas y salimos hacia el campus. Paseamos entre los edificios visitando todos los rincones que conocíamos. Nada más despertarme intenté llamar a Alex pero Vic no me dejó tan solo pude mandarle un mensaje informando de nuestra salida y explicándole que intentaría llamarle más tarde. No me contestó. ¿Por qué no contestaba?

La noche del sábado pasamos por varios bares pero nos retiramos temprano. También tuvimos suerte con los chicos, aunque no estaba segura de si era buena suerte o mala suerte. Parecía que cuando menos te lo proponías más éxito tenías. Una vez más, todas menos Vic mantuvimos a raya a los que se acercaban y seguimos hablando de nuestros planes de futuro.

—¿Y tú Andrea qué piensas hacer? ¿Volver a Nueva York?

—Pues no me queda otro remedio. Mi trabajo está allí —contesté entre pucheros. No me apetecía nada volver pero tenía que pensar en mis oportunidades.

—¿Realmente tan bueno es ese trabajo? —preguntó Anne. Había comenzado el interrogatorio; las conocía y aquello no iba a acabar ahí. No me apetecía pensar en ello pero quizás podría aclararme un poco las ideas.

—No es eso, pero es lo que tengo.

—No te veo muy convencida. Además, seguro que puedes encontrar algo en Londres.

—Pero allí tengo mi casa... —dije la primera excusa que se me ocurrió—. No puedo dejarlo todo sin más.

—Sí que puedes, pero no sería dejarlo todo sin más, sería progresar consiguiendo un trabajo mejor.

—No sé... Me gustaría pero no lo tengo muy claro.

—¿Y qué vas a hacer con Alex? —preguntó Eli.

—No lo sé —contesté mirando el móvil—. Ni siquiera ha contestado mis mensajes.

—¿Cuándo le has escrito?

—Esta mañana.

—¿Cómo? —gritó Anne—. No podías hacerlo. Son las normas.

—Vale ya Anne —me defendió Eli—. Yo también he llamado a casa hoy. No pasa nada. Andrea no va a pasarse todo el rato al teléfono, solo necesita un pequeño contacto.

—Bueno, ya le llamaré mañana por la mañana.

Aunque me dejaran no era bueno llamarle en ese momento. Estaba enfadada por su poco interés y podía decir cosas que en realidad no pensaba. ¿Por qué no contestaba? ¿Me estaba dando espacio? Pues no quería tanto, no lo necesitaba. Habíamos quedado en escribirnos a menudo y él no contestaba. ¡Basta! No quería seguir pensando en eso.

—¿Y tú tienes alguna apertura nueva en mente Anne? —cambié de tema la conversación e intenté no dejar que mi mente me traicionara imaginándomelo divirtiéndose sin control y sin tener tiempo para mí.

—La verdad es que sí. Estamos pensando en abrir un restaurante más al norte, en York. Siempre me ha gustado, es precioso.

—Será maravilloso, así tendremos un poco de encuentro más cercano a mi casa —dijo Eli—. Me encanta la idea.

Al ver cómo Vic, tras un intenso troteo, se besaba por sorpresa con un desconocido, decidimos que era hora de volver al hotel, al cual llegamos sobre la una de la madrugada y nos fuimos directamente a la cama. Al menos eso fue lo que intenté pero Vic no quería y estuvo hablándome durante una hora sobre su reciente conquista y buscando excusas cuando le pregunté por su relación con Henry. Mi amiga no iba a cambiar nunca. Después de la charla sobre su interés por una relación más seria, creía que se comportaría de otra forma. Me había parecido que mostraba interés en Henry, pero por lo visto no había sentido la atracción necesaria para que su relación fuera algo más que una simple amistad. No se habían visto más que un día pero Vic era así, clasificaba a sus conocidos desde una primera impresión. Para ella tenían que saltar chispas o existir una especie de conexión especial desde el primer encuentro o ni siquiera lo consideraba una opción. No estaba de acuerdo con esa actitud, no se llegaba a conocer a alguien en un primer encuentro, pero así era ella.

Cuando por fin, me dejó meterme en la cama, miré el móvil como acto reflejo y vi un nuevo mensaje de Alex.

Alex: “Acabo de ver tu mensaje. Llevo todo el día sin cobertura en el

campo con mi familia”

Alex: “¿Estás ahí?”

Alex: “¿Enfadada?”

Alex: “Lo siento. Me quedo esta noche en casa de mis padres. Hablamos mañana”

¿Otra vez? ¿Es que no íbamos a poder tener una conversación normal? Tumbada en la cama le di vueltas a lo que me había escrito. Algo no cuadraba; me había dicho que iba a pasar el fin de semana trabajando pero atento al móvil y resulta que había pasado el día en el campo y dormiría en casa de sus padres. ¿Qué interés tenía en ocultarme ese compromiso? ¿Habían sido planes de última hora? Y lo de atento al móvil... ¿Qué le había distraído? Sabía que no podía reprocharle nada porque yo tampoco había hecho mucho caso al teléfono pero mi viaje era especial, no era simplemente trabajo. ¿Egoísta? Sí, pero con fundamento.

No tuve un sueño tranquilo. Pasé la noche inquieta por la distancia y la sospecha de algún encuentro familiar que incluyera a su exnovia. Sí, sabía que tenía una exnovia, con la que había tenido una larga relación favorecida por la aprobación de sus padres.

Durante meses, a través de nuestros mensajes, nos habíamos puesto al corriente de parte de nuestras vidas, sobretodo de problemas y dudas para las que necesitábamos consejo, y también algunas situaciones que nos habían marcado, lo cual incluía nuestras relaciones anteriores. Así, sabía que había estado dos años con la hija de una amiga de sus padres pero no sabía su nombre. Me había contado que se sintió presionado por el entorno para seguir con una relación que en realidad llevaba muerta varios meses antes de ponerle fin. Por aquel entonces no trabajaba de manager y permanecía en la casa familiar, acababa de licenciarse y buscaba su camino en la gran ciudad, Londres. También me contó que su exquisita y dulce exnovia se sorprendió cuando decidió cortar la relación. No lo había aceptado bien, pero con el tiempo se había establecido una relación cercana de amistad.

Y él conocía mi relación con John pero tampoco sabía su nombre, ni que era el hermano de mi amiga. Le había contado nuestra relación con bastante detalle; desde los inicios en el campus hasta el final provocado con mi marcha. Él me comprendía perfectamente cuando le decía que lo peor fue la decepción al ver que yo no le importaba lo suficiente para intentar hacer que funcionase a pesar de la distancia.

Esa era nuestra norma, nada de nombres. Nada de información adicional,

únicamente nuestros sentimientos y cómo nos afectaron. Pero aún así, estaba segura de que su ex estaba cerca, acechando, porque de lo que sí estaba convencida es que la cercanía era debida a su interés en retomar la relación. A veces los hombres eran tan ciegos.

* * * *

El domingo, nuestro último día de viaje, me desperté enfadada con él. Un enfado que se había ido fraguando durante el sábado y que había llegado a niveles preocupantes. Nuestra comunicación no había resultado tan frecuente, alegre y normal como había pensado antes de iniciar el viaje, y había pasado una noche horrible imaginando posibles formas de encuentros entre él y su ex que acababan inexorablemente en la cama. Además, los pocos mensajes que había recibido, no eran los mensajes habituales del chico con el que me escribía desde hacía meses. Me sentía decepcionada, ¿eran mi culpa por poner las expectativas muy altas? No podía alejar mis sospechas de su cambio de interés pero me apetecía oír su voz. Aproveché que Vic seguía durmiendo para avisarle de nuestra vuelta.

—Hola —dije nerviosa después de esperar tres tonos.

—Hola. ¡Por fin! Estaba deseando oírte.

—¿Estás acompañado? —pregunté al oír una voz femenina que le llamaba.

—Estamos desayunando en el porche con los vecinos. ¿Qué tal estás? —parecía contento, casi podía ver su sonrisa. ¡Cuánto le había echado de menos!

—Bien. Deseando volver —estaba tan emocionada que la voz se me quebraba—. Llegamos esta tarde sobre las siete.

—Al final no me has informado casi, espero que esta noche podamos hablar y me cuentes cómo lo has pasado. ¿Me acerco a tu casa?

—Vale.

—No parece animada —reprochó por el tono de mi voz.

—Solo estoy cansada.

—¿Seguro?

—Cariño, ven a la mesa nuestros padres nos esperan —interrumpió de nuevo la voz femenina.

—Ahora voy Olivia, empezad vosotros —contestó él gritando.

—Te dejo. Estás ocupado. Luego nos vemos —dije con rapidez antes de colgar.

Dos segundos después recibía una nueva llamada y la rechazaba con furia.

Mis temores se habían hecho realidad. Estaba acompañado de la hija de unos amigos de sus padres y seguro que ella... era su exnovia. No quería pensar en ello pero mi mente actuaba por sí misma y no paré de darle vueltas durante toda la mañana.

Le había prometido no dejar que mi tendencia a pensar mal influyera en nuestra relación y ya había fracasado. ¿Era falta de confianza en mí misma o miedo a perderle antes siquiera de estrechar la relación? ¡Arggg! No quería pensar en ello. Parecía tan contento cuando hablamos por teléfono... Aunque eso era normal, estaba en una reunión familiar, no iba a mostrarse triste ni a disgusto ¿no?

Vic salió de su habitación con apariencia resacosa y tocándose la cabeza como si le fuera a estallar. Mientras le contaba mi conversación con Alex y mis sospechas sobre su compañía le ofrecí una pastilla y un vaso de agua. Ella le quitó importancia y me reprochó que pensara directamente la peor opción sin confiar en los sentimientos de Alex. Sentí una puñalada en el estómago cuando dijo que mis temores y paranoias me impedían vivir con ilusión y que nunca sería feliz si no dejaba de juzgar las situaciones sin toda la información necesaria para ello.

No pude dejar de darle vueltas a su frase mientras recogía todas mis cosas y preparaba mi mochila. Tenía razón; recordaba varias situaciones en las que no había hecho buenas elecciones debido a mis temores y prejuicios. No eran muchas pero sí suficientes como para pensárselo.

Media hora después, tras revisar la estancia por última vez, nos reunimos con Eli y Anne en el vestíbulo para dirigirnos al comedor a desayunar.

* * * *

Empecé a sentirme mal apenas salimos del pueblo. Mi estómago parecía un jacuzzi con grandes pompas estallando dentro, que no sabía si se habían instalado allí por algo que había comido o por los nervios. Siempre había tenido problemas de estómago por lo que no le di importancia al principio, hasta que me entraron ganas de vomitar.

—¡Para! —grité, tapándome después la boca.

—¿Qué pasa?

—No se encuentra bien —contestó Vic por mí—. Va a vomitar.

—Espera, ya paro el coche. Anne pásale la bolsa de plástico de la guantera.

—¿Tienes bolsas para vomitar?

—Con los niños hay que estar preparada —explicó quitándole importancia.

Frenó a pocos metros en una zona más ancha, para evitar interrumpir el poco tráfico existente. Cuando el coche se paró por completo, ya había vomitado en la bolsa pero seguía encontrándome mal y necesitaba aire en la cara. Una vez fuera, Vic mojó su pañuelo y lo colocó en mi nuca, mientras Eli me sujetaba agachada para que pudiera vomitar más y Anne me pasó una botella de agua para que me enjuagara la boca nada más terminar. Formábamos un buen equipo.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Vic preocupada al verme tan pálida.

—Sí, algo mejor pero necesito todavía un rato antes de volver al coche —contesté apoyada en el lateral y poniéndome el pañuelo en la frente.

—¡Caramba! Lo has echado todo.

—Es que cuando hago algo, lo hago bien.

—Claro que sí ¡Esa es mi chica! —exclamó Vic—. Ahora te encontrarás mejor.

—No lo entiendo, me encontraba bien hasta hace unos minutos. Todo ha sido muy rápido.

—¿Qué has tomado en el desayuno buffet? —preguntó Eli.

—Ha tomado de todo, ya sabéis como es cuando tiene ansiedad —interrumpió Vic contestando por mí.

—¿Ansiedad por qué?

—Algún problemilla con su amor, seguro —razonó Anne.

—Seguro que no es nada. Siempre haces lo mismo, pensando mal antes de hablar y aclarar las razones —afirmó Eli, corroborando la opinión que Vic me había expuesto esa misma mañana—. No puedes dejar que cualquier cosa te afecte tanto.

No dejaron de insistir en que debía hablar con él pero yo seguía dudando, me moriría de vergüenza tanto si mis dudas eran infundadas, por mi comportamiento de niña, como si tenían fundamento, por el engaño. No sabía cómo plantear el tema sin parecer una celosa infantil. Desde luego no podía quedarme con la duda porque me conocía y sabía que pensaría mal en cualquier situación.

Continuamos el viaje a una velocidad más moderada y paramos otras dos veces para poder vomitar. La última vez ya solo vomitaba el agua que bebía, no quedaba nada más en mi estómago, y me encontraba sin fuerzas, tan abatida

que el último tramo del viaje lo pasé durmiendo.

Al llegar a casa, Vic se encargó de subir las dos mochilas mientras yo arrastraba los pies hasta llegar a la cama. Me dejé caer vestida, boca abajo y con los brazos abiertos. Sentí que Vic dejaba mi equipaje a un lado.

—Venga, ponte el pijama.

—No tengo fuerzas —refunfuñé contra la almohada—. Además, he quedado con Alex.

—¿Va a venir? ¡Estás loca!

—Quedamos antes de encontrarme mal y no hemos vuelto a hablar.

—Porque tú no has querido. Si no recuerdo mal, me has dicho que él volvió a llamarte —me miró con dulzura. Mi rostro entristecido impidió que siguiera con sus reproches y se apiadó de mí—. Anda, déjame que le mande un mensaje. Dame el móvil.

—Ni hablar —me negué escondiendo mi teléfono bajo la almohada.

—Pero no estás en condiciones.

—Necesito verle un rato. Tengo que hablar con él —el timbre de la puerta me interrumpió—. Ya está aquí. Abre la puerta mientras voy al baño y me lavo los dientes.

En cuanto se levantó para dirigirse a la puerta, me moví despacio hasta el baño. Debía asearme un poco y quitarme ese olor a vómito antes de salir de la habitación. La imagen que vi en el espejo no me dio esperanzas. Estaba totalmente pálida, con ojeras, los labios cuarteados y el pelo alborotado. Me refresqué la cara con agua fría, me peiné y me maquillé un poco disimulando mi palidez. Cuando el resultado me pareció aceptable salí en dirección al salón para encontrarme con mi cita, temerosa del final de la difícil conversación que debíamos mantener.

* * * *

Antes de entrar en el salón escuche como Vic le contaba a Alex lo ocurrido y me paré en seco para que no pudieran percatarse de mi presencia.

—¿Qué ha estado vomitando? ¿Pero por qué no me ha avisado?

—No te preocupes, ya está mejor.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha tomado algo malo?

—No. Pensamos que solo es su maldita ansiedad.

—¿Ansiedad?

—Sí. Le da por comer de todo, mezclando y sin límite.

—¿Y qué le preocupa?

—Tú.

—¿Yo? —la miró perplejo—. Pero si... yo no he...

—Lo sé. Ella solita se monta historias. Ya sabes.

—¿Qué te ha contado?

—No me corresponde a mí decírtelo. Habladlo vosotros.

—No entiendo nada —hundió la cara entre sus manos, para después de unos segundos levantarse con actitud decidida, dispuesto a tomar control de la situación—. Vale. ¿Puedo entrar a su cuarto?

—No. Me ha dicho que ahora sale. Espera aquí. ¿Quieres tomar algo de beber?

—No, gracias —contestó sentándose de nuevo.

A los pocos segundos salí de mi escondrijo y me encontré con Alex sentado en uno de los sofás y Vic en el de enfrente. En cuanto me vio se puso en pie para acercarse a mí.

—Hola ¿Cómo estás? Me ha dicho Vic que...

—Estoy bien, Alex, no te preocupes —seguía de pie en la entrada del salón con los brazos caídos a ambos lados sin fuerzas.

—¿Qué no me preocupe? —preguntó acariciándome las mejillas—. ¿Te has visto? Estás muy pálida y pareces sin fuerzas. Déjame cuidarte un poco.

—Vic, no te importa que te dejemos aquí, ¿verdad? Vamos a mi habitación a hablar un rato.

—Claro Andrea, pero descansa ¿eh?

—Te aseguro que va a descansar, yo me ocupo —contestó él cogiéndome la mano.

Giré sobre mí misma, le llevé por el pasillo hasta mi cuarto y cerré la puerta después de entrar. Nos quedamos un momento mirándonos de pie, sin movernos, hasta que me senté a los pies de la cama. No tenía casi fuerzas y lo que más deseaba era tumbarme. Él se sentó a mi lado y me cogió ambas manos entre las suyas.

—Te encuentras mal todavía ¿verdad?

—Sí, bastante mal. ¿Te importa que me tumbe mientras hablamos? —negó con la cabeza y se tumbó a mi lado.

—Tenía muchas ganas de verte —se volvió hacia mí, apoyándose en su brazo.

—Yo también —contesté sin volverme.

—¿Te pasa algo? —preguntó después de unos segundos de silencio que me

parecieron más que minutos—. Estás rara, muy seca.

—Sabes que no me encuentro bien —mi triste intento de desviar la atención no surtió efecto pues tomó mi barbilla y la giró hacia su lado para poder observar la expresión de mi rostro.

—No es solo eso y tú lo sabes. Habla conmigo, Andrea.

—Es una chiquillada. No tengo razones ni derecho para decirte nada.

—Eso debo juzgarlo yo ¿no? —respondió nervioso, soltando mi barbilla por fin—. Algo que dije esta mañana te sentó mal.

—Tú qué sabes.

—Me colgaste.

—Ah eso... teníamos prisa.

—Después rechazaste mi llamada —me miró fijamente, tratando de averiguar en qué estaba pensando, hasta que desvié los ojos—. Dime qué pasó.

—No me gustó tu compañía —susurré temerosa de su reacción.

—Me prometiste que no sacarías conclusiones sin hablar primero — reprochó tras unos segundos de silencio.

—Es que... —desvié hacia el techo para evitar que me viera los ojos.

—¿Celosa? —su sonrisa hizo que me sintiera ridícula.

—No, no son celos... más bien miedo.

—¿De qué? —exclamó extrañado—. No hay nada que temer. ¿No lo ves? Llevo todo el fin de semana esperando verte.

—No hemos conseguido comunicarnos. Creía que...

—Estoy aquí ¿no? Me hubiera gustado poder hablar contigo pero ahora mismo solo quiero disfrutar de ti y me importa muy poco nuestras dificultades de comunicación, que te aseguro han sido provocadas por el horario y los compromisos más que por la falta de interés.

—Me he sentido de lado —insistí.

—Y yo —me confesó y continuó hablando al ver mi sorpresa—. Pensaba que te lo estabas pasando tan bien que te habías olvidado de mí. No sabes la alegría que sentí cuando llamaste para avisar que volvías —no dejaba de acariciarme las manos.

—Te dije que te llamaría.

—Lo sé —me besó la mejilla y se dirigió a la puerta—. Anda, cámbiate y descansa.

—No te vayas.

—No pensaba hacerlo —me tranquilizó—. Solo voy a informar a Vic para

darle tiempo de que te cambies. Vuelvo en un segundo.

—¿Dormirás aquí?

—No deseo irme a ningún lado, Andrea. ¿Te traigo algo de la cocina?

—No. Lo vomito todo, mejor no tomar nada.

En cuanto cerró la puerta, me levanté con lentitud y comencé a desnudarme. Cualquier esfuerzo me costaba una barbaridad y todavía estaba en ropa interior cuando tocó la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Sí.

—Me has dicho que podía pasar —me recordó extrañado cuando al entrar me vio en ropa interior cogiendo un camisón.

—Lo sé. No estoy desnuda. Puedes pasar.

—Vale —estaba nervioso, de pie junto a la puerta sin atreverse a avanzar—. ¿Qué quieres que haga? ¿Te ayudo?

—No hace falta —negué dándome la vuelta para quitarme el sujetador e introducir el camisón por la cabeza.

—Sé que no debería decir esto porque en tu estado lo que menos debe apetecerte es... eres preciosa —susurró mirándome, quieto desde el otro lado de la habitación.

Noté un hormigueo por todo mi cuerpo. No era el momento de hacer nada pero me gustó oírle y me gustó cómo me hizo sentir. Terminé de ponerme el sugerente camisón color vino tinto con una sonrisa que le mostré cuando me volví y me metí en la cama. Le hice un gesto para que se tumbara a mi lado.

—¿Te quedarás toda la noche?

—Si es lo que tú quieres.

—Sí, es lo que quiero ¿Y tú?

Sin decir una palabra, se levantó, se quitó los pantalones y la camisa, y los extendió sobre el respaldo de la silla, todo ello bajo mi atenta mirada. Cuando volví a mirarle a los ojos, me sonrojé al ver que se había percatado de mi escrutinio. Se metió en la cama a mi lado y como si lo hiciera desde siempre, abrió el brazo para que me apoyara en su pecho y poder estrecharme entre sus brazos.

—No creas que esto va a ser fácil para mí —mencionó al cabo de un instante.

—¿El qué?

—Pasar la noche a tu lado con tan poca ropa.

—Lo siento, no había pensado en ti —intenté apartarme un poco—. Soy

una egoísta que solo quería dormir en tus brazos.

—Buenas noches, Andrea —contestó apretando más el abrazo para que no pudiera alejarme.

—Buenas noches, Alex.

Cerré los ojos dispuesta a disfrutar de su abrazo donde me sentía arropada, protegida y confiada. Notar los latidos de su corazón en mi mejilla y sus caricias en mi pelo, me relajaba tanto que tardé menos de cinco minutos en caer en un dulce y profundo sueño del que no me desperté hasta la mañana siguiente.

Capítulo 10

¡Por fin!

Antes de abrir los ojos tuve una sensación extraña; noté una respiración profunda a mi lado y un brazo encima de mi cintura. Hacía mucho tiempo que no dormía con alguien en la misma cama. Desde John, todas mis relaciones se habían basado en el sexo únicamente y cada participante volvía a su casa antes de dormir. Nunca me quedaba a dormir después de un encuentro sexual. Nunca excepto cuando me desperté en el hotel en Nueva York. Por lo visto Alex hacía tambalear mis principios, solo con él había pasado toda la noche, y no una vez sino dos, aunque en ninguna de las dos ocasiones había habido encuentro sexual.

Abrí los ojos lentamente, sin mover un músculo para evitar que Alex se despertara. Frente a frente pude observarle con detenimiento. ¡Cómo me gustaba ese hombre! Moreno de pelo corto, un poco más largo por arriba, y con un cuerpo fibroso que demostraba la realización habitual de algún tipo de deporte. Me había dicho que siempre que podía iba a nadar y a veces montaba a caballo pero seguramente también visitaba el gimnasio entre semana. Yo en eso era un desastre. Cada año me proponía hacer más ejercicio pero no era constante, siempre encontraba excusas válidas para retrasar el inicio de mi entrenamiento.

Un rugido de mi estómago me recordó mi sensación de vacío. No había comido en un día y había devuelto mi último desayuno. Si mi estómago me avisaba de esa forma era que ya estaba bien, necesitaba alimento y esta vez no iba a devolverlo. En cuanto me levantara iba a tomar un desayuno en condiciones, pero antes debía aliviar otro tipo de hambre. Después de descansar más de ocho horas seguidas, me encontraba con más fuerzas y con ganas de ser un poco traviesa.

Bajé lentamente mi mano desde el pecho hasta debajo de su cintura acariciando con suavidad su piel por el camino, mientras le miraba fijamente a los ojos para observar el efecto de ese recorrido. Palpé su expresión masculina matutina con delicadeza y noté exactamente el momento en el que se despertó para, segundos después, abrir los ojos extrañado y soñoliento.

—Buenos días.

—Buenos días, Alex —no paré de mover mi mano sobre él, masajeándole.

—Mmmm —gimió cerrando los ojos ligeramente—. Aunque me encante este despertar que me estás...mmm. No crees que...mmm. ¿Estás bien? Ayer no estabas en condiciones de nada.

—Pues hoy sí. Y me apetece mucho jugar contigo —le susurré al oído.

No hizo falta más. Llevábamos tanto tiempo deseándolo que mis palabras le activaron inmediatamente. De un solo movimiento me tumbó de espaldas y se colocó sobre mí, sujetando mis manos a ambos lados de mis hombros. Bajó la cabeza y comenzó a besarme.

—¿Y a qué quieres jugar exactamente? —preguntó mientras bajaba sus labios por mi cuello.

Me estaba poniendo a cien, excitándome con cada caricia y cada roce de sus labios. Él sabía perfectamente de qué estaba hablando, solo quería oírme decir en voz alta cuánto lo deseaba. Sentí sus besos bajar un poco más desde mi cuello y se paró justo sobre mi pecho al ver que yo no le contestaba.

—Dime ¿cómo te gusta jugar? —me miró directamente a los ojos con una sonrisa traviesa.

Mi estómago eligió ese momento íntimo para hacer un ruido nada sugerente, que le hizo incorporarse de inmediato.

—¿De verdad estás bien?

—Sí, no te preocupes. Solo tengo un poco de hambre, recuerda que ayer no comí nada.

—Pues parece que tengas un león hambriento encerrado en alguna parte. ¿No quieres desayunar primero? —permaneció quieto a horcajadas sobre mí.

—Ni hablar, como te levantes te mato —exclamé con agresividad, agarrándole el cuello para acercarlo un poco—. Llevo días esperando esto y no vas a salir de esta cama sin que ambos estemos completamente saciados.

—Entonces prepárate para pasar unas cuantas horas porque no creo que pueda saciarme de ti tan rápido —murmuró mirando mi cuerpo con deseo—. Eres preciosa.

—Ven aquí y dame un beso.

—Espera, llevo varios días fantaseando contigo y... tengo varias ideas que... un momento —Se acercó a su pantalón y sacó un preservativo que dejó sobre la mesita de noche—. ¿Dónde guardas tus juguetes?

—No, hoy no —le contesté poniéndome de rodillas en la cama—. Hoy quiero el original.

Me subí el camisón sensualmente hasta por encima del ombligo dejando ver las diminutas bragas de encaje que llevaba puestas. Durante unos segundos se quedó quieto, tenso, de pie junto a la cama, devorándome con sus ojos y centrando su mirada en la zona recién descubierta. Me encantó verle así, impactado, deseándome.

—Y lo tendrás —fue lo único que llegó a decir antes de lanzarse sobre mí, agarrar el camisón y sacármelo por la cabeza para tirarlo al suelo—. Pero déjame disfrutar de tu cuerpo, tu olor, tu sabor, tu tacto... —fue dejando un reguero de besos por mi cuello hasta mi pecho.

—Mmm, eso sí puedo hacerlo.

—¿El qué? —me miró extrañado.

—Dejarte disfrutar de mí.

—No te preocupes, creo que tú también vas a disfrutar.

Y sin volver a hablar comenzó a saborear mi piel y a masajear las partes más erógenas de mi cuerpo. Y disfruté, ya lo creo que disfruté. No solo parecía saber exactamente lo que necesitaba sino que su mirada me transmitía unas sensaciones abrumadoras. Me sentí querida, deseada y extasiada. No me había sentido tan amada en ninguna de mis relaciones anteriores. ¿Sería por todos esos días que habíamos tenido que esperar? Hacía más de medio año que no tenía relaciones íntimas, pero sabía que la escasez no era la causa de haber disfrutado de esa manera. No recordaba otro encuentro igual.

Fue muy tierno y cariñoso al principio pero intenso y salvaje al final. Después de excitarme de todas las maneras posibles y arrancarme jadeos, suspiros y gritos, estaba deseando sentirle dentro y no me defraudó. Me dejó totalmente saciada cuando se aseguró de que llegara al éxtasis antes de dejarse llevar.

Al salir de mí, se levantó veloz para desprenderse del preservativo en la papelería del baño, lo cual me extrañó pues ni siquiera recordaba que lo hubiera colocado. En un instante volvió a meterse entre las sábanas donde abrazados esperamos a que nuestra respiración se tranquilizara, mientras él acariciaba la cabeza con dulzura me besaba la frente.

—Madre mía —exclamé al fin.

—Te dije que sería mejor que por teléfono —replicó con la sonrisa más sexy que le había visto.

—Estás muy seguro de ti mismo ¿no?

—No tanto —no aflojaba la presión de sus brazos alrededor de mí—. Recuerda que al principio quería ayuda.

—Te aseguro que no la necesitabas —seguí acariciándole el pecho al tiempo que alzaba la barbilla para darle un ligero beso en los labios—. Ya tengo algo en lo que pensar cuando necesite desahogarme.

—Cuando necesites desahogarte solo tienes que llamarme —sentí su pecho vibrar por una sutil risa.

—¿Sin usar mis juguetes?

—No deberías utilizarlos —dijo seriamente.

—¿A no? —pregunté con inocencia.

—No, a menos que sea conmigo —dijo solemne y tajante—. Además, me tienes que contar cómo funciona uno de ellos.

—Eso no lo dudes. Me dijeron que era muy interesante usarlo en pareja y la próxima vez podremos probar —le provoqué.

—¿Ya lo has utilizado?

—No. Me lo regalaron en mi despedida de nueva York y todavía está nuevecito.

—Cómo sigamos hablando de estas cosas vamos a tener que empezar de nuevo —advirtió con voz sensual.

—No sabía que eras tan activo... ni que te gustaba probar cosas.

—Nunca me lo había planteado, pero contigo es diferente.

Tras unos minutos de remoloneo en la cama, le convencí de que fuéramos a la ducha donde le hice disfrutar yo a él. No solía hacerlo pero él me liberaba; me volví atrevida y me encantó verle en éxtasis.

Entre risas nos enjabonamos mutuamente, rozándonos y besándonos, hasta que una parte de él volvió a mostrar su deseo por mí.

—Era cierto que no te saciarías en horas.

—Te lo advertí —susurró en mi oído—. ¡Mierda! No tengo condón aquí.

—No hace falta. Tomo la píldora. No he tenido relaciones desde hace seis meses y estoy perfectamente.

—Yo tampoco he tenido relaciones en mucho tiempo —confesó nuevamente en mi oído—. Me encantaría poder disfrutarte sin barreras pero... ¿estás segura?

—Confío en ti.

—Yo también confío en ti.

No dijo nada más, se centró en la actividad que ambos teníamos en mente y volví a sentirme en las nubes de placer mientras el cuarto de baño se llenaba de vapor y el espejo dejaba de reflejar nuestros cuerpos visibles a través de la mampara de la ducha.

* * * *

Después de secarme, abandoné el baño permitiéndole que terminara cómodamente de afeitarse, me vestí y salí en dirección a la cocina. Allí encontré a Vic que estaba preparándose un café antes de irse a la oficina.

—Hola —exclamó contenta-. ¡Qué envidia me das! Lo que he oído...

—Shhh. ¡Cállate! Te va a oír.

—¿Dónde le has dejado?’

—Está afeitándose pero viene enseguida —rellené dos tazas de café y las coloqué en la pequeña mesa, junto a dos zumos y unas magdalenas.

—Te veo muy feliz —me observaba de pie, apoyada en la encimera, manteniendo las manos en torno a su caliente taza y dando pequeños sorbos.

—Lo soy. Me siento en una nube.

—¿Tan bueno ha sido?

—Mejor. Nunca me había sentido así.

Se oyó un silbido procedente del pasillo antes de aparecer la cabeza de Alex en el marco de la puerta.

—Buenos días. ¿Interrumpo?

—No. Para nada. Supongo que silbando pretendías avisarnos ¿no?

—¿Ha funcionado? —se acercó a darme un ligero beso en los labios.

—Sí —le hice un gesto para que se sentara a mi lado.

—Chicos, no podéis hacer estas cosas delante de mí. No me está resultando fácil la abstinencia obligada y me estáis dando mucha envidia.

—¿Tú abstinencia? ¿Y los chicos del campus?

—No compares. No es lo mismo.

—¿Chicos del campus? ¿Qué chicos? —preguntó Alex con interés.

—Unos que intentaron ligar con nosotras —le expliqué —, pero solo el de Vic se salió con la suya —añadí al ver el cambio de expresión de su rostro.

—Es que vosotras sois unas sosas —interrumpió Vic, sacando la lengua para hacerme burla.

—Es que nosotras tenemos pareja —repliqué sin pensar.

—Pareja —repitió Alex, colocando su brazo en torno a mi cintura—. Suena bien.

—Bueno, ya basta. Me voy al trabajo antes de presenciar algo “clasificado para mayores”. Soy una chica inocente y no estoy preparada para ser espectadora. ¿Te veo allí Alex?

—Sí, luego te veo —respondió distraído, sin desviar la mirada de mis ojos—. Pareja ¿eh? —dijo apenas oímos la puerta principal cerrarse con suavidad.

—Es que tenía mi mente ocupada con otra persona y no pude centrarme en ligar.

—Me alegro de haber influido en ello.

—¿Quién te ha dicho que esa persona eras tú? —pregunté con inocencia.

—Bruja —contestó antes de cogerme la cara con ambas manos y darme un beso tan intenso que me quitó la respiración.

Tenía los ojos cerrados todavía cuando él se distanció un poco y apoyó su frente en la mía, emocionado y con la respiración pesada.

—No deberías bromear con eso —susurró—. Yo he pasado todo el fin de semana contigo en mi mente, deseando verte y abrazarte. Intentando seguir con mis responsabilidades sin que nadie se diera cuenta de que en realidad mis pensamientos estaban muy lejos de allí.

* * * *

Tras de esa declaración, terminamos de desayunar y nos fuimos a trabajar. Bueno, yo me fui a trabajar y él a su casa porque no tenía nada que hacer hasta la tarde.

Me acompañó paseando hasta la puerta del edificio de oficinas, con las manos entrelazadas como dos tortolitos. Dada mi escasez de relaciones estables, caminar de la mano de un hombre no me resultaba algo habitual, pero extrañamente en este caso era reconfortante, y mis nervios iniciales se calmaron casi de forma instantánea al verle continuar el paseo con naturalidad, como si nuestras manos estuvieran diseñadas para estar juntas.

Al llegar a la entrada, momento en el cual debíamos despedirnos, me rodeó la cintura y acercó nuestros cuerpos. Coloqué mis brazos en torno a su cuello y alcé la mirada.

—Dime que nos veremos pronto —me rogó.

—Si tú quieres, esta misma tarde o noche.

—Esta tarde tengo trabajo y después cena de compromiso con el grupo —replicó poniendo expresión de perrito triste y dolido.

—No me pongas esa cara, nunca me darás pena por salir a buenos restaurantes y bares.

—Te repito que no es salir, es trabajo.

—Sí, pero algunos trabajamos encerrados en oficinas donde solo vemos la luz artificial durante horas y salimos cuando ya es de noche.

—¿Ahora estás intentando darme pena tú?

—¿Funciona?

—Sí —contestó antes de besarme con pasión.

En menos de tres minutos le eché de allí; tenía que subir a la sala de formación si no quería llegar tarde. Quedamos en hablar más tarde para ver cuándo podíamos tener una cita formal. Prometió llevarme a cenar a uno de los maravillosos restaurantes en los que tenía sus cenas de compromiso y que yo había demostrado tener muchas ganas de conocer.

Esa mañana no me pude concentrar mucho en los temas tratados en el curso. Mi mente revivía una y otra vez lo ocurrido al despertar. Me lo había imaginado de muchas maneras durante la última semana pero la realidad superó por mucho mis fantasías. ¿Sería simplemente producto de nuestra expectación? No quería pensar en ello pero... y si la próxima vez no era tan apasionado. Hacía tiempo que no tenía una relación duradera con un hombre y me daba miedo que la pasión se apagara. No, esta vez no iba a pensar en lo peor y dar por supuesto que debía protegerme por si acaso. Esta vez sería feliz, o intentaría serlo, y disfrutaría de la evolución de la relación según viniera.

Al llegar el descanso del café, estaba ansiosa por saber de él. Miré el móvil y comencé a escribir con avidez.

Yo: “No consigo concentrarme. ¿Qué me has hecho?”

Alex: “¿Yo?”

Yo: “Sí, tú”

Alex: “¿Y tú?”

Yo: “¿Yo?”

Alex: “Sí. Te recuerdo que empezaste tú. No consigo quitarme de la cabeza tu forma de despertarme”

Yo: “¿Te molestó?”

Alex: “Muchísimo. Ahora soñaré con despertarme así cada día ;)”

Me entró una llamada y tuve que dejar la conversación. Extrañada por no conocer el número que aparecía en la pantalla, me despedí de Alex y atendí la llamada.

—¿Hola?

—¿Andrea?

—Sí, soy yo ¿Quién es?

—Soy Jennifer, del avión.

—Ah, sí. Hola, Jennifer. ¿Qué tal te ha ido tu reencuentro?

—Fatal. Ha sido un desastre —contestó llorando—. Él no quería que viniera. Nada más verme se sorprendió muchísimo y me dijo que no debía haber venido. Pero ya no me puedo ir; tengo que quedarme los meses del traslado —seguía llorando desconsolada.

Yo tenía razón. La cosa pintaba mal desde el principio. ¿Por qué siempre daba en el clavo? No sabía qué hacer pero le había ofrecido mi ayuda en el avión y me sentía con la obligación de intentar que su estancia no fuera tan desastrosa como parecía.

—¿Y qué vas a hacer?

—Llevo estas semanas evitándole en la oficina pero cuando le veo hablando y riendo con otras mujeres me hundo por completo. No sé qué hacer —volvió a echarse a llorar.

—¿Dónde estás?

—He salido un momento de la oficina para tomar un café —suspiró—. Hasta me ha dicho que no quiere verme por la cafetería. Es horrible.

—¿Quedamos a comer?

—No tengo mucho tiempo pero gracias.

—Pues quedamos por la tarde. Te vienes a casa de mi amiga y hablamos —no contestó, se hizo un tenso silencio y noté sus dudas a través del teléfono—. Te sentirás mejor. Ya verás. Y si se hace tarde puedes quedarte a dormir. Hay un sofá muy grande.

Finalmente cedió a mi insistencia, le pasé la dirección y quedamos en vernos a la salida del trabajo. Su oficina estaba más lejos y tardaría más en llegar, lo que me daba tiempo suficiente para comprar algo de comida para la cena y de bebida para nuestra charla.

* * * *

Cuando llegué a casa, Vic se estaba duchando. Había conseguido volver antes del trabajo y se estaba preparando para salir.

A través de la puerta del baño me contó que le había llamado Henry y que iban a tomarse unas cervezas. Ya sabía lo que normalmente significaba eso pero me extrañó después de su comportamiento del fin de semana. Según sus propias palabras, no tenía nada serio con Henry pero... ¿quería tenerlo? Todavía no me había quedado claro cuando se oyó el telefonillo y me acerqué

para abrir el portal.

Con rapidez le informé de quién era y la triste situación de Jennifer, además de avisarle de que probablemente dormiría en el sofá. Casi no me dio tiempo a terminar mi explicación antes de que llamaran a la puerta.

—Hola, Jennifer —la invité a pasar con un gesto de la mano y una ligera sonrisa, que no fue a más por deferencia a ella que tenía los ojos rojos y unas grandes ojeras mal disimuladas por el maquillaje.

—Hola.

—He comprado algo de picar ¿Lo sacamos ya?

—Claro, te ayudo.

Le indiqué que dejara su abrigo en el perchero de la entrada y nos dirigimos a la cocina, dónde preparamos dos bandejas con comida. No tardamos más de cinco minutos en llevarlo todo al salón e instalarnos en el sofá.

—¿Vives con alguien? Suena una ducha.

—Sí, ¿no te conté que estaba en casa de una amiga?

—No lo recuerdo.

—De todas formas, va a salir, así que podremos hablar con tranquilidad.

Al poco rato, Vic nos acompañó durante unos minutos hasta que sonó el telefonillo indicando que Henry había llegado.

—Chicas, os dejo. Pasadlo bien y no abuséis del helado ni del alcohol —gritó saliendo por la puerta mientras se colocaba el pañuelo.

—Es muy alegre —comentó Jennifer.

—Sí, lo es. Y un poco díscola —pensé unos segundos en la relación entre mi amiga y el policía—. Pero vamos a hablar de tu problema.

—Uf. No sé si prefiero volver a pensar en ello y llorar o distraerme con otra cosa.

—Lo mejor es primero descargarse bebiendo una copa y luego distraerse tomando helado.

—Parece un gran plan.

—Pero antes de nada cuéntame con pelos y señales la primera vez que le viste mientras nos terminamos esta comida.

—Bueno, casi te he contado todo por teléfono.

—Me has dicho que se sorprendió pero ¿dónde le viste?, ¿en la oficina?

—Sí, fue en la oficina porque yo no sabía su dirección.

—¿Y a pesar de que estaríais rodeados de gente te reprochó haber ido?

—No, se sorprendió y me metió en su despacho para no dar el

espectáculo. Yo pensaba que íbamos a su despacho para tener intimidad. Ya sabes. Pero nada más cerrar la puerta empezó a alzar la voz y me dejó clara su postura. No quería volver a verme.

—Pero qué imbécil. ¿Y por qué no te dijo nada cuando estabais en Nueva York? —empecé a servir dos grandes copas de vodka con limón.

—Según él, debía haberme quedado claro cuando no me dio opción de continuar nuestra relación pero yo pensé que tenía otras cosas en la cabeza y no tenía el valor de pedirme que viniera con él —bebió media copa del tirón, dejándome totalmente asombrada y preocupada. No quería una gran resaca, al día siguiente había que trabajar, así que pasaríamos al helado muy pronto.

—¿Y qué hiciste después de su charla?

—Me fui a mi nuevo puesto de trabajo y en seguida conocí a mis compañeros. Gracias a ellos tengo un alojamiento y me distraigo de vez en cuando. Durante los desayunos, mis compañeras me han puesto al día de los cotilleos de la oficina. ¿Y sabes qué?

—Me lo puedo imaginar. No es ningún santo.

—No solo no es un santo sino que se ha acostado con muchas de ellas. Y no les importa. Hablan de él como si fuera un objeto.

—Les has contado tu relación con él.

—No, no les he dicho nada.

—Mejor. En mi opinión los asuntos personales son de cada uno, se puede compartir con alguien para pedir consejo pero es preferible que no esté en el entorno diario de ambos. Ya sabes cómo son los cotilleos de empresa.

Seguimos hablando durante horas de su trabajo, sus compañeros, mi familia, mi relación con Alex y la posibilidad de quedar con mi grupo de amigos. De las copas de vodka pasamos al helado de chocolate y noté que cada vez estaba más animada; parecía haberse olvidado de su ex y me aseguró que el trabajo era mucho mejor que en Nueva York.

Cuando acabamos la tarrina de helado decidimos dormir un poco, ya era tarde y necesitábamos descansar. La dejé en el salón con una manta y una almohada, contenta de haber conseguido distraerla y segura de que ya veía a luz en el horizonte sin que en sus planes estuviera el cretino que no había sabido valorarla.

* * * *

Una vez en mi cama sentí la necesidad de hablar con Alex. A pesar de la

hora lo más probable era que todavía estuviera despierto tras esas larguísimas cenas de trabajo.

Yo: “¿Estás en casa?”

Alex: “Todavía no, vamos a pagar la cuenta”

Yo: “Me gustaría estar contigo”

Alex: “¿Voy?”

Yo: “No. Estoy tan cansada. He tenido visita hoy”

Alex: “¿Quién?”

Yo: “¿Recuerdas a la chica del avión?”

Alex: “Sí”

Yo: “Está fatal. Mal de amores”

Alex: “Eso me gusta de ti. Siempre ayudando”

Yo: “No soy tan buena”

Alex: “Lo eres. A mí me ayudaste sin conocerme casi”

Yo: “Corrijo: no siempre soy tan buena”

Alex: “Cierto. Me encantan los momentos en los que no eres tan buena, sino atrevida y torturadora ;)”

Yo: “Un caballero no saca a relucir esos momentos”

Alex: “Ya te dije que no soy un caballero”

Otra vez me estaba volviendo loca. Incapaz de no pensar en nuestro encuentro matutino, permanecí sin contestar.

Alex: “Andrea, quiero que me acompañes el miércoles a cenar con mi familia. Es el cumple de mi hermano”

Impactada y nerviosa, releí varias veces el mensaje sin saber qué contestar. ¿De verdad quería presentarme a su familia? Si apenas nos habíamos visto por primera vez un mes antes. Estaba aterrorizada. ¿Y si no les caía bien? ¿Sabían algo de ella? Suponía que sí ya que había visto a su hermana.

Alex: “Por favor, Andrea. Prefiero que me acompañes a pasar todo el rato pensando en ti y tener que dar explicaciones.”

Yo: “No sé. Es que no estaré cómoda”

Alex: “Claro que sí. No estés nerviosa”

Yo: “No conozco a nadie”

Alex: “Estará Noe. Ya conoces a alguien además de a mí”

Yo: “Parece ser que ella sabe más de mí que yo de ella”

Alex: “Te haré un resumen de todos ellos si crees que te encontrarás más cómoda”

Me empezaron a temblar las rodillas. No estaba preparada para ser juzgada por su familia, seguro que hacían comparaciones con sus anteriores novias. ¡Pero si nos acabábamos de conocer! Uf, empezaba a sentir mucho calor.

Yo: “¿Cómo me presentarás?”

Alex: “Amiga o novia, como tu quieras, como te sientas mejor”

Yo: “Amiga”

Alex: “Pero me dejarás tocarte la mano ¿no? No quiero fingir que no hay nada”

Yo: “No me gusta nada lo de amiga con roce”

Alex: “Diremos amiga pero sin insistir y que ellos deduzcan el resto”

Alex: “¿Vendrás?”

Yo: “Supongo”

Alex: “Hablamos mañana. Salimos ahora del restaurante. No veo la hora de llegar a casa”

Alex: “Buenas noches, Andrea”

Yo: “Buenas noches”

Como me gustaba que escribiera mi nombre cuando se despedía. Sabía que era una tontería pero me hacía sentir especial, no una más de la lista. Con una sonrisa en la cara, me fui a la cama sin poder alejar de mi cabeza mis temores sobre el inminente encuentro con su familia.

Esa noche no conseguí dormir bien. Me desperté al menos tres veces con distintas pesadillas. La primera de ellas tenía que ver con un dolor de tripa que achaqué al empacho de helado. La segunda fue consecuencia de una conversación con la madre de Alex que se volvía desagradable y violenta. Y la tercera... la tercera fue la peor: me encontraba con Olivia y era un desastre, viendo sus demostraciones de cariño con Alex. Después de eso no pude dormir más. Cuando me levanté y fui a buscar a nuestra invitada llevaba ya dos horas dando vueltas en la cama. Ni con maquillaje conseguiría borrar las ojeras por completo. ¡Estaba de los nervios y todavía quedaba más de un día para ir a la cena! La noche siguiente tenía que conseguir quitarme la ansiedad y descansar.

Capítulo 11

Pensando en cambiar los planes

Después de pasar el martes como un zombie por el cansancio, el miércoles me levanté más descansada. La tarde anterior, tras cansarme físicamente, forzándome a correr durante una hora por el parque, me tomé una tila y conversé con Alex hasta que me relajé lo suficiente para dormir sin tensión. Seguía nerviosa por la reunión familiar de esa tarde pero ya no era la misma ansiedad. No iba a poder evitarlo así que mejor asumirlo y pensar que estaría con Alex y Noe.

A la hora del descanso revisé el teléfono esperando algún mensaje suyo como en días anteriores pero no me había escrito. Lejos de decepcionarme comprobé intrigada una llamada perdida de un teléfono español muy familiar para mí. Tardé menos de dos segundos para devolver esa llamada. Hacía unos días que no oía su voz y tenía que contarle algunas cosillas.

—Hola hermanita ¿Cómo estás?

—Muy bien ¿Y tú?

—Seguro que no tan bien como tú. Ya me ha contado Vic algunas cosas.

—La voy a matar ¿Qué te ha contado?

—Solo lo que vio en casa, o debería decir, oyó —contestó riendo—. Así que haciendo manitas ¿eh?

—No eran manitas.

—Claro, claro... me parece que voy a dar más valor a la versión de Vic. Seguro que ella me cuenta más que tú.

—Solo te diré que después de un fin de semana de chicas con final desastroso y vomitando, me desperté con ganas de marcha y... disfrutamos — le dije con mirada pícara, aunque difícilmente podría verme a través del teléfono—. Se había quedado la noche conmigo porque me encontraba muy mal.

—¡Qué romántico! Te cuidó durante la noche y se ganó el premio.

—No te burles. Fue muy bonito. Después de esperar tanto... fue especial.

—Y ahora ¿me lo vas a presentar o no?

—Pues claro. ¿Cuándo vienes?

—Este viernes.

—¿Tan pronto? ¡Qué bien!

—Sí, tengo muchas ganas de ver a mis chicas —bajó la voz y con indiferencia preguntó—. ¿Le pasa algo a Vic?

—¿Por qué?

—La noté rara cuando hablé con ella ayer.

—No lo sé, Carlos. Creo que está un poco perdida en cuanto a relaciones masculinas.

—¿Tiene nuevo novio? —preguntó extrañado.

—No, que yo sepa. Parece saltar de uno a otro. La semana pasada me dijo que le apetecía asentarse y ayer que Alex y yo le dábamos envidia, pero en cuatro días la he visto con dos hombres distintos.

—No me des tantos detalles. No los necesito —susurró—. Es suficiente con saber que la cabeza le dice que debe buscar ya algo serio.

—Carlos... —comencé con dudas —¿tú sientes algo por ella?

—Claro hermanita, es una muy buena amiga.

—Me refiero a algo más, ya lo sabes.

—Sí, pero... no es de tu incumbencia por el momento.

—Bueno, ya me contarás —vista la actitud de mi hermano seguro que sentía algo.

Esperando que nadie saliera herido de la evolución de esa relación, de la cual había tenido sospechas en cada uno de sus encuentros, cambié de tema por completo. Hacía tiempo que tenía una preocupación y no la quería compartir con nadie. Necesitaba una opinión imparcial, objetiva y razonable.

—Estoy muy nerviosa, le he estado dando vueltas a un tema... Antes de un mes tendré que volver a mi trabajo de Nueva York y no sé qué voy a hacer.

—¿Con qué?

—¿Con Alex?

—¡Ahh! —soltó una carcajada.

—No te burles. Es importante. Necesito consejo.

—La verdad es que me halaga que recurras a mí. ¿Qué te han dicho tus amigas?

—Se han burlado de mí todo el fin de semana diciendo que estaba tan coladita que seguro que me quedaba aquí... y yo les he asegurado que iba a volver a mi trabajo y mi casa. Tú eres al primero que pido consejo.

—¿Soy el primero? entonces sí que es un honor —exclamó entre risas.

—Sabes que confío en tu opinión. Además, no quiero que nadie de aquí lo

sepa todavía porque no tengo nada decidido y no quiero influencias, ni presiones, ni más burlas...

—Tienes dos opciones... no, tres —se puso serio de repente.

—¿Tres?

—Sí. Primera, te lo llevas para allá.

—¡Imposible! Su grupo vive aquí. Estaría todo el tiempo viajando.

—Segunda, te quedas tú.

—¡Imposible! Mi trabajo y mi casa están allí. Y adoro mi trabajo. No tengo nada aquí salvo él.

—Tercera, relación a distancia.

—Ahora que he probado la cercanía creo que no aguantaría estar tan separados. Lo pasaría fatal.

—Pues lo llevas crudo, hermanita.

—No me digas eso, no me sirve de nada. Lo que quiero es una solución.

—Vale —se puso serio de repente—. ¿Por qué no intentas buscar un trabajo estas semanas que te quedan? A lo mejor la solución se te presenta sola.

—No va a ser fácil.

—Nadie ha dicho que lo fuera. Acabas de hacer una formación por lo que estás más cualificada. También puedes pedir unas semanas de vacaciones después del curso y así tienes más tiempo para buscar —paró de hablar para masticar, se oía claramente como comía patatas fritas por el característico ruido crujiente—. Si te estás planteando todo esto es porque él te importa así que arriésgate un poco. Hace mucho que no te veo tan interesada por nadie.

—Mmm, podría ser la solución. Gracias hermanito. Te has ganado que te vaya a buscar el viernes al aeropuerto.

—¿Vendrás con Vic?

—Vaya, vaya, no sé si ponerme celosa.

* * * *

Con la solución de mi hermano en mente, durante el almuerzo puse en marcha mi primera idea; llamar a mi jefe, James, para ver si existía la posibilidad de un traslado a las oficinas de Londres. Desde mi punto de vista esa era la solución perfecta y más rápida; en la empresa ya conocían mi valía y no tendría que pasar entrevistas en las que demostrar, en unos pocos minutos, que soy la persona más adecuada para el puesto ofrecido. Para no levantar

sospechas, intenté tantearle con sutileza pero él captó mis intenciones casi de inmediato.

—¿Entonces no piensas volver?

—Todavía no tengo nada claro. Solo...

—Me vas a dejar en la estacada —me interrumpió quejándose—. Contaba contigo para varios eventos a tu vuelta.

—Pero te estoy avisando con tiempo. Todavía puedes encargárselo a otro, por si al final no vuelvo —me salió un suspiro de resignación—. De verdad que no estaba planeado. Trabajar con vosotros ha sido lo mejor que podía pasarme pero... mi situación ha cambiado.

—¿Un hombre?

—Veo que no te puedo mentir, me lees la mente incluso a través del teléfono.

—Contra eso no puedo hacer nada. Me alegro mucho por ti. Pero, por favor, ten cuidado; procura que sea una relación con futuro —me advirtió con preocupación—. Y si tienes problemas, ya sabes, me llamas.

—Creo que merece la pena el riesgo.

—Entonces no me queda otra. No voy a oponerme a tu felicidad aunque suponga perder a uno de mis mejores valores del departamento. Esta tarde miro entre las ofertas internas a ver si hay alguna posibilidad para ti y te mando todo por email.

—Gracias, James, eres genial.

—Espero que lo recuerdes cuando te pida algún favor.

—Sabes que me puedes pedir lo que quieras.

—¿Lo que quiera? ¿De verdad? —preguntó con picardía.

—Siempre que tu mujer esté de acuerdo —contesté entre risas.

Mi jefe era uno de los pocos hombres en los que confiaba. Me solicitó para su departamento al ver mis logros como principiante y durante los dos últimos años habíamos tenido una relación muy estrecha que incluía comida mensual con su familia y amigos. Sabía que echaba de menos a mi propia familia, la distancia dificultaba las visitas y su forma de acogerme me facilitó la integración en entornos más cercanos ajenos al laboral. Así conocí a amigos de amigos y conseguí lo que no había logrado durante los dos primeros años en Nueva York, una vida personal activa.

Una de las personas que conocí fue Sara, mi mejor amiga desde entonces, y a las pocas semanas me mudé a su piso. Tenía que llamarla para avisarle de la posibilidad pero iba a ser duro. Llevaba en Londres un mes durante el cual

habíamos hablado al menos una vez por semana para ponerle al día de mis avances con Alex. En varias ocasiones me había comentado que todo estaba demasiado tranquilo desde mi partida y que me esperaba como agua de mayo.

—Hola —contestó con alegría sin dejar que sonara más de dos veces—. Tenías muchas ganas de hablar contigo. ¿Qué tal va todo?

—Todavía no sabes lo último. ¡Al fin nos hemos acostado! —grité al teléfono sin poder aguantar más.

—¡Por fin! Ya tenía mis dudas de que lo consiguieras antes de tener que volver.

—No seas exagerada.

—Bueno, ¿y qué tal?... ¿es un tigre o un corderito?

—Es muchas cosas... y todas ellas me gustan.

—Te veo muy enganchada —se burló.

—Lo reconozco, me siento en las nubes. Además de tener mi primera relación llena de confianza, con nuestras largas charlas, resulta que es un dios del sexo y me ha provocado sensaciones que nunca había... Uff, con él es perfecto.

—Dios. Pareces una enamorada de película.

—Lo sé. Da miedo ¿verdad?

—¿Miedo por qué?

—Miedo a no cumplir sus expectativas, miedo a que se de cuenta de que no soy lo que busca, miedo a meter la pata,...

—¿Te das cuenta de que estás dando por supuesto que tú vas a ser la causa de que fracase la relación?

—Creo que es lo más probable. Él es perfecto.

—Ya será menos. Todos tenemos nuestros fallos, incluso tú con tus miedos. Así que piensa un poco, ¿qué es lo peor que puede pasar?

—Que se vaya de mi vida mi mejor amigo y amante.

—¿Y lo mejor?

—Que juntos empecemos una vida plagada de diversión y sexo a lo loco.

—¿Crees que es mejor no arriesgar?

—Qué va. Que tenga miedo no quiere decir que no esté dispuesta a arriesgar; no lo he dudado ni un segundo. De hecho —bajé la voz ligeramente un poco avergonzada —te llamaba para avisarte de que... estoy sopesando la posibilidad de quedarme a vivir aquí.

—¿Por él? —subió su voz dos tonos.

—Sí y no, por él y porque me apetece acercarme a mi familia, pero

sobretudo por él. De todas formas, todavía no es nada seguro —repliqué enseguida intentando calmar su sorpresa—. He llamado a James para que me avise si hay cualquier traslado interno y voy a tantear el mercado. No me quedaré si no tengo alguna oferta de trabajo —sentía la necesidad de justificarme, me preocupaba que pensara que la dejaba tirada con el piso.

—No te preocupes por mí, Andrea. Siempre piensas en los demás. En realidad, me alegro mucho por ti. Te veo ilusionada y... —se oyó un ligero quiebro en la voz debido a la emoción—. Es muy repentino, nunca me habías hablado de él antes de irte y ahora... te veo tan feliz.

—Te llamaré cuando sepa algo más. Todavía queda un tiempo para tener que volver y a lo mejor todos mis esfuerzos se quedan en nada.

—Espero que no. De verdad que estoy feliz por ti. Avísame si quieres ayuda en algo y no te creas que te vas a librar de mí. Siempre he querido volver a Londres. Ya casi se me ha olvidado mi primera y única visita, y estoy segura de que contigo de guía lo pasaría muchísimo mejor.

Me animó hablar con ella a pesar de que sería duro si al final no volvía a casa. Durante los últimos años habíamos sido inseparables y no verla a menudo sería un gran cambio.

Cuando terminé mis llamadas me dio el tiempo justo de comprar un bocadillo y comerlo mientras volvía a la oficina. Quedaban todavía dos horas antes de ir a casa y tener que prepararme para la cena familiar. Hablar con mi hermano, mi jefe y mi amiga había mantenido mi mente distraída del hecho de que esa misma noche iba a conocer a la familia de Alex, pero ya no podía evitar pensar en ello.

* * * *

El paseo de vuelta a casa se me hizo corto. Tenía prisa por llegar. Todavía no había decidido qué ponerme para dar una buena impresión y Alex solo me había dicho que no era una cena formal y que yo estaba bien con cualquier cosa. ¿De verdad? ¿Es que los hombres no entienden esos detalles? Se trataba de un cumpleaños ¿Cómo iba a ser informal?

Después de una rápida ducha volví a intentar aclararme las ideas sobre la indumentaria adecuada.

Yo: “Cena informal = vaqueros y camisa”

Alex: “Ya te he dicho que no estés nerviosa. Puedes ponerte lo que quieras”

Yo: “¿Tú vas con traje?”

Alex: “Sí. No me da tiempo a cambiarme”

Yo: “Entonces, me pongo un vestido”

Alex: “Cariño, de verdad que estás bien con todo”

Yo: “Ya ¿Cuándo vienes a buscarme?”

Alex: “Todavía tardaré media hora”

Yo: “Uau. Me tendré que calmar con un par de copas”

Alex: “No te pases. La segunda nos la tomamos juntos”

Por fin tenía claro que ponerme. El sencillo vestido que me había puesto en nuestro primer intento para quedar, cuando me robaron el bolso, era la mejor elección para la ocasión.

Me vestí y maquillé en un tiempo record, no porque tuviera mucha prisa sino porque estaba acostumbrada a prepararme con rapidez. Coloqué mi chaqueta y mi bolso en la entrada y me senté a esperar en el sofá después de prepararme una copa que bebí con cortos y espaciados tragos mirando fijamente la pantalla de la televisión. Tenía diez minutos por delante para intentar calmar mis nervios pero no pensaba emborracharme.

Recordé que tenía pendiente organizar una salida con Jennifer y decidí que el viernes, cuando venía mi hermano, era el día ideal para hacerlo.

—¿Sí?

—¿Jennifer?

—Sí, soy yo.

—Soy Andrea. Te llamaba para invitarte este viernes a salir de copas.

—¿Este viernes? Genial. Me apetece salir con alguien que no sea del trabajo.

—Seremos unos cuantos amigos. Te espero en casa sobre las siete y ya vamos juntas desde aquí.

—Andrea, ¿seguro que...? No quiero cargarte con la obligación de distraerme.

—No seas tonta. Cuantos más salgamos mejor. Si quieres puedes animarte a traer a algún compañero o compañera.

—No, prefiero salir con vosotros yo sola. En otra ocasión ya veremos.

El timbre del telefonillo interrumpió nuestra conversación. A pesar de que esperaba su llegada, estaba tan concentrada en la conversación que ese sonido estridente hizo que me levantara de un solo golpe del sofá.

—Te tengo que dejar. Alex espera abajo para llevarme a cenar.

—Vale. Nos vemos el viernes.

—Hasta el viernes.

Después de cerrar la puerta bajé corriendo las escaleras deseosa de verle. En el último tramo de escaleras busqué en el bolso un pañuelo y sin darme cuenta pisé en el borde del escalón y caí al suelo. ¿Por qué tenía que pasarme esto ahora? Permanecí en el suelo durante unos segundos esperando que el dolor del tobillo se calmara un poco. Al ver que Alex había sido testigo de mi accidente a través de la puerta acristalada del portal y me miraba preocupado, me acerqué cojeando para abrirla y dejarle pasar. No tardó en rodearme con los brazos y ayudarme a sentarme en un sillón a su derecha.

—¿Estás bien? He visto cómo se torcía tu pie y...

—No te preocupes —intenté calmarle mientras seguí abrazada a él—. Me pasa a veces. Solo tengo que descansar un rato. Luego me dolerá menos y podremos irnos.

—¿Seguro que podrás apoyar el pie? Si quieres nos quedamos.

—No podemos hacer eso, Alex. Ya nos esperan.

—¡Ha sido un accidente! No dirán nada si no vamos.

—Pero yo prefiero ir —después de todo lo que había pasado prefería quitarme la primera impresión cuanto antes.

—Si te duele no deberías apoyarlo.

—Ya casi no duele, y allí estaré sentada ¿le parece bien, doctor? —me burlé mirándole con cara de ángel.

—No te burles de mí... y no pongas esa cara —replicó dándome el beso de bienvenida que todavía no había recibido—. Como siempre, harás lo que quieras. ¡Cabezota!

—No soy cabezota, soy razonable —Alex negó moviendo la cabeza—. No pretenderás que me quede encerrada sin moverme cada vez que me caigo.

—¿Te caes a menudo? —me acarició la cabeza con dulzura.

—No tanto pero más de lo que me gustaría —me levanté agarrándome a su brazo—. Vamos, descansaré en el coche y me tomaré un calmante.

—De acuerdo, pero me avisarás si te duele más. Prométeme que no lo vas a forzar.

—Prometido.

Durante el viaje le conté nuestra cita del viernes con mi hermano. Ahora le tocaba a él conocer a parte de mi familia y suponía que se pondría nervioso como yo pero su cara no dejó traslucir ningún sentimiento aparte de alegría. Ya me había preguntado antes cuándo conocería a mi hermano y ahora estaba deseando verle.

Le comenté también mis planes para que se conocieran Jennifer y Henry, y mis sospechas sobre mi hermano y Vic. Me escuchó atentamente sin quitar importancia a mis comentarios, para después burlarse de mis intenciones de casamentera y advertirme que no me entrometiera en las relaciones ajenas si no quería problemas. Cuando llegamos a la casa de sus padres seguíamos discutiendo entre risas sobre las distintas parejas que formaríamos con amigos nuestros. Entonces me di cuenta de que lo había hecho otra vez; había conseguido alegrarme el viaje y distraerme lo suficiente para no estar nerviosa.

* * * *

Aparqué junto a otros coches a varios metros de la entrada. Parecían haber llegado todos, al menos había cuatro coches aparcados uno al lado del otro.

Alex fue todo un caballero, aunque siempre dijera que no lo era, y se acercó a mi lado para abrirme la puerta y ayudarme a salir. Caminé colgada de su brazo para no apoyar excesivamente el pie. Ya casi no me dolía pero no quería forzarlo. Además, me encantaba sentirle a mi lado y aprovechar que nuestros brazos estaban enroscados, para acercarme a su cuello y oler su aroma, notar su mirada cercana, hablar en susurros con nuestros alientos mezclándose... era todo tan romántico.

La puerta de la casa se abrió justo cuando llegábamos, devolviéndonos inmediatamente a la realidad, al tiempo que las nubes que se habían formado en mi cabeza iban desapareciendo como burbujas en el aire. Una mujer no muy mayor elegantemente vestida le saludó calurosamente con un abrazo y esperó a que me presentaran.

—Hola, mamá. Ella es Andrea, una amiga. Andrea, ella es Marta, mi madre.

—Hola, gracias por la invitación.

—Hola, Andrea, pasa por favor —se movió hacia un lado para dejarnos espacio y pasé la primera intentando que no se notara mi ligera cojera—. ¿Una amiga? Nunca traes amigas —le oí susurrar al oído de Alex.

—Mamá —le recriminó Alex—. Es una gran amiga, muy especial para mí, y espero que lo sea aún más.

Cuando llegaron junto a mí, cambiaron de tema pero Alex se dio cuenta de que lo había escuchado todo y me miraba fijamente.

—Han llegado tu hermana y Olivia, creo que están fuera con tu hermano y

tu padre, luchando con la barbacoa.

—¿Ha venido Olivia?

—Sí, se acercó hace una hora y la invité a quedarse.

—Mamá...

—¿Qué? Es la hija de un amigo de toda la vida y nuestra vecina. Es normal que la invite a quedarse —explicó de forma bastante tajante—. Venga, salid ya que yo voy a la cocina a por la ensalada.

—¿Estás bien? —me preguntó en cuanto su madre se metió en la cocina.

—Sí, pero me gustaría sentarme lo antes posible.

—Mira hay un sitio al lado de Noa —comentó señalando con la cabeza la mesa del jardín cuando atravesamos la gran cristalera del salón—. ¿Te acuerdas de ella?

—Claro que sí —nos aproximamos cogidos del brazo -. Hola Noa. ¿Cómo te va?

—Hola Andrea, me encanta verte aquí —me dio dos besos—. Por fin podré tener conversaciones normales. Con tanta testosterona es difícil lidiar.

—Papá, Jamie, ella es Andrea —llamó a su familia para que se acercara—. Hemos tenido un pequeño percance y debe sentarse para no cargar el tobillo. Andrea, ellos son Daniel, mi padre, y Jamie, mi hermano.

—Hola, encantada.

—Vamos, siéntate. ¿Te duele mucho? —preguntó el padre.

—No, ya no duele demasiado, pero me vendrá bien descansar.

—Si quieres te presto una —ofreció Jamie levantando su muleta. Todavía se estaba recuperando del accidente—. Somos un par de lisiados, deberíamos dejar que nos mimasen entre todos.

—Pues tienes toda la razón. Yo pienso dejar que lo hagan —confirmé con la vista fija en los ojos de Alex. Una sonrisa asomó en sus labios al mismo tiempo que aumentó el brillo de sus ojos.

—Bueno, chicos, ¿me ayudáis? —solicitó Daniel.

—¿Yo también papá? Pero si con la muleta no puedo...

—Deja que las chicas hablen de sus cosas y me ponéis al día de vuestras vidas.

Observé como Alex dejaba su chaqueta en la silla vecina a la mía, se agachaba a besarme ligeramente en los labios y lanzaba una mirada a Noa para asegurarse de que se ocupaba de mí antes de dirigirse a la barbacoa a ayudar a su padre. Me pareció muy típico que los hombres estuvieran cerca de la barbacoa y las mujeres trayendo cosas de la cocina o sentadas a la mesa. Era

la imagen que siempre se tenía de las barbacoas que no dejaba de ser agradable.

—Dime, Andrea. ¿Qué tal os va?

—¿Cómo?

—Mi hermano está muy contento, nunca trae chicas a esta casa y no te quita la vista de encima. No me cabe la menor duda de que hay algo por lo menos de su parte y me gustaría saber tu versión antes de que lleguen las demás.

—Todo va mejor que bien.

—Vale, con eso me basta. También he visto cómo le miras tú.

—¿Tanto se nota?

—Se os nota a los dos. Solo espero que no haya problemas con Olivia.

—Es verdad, tu madre dijo que ya había llegado —la busqué en el jardín sin encontrarla.

—Sí, está en el aseo desde hace un rato. Seguramente esté preparando las pinturas de ataque.

—¿De ataque?

—No te pongas nerviosa, lleva años intentando volver con mi hermano pero él ha conseguido esquivarla. No le va a hacer gracia tu presencia aquí.

—Pues me importa bien poco.

—Así me gusta. Después de algo tan falso mi hermano se merece alguien de verdad, con carácter, sentimientos, natural... que le comprenda y apoye, y sobretodo que no se empeñe en cambiarle —me miró fijamente con expresión inquisidora.

—Pues aquí estoy... y una pija falsa no me va a ahuyentar —susurré evitando que me oyera.

Olivia estaba saliendo del salón con una bandeja de aperitivos charlando animadamente con Marta. Desde luego se había ganado su confianza y parecían amigas íntimas. Se había vestido muy elegante, el color y lo ajustado del vestido eran más apropiados para una fiesta en un local de alto standing que para una fiesta familiar. Ella por el contrario parecía sentirse en su salsa con un vestido descocado que desentonaba con el resto y estaba totalmente fuera de lugar. Sonreí en silencio, alegrándome de haber acertado con mi indumentaria. Parecía ridículo haber pasado tantos nervios para finalmente encontrarme en un lugar idílico con una familia encantadora.

—Ya hemos llegado. Aquí está el resto de la comida —avisó Marta mientras dejaban las bandejas en el centro de la mesa—. Espero que saquéis

algo contundente en breve. No se puede vivir solo de ensaladas.

—Claro que se puede. Es muy sano —exclamó orgullosa la pija falsa, como la había bautizado al hablar con Noa.

—Olivia, te presento a Andrea, amiga de Alex.

—Ah, sí, Marta ya me lo ha dicho —se volvió sonriente para darme dos besos y se encontró conmigo sentada.

—Siento no levantarme, hemos tenido un problemilla y me duele el tobillo.

—No te preocupes —agachó la cabeza y me dio un beso en cada mejilla.

Bueno llamarlo beso era mucho decir. Sus labios ni siquiera rozaron mi piel, simplemente apoyó sus mejillas en las mías. Fue un saludo frío y distante a pesar de la alegría que parecía reflejar sus palabras. Pero casi fue mejor así porque no deseaba tener la marca de su pintalabios rojo bermellón en mis mejillas.

Después se volvió hacia Alex. A él si le dejó marca y al poco le vi limpiándose con una servilleta.

—Hola, Alex. ¿Cómo va la barbacoa? —estaba muy cerca de él, demasiado cerca.

—Acabo de llegar. Deberías preguntárselo a ellos —respondió alejándose un poco y señalando a los responsables de la barbacoa hasta el momento de nuestra llegada.

—La primera tanda estará lista ya. Ayúdame a sacarla y colocamos la segunda —pidió su padre.

Alex ayudó a su padre mientras el resto se sentaba alrededor de la mesa. Olivia hábilmente se colocó en la silla vecina a la de su objetivo antes de que nadie pudiera quitarle el sitio y permaneció allí sentada esperando que a él no le quedara más remedio que ocupar su puesto.

Su cara se transformó por completo cuando Alex llegó a la mesa y, después de colocar la bandeja en el único sitio libre de la mesa le pidió a Noa que le cambiara el sitio para poder estar más cercano a la barbacoa y ayudar mejor con la siguiente tanda. Su rostro enrojeció por el desplante y me miró con rabia contenida.

Noa con gesto inocente ignoró a Olivia y continuó hablando conmigo como si no hubiera pasado nada extraño. Se estaba convirtiendo en mi heroína.

—¿Qué tal con el curso que estás haciendo? ¿Te gusta? ¿Es interesante? —siguió el intenso interrogatorio. Parecía querer conocerme en un tiempo record.

—La verdad es que sí. Estoy aprendiendo mucho —respondí contenta de

que la conversación se centrara en otra cosa que no fuera mi relación con su hermano.

—Y después ¿qué tienes previsto? —tanteó Noa con inquietud.

—Todavía no lo sé —miré con disimulo a Olivia que tenía los ojos iracundos y miraba la mano que Alex había posado sobre mi pierna. Ni siquiera me había dado cuenta de su contacto, que ya consideraba habitual.

—Pero no te queda mucho tiempo ¿no?

—La verdad es que no —miré a Alex que escuchaba atentamente sin querer intervenir—. Pero estoy viendo posibilidades para alargar mi estancia —confesé colocando la mano sobre la suya y guiñándole un ojo.

—Ah ¿sí? —se interesó acercándose a mí—. No me habías dicho nada.

—No pensaba decir nada hasta... pero tu hermana es una gran investigadora.

Estábamos muy cerca, con un ligero movimiento podía besarme y eso era lo que quería pero no allí. No delante de su familia. No delante de su ex.

—Chicos, dejadlo para luego —interrumpió Noa en voz baja—. Me estáis haciendo ruborizar y todos se van a dar cuenta.

—Lo siento. No quería... ¿dónde está el baño?

—Ven, te acompaño —contestó Alex ofreciéndome su brazo para levantarme.

—No, mejor voy yo que no me fio —replicó Noa.

Alex le echó una mirada furiosa y se volvió a sentar con cara de pocos amigos. Le vi coger su copa, dar un buen trago e intentar seguir la conversación con su hermano que estaba sentado a su lado. También vi a Olivia levantarse para acercarse a él y susurrar algo a su oído. Parecía enfadada y, cada vez que cruzábamos la mirada, sentía un escalofrío. Su actitud me dejó claro que quería a Alex y parecía dispuesta a todo por que volviera con ella.

Lo último que vi antes de cruzar el salón hacia el aseo fue a Olivia sentada en el reposabrazos de una silla reclinada sobre Alex para hablarle en confidencias. No fue una visión agradable. ¿Por qué no volvía a quitársela de encima? Tenía que haberla puesto en su sitio como había hecho con los sitios a la mesa.

—No pienses más en ello —sugirió Noa leyéndome el pensamiento—. Te avisé de que ella intentaría algo. No creo que le haya sentado muy bien vuestra cercanía y está contraatacando.

—Ella no me preocupa, solo me parece patética y no entiendo cómo tu

hermano pudo... Creía conocerle pero no estoy segura —comenté pensativa.

—¿Y qué te preocupa? —al no contestar siguió hablando—. No puedes negar que estás preocupada, tu sonrisa ha desaparecido tras mirarle y la tirantez se nota hasta en los dedos de las manos —explicó señalando mis manos tensas retorciendo los dedos.

—Tienes razón —admití por fin -. Me preocupa él.

—¿Por qué?

—Ella es como es y lo intentará hasta que lo tenga muy claro. Parece que él no se lo ha dejado claro —lancé un suspiro al aire—. Estoy dudando que él mismo lo tenga claro.

—Por lo que yo sé, mi hermano sabe perfectamente lo que quiere, y no es Olivia.

—¿Y entonces por qué no arregla la situación?

—Se lo ha dicho de muchas maneras pero no parece entenderlo. Estoy segura de que nadie la ha rechazado y cree que solo es una etapa. Probablemente hasta que vea a Alex casado no cese en sus intentos.

—Lo que yo decía, patética.

—Puede que tengas suerte y se cruce alguien en su camino que la haga olvidarse.

—Ojalá, pero no puedo basar mi vida en eso. Como te he dicho no me preocupa ella sino él.

Noa me señaló la puerta del aseo y la vi volver sin alegría al patio donde el resto charlaban animadamente. Mientras me refrescaba la cara eché una ojeada a mi tobillo. Años de caídas y tropiezos me habían convertido en casi una experta estimando el tiempo que tardaría en dejar de doler. Solo se había hinchado ligeramente y no había cambiado de color así que en breve podría caminar con soltura. Aun así, me moví muy despacio durante mi vuelta al jardín. Esperaba que Alex me ayudara cuando estuviera en la puerta de cristal pero había desaparecido... y Olivia también. ¡No podía ser! Mi sueño se estaba cumpliendo a su manera.

Intentando no demostrar mi decepción, me senté a lado de Noa, que en estos momentos estaba seria y callada, mirando al infinito sin atender a ninguna de las conversaciones establecida alrededor de la mesa.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupada.

—¿Eh? Ah, nada.

—¿Nada? Estás totalmente ida. ¿No te habrás enfadado por lo que te he dicho?

—No. Claro que no, Andrea.

—¿Sacamos ya la tarta? —preguntó de repente Marta-

—Sí. Quiero mi tarta —rio Jamie, aplaudiendo como un niño pequeño—.

Y después los regalos.

—¿Dónde están Alex y Olivia? —Daniel había hecho la pregunta del millón, que yo llevaba unos minutos planteándome.

—No sé. Alex dijo que tenía que ir a su habitación y al poco ella fue dentro —explicó Jamie dudoso mirándome de reojo.

Ni un segundo pasó antes de que volviera Olivia con el vestido descolocado, el maquillaje movido, sonriendo desvergonzadamente y fingiendo que se arreglaba lo más rápido posible para que nadie se diera cuenta. La pija arpía, había subido de nivel, lo había hecho aposta. Quería que yo la viera recolocarse.

—Olivia, ¿dónde está Alex?

—Le he dejado en su habitación. Ahora baja. Mira ya está ahí.

Alex salió por la puerta de cristal con una caja en la mano que escondió rápidamente en un bolsillo del pantalón cuando constató que todos le estábamos observando.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañado por nuestra reacción—. He subido a la habitación a por una cosa y he tardado en encontrarla.

—Solo estábamos esperándote para sacar la tarta y los regalos —nos excusó Marta en un intento de aligerar el ambiente.

Sentí todas las miradas sobre mí pero cuando me volví se habían desviado a otros puntos del jardín. Solo Olivia seguía mirándome con cara de “lo he logrado, no eres nadie”.

Alex se sentó a mi lado y volvió a apoyar su mano en mi muslo. Ya no era igual. Mi cuerpo se tensó, no pude evitar ver la imagen de Olivia saliendo de la casa.

—¿Estás bien?

—Claro que sí, amigo.

Me miró con confusión. Si no le había gustado mi sarcasmo, me daba igual, podía irse al infierno. ¿Cómo podía haberme dejado embaucar de esa manera? Una cena con la ex, ¿a quién se le ocurre?

—¿Qué diablos...

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz... —interrumpió su madre saliendo al jardín con la tarta y todas las velas encendidas.

—Te deseamos todos, cumpleaños feliz —continuamos todos la canción.

—Sé lo que parece pero no hagas nada hasta hablar con él —me susurró su hermana al oído.

—Noa, creo que esta vez está muy claro —algunas lágrimas luchaban por salir de mis ojos—. No me puedo ir, he venido en su coche y no quiero haceros el feo, pero no puedo evitar desear no haber venido —no pude contenerme más y salí corriendo al aseo otra vez, a pesar del dolor del tobillo.

—¿Andrea? —Alex gritaba al otro lado de la puerta—. ¿Andrea? ¿Estás bien?

—No. No me encuentro bien.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No quiero que te pierdas la fiesta.

—Andrea, eso no es importante. Ya hemos terminado de cenar, si te encuentras mal nos vamos.

—No quiero obligarte a llevarme. Llamaremos a un taxi.

—Ni hablar, has venido conmigo y te vuelves conmigo —sentenció indignado, e intentó abrir la puerta—. Andrea, abre la puerta.

—No —grité angustiada —por favor, espera que me lave.

Cuando salí, Alex esperaba frente a la puerta con cara de pocos amigos y los brazos cruzados en el pecho. ¿Estaba enfadado? ¿De verdad se creía con derecho a enfadarse después de la vergüenza que me había hecho pasar? Su expresión cambió al verme la cara que reflejaba muestras de haber llorado.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

—No sé cómo tienes la cara dura de preguntármelo. Si quieres saber algo habla con tu familia. Yo solo quiero irme a casa.

—¿Cara dura? Pero... ¿Te han dicho algo que te ha molestado?

—No, amigo, no me han dicho nada. No ha hecho falta.

—Deja de llamarme así.

—Déjame llamar a un taxi.

—No. Espera aquí.

Le vi salir al jardín y hablar con su hermana. Su cara fue cambiando de color cuando se volvió hacia Olivia y le gritó.

—¿Te has vuelto loca? Ya me he hartado de ti. Has traspasado los límites. ¿Cómo puedes haber hecho eso delante de toda mi familia? ¿Y delante de ella?

—Pero cariño...

—Ni cariño ni leches. No tienes derecho a fastidiarme la vida. Sabias perfectamente qué pensarían y te daba igual.

—Pero tú me quieres...

—He sido amable contigo por deferencia a nuestros padres.

—Ella no es nadie...

—No te permito que hables de ella.

—Pero habríamos sido felices si no hubiera aparecido.

—No, Olivia, hace ya mucho tiempo que decidí que no y ella no tuvo nada que ver. He intentado no ser muy duro contigo pero como parece que no entiendes las indirectas lo explicaré de otra forma —se volvió hacia sus padres—. Papá, mamá, si la próxima vez que venga está Olivia aquí, me marcharé. Olivia, no quiero volver a verte en mi vida.

El ambiente había cambiado por completo. Olivia huyó llorando al ver las miradas furiosas e incrédulas de una familia que la había acogido siempre con amabilidad y ternura. Pasó por delante de mí sin mirarme siquiera.

—Noa, ¿puedes llevar a Andrea a su casa? Por favor.

—¿No la llevas tú?

—No.

—Pero Alex...

—He dicho que no. Necesito pensar y estar solo —sonrió con tristeza—. Por favor, dale esto. Es lo que fui a buscar a la habitación.

—Alex, tienes que hablar con ella. Recuerda que todos hemos dudado, fue muy convincente.

—Eso también duele, Noa, pero ella no ha dudado, ha asumido lo peor sin dudar. Dile que hablamos mañana.

—Hijo, no seas tan duro...

No pudo terminar la frase porque Alex ya se había dado la vuelta y caminaba hacia la casa ignorando cualquier conversación. Ninguno de ellos se dio cuenta de que yo estaba al otro lado del cristal observando y oyendo todo lo ocurrido. Protegida por las sombras vi pasar a Alex con paso decidido hacia la escalera para encerrarse en su cuarto. Al mismo tiempo que se oía el portazo Noa se colocó a mi lado.

—Parece enfadado —asentí con lágrimas en los ojos—. ¿Estás bien? —movía la cabeza de un lado a otro—. Dale un tiempo. Seguro que...

—No lo sé. Ahora mismo no sé nada.

—No puedes dejar que Olivia se salga con la suya.

—Veo que sabes tocar el botón correcto para hacer reaccionar a alguien.

Lloré gran parte del camino a mi casa. Al poco de salir Noa desistió de sus intentos por entablar una conversación ante mis continuados silencios y dediqué el resto del viaje a desahogarme y darle vueltas a mis

preocupaciones. Lloré por el enfado, lloré por mis inseguridades, lloré por mi indecisión... Justo antes de llegar no pude esperar más y cogí el teléfono para escribir.

Yo: "Lo siento"

Alex: "Yo también"

Yo: "Siento haberme dejado engañar"

Alex: "Yo también"

Yo: "¿Me perdonarás?"

Alex: "Siento que no hayas dudado. Necesito descansar. Mañana hablamos"

Yo: "Que duermas bien, Alex"

No hubo más mensajes. Ni buenas noches ni que duermas bien. Nada. Volví a llorar. Cuando llegamos a mi portal, Noa me entregó la cajita que le había dado Alex y nos despedimos con un abrazo. Ví su coche partir antes de subir lentamente las escaleras, triste pero sin ningún dolor en el tobillo. No tenía ganas de llegar a casa, ver a Víc y tener que dar explicaciones. Se suponía que esa noche la pasaría en casa de Alex.

Por suerte, mi amiga había salido de copas, pude meterme en la cama y dar rienda suelta a mi tristeza hasta que logré dormirme.

Capítulo 12

Todos juntos

El viernes por la tarde, sola de camino al aeropuerto en el coche de Vic pues ella no había podido acompañarme porque tenía trabajo que terminar, la expresión de mi cara era de gran felicidad. Me sentía feliz por volver a ver a Carlos, pero sobretodo contenta por haber podido arreglar el enfado de Alex. Sí, lo había podido resolver pero me había costado darme cuenta de cómo había influido mi tendencia a pensar mal. Durante el trayecto repasé todo lo que me había pasado el día anterior.

Me había levantado con los ojos muy hinchados y llamé a la oficina para avisar de que no iba a poder asistir al curso. Con esos ojos no podría prestar atención a la pantalla. Afortunadamente, me libré de dar explicaciones sobre mi estado al marcharse Vic antes de que yo saliera de la ducha. Tuve toda la mañana para pensar en lo ocurrido y darme cuenta de que Alex tenía razón, estaba tan convencida de que podía pasar que en cuanto vi los signos tuve mi confirmación y di por sentado que así había sido. Lo que le molestaba no era que dudara, hasta su familia había dudado, pero ninguno lo había creído por completo, probablemente cuando Olivia se hubiera ido le habrían preguntado qué había pasado.

Yo: “Hola. No me escribas. Déjame decir todo lo que tengo que decir y si quieres me llamas”

Yo: “Tienes toda la razón. No dudé, lo asumí con rabia”

Yo: “Aunque suene a película, no eres tú, soy yo”

Yo: “Estoy tan convencida de que no hay razones para que estés conmigo y que cualquiera es mejor opción que...”

Yo: “La noche anterior soñé que pasaba justo eso y cuando la vi lo creí”

Yo: “Siento haberte decepcionado una vez más”

Yo: “Me gustaría mucho estar contigo. Te echo de menos”

Todos los mensajes tenían los dos ticks de color azul. Los había leído. Yo no tenía más que explicarle, le había dejado clara mi posición y ahora él debía decidir si nuestra relación valía el riesgo. Me senté en el sofá dispuesta a entretenerme con la televisión durante el tiempo que tardara en llamar,

suplicando porque la espera no fuera muy larga.

Veinte minutos después y muchas lágrimas por mi parte gracias a mi predisposición de ánimo y la sensiblera película romántica que estaba viendo, mi móvil comenzó a vibrar sobre la mesa. ¡Por fin!

—¿Hola?

—Hola, Andrea. Soy yo —la voz de Carlos me decepcionó. Era la primera vez que prefería que no me llamara. ¿Y si llamaba Alex y estaba ocupada?

—Ahh, hola Carlos

—¿No estás contenta de oírme?

—No es eso, es que espero otra llamada.

—Vale, seré rápido. Solo quería recordarte nuestra cita mañana en el aeropuerto.

—No te preocupes, no te dejaré allí.

—Pues nos vemos mañana, te dejo el teléfono libre para esa llamada tan importante.

Colgué rápidamente y revisé los mensajes, nada. De pronto me di cuenta de que había una llamada perdida, era de Alex. ¡Mierda! Justo había llamado cuando estaba hablando con mi hermano. ¿Le devolvía la llamada o esperaba que volviera a llamar? ¡A la porra! Quería seguir con él ¿no? Pues a arriesgarse.

—Hola

—Hola, Andrea.

—Me has llamado justo los dos minutos que estaba hablando.

—Siempre he sido muy oportuno.

—Lo siento —dije a bocajarro, sin poder continuar con alguna conversación intrascendente antes de dejar las cosas importantes aclaradas.

—Lo sé.

—Soy idiota.

—Un poco, pero no quiero hablar de eso.

—Solo quiero que sepas que intentaré que no vuelva a ocurrir —no hubo respuesta por su parte, solo silencio—. Te echo de menos. ¿Podemos vernos esta tarde?

—¿No has ido a la oficina?

—No.

—¿Por qué? ¿Todavía te duele el tobillo?

—No, ya no me duele nada.

—Entonces ¿qué te pasa? —estaba preocupado.

—Nada —contesté rápidamente—. Si me pasara algo no te invitaría a comer a casa.

—Si no te pasara algo, habrías ido a la oficina. Te conozco, no te escaqueas.

—No he dormido bien y tengo los ojos irritados. Es solo eso.

—Aceptaré eso porque yo tampoco he dormido muy bien.

—¿No?

—No.

—¿Puedes venir?

—Todavía no. Estoy reunido, he salido solo para hablar contigo. Me has devuelto la llamada justo cuando iba a volver a entrar en la sala.

—¿Cuánto tardarás?

—En dos horas estoy por ahí.

—Se me va a hacer largo. Voy a tener que “entretenerme” —le di un doble sentido a la última palabra aludiendo a nuestros juquetitos.

—No me digas esas cosas o no podré prestar atención en la reunión.

—Te esperaré impaciente —aseguré entre risas.

Y el resto del día fue perfecto. Vino a la hora de comer pero no tuvimos tiempo de llegar a la mesa. Me abrazó fuerte como si no quisiera que escapara y me llevó sin dejar de besarme hasta mi cama, dónde esperó a que bajara mis piernas que había enroscado entorno a su cintura. Apenas toqué el suelo con mis pies, me empujó suavemente tumbándome de espaldas pero manteniendo la mitad de las piernas fuera de la cama, se colocó entremedias y comenzó su tortura. Desabrochó mis pantalones y los bajó lentamente sin dejar de mirarme. Alcé la cadera para facilitarle su tarea pero el gesto consiguió ponerle más nervioso y tardó más en deshacerse de ellos. En segundos, yo misma me había liberado de mi camiseta, quedándome en ropa interior mientras él seguía totalmente vestido de pie delante de la cama con la vista fija en mi cuerpo.

—No es justo —murmuré con los codos apoyados en la cama fijando mi vista en la zona central de sus pantalones y pasando la lengua por mi labio inferior.

Lo entendió perfectamente. Con una sonrisa pícaro pero sin decir nada, aflojó la corbata y la sacó por la cabeza, tirándola sobre el sofá sin importar cómo cayera. Después comenzó a desabrocharse la camisa que corrió la misma suerte, seguida del pantalón y los calcetines. Durante todo el proceso

no dejó de mirarme los labios con deseo, provocándome tal grado de excitación que sentí arder ciertas partes de mi cuerpo. Me estremecí al pensar cómo iba a satisfacer ese deseo. Anhelando su contacto permanecí en silencio expectante sin apartar mi vista de su cuerpo.

—Te toca —susurró sin moverse—. Ahora tú tienes una prenda más que yo.

—¿Una prenda más? —me señaló el sujetador con el dedo índice, haciendo un gesto que indicaba que debía echarlo a un lado.

—Así está mejor —volvió a susurrar cuando me deshice de la prenda.

Lentamente se acercó a la cama y se colocó de rodillas entre mis piernas. Ya no hubo más palabras, solo jadeos, nuestros nombres en susurros y exclamaciones de placer.

Hasta este momento nunca había entendido el concepto “polvo de reconciliación”, porque nadie me había importado lo suficiente para enfadarme de ese modo, o para sentir el deseo imperioso de reconciliarme. Ni siquiera John.

Fue increíble. Él me demostró que solo me quería a mí y a nadie más, y yo le hice saber cuánto sentía no haber confiado en él. No hicieron falta palabras. Nuestros gestos mostraron mucho más que simples palabras, recibiendo y ofreciendo caricias, invadiendo la intimidad del otro, procurando excitación y placer como testimonio de nuestra conexión.

Al cabo de más de una hora, después de una ducha reconfortante, atacamos la comida que estaba preparada en la mesa del salón y pasamos el resto de la tarde comentando películas y hablando de nuestras familias. No tocamos el tema de Olivia en ningún momento y no pensábamos volver a hablar de ella nunca más. Al menos yo.

—Por cierto, no me has dicho nada acerca de la cajita que te dio Noa.

—¡Lo había olvidado! La tengo en el bolso —exclamé levantándome de golpe, sin siquiera darme cuenta de que estaba en bragas y camiseta de tirantes, dejando mi trasero muy expuesto cuando me agaché para coger mi bolso.

—¿Tan poca curiosidad tienes por un regalo mío? —me picó entre risas, retorciéndose para poder mirarme el culo; posición en la que le pillé cuando me volví con la caja en la mano—. ¿Qué? Estaba admirando las vistas —se disculpó —, yo no tengo la culpa de que estés tan buena.

No solo no me importó que me mirara sino que me halagó. Siempre había sentido algo de pudor cuando estaba semidesnuda delante de alguien, incluso

entre mujeres no me sentía cómoda. Delante de un hombre era todavía peor y no permitía encender la luz hasta estar casi vestida por completo. Pero él...

—¿Tan buena que merezco un regalo? —pregunté alegremente acercándome para tumbarme de nuevo a su lado.

—Tan buena que me haces desearte en cuanto te veo —murmuró acogiéndome entre sus brazos y dándome un beso en la frente.

—Por eso quieres estar conmigo, solo por mi cuerpo.

—Claro, ¿por qué si no? —bromeó.

—No tiene gracia —protesté algo decepcionada.

—Que te quede clara una cosa —me sujetó la cara entre sus manos y me miró a los ojos—. En algún momento, entre mensajes, me sentí muy atraído por tu mente y, en cuanto te vi, por tu cuerpo. No veo nada de malo en ello, sino todo lo contrario —relajó sus manos y soltó mi cara—. Abre el regalo.

Con lágrimas en los ojos, emocionada por su declaración, abrí con cuidado la cajita para ver dentro una fina cadena de plata con un colgante en forma de balón de fútbol. Era precioso.

—¡Ey! Cielo, no llores —suplicó acariciándome—. ¿No te gusta? Es un regalo de mi abuela por ser miembro del equipo del colegio.

—Yo... no sé qué decir —me abracé más fuerte, sin poder parar las lágrimas de emoción que caían por mis mejillas—. ¿Esto es lo que fuiste a buscar a tu habitación? —levanté la cabeza para poder observar su rostro.

No contestó inmediatamente. Su tierna mirada y un movimiento casi imperceptible de la cabeza me sirvieron de confirmación.

—Ahora me siento mucho peor por haber desconfiado. Tú pensando en mí y yo creyendo que... — volví a recostar mi cabeza sobre su pecho.

—Habíamos decidido no pensar en ello de nuevo —me recriminó.

—No me lo merezco —susurré mirando la cadena.

—Te mereces mucho más.

Se quedó conmigo toda la noche. Una noche en la que volvimos a dar rienda suelta a nuestros sentimientos para caer después en un profundo sueño agotados por el esfuerzo. Ambos sonriendo por la maravillosa tarde que habíamos pasado, habiendo olvidado por completo el enfado infundado.

El viernes me acompañó al trabajo y nos despedimos con la promesa de vernos esa noche con mi hermano y los amigos.

* * * *

Llegué al aeropuerto con el tiempo justo de aparcar, salir corriendo a la sala de espera y verle aparecer con la maleta a rastras. Tuvo reflejos suficientes para recibirme en sus brazos, donde me había lanzado para colocar mis piernas alrededor de su cintura como era costumbre. Parecía un oso panda. Le vi otear por encima de mi hombro.

—No ha venido. Tenía trabajo.

—¿Quién?

—No seas crío. Los dos sabemos a quién buscabas —le miré con ternura mientras posaba los pies en el suelo.

—¿Nunca te he dicho que eres un poco resabidilla y que a veces te pasas de lista?

—Muchas veces. ¿Y yo nunca te he dicho que dejes de tener secretos conmigo que siempre los adivino y luego quedas peor?

—Sí, muchas veces —contestó riendo—, pero todavía no sé si hay un gran secreto que contar o uno pequeñito. Por eso no te he dicho nada.

—Vale, esperaré, pero avísame si quieres la casa para vosotros —comenté mientras entrábamos en el coche después de haber metido el equipaje en el diminuto maletero.

—Directa, ¿eh?

—Siempre ha sido lo mejor para evitar malentendidos.

—¿Y tú qué tal con Alex? ¿Ya lo habéis hecho?

Noté cómo el calor subía por mi cuerpo y se instalaba en mis mejillas. No tenía muchos secretos con mi hermano pero nunca entrábamos en detalles. En eso yo era más bien tímida y prefería mantener mi actividad sexual en secreto. Un secreto que tan solo los participantes tenía por qué conocer.

—Con Alex muy bien. Es lo único que debes saber.

—Vaya, vaya... eso es que sí lo habéis hecho —me miró pensativo—, ¿cuándo lo voy a conocer?

—No te preocupes, no vas a tener que esperar mucho. Hemos quedado esta noche en el bar.

—Biennn. Ya sabes que tengo que darle el visto bueno ¿no?

—¡Y una porra! ¿Qué te has creído? ¿Qué soy inocente y necesito el permiso de la familia? Además, creo que tú estarás muy entretenido con alguien que yo me sé.

—¡Tú flipas! Pienso hacerle el tercer grado. Tengo que protegerte —colocó su mano sobre la que yo tenía en el cambio de marchas y apretó con ternura.

—No necesito tu protección. ¡Déjalo ya!

El resto del viaje transcurrió tranquilo, hablando de otros temas menos sensibles para mí. La familia solía ser un asunto que daba mucho que comentar pero esta vez no fue así; hacía poco tiempo de la visitas de mis padres y no parecía haber pasado nada nuevo. Le conté por encima quién iba a venir esta noche incluyendo cómo había conocido a Henry y Jennifer. Cuando mencioné muy por encima las salidas de Vic y Henry, creí ver un fugaz gesto huraño en su rostro, antes de recriminarme que siempre estaba haciendo de casamentera y debía dejar de meterme en las vidas de otros.

Al llegar a casa, Vic abrió la puerta antes de poder acercar mi llave. Había estado esperando ansiosa por ver a Carlos y se lanzó a sus brazos rodeando su cintura con las piernas igual que hacía yo cada vez que le recibía. No la había visto tan contenta desde hacía tiempo. Ahí había unos sentimientos no expresados que luchaban por salir y esperaba que no explotaran en mis narices. Nada me haría más feliz que ambos encontraran el modo de entenderse y conectar pero parecía que tenían miedo.

Durante un par de horas hablamos poco, no había muchas cosas nuevas desde su última visita, nos reímos mucho y preparamos un tentempié. Cuando empezaron a hablar de cosas más personales, decidí dejarles un rato a solas para que intimaran de una vez y me escabullí a mi habitación para vestirme, no sin antes advertirles de que quedaba poco tiempo para salir.

Elegí un vestido entallado de color granate que me había comprado unos días antes en un arranque de valentía deseando impactar a Alex. Quería estar preciosa y que cuando me viera se le abriera la boca involuntariamente como en esas películas que tanto me gustaban. Que casi no pudiera contenerse antes de abalanzarse contra mí. Tenía tantas ganas de volver a verle que resultaba ridículo pensar que tan solo habían pasado unas horas desde que nos despedimos, ¿Cómo era posible?

Yo: “Hola. Estoy deseando verte”

Alex: “Yo también”

Yo: “No llegarás tarde ¿verdad?”

Alex: “Claro que no. Ya estoy preparado y a punto de salir”

Yo: “Tengo una sorpresa. Espero que te guste”

Alex: “Me encantan las sorpresas”

* * * *

Oí el telefonillo del portal y me puse corriendo los zapatos, antes de salir al salón, donde no había nadie. ¿Dónde se habían metido? Seguro que estaban preparándose.

Apreté el botón para abrir el portal, entorné la puerta del piso y me dirigí a la cocina donde encontré a mi hermano ya preparado para irnos.

—¡Uau! ¡Qué guapa, hermanita!

—Espero que sí. Quiero dejar embobado a alguien.

—¿Ah sí? ¿A quién? —preguntó inocente.

Le di un golpe cariñoso en el brazo mientras sonreía como una boba, cuando oímos la puerta abrirse del todo y un tímido saludo.

—Bueno, ahí está.

—¿Quién? Creía que nos encontrábamos con los demás en el bar.

—Le dije a Jennifer que viniera aquí antes para ir juntos. —Me giré saliendo de la cocina para recibir a nuestra invitada —Hola, Jenny. ¿Puedo llamarte Jenny, verdad?

—Claro que sí, pero... —se quedó mirando un punto detrás de mí con asombro lo cual me hizo volver para ver a mi hermano apoyado en el marco de la puerta.

—Ah, este es mi hermano, Carlos.

Justo cuando se daban un beso en cada mejilla apareció en escena Vic, preciosa con su provocativo vestido negro sobre unos tacones de vértigo. Así era ella, de entradas deslumbrantes. Se paró en seco viendo a Carlos con su mano posada en el brazo de Jenny, separándose de ella lentamente. Cuando su sonrisa se borró completamente vi confirmada mi sospecha de que había algo entre ellos.

Carlos ajeno a la situación, o muy consciente de ella, no retiró la mano y solo la miró brevemente antes de dirigirse a Jenny.

—Andrea me ha contado cómo te conoció. Es una suerte que ahora cuentes con nosotros, ya verás que te lo vamos a hacer pasar tan bien que no recordarás a ese tipo.

—Gracias Carlos.

No me lo podía creer. Después de lo que me había dicho en el coche estaba coqueteando con ella. Roja de ira, Vic volvió a desaparecer por el pasillo. Negando con la cabeza hacia mi hermano le hice saber que no estaba de acuerdo con el juegucito que se traía entre manos. Dar celos a mi amiga no me parecía correcto y podía llegar a ser peligroso. Estaba forzando la situación para que Vic se decidiera de una vez. Parecía que Carlos se había

hartado de esperar a que se le pasaran las ganas de ser libre como el viento, pero en mi opinión era una forma cruel de conseguir su objetivo y sabía que mi amiga estaría sufriendo. Cuando entré en su habitación estaba sentada en su cama mirando fijamente el suelo. No lloraba. Tenía una expresión que mezclaba incredulidad y enfado.

—¿Estás bien, Vic?

—Sí, perdona pero se me había olvidado el collar.

—Vic... no hace falta que finjas conmigo.

—No sé de qué me hablas.

—Por favor, Vic no te cierres. Él es mi hermano pero tú eres mi amiga.

—No sé lo que me pasa. Yo... —una lágrima cayó de sus ojos—. Creo que...

—Lo sé. Sé que le quieres —me miró perpleja —pero no sé porque te niegas ese sentimiento. Anda ven que te abrace un poco.

—No sé qué hacer. Esta tarde me dijo algunas cosas pero yo... me hice la dura y creo que no le ha gustado. De todas formas no debía ser cierto cuando ya está alrededor de otra ¿no? —con la cabeza apoyada aun en mi hombro, se pasó la mano para quitar otra lágrima de su mejilla.

—Vic, no sé qué te dijo pero yo siempre he pensado que los dos sentíais lo mismo. Probablemente esté herido y quiera hacerte reaccionar. Aunque también podría querer olvidarte un poco.

—¿Piensas que él siente algo por mí?

—Claro —la separé un poco—. ¿De verdad no te has dado cuenta de cómo te mira? ¿Cómo habla contigo? ¿Cómo te abraza?... ¿Crees que eso lo hace con los demás?

—No tengo ni idea, Andrea, yo... Yo solo sé que estoy muy bien con él, hablando, bromeando... Hasta su última visita no me di cuenta de que me atraía de otra manera y hoy... Hoy no he estado a la altura y... —más lágrimas se escaparon de sus ojos.

—Venga, tranquila. No podemos dejar que se te hinchen los ojos.

—Yo no soy como tú, a mí no se me nota. Voy al baño a lavarme y maquillarme de nuevo.

Esperé sentada en su cama observando a través de la puerta entreabierta cómo volvía a ser la misma que antes gracias a su maestría con las llamadas “pinturas de guerra”. No quería que volviera sola al salón pero en algún momento tenía que hablar muy seriamente con Carlos por su actuación. No estaba dispuesta a que los dos se hicieran sufrir y menos cuando a mis ojos

todo parecía tan sencillo.

—¡Chicas! —gritó Carlos desde el salón—. ¿Nos vamos ya?

—Ahora vamos Carlos —contesté a gritos.

El camino hacia el bar fue tenso. Para evitar que tonteara más con Jenny para poner celosa a Vic, obligué a mi hermano a sentarse delante a mi lado. Mi mejor amiga mantuvo todo el camino la vista en su ventana sin decir una palabra, mientras yo intentaba aligerar el ambiente buscando temas poco espinosos.

Tras aparcar, agarré la mano de Carlos para permanecer unos pasos detrás y poder hablar sin problemas.

—Eres un idiota —susurré a Carlos—. Vic es distinta a otras chicas y lo sabes. Si la aprietas, la vas a cagar y no me apetece estar presente cuando ambos os echéis los trastos a la cara. La conoces y es capaz de hacer algo que a ti te duela aunque se arrepienta toda la vida.

—Lo sé —contestó avergonzado—. Es que ya no sé qué hacer, Andrea. Me estoy cansando de jugar con tiento.

—Carlos, te lo digo de corazón, está casi a punto pero no sigas mostrando un doble juego. Ahora mismo no cree lo que le has dicho esta tarde porque si fuera cierto no te acercarías tanto a Jenny minutos después. Dice que has pasado de ella demasiado rápido para que fuera verdad.

—¡Mierda! Sabes que no es así.

—Ya se lo he dicho pero...

—Se ha acostumbrado a que esté ahí por y para ella.

—Lo sé —le cogí la mano y le miré fijamente—. Díselo de nuevo. Hazle ver que está por encima de las demás o la perderás por completo. No es fácil para ella verbalizar sus sentimientos pero puedes encontrarte con una expresión no verbal sorpresa.

—Gracias, hermanita —me dio un beso y se acercó a Vic por detrás comportándose como si no hubiera pasado nada.

Observé la reacción tensa de ella cuando le sintió tan cerca y como se fue relajando cuando notó que su interés se centraba en ella y no en Jenny. Volvieron a actuar como siempre, conectados y alegres. Quizás esa noche por fin acabaran con el continuo tonto y se lanzaran a profundizar esa relación que llevaba tanto tiempo sin asentarse. Quizás Vic sí quería algo más serio y la paciencia de Carlos iba a dar sus frutos. Bueno, tampoco había sido el Santo Job. Se había divertido con supuestas novias a las que dejaba alegando razones de lo más variopintas como que tenían los pies grandes, que no

paraban de hablar... todo ello a la espera de que mi amiga dejara de pensar en el sexo opuesto única y exclusivamente como una fuente de placer sexual. Fuera de la familia, la única constante en su vida había sido Vic.

* * * *

Alex llegó media hora más tarde, me saludó con un abrazo y un largo beso en los labios, y tras ser presentado a todos fue a la barra a pedirse una copa. Sin poder evitarlo, una sonrisa tonta se instaló en mi cara. Cuando volvió se situó a mi lado y me rodeó la cintura con su brazo. Parecía sentir la necesidad de estar en contacto conmigo.

—No consigo despegarme de ti —me murmuró al oído—. Este vestido me... se ajusta perfectamente a tu cuerpo. No puedo esperar a quitártelo.

—Esa era la sorpresa. Me ha gustado ver tu cara al verme.

—Ahora no vas a poder apartarte de mí, tengo que dejar claro a todos los hombres del bar que ya estás con alguien.

—Marcando lo que es tuyo ¿no? Pues para que te enteres: no soy propiedad de nadie.

—Pero me has elegido y es mejor que todos lo tengan muy claro —susurró sonriendo contra mis labios antes de devorar mi boca.

Carlos se metió en el papel de hermano protector durante unos minutos pero a Alex no pareció importarle, contestaba todas sus preguntas con total sinceridad y una sonrisa en la cara. Después de dar por terminado el interrogatorio, ambos hablaban como si se conocieran desde hacía tiempo.

Al cabo de una hora seguíamos conversando animadamente en torno a una de esas mesas altas pequeñas y redondas cuando mi hermano dirigió una mirada de curiosidad por encima del hombro de Jenny.

—¡Mierda! Hermanita, ¿ese no es John? —exclamó.

Volví mi mirada hacia el mismo punto y comprobé con desagrado que tenía razón. John se acercaba desde una mesa en la que vi alguno de los amigos que había conocido unas semanas atrás.

—Argg. No es el momento.

—¿Quién es John? —preguntó Alex inocentemente.

—Mi ex.

—Creí que no le veías nunca. Lo contabas como alguien muy lejano con el que no te habías vuelto a cruzar.

—Es hermano de una de mis cuatro amigas de la universidad —confesé—.

Pero no le había vuelto a hablar desde que me fui a Nueva York. Solo le he visto al llegar aquí hace un mes.

—No me lo habías contado.

—No hay nada que contar, Alex —intenté cogerle de la mano pero noté cómo la apartaba.

—Si no hubiera nada que contar no lo habrías ocultado —replicó con enfado.

—No lo he ocultado, yo...

—Hola chicos, ¿cómo va todo? —preguntó el recién llegado pasando la vista por encima de cada uno de nosotros. Cuando llegó a Jenny los ojos se le abrieron tanto que parecían a punto de estallar—. ¿Qué coño haces tú aquí? ¿Me estás siguiendo? Esto es el colmo.

—¿Pero qué te pasa John? Es una amiga...

—¿Por qué no te vuelves de una vez a tu país y dejas de acosarme? —me interrumpió sin apartar la vista de Jenny.

Las ideas se aclararon en mi cabeza. Recordé la historia de Jenny en relación al novio al que siguió desde Nueva York. Las fechas cuadraban. Así que era él. Era el cabrón que había estado engañándola y la había dejado tirada.

—¡Compórtate John! Está con nosotros. Es mi amiga. Si no te gusta puedes irte.

—¿Y no prefieres tú venirte conmigo? —claramente había bebido.

—Voy a por una copa. Ahora vuelvo —interrumpió Alex girándose sin mirarme y dirigiéndose a la barra.

—¿Y ese quién es? —preguntó John con grosería.

—Mira John; mejor te vas por dónde has venido y te diviertes con los machotes de tus amigos, que veo que nos observan desde esa mesa. Seguro que ya te has ocupado de darles información sobre tu relación con nosotras y te has vanagloriado de tu enorme capacidad de seducción pero déjame explicarte la situación: tú y yo no tenemos nada y lo que tuvimos no fue bastante para que me quedara, a Jennifer la embaucaste mintiéndole descaradamente pero acaba de conocer gente de fiar con la que divertirse y pasará de ti en menos que canta un gallo, y Vic tan solo te utilizó en un momento que debía desahogarse y sabía que contigo sería fácil, rápido y aséptico. No te creas tan indispensable.

—Tú y yo estuvimos saliendo juntos mucho tiempo, te lo podría recordar de una manera muy estimulante —dijo con esa voz ronca y seductora que antes me volvía loca y ahora me producía asco.

—¡Ag! No, por favor —contesté apartando su mano de mi cintura—. Es cierto que pasamos un tiempo, pero por entonces no sabía lo que realmente quería y ahora lo he encontrado sin buscarlo —volví la cabeza hacia dónde estaba Alex pagando en la barra y me giré de nuevo para enfrentarle—. Como te he dicho, nuestra relación no fue lo bastante fuerte para que me quedara, mientras que ahora... conozco a Alex desde hace poco y estoy moviendo todos los contactos para volverme a Londres porque no concibo estar sin él.

Alex volvió justo cuando acabé de hablar, sin llegar a oír ni una palabra de mi alegato, y se encontró a todos mirándonos atónitos por mi discurso, mientras yo retaba con mirada asesina a John a que se atreviera a decir algo más y él me devolvía la mirada con odio y rencor. Mi hermano sonreía orgulloso. Vic me miraba asombrada de que hubiera sido tan clara y directa sin ningún rastro de la diplomacia que me caracterizaba. Henry miraba a John con cierta ira por cómo había tratado a Jennifer, mientras ella me observaba admirada y algo avergonzada.

—Por cierto, Henry es policía así que intenta comportarte o quizás podrías ser amonestado por escándalo público —continué sin desviar mi mirada.

—Sería un placer —agregó Henry.

Los ojos de John se desviaron hacia el resto del grupo pasando por cada uno de mis amigos sin perder la expresión de ira, para poco después darse la vuelta sin despedirse y volver a su mesa.

El ambiente se había enrarecido un poco. Darnos cuenta de que John había estado con las tres había resultado un poco violento pero mi explicación daba claridad al asunto. Henry se acercó a Jenny para entablar una conversación privada en voz baja que pareció animarla un poco. Por otro lado, Carlos había cogido por detrás a Vic de la cintura y estaba haciendo un reto con la bebida. ¿Estaría pensando en emborracharla? No, él no haría eso. Y Alex... me miraba fijamente bastante enfadado.

—No me has traído una copa —comenté sin saber qué decirle.

—He ido a por una copa para mí. Necesitaba algo fuerte.

No me volvió a dirigir la palabra en la media hora que tardamos en salir del local. Estuvo hablando con mi hermano y con Vic, dándome la espalda y borrando su sonrisa cada vez que nuestras miradas se cruzaban por accidente. Me sentí sola, muy sola, aunque Carlos intentaba incluirme en la conversación.

* * * *

Una vez fuera, Henry y Jenny se despidieron para irse juntos dando un paseo. Los cuatro nos quedamos en silencio durante unos segundos antes de que Alex comentara que tenía mucho trabajo al día siguiente y debía irse.

—¿Vas a dejar que se vaya así? —me preguntó Carlos mientras veía cómo Alex se encaminaba hacia su coche.

—¿Y qué quieres que haga? Ni siquiera sé por qué se ha enfadado —dos lágrimas resbalaron por mis mejillas.

—¿Seguro?

Seguía mirándole cuando abrió la puerta de su coche y nos miró antes de introducirse. No era capaz de reaccionar, me quedé quieta pensando. Vi cómo mi hermano salía corriendo hacia él y le decía algo antes de que cerrara la puerta.

—¿Por qué no vas? —me preguntó Vic.

—¿Qué le estará diciendo? —evité contestarle.

—Conociendo a tu hermano, seguro que estará aclarándole la situación. Cosa que deberías estar haciendo tú, Andrea.

—No sé. Tenía una mirada tan seria.

—¿Y cómo estarías tú?

—Vic, recuerda que yo me he encontrado también con su ex y no me he enfadado de esa manera... bueno no hasta que ella hizo el teatro de que se habían enrollado.

—¿Y cómo te sentó?

No me dio tiempo a contestar. Carlos había vuelto junto a nosotras y no traía una cara muy feliz. ¿De verdad iba a acabar así la noche? No se parecía en nada al final que me había imaginado.

Alex puso su coche en marcha y comenzó las maniobras para salir del aparcamiento. Pasaría al lado nuestro para poder salir de allí. No podía parar de mirarle y pensar en las vueltas que da la vida en tan solo un segundo. ¿Por qué teníamos que encontrarnos con John? ¿No había suficientes bares en Londres?

Observé como el coche se acercaba a nosotros esperando verle pasar de lado y dejarme allí sola. Bueno, no del todo sola pero sí un poco sola.

—Andrea, haz algo o te arrepentirás.

—Yo... —balbuceé.

—Vamos, dile algo antes de que se vaya.

—Quizás es mejor que se calme —susurré.

Cuando llegó a nuestro lado, el coche paró y bajó la ventanilla. Con cara

sería se asomó a mirarme.

—¿Vienes? —vio mi sorpresa—. Tenemos que hablar.

Sin decirle una palabra me despedí de mis amigos, abrí la puerta y me senté a su lado. Seguimos en la misma posición sin decir nada los veinte minutos que tardamos en llegar a su casa. Un silencio tenso que nos dio mucho que pensar a los dos. No me tocó en un ningún momento, solo me abría las puertas y me dejaba pasar como un perfecto caballero distante y serio.

Ya en su salón, después de quitarse el abrigo y sacar un par de copas bajo mi atenta mirada, se sentó en el sofá de una plaza, supongo que para evitar que me sentara a su lado, y me miró fijamente mientras yo me quitaba el abrigo. Lo dejé sobre el respaldo del sofá grande y me senté en el extremo más alejado. Estaba nerviosa, muy nerviosa. No sabía qué decir ni qué hacer. A saber qué estaba pensando.

—¿Qué te ha dicho mi hermano? —pregunté sin poder continuar con ese juego silencioso.

—Me ha contado lo que dijiste a ese gilipollas —contestó en un tono cortante.

Estaba claro que se le hacía difícil conversar, y a mí también. No quería encontrarme con una pared de granito cada vez que dijera algo. No estaba preparada para soportar ese tono. Decidí quedarme en silencio hasta que estuviera dispuesto a hablar, lo cual iba a ser complicado porque los nervios no me dejaban quedarme quieta y mis ojos no paraban de moverse por los muebles y decoración de la estancia.

—No consigo entender por qué no me contaste tu relación con él —dijo por fin al cabo de unos minutos. No sonaba enfadado sino decepcionado—. Yo te dije que Olivia era mi vecina e hija de amigos de mis padres.

No contesté, no sabía qué decirle.

—Acordamos que no diríamos los nombres pero...

—No sé por qué no te lo dije —interrumpí—. Supongo que cuando me fui corté toda mi relación con todo lo que dejaba atrás y durante estos cuatro años solo he mantenido contacto con Vic por lo que... no me pareció importante.

—Pues yo considero que sí lo es.

—No es nadie para mí —le miré fijamente—. Precisamente tú sabes todo lo que pasó y deberías estar seguro de que no es nadie para mí desde hace tiempo.

—Lo mismo que Olivia y tuviste dudas.

—Y tú me convenciste de que no debía tenerlas, incluso teniendo en cuenta

que la ves mucho más a menudo que yo a John. ¿No se aplican las mismas razones para ti?

—Probablemente sí, pero se me hace difícil.

—¿Por qué?

—Porque no dejo de pensar que tenías alguna razón para ocultármelo.

—No había ninguna razón, simplemente no tengo casi contacto con él y desde que se enrolló con Vic se enrolló todavía menos —su cara se descolocó por un momento—. No es por lo que estás pensando. Me importa una mierda que se acostaran, es que ella se siente incómoda.

—No sabes lo que estoy pensando.

—Solo me he imaginado lo que habría pensado yo.

Tras otro tenso silencio, se levantó lentamente, como si el tiempo fuera eterno, y dejó la copa en la mesa. Se acercó a mí, se sentó, me cubrió las manos con las suyas y me miró.

—¿De verdad estás pensando en quedarte en Londres por mí? —Intenté apartar mis manos y desvié mi mirada hacia un lado con mis mejillas sonrosadas por la vergüenza—. Andrea, no huyas, por favor.

—Voy a matar a mi hermano.

—¿Por qué? ¿Por conseguir que recapacitara y volviera a por ti? ¿Por picarme para seguir luchando? ¿Por aclararme las ideas? —preguntó buscando mi mirada.

—No. Por destrozarme la sorpresa.

Me levantó la barbilla, cogió mi cara con ambas manos y posó sus labios en los míos. Un beso tierno, cálido y sugerente, seguido de un fuerte abrazo en el que apoyé mi cabeza contra su pecho y él me besó el pelo con cariño.

—Lamento haberme enfadado sin fundamento —susurró acariciándome con lentitud una y otra vez—. Y lamento haberte hecho pasar un mal rato de camino aquí.

—Alex, yo... —susurré levantando la cabeza y acercando mis manos a su cintura.

—Shh. Déjame hacer a mí —apartó mis manos de él—. Tengo que conseguir tu perdón.

—No hay nada que perdonar.

—Claro que sí, cariño. Te voy a hacer perdonarme todo.

Me tumbó en el sofá y se colocó sobre mí sin dejar de besarme. Me desvistió lentamente llenando de pequeños besos la piel que iba dejando al descubierto. Tras detenerse en mis pechos y dedicarles toda su atención, bajó

hacia mi vientre y me saboreó entera. Cuando constató que había conseguido su objetivo llevándome hasta un maravilloso estallido de placer, me alzó en brazos y caminó hacia su dormitorio. Me sonrojé al verme totalmente desnuda mientras él aún estaba completamente vestido. Con timidez me agarré a su cuello y escondí mi cara en su pecho.

Me dejó con delicadeza en la cama y se desvistió con parsimonia sin dejar de mirarme. No fue un striptease pero me pareció de lo más sugerente. Yo tampoco podía dejar de mirarle.

Me coloqué para quedar a la altura justa con la intención de darle un buen masaje. Sus gemidos me indicaron que lo estaba haciendo bien. Quizás demasiado bien porque decidió apartarme y colocarse rápidamente sobre mí.

Al final, como él había dicho, consiguió que le perdonase todo; incluso cualquier tontería que se le ocurriera hacer durante la próxima semana.

Capítulo 13

Casita en el campo

Me desperté cansada pero feliz. Su brazo se posaba sobre mi cintura, su pecho se apoyaba sobre mi espalda y sentía su aliento en mi nuca. Era una posición cariñosa y protectora que me reconfortó. Permanecí con los ojos cerrados un rato sin saber si él se había despertado, deseando alargar el momento al máximo y rememorando nuestra actividad de la noche anterior. Era la primera vez que dormía totalmente desnuda; agotados después de la intensa noche y la sesión pasional me fue casi imposible mantener los ojos abiertos, y mucho menos vestirme. Tan solo fui capaz de visitar el baño antes de caer rendida sobre la cama, entrando inmediatamente en un reconfortante sueño tumbada de costado con sus brazos alrededor de mi cintura y mi espalda pegada a su pecho.

No pasaron más que unos minutos cuando sentí su parte más íntima agrandándose a mi espalda y su mano derecha apretando ligeramente uno de mis pechos. Abrí los ojos de golpe. ¿Ya estaba despierto? Seguro que sí. ¿Sabría que yo también? Quizás no.

—Andrea —susurró a mi oído—. ¿Estás despierta?

—No —respondí volviendo a cerrar los ojos.

—¿Seguro? —volvió a susurrar mientras su pecho vibraba por la risa contenida—. Se me ha ocurrido algo que hacer hoy.

—Ya me imagino qué es.

—No solo eso —comenzó a darme besos por el cuello apartando el pelo para facilitar el acceso.

—Cariño, ¿no descansas nunca? —murmuré soñolienta haciéndome la remolona.

—¿Necesitas un descanso? —sin parar de acariciarme y besarme, me colocó boca abajo y se tumbó sobre mí.

—Ya no —levanté un poco el culo para ponerle nervioso. Y lo conseguí.

—¿Entonces para qué me distraes? —refunfuñó besándome detrás de la oreja.

—¿Yo? —sonreí inocentemente girando mi cabeza hacia el hombro en que

él me depositaba pequeños y delicados besos.

—Sí, tú. Deja de distraerme.

—Supongo que no te refieres a este tipo de distracción —volví a levantar el culo para apretarme más a su excitación.

—Mmmm, Andrea, vas a conseguir que no pueda controlarme.

—¿Paro?

—No, no pares —se colocó de rodillas, me elevó para colocarme a gatas y comenzó a acariciarme la espalda hasta su parte más baja.

Esta vez no fue lento ni tierno; esta vez fue salvaje y apasionado. Se había levantado con muchas ganas de marcha y yo no me quedé atrás. No tardó en llevarme al éxtasis y me siguió después, para tumbarse de lado quedándose abrazado a mí desde atrás mientras recuperábamos un ritmo de respiración normal. Exactamente en la misma posición en la que habíamos dormido.

—Hoy quiero enseñarte un sitio —rompió el silencio inesperadamente, apartándose un poco y girándome la cabeza para poder verme los ojos—. Eso es lo que se me había ocurrido hacer hoy.

—¿Qué sitio?

—Un sitio especial para mí. Volveríamos mañana —comentó dubitativo—. ¿Quieres?

—Claro que sí —contesté ilusionada—. ¡Agg! ¡No podemos! Mi hermano ha venido a visitarme y me parece mal dejarle solo.

—¿De verdad crees que estará solo?

—¿Tú crees que...?

—Me parece obvio. No necesité mucho tiempo ayer para percatarme de cómo se miraban esos dos... y han pasado la noche solos.

Me quedé pensativa. ¿Por fin lo habrían conseguido? ¿Habrían pasado de la simple amistad a algo más profundo? Tenía que saberlo. Me quedaría mucho más tranquila si estuvieran juntos mientras yo me escapaba con Alex, pero no solo quería saberlo por eso sino también por acabar con esa serie de situaciones incómodas que estaban produciéndose últimamente, es decir, por su felicidad.

—¿Por qué no le llamas? —sugirió mientras se levantaba y se metía en el baño, ofreciéndome unas vistas espectaculares de su cuerpo desnudo—. Así te quedas tranquila y puedo raptarte sin problemas.

—Así de fácil ¿eh?

—Sí, cariño, así de fácil —se asomó a la puerta del baño y me guiñó un ojo.

No tardé ni un minuto en coger mi móvil para marcar. Quería cerciorarme de que todo iba bien por casa y mi hermano me lo confirmó. Alex tenía razón; no había desperdiciado la oportunidad de conseguir su objetivo principal de los últimos años y parecía pletórico. No solo no se enfadó cuando le informé de que iba a desaparecer hasta el domingo sino que me animó a hacerlo. No me quedó claro si se alegraba por mí o tenía unos motivos más egoístas, al fin y al cabo, así podrían disfrutar de la casa para ellos solos, pero tampoco me importó. Antes de colgar, me prometió que cuidaría de mi amiga y quedamos en vernos el día siguiente para comer.

—¿A que están juntos? —preguntó Alex sentándose a mi lado en el borde de la cama ya vestido.

—Sí, tenías razón —sonreí feliz—. No nos echarán de menos.

—Mejor.

—¿Y ahora qué?

—Ahora te vistes, hacemos una pequeña bolsa para dormir, desayunamos y nos vamos en mi coche.

—No tengo nada de ropa.

—Te dejaré lo que quieras y el resto que necesites lo podemos comprar.

—¿No podemos pasar por mi casa?

—No quiero perder tiempo y sé que si vamos nos liaremos a hablar con la parejita y saldremos tarde —me hizo una mueca triste—. Por favor.

Le lancé una almohada y me eché a reír. Se tiró sobre mí y me tumbó mientras me hacía cosquillas. No pude parar de reír hasta que se apiadó de mí y levantó las manos en son de paz.

—Vamos, levanta que tenemos prisa.

* * * *

Media hora después circulábamos por una carretera comarcal en dirección desconocida. Bueno, desconocida para mí. Deseosos por partir, habíamos desayunado tan solo una taza de café sin nada sólido para acompañar, habíamos pasado por la tienda de la esquina para comprarme cosas de aseo personal, y habíamos hecho una pequeña maleta con la ropa de noche que llevaba el día anterior y con ropa de Alex, cuyos pantalones por suerte me entraban aunque algo justos.

Los acontecimientos de esa mañana estaban haciendo tambalear los cimientos de mis opiniones más arraigadas. Siempre había pensado que la

lencería sexy de encajes y transparencias era lo que más gustaba a un hombre y el medio más efectivo de conseguir excitarlo, pero cuando volvió a entrar en el dormitorio y me vio con uno de sus calzoncillos puestos, se abalanzó sobre mí con ojos hambrientos dispuesto a quitármelos. Aunque protesté alegando que así nunca podría vestirme, no conseguí frenarle. Solo paró en seco cuando le advertí de que se nos haría tarde.

Mirando el paisaje por la ventana del coche pensaba en esa mirada hambrienta. Esa mirada que me hacía sentir en esos momentos la mujer más sexy del mundo aun vestida con ropa de hombre, un pantalón que no marcaba las curvas y una camiseta dos tallas más grande. Y a pesar de ello, Alex no dejaba de lanzarme miraditas de soslayo. Parecía orgulloso y feliz de que usara su ropa.

—Me estás poniendo nerviosa —le dije sin volver la mirada hacia él.

—¿Por qué?

—Estoy aquí, en tú coche, sin saber a dónde vamos, con tu ropa... vamos que dependo totalmente de ti, y no paras de mirarme con esa cara de...

—¿De qué?

—De ir a comerme en cualquier momento.

—¿No quieres que te mire? —preguntó extrañado.

—No es eso. Es que no me siento yo. No tengo mi ropa no sé a dónde...

—No tienes el control —me interrumpió suspirando. Seguía mirando a la carretera para evitar cualquier accidente, pero ya no sonreía sino que parecía pensativo.

—No tengo el control de nada en estos momentos.

—¿No te gustan las sorpresas?

—Sí, me encantan las sorpresas.

—Entonces, te gusta que te mire y te gustan las sorpresas —esperó a que yo asintiera y continuó —, pues solo estás nerviosa porque no sabes lo que va a suceder en las próximas horas. Pero esos son unos nervios sanos y dentro de poco se pasarán.

—Claro, tú estás muy tranquilo lanzándome esas miraditas.

—Te miro porque contigo soy feliz y todavía no me creo que estés aquí, te miro porque me preocupa que puedas cambiar de opinión y decidas dejarlo, pero sobretodo, te miro porque me gusta mucho lo que veo y te sienta mejor mi ropa que a mí mismo, aunque... espero que no pienses que te va a durar mucho puesta —volvió a sonreír y me echó una mirada de reojo.

—¿Y dónde se supone que no me va a durar puesta? —le pregunté

intentando averiguar nuestro destino.

—No te lo voy a decir, es una sorpresa. ¿Entiendes el significado de sorpresa? ¿No decías que te encantaban?

Y no conseguí que me lo dijera, ni siquiera cuando lo intenté a base de intensas caricias en partes indiscretas con las que casi provoqué un accidente.

A las dos horas, muerta de hambre pero intrigada por el camino que habíamos cogido, llegamos a un pequeño pueblo de la costa del sur de Inglaterra. Ante mi insistencia, paró en un bar y tomamos un bizcocho con una taza de café. Luego pasamos por una tienda a comprar algo de comida para todo el día, lo cual me intrigó más porque había pensado que iríamos a un hotel rural. Después para complacerme me llevó a una tienda de ropa femenina, no sin antes afirmar que le gustaba lo que llevaba y que no iba a necesitar ninguna de las prendas que comprara.

Cuando anunció que habíamos llegado a nuestro destino, miré alrededor y solo vi un muro de piedra con una puerta de hierro a través de la cual se vislumbraba un camino y al fondo de la empinada cuesta una pequeña casa de piedra. Siguiendo sus instrucciones bajé del coche, abrí la puerta y la cerré cuando pasó.

No podía apartar los ojos de la pequeña casa. ¿Quién vivía allí? ¿Un familiar? Era antigua pero parecía bien conservada. Por un lado pude ver que tenía acceso a una pequeña playita junto a otras casas colindantes del mismo estilo.

Sin decir una palabra pero con una enorme sonrisa en su boca, aparcó, me abrió la puerta para que bajara, sacó la maleta y la compra que dejó a un lado de la puerta, abrió la casa y me tendió la mano para acompañarme dentro.

Algo nervioso y expectante me informó de que esa casa había pertenecido a su abuela, la cual había hecho un reparto de algunas de sus posesiones cuando todavía vivía y se la había regalado. Sus ojos lo decían todo, era un sitio muy especial para él, donde probablemente había forjado grandes recuerdos. Y lo estaba compartiendo conmigo.

Lo miré emocionada, segura de que este había sido un paso muy importante para él y deseosa de poder hacer lo mismo. Yo no tenía un lugar especial, al menos no allí, pero podía invitarle a España. Allí sí que tenía algunos lugares especiales.

—¿Te gusta? —me sacó de mis reflexiones.

—Me encanta —me acerqué para mostrarle con un intenso beso lo feliz que era.

—Nunca he traído a nadie aquí —me confesó al oído sin dejar de abrazarme.

—Lo sé —le susurré volviendo a besarle—. Vamos a estrenar la cama.

—Es la mejor idea que has tenido desde esta mañana.

Se apartó de mí, metió el equipaje y la compra, cerró la puerta, me cogió en brazos y me llevó a una habitación con espacio escaso pero suficiente para la cama de matrimonio. Allí, con voz sensual y sin dejar de acariciarme, me propuso jugar un poco mientras sacaba un pañuelo negro del bolsillo. Me puso el pañuelo en los ojos, me tumbó en la cama y me fue desnudando lentamente mientras acariciaba y besaba las partes de mi cuerpo que iba destapando. No verle, no saber qué estaba haciendo ni poder anticipar dónde iba a poner sus manos, me estaba volviendo loca. Suspiré, supliqué y jadeé por su contacto, su olor y su sabor, hasta que me deje llevar y él me siguió. Me había quitado el pañuelo justo antes del climax para poder mirarnos a los ojos en ese momento tan especial e íntimo. Aun sudorosos y excitados nos abrazamos, él tumbado de espaldas y yo apoyada en su pecho notando su latido acelerado.

—Te quiero, Andrea. Estoy completamente enamorado de ti.

Levanté la cabeza emocionada, con lágrimas a punto de salir de mis ojos, sin poder contestar por el shock. ¿Qué se contesta en un caso así? Un simple “yo también” me pareció poco para expresar todo lo que sentía, me avergonzaba no ser capaz de transmitirle con palabras mis emociones y mis dudas. Nunca había sido una persona expresiva o efusiva de esas que hablan de sus emociones sin ningún tapujo. Vi una sombra de decepción en su mirada, le di un beso en la boca y decidí ser sincera. Nerviosa y desviando ligeramente la mirada, comencé a hablar titubeante.

—Yo... no sé cómo expresar todo lo que siento por ti, no soy buena en eso —volví a darle un beso—. Pero espero que no tengas dudas de que también te quiero y no dejo de pensar en ti cada segundo del día.

—Pues yo pienso que te expresas muy bien —me aseguró abrazándome más fuerte—. Solo quería confirmación para no sentirme tan perdido. No necesito más, cariño.

Poco después unos ruidos procedentes de su estómago nos hicieron replantearnos la decisión de retrasar la comida, nos levantamos y, vestidos tan solo con la ropa interior, entramos en la cocina con la intención de preparar la poca comida que habíamos comprado.

* * * *

Eran más de las cinco cuando terminamos de comer, nos vestimos del todo y salimos a pasear. El pueblo era precioso, con aspecto antiguo pero muy cuidado, limpio y tranquilo. Había un camino de tablones de madera sobre la zona final de la arena de la playa, con barandillas a ambos lados, que animaba a pasear disfrutando de las vista y la brisa marina. No me extrañó que nos cruzáramos con varias parejas acarameladas que parecían pensar lo mismo que yo. El paseo por la playa hasta llegar a la pequeña plaza que marcaba el centro del pueblo me resultó demasiado corto. Estaba tan cómoda con su brazo sobre mis hombros que la súbita falta de su calor al alejarse un poco de mí en cuanto entramos en la plaza me hizo sentir abandonada. Sentimiento que se transformó al notar como entrelazaba sus dedos con los míos y tiraba de mí para continuar nuestro camino.

Fue una tarde mágica. No podía creer lo bien que encajábamos. Haberlo conocido antes si quiera de interesarme por él, hablar de todo sin ningún recelo por no estar pensando en intenciones sexuales, había favorecido una amistad poco habitual con mis otras relaciones en el pasado. Era muy fácil hablar con él de cualquier tema, sin tener que pensar en qué hacer para gustarle, sin la tensión de las primeras citas.

No recordaba bien el momento en el cual había empezado a sentirme atraída por su personalidad; el momento en el que empecé a necesitar hablar con él y nuestras conversaciones llegaron a ser una parte muy importante de mi vida diaria. Sí recordaba lo nerviosa que me ponía cada vez que consultaba sus mensajes. ¿Para él habría sido igual?

Después de dar un par de vueltas por la plaza, llena de puestos de venta ambulantes, y sus alrededores, entramos en una cafetería y disfrutamos del típico té inglés de las cinco, acompañado con pastas de mantequilla. Cerré los ojos saboreando la última pasta y cuando los abrí me di cuenta de que no me quitaba la vista de encima.

—¿Qué? —pregunté sonrojada.

—Me encanta verte comer.

—Lo reconozco, me gusta demasiado. No me puedo contener.

—Y a mí me parece fascinante —acercó una mano para rozar mis labios—. Después de aguantar a las típicas mujeres florero que no saben comer otra cosa que ensalada y yogur, una mujer de verdad, natural, sensual... me deja... no te puedes hacer una idea de lo atractiva que eres para mí.

—Pero si no hago nada.

—No tienes que hacerlo, solo ser tú.

Un intenso rubor subió por mi rostro y me hizo desviar los ojos hacia un lado. ¡Uau! Nadie me había dicho ese tipo de cosas en mi vida. Ser yo. Nada más. Seguro que me estaba derritiendo por dentro, por eso sentía tanto calor.

—Alex, he estado pensando.

—¿Y debo preocuparme? —vio cómo yo negaba con la cabeza—. Lo digo por tu tendencia negativa.

—No tiene nada que ver —le miré fijamente—. Siento curiosidad por los inicios de nuestra amistad.

—¿Amistad?

—Cuando empezamos a hablar a través de Tinder ¿qué pensaste de mí?, ¿buscabas un rollo fácil y corto?

—¡Ah, eso! No sabía exactamente qué quería. No hacía mucho tiempo que me había librado de Olivia, mi peor pesadilla de los últimos años, y... un amigo me habló de la aplicación. Solo quería probar.

—¿Escribiste a muchas personas?

—No, solo a tres.

—¿Y te contestaron?

—Sí.

—¿Seguiste hablando con ellas después?

—No, sus respuestas no eran lo que yo quería.

—¿Por qué?

—Eran muy directas, iban a lo que iban, y yo no tenía nada claro que me gustara algo así. Tú fuiste natural, no pedías nada, solo estabas allí y me apoyabas con tus palabras —me cogió la mano—. ¿Va a ser muy largo el interrogatorio?

—Una pregunta más y después te toca a ti, ¿vale?

—Vale, pero seré igual de meticuloso que tú.

—Lo imagino. ¿Cuándo sentiste algo más por mí?

—Eso no te lo puedo decir, no lo tengo claro. Una noche que estaba escribiéndote sentí la necesidad de buscarte en Internet —mi expresión de asombro le hizo avergonzarse un poco y un tono rojo se instaló en sus mejillas—. Reconozco que vi tu Facebook, pero no te asustes, no soy un acosador. Solo me encantaba hablar contigo y me intrigabas; necesitaba saber más de ti. Poco a poco me encontré esperando tus mensajes cada día, soñando contigo y la posibilidad de un encuentro —se acercó a darme un beso en la mano que sujetaba—. ¿Ahora me toca a mí?

—Sí, dispara.

—¿A cuántos escribiste tú?

—Inicié conversación con dos, pero también recibí un montón de mensajes obscenos y uno que me caló hondo.

—¿Y a cuántos contestaste?

—A uno. Las respuestas de los dos con que inicié conversación fueron incluso más obscenas que los otros mensajes y... como ya te he dicho había uno que me caló hondo.

—¿Por qué?

—Porque parecías tan perdido como yo, sincero como yo, sin pretensiones de rollos fáciles como yo... Yo también estaba intrigada pero no se me ocurrió buscarte. Preferí preguntarte directamente a ti.

—Lo sé. No sabes cómo llegué a obsesionarme. Sabía que vivías en Nueva York así que... fijé una gira por Estados Unidos con una larga estancia allí.

—¿Te quedaste en Nueva York más tiempo por mí?

—Quería verte.

—¿Por eso estabas conectado ese día?

—Sí. Me sorprendió que me pidieras quedar. Llevaba ya dos días en la ciudad, con negociaciones para la futura gira del grupo, y no dabas señales de vida, ya no sabía qué hacer. No quería parecer... no quería presionar. Yo...

—No necesitas disculparte. Me siento halagada de que hicieras eso por mí, aunque reconozco que mejor no haberme enterado hasta ahora porque...

—Habrías pensado que todo era una trampa para acostarme contigo y no me hubieras vuelto a hablar.

—Veo que me conoces bien.

De camino a su casa, no apartó el brazo de mis hombros, envolviéndome con su aroma y su calor. Ahora que la situación inicial estaba más clara, yo me encontraba todavía más a gusto con él. Me había buscado y había propiciado una cita, lo que demostraba sin lugar a dudas su interés por mí.

* * * *

Durante la cena noté que estaba un poco nervioso. La conversación fue fluida pero parecía estar ausente. Cuando estaba a punto de levantarme de la mesa para recoger los platos me hizo saber el motivo de su ausencia.

—Entonces, ¿estás intentando ver si puedes quedarte en Londres por mí?

—Yo... —titubeé con las mejillas sonrojadas, mientras me acomodaba en mi silla.

Aunque sabía que no era algo pasajero, no estaba segura de hasta qué punto quería llevar nuestra relación y me avergonzaba ser la primera en tirarme a la piscina de esa manera. Me acababa de confesar sus sentimientos unas horas antes pero ¿pensaría que iba muy deprisa al pensar en quedarme?, ¿qué pensaría sobre la opción de vivir juntos?

—Andrea... —me cogió ambas manos—. La idea me hace muy feliz, cariño, pero me gustaría que lo pensaras bien porque no quiero que luego te arrepientas y me lo eches en cara.

—Nunca te echaría en cara una decisión mía —contesté con cierta brusquedad, soltando mis manos y desviando la mirada.

—¿Estás segura? —me colocó su mano en mi barbilla y me obligó a mirarle.

—Sí, estoy muy segura. Ya he hablado con mi empresa para un posible traslado; estoy esperando respuesta —seguía roja como un tomate—. Además, he estado mirando ofertas de trabajo en Londres —liberé mi barbilla de su mano y volví a desviar la mirada hacia el suelo.

—¿Por qué no me lo dijiste? Yo podría mover hilos y ver si hay algún puesto en la empresa que contratamos para las giras.

—Alex, no quiero que me consigas un trabajo por ser tu pareja. Quiero conseguirlo yo.

—¿Pero qué dices? —me miró extrañado—. Te estoy hablando de meter tu curriculum en alguna selección, no de obligarles a contratarte. ¿Tan malo te parece eso?

—No, visto así no —sonreí tímidamente.

—Andrea, por lo que te conozco, estoy seguro de que pones mucho interés en lo que haces y creo que, con la formación que tienes y tu dedicación, conseguirás el trabajo que quieras. Yo solo pretendía colocarte en el momento en que debes demostrar lo que vales, la entrevista de trabajo. El resto tienes que hacerlo tú.

—No hace falta que te justifiques, ya lo he entendido. Sabes que tiendo a pensar lo peor y siempre he detestado a la gente que se asigna a dedo.

—Yo también —refunfuñó cruzándose se brazos.

—Vamos, no te enfades. Lo que menos me apetece es estropear este maravilloso día —dejé mi silla y me acerqué lentamente para sentarme en su regazo—. Y todavía menos por un malentendido.

Rodeé su cuello con mis brazos y comencé a darle pequeños besos desde la oreja en dirección a su boca, donde me encontré su boca entreabierta esperando a tener la oportunidad de devorarme.

—Joder, Andrea. Así no puedo mantener mi enfado contigo —se quejó entre risas.

—¿De verdad quieres seguir estando enfadado? —pregunté siguiendo mi camino de besos hacia abajo después de desabrochar su camisa.

—Mmmm, me parece que no.

—No te preocupes —me levanté de frente a él y me arrodillé lentamente dejando un reguero de besos por su pecho, su vientre, su ombligo...—. Creo que se lo que hacer para que te olvides de todo.

—¿De verdad? No me imagino el qué —me provocó con inocencia fingida.

Agachada delante de él le dejé sin más ropa que la camisa desabrochada. Intentó tocarme y coger el control de la situación pero no se lo permití. Suavemente le obligué a colocarse de pie delante de la encimera con las manos apoyadas a cada lado, indicándole sin palabras que no las moviera. ¡Dios qué sexy estaba!

Yo continuaba completamente vestida y él me miraba expectante con una sonrisa en la boca, dejándome hacer lo que quisiera con su cuerpo. Sin dejar de mirarle a los ojos me volví a agachar y comencé a excitarle con caricias, besos y chupetones.

—Joder, Andrea. Me estas volviendo loco. No voy a aguantar mucho — con las manos colocadas a ambos lados de mi cara me alzó acercando mi cabeza a la suya—. Ven aquí.

Me besó apasionadamente, como si no hubiera un mañana. Me sentó en el extremo de la mesa del desayuno con las piernas abiertas, apartando con decisión las tazas y cubiertos, y deshaciéndose de mi ropa interior, pero sin quitarme nada más comenzó, a devolverme todo el placer que le había dado. Ver su cabeza entre mis piernas, semi tapada por mi falda, concentrado en mi placer fue de lo más erótico y excitante.

En un momento dado, en que confirmó que yo había llegado al climax, se levantó, colocó mis piernas sobre sus hombros y se introdujo en mí lentamente, estremeciéndose y sin dejar de mirarme. Sus ojos brillaban de emoción al igual que los míos. Unos minutos después, tras una explosión compartida, seguíamos mirándonos como si nada más existiera. Me había ayudado a sentarme y me cogía la cara como si fuera lo más precioso que

hubiera visto.

¡Dios! ¡Cómo le quería! En muy poco tiempo se había convertido en parte esencial de mi vida. Una nueva vida a muchos kilómetros de lo que hasta ahora consideraba mi hogar, y no quería volver a mi vida anterior. El miedo a lo que pasaría si no encontraba un trabajo en Londres hizo caer una lágrima de mis ojos. Le iba a echar muchísimo de menos.

—Espero que esas lágrimas sean de felicidad —susurró recogién-dolas con los dedos—. Ven aquí —me abrazó y me dio un par de besos en la cabeza—. No me gusta verte llorar.

—Lo siento —le apreté con fuerza.

—Shhhh. Tranquila.

¿Cómo iba a estar tranquila cuando todo era incertidumbre? Faltaban pocas semanas para irme y era lo que menos quería en esos momentos. Mi falta de optimismo me hacía pensar que no podría evadir mi partida, que no encontraría un trabajo para quedarme. Tendría que irme y me daba miedo lo que eso podría significar en nuestra relación. No tenía confianza en las relaciones a distancia; mi experiencia anterior había sido nefasta.

Esa noche procuré no pensar en ello y centrarme en disfrutar el momento. Nos dormimos después de una larga charla en la cama, abrazados con cariño.

* * * *

El domingo, tal y como había acordado con Carlos, llegamos a casa de Vic a la hora de comer. El viaje de vuelta fue muy silencioso, básicamente por mi culpa porque no estaba de humor para una charla alegre e insustancial. Iba a echar de menos esa casa y todas las experiencias que estaba dejando atrás. Ojalá pudiera volver más adelante. Ojalá las cosas fueran distintas.

Alex intentaba animarme comenzando distintas conversaciones sin obtener continuidad de mi parte. El pobre no sabía qué me pasaba y yo no le estaba dando pistas.

—Andrea, estás muy callada —afirmó al cabo de una hora de comenzar el viaje—. No sé qué he hecho para que estés así.

—No has hecho más que cosas buenas —le tranquilicé acariciando su mejilla.

—¿Entonces qué te pasa? De verdad, que no sé qué hacer. Llevo todo el camino intentando...

—Lo sé, Alex, y te lo agradezco.

—¿Por qué estás triste?

—Es que... —giré mi vista hacia mi ventana —, ya conoces mi tendencia a pensar cosas negativas. Supongo que soy bastante pesimista y... al sentirme tan feliz... empecé a pensar en que no encontraba trabajo y tenía que volver a Nueva York.

—Pues quédate aunque no tengas trabajo.

—Es que... no quiero abusar de Vic.

—¿Y de mí? —lo preguntó con temblor, emocionado por lo que se escondía detrás de esa interrogación. ¿De verdad me estaba pidiendo que me fuera a su piso?

—De ti tampoco... Todavía —le sonreí con picardía.

—No te preocupes tanto —posó su mano sobre mi muslo—. Todavía no sabes que te apetecerá dentro de dos semanas y, si tienes que irte, a lo mejor es solo por poco tiempo y puedes volver a los pocos días o semanas.

—Me gusta tu optimismo —cubrí su mano con la mía.

Así que cuando llegamos a la comida yo no solo estaba más animada sino que, feliz de estar con mi mejor amiga, mi hermano y mi pareja, participé con entusiasmo de la amena conversación, contando lo maravilloso que había sido el fin de semana y la tristeza que sentía durante la vuelta.

—Hermanita, te veo radiante —me dijo a solas en la cocina—. Me gusta mucho la persona que ha provocado la felicidad que refleja tu cara. Me gusta Alex.

—A mí más —le saqué la lengua.

—Lo sé —me abrazó—. ¿Has decidido qué vas a hacer?

—Sí. Estoy más convencida que nunca de quedarme aquí. Si no lo consigo ahora será poco después de mi vuelta a la oficina, pero lo conseguiré.

—¿Y ese optimismo? Tú no sueles pensar así —me encogí de hombros con cara de inocente—. Ya entiendo. Alex me va gustando más por momentos.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? También se te ve feliz.

—Me siento como si me hubieran dado el gran premio después de una espera muy larga —confirmó con sinceridad y aplomo—. No te puedo mentir, pensaba que nunca llegaría el momento adecuado. Ella estaba cerrada a cualquier opción.

—Tú tampoco has sido un santo.

—No es excusa, pero yo solo me estaba consolando. Ninguna ha llegado a significar nada.

—Eso lo sé, Carlos, te he visto descartarlas sin dudar. Creo que nunca has

tenido una amiga. Solo a Vic.

Después de la comida decidimos ir juntos a dar un paseo, al cine y a cenar, terminando el día con unas copas en casa. Los cuatro parecíamos conocernos de toda la vida, mi hermano y Vic seguían con su conexión habitual y Alex no se quedó atrás con sus intervenciones, mientras intentaba mantener el contacto conmigo en todo momento; un brazo en mis hombros, la mano en mi cintura, la mano en mi muslo...

Nos acostamos pronto. Aunque mi hermano había decidido cambiar su billete hasta el fin de semana siguiente, Vic y yo teníamos que levantarnos pronto para ir a trabajar. Aun así, haciendo muestra de ningún pudor, después de retirarnos a nuestros respectivos dormitorios, las risas, los jadeos y los gritos procedentes de ambas habitaciones no se hicieron esperar. ¿Me había vuelto loca? Siempre había sido muy vergonzosa pero al oír los sonidos del otro lado de la pared me animé a una batalla por ver quién demostraba que estaba gozando más. Mi contención anterior se disipó y el propio Alex participó quitándome la mano que hasta ese momento mantenía sobre mis labios para apagar mis jadeos y gritos. Nos desinhibimos completamente y disfrutamos como si estuviéramos todavía solos en su casa de la playa.

Capítulo 14

Dúo de parejas

Cuando el sonido de mi despertador consiguió que abriera los ojos, estaba tan cansada que lo hubiera apagado y me hubiera vuelto a dormir sin ningún remordimiento si no fuera porque ese día era muy importante en mi formación.

Alex no hizo ningún movimiento, no debía haber oído ese aparato infernal que me recordaba cada mañana mi deber. ¡Arrr! Si pudiera quedarme en la cama un ratito más abrazada a él. Observé su cara relajada y me pareció cruel despertarle antes de preparar un delicioso desayuno con el que agradecerle toda su atención y minimizar su más que probable cansancio.

Salí de la habitación a hurtadillas y me acerqué a la cocina, dónde se oían algunos ruidos. ¿Quién se habría levantado? Seguro que mi hermano no había movido un dedo; no era de despertar temprano.

—Hola, guarrilla —Vic estaba preparando una bandeja con un desayuno. Suponía que había tenido la misma idea que yo.

—Mira quién fue a hablar.

—Empezasteis vosotros. ¿No lo recuerdas?

—¿Qué pasa? ¿Os picasteis?

—Un poco.

—Andrea... yo... ¿te resulta extraño o incómodo que el que esté en mi habitación sea tu hermano?

—¿Qué?

—Es que...

—Vic, estoy encantada pero solo si tú también lo estás.

—Sí, estoy como flotando. Tu hermano es...

—No me digas más. Sé que Carlos es muy feliz y sé que te adora. Solo quiero que tú sientas lo mismo y que tengáis un futuro juntos.

—He de admitir que hasta hace poco ni siquiera lo había pensado. Pero la última vez que vino... algo cambió —terminó de preparar su bandeja y se alejó con ella en la mano—. Ya no soportaba que me hablara de sus conquistas y solo quería que cambiara su visión de mí, que pensara en mí como algo más que su amiga.

—No tenías que cambiar nada. Él ya pensaba en ti de esa manera —le dije antes de que saliera de la cocina.

En cuanto me quedé sola, comencé a preparar el desayuno más constituyente que se me ocurrió; tostadas, huevos revueltos, café y zumo. ¿Yo preparando el desayuno a mi pareja? Lo nunca visto.

Al terminar fui con la bandeja a la habitación donde Alex seguía durmiendo plácidamente, ajeno a cualquier compromiso matutino. Le desperté a besos y le dejé tomándose el desayuno mientras terminaba de asearme y vestirme. Cuando salí del baño, ya estaba terminando el café, había colocado la bandeja sobre la mesilla y estaba sentado en el borde de la cama.

Consciente de mi prisa por llegar al trabajo, se vistió rápidamente y salimos de la casa despidiéndonos a gritos de Vic y mi hermano. Después me llevó hasta la oficina en coche y aproveché para comentarme que tenía la gira de la que me había hablado ese mismo fin de semana. Iba a estar cinco días fuera con el grupo. Tenían que dar tres conciertos en distintas ciudades de Francia.

Al dejarme en la entrada de mi oficina quedamos en cenar los cuatro al día siguiente. En dos días, el miércoles por la mañana, comenzaba su viaje y no volvería a verle hasta el domingo.

La verdad es que no verle durante cinco días iba a ser duro, más siendo fin de semana con tanto tiempo libre. ¿De verdad una separación de cinco días iba a ser difícil? No nos conocíamos desde hace tanto. Si no fuera por mis miedos todo sería más fácil. Miedo a no ser suficiente, miedo a que encontrara a otra persona que se moviera en su mundo y tuviera sus mismos intereses, miedo a todas esas bellezas que lo rodeaban. Tenía que dejar de pensar en eso; si seguían dándole vueltas iba a volverme loca y todavía no se había ido.

* * * *

A media mañana recibí la llamada de mi jefe dándome otra mala noticia. Sí, yo consideraba la gira una mala noticia, sabía que me tenía que alegrar pero no era así.

Mi jefe me informó de que no había ninguna promoción prevista antes de mi vuelta así que mis esperanzas de no tener que viajar de nuevo a Nueva York se iban esfumando. Me comentó que había pedido un traslado en mi nombre pero que el trámite iba a ir despacio, probablemente antes tendría que volver y quizás tuviera que pasar allí un mes. ¡Un mes! De verdad iba a tener que estar

sin Alex un mes, eso sería una tortura.

Durante la pausa del café llamé a mi hermano. Tenía que desahogar mi frustración con alguien y él consiguió animarme un poco. Minimizó el hecho de tener que pasar un mes alejada de Alex y afirmó que él mismo estaría dispuesto a pasar un mes separado de Vic si tuviera la certeza de que después nada impediría que vivieran juntos. Me tomó el pelo por mi tonto y superveloz enamoramiento durante unos minutos más y me reconfortó después asegurándome que todo saldría bien, que Alex no era como John y seguro que el mes que tendríamos que vivir distanciados no iba a suponer ningún problema.

Al colgar me sentí con la obligación de avisar a Alex. Ahora que estaba al corriente de mis pasos, debía informarle de los progresos y las trabas que me iba encontrando, y aproveché un pequeño descanso para escribirle.

Yo: "Hola"

Alex: "Hola"

Yo: "Tengo una mala noticia"

Alex: "¿Muy mala?"

Yo: "Creo que sí"

Alex: "No será para tanto"

Yo: "El traslado no lo consigo sin volver allí un mes"

Ningún mensaje durante veinte segundos. ¡Qué largos son veinte segundos cuando estás esperando! Debía haberme creído cuando le avisé de que era una mala noticia. Me preocupé. ¿Qué estaría pensando?

Yo: "¿Estás ahí?"

Alex: "Sí. Pensaba en opciones"

Yo: "Si no hay otras ofertas aquí, tendré que irme y volver después"

Alex: "Ya, pero un mes..."

Yo: "Lo sé"

Alex: "Espero que consigas algo antes"

Yo: "Me encanta mi empresa. Es lo que más quiero."

No hubo respuesta después. No quería presionarme; ya me había dado la opción de entregar mi curriculum en empresas conocidas pero yo todavía no había aceptado. Con mi recién adquirido optimismo, había confiado en que el traslado sería fácil y rápido, en que no tendría que irme. Ese optimismo que me había contagiado Alex no había surtido efecto para nada más que para estar un par de días alegre y después darme un batacazo emocional. Con lo bien que me iba antes con mi costumbre de pensar siempre lo peor, evitando así

cualquier decepción. Y ahora... ¿debía aceptar la propuesta de Alex? Cada vez estaba más segura de que sí. Ya casi no quedaba tiempo y tenía que aprovechar todas las opciones. Hablaría con él de nuevo más tarde, ahora tenía que volver al curso.

Al final de la mañana me dieron la primera noticia buena del día. El profesor nos entregó las valoraciones de los trabajos y prácticas realizadas durante las cuatro primeras semanas, y me sentí muy contenta. En los trabajos individuales había conseguido valoraciones bastante buenas pero en los trabajos de grupo eran aún mejores.

Decidimos celebrarlo comiendo los cuatro compañeros juntos. La verdad es que desde que había llegado no había dedicado tiempo fuera del horario laboral a los demás participantes del curso, pero sobretodo a mis compañeros del grupo de trabajo Adam, Louise y Ralf. También venían de fuera y habían salido en varias ocasiones a conocer la ciudad juntos pero sabían que yo tenía amigos allí y tenía compromisos fuera de la empresa. Quizás podía haber quedado más con ellos pero no le veía mucho sentido ya que ninguno de ellos tenía interés en permanecer en Londres después de la formación y volverían a sus respectivos países en pocos días. De todas formas, sí me apetecía salir algún día y podía aprovechar los días que Alex iba a estar de gira, seguro que lo pasaría mejor que en casa viendo la tele.

Durante la comida hablamos de nuestra situación, de otros cursos que habíamos hecho, de planes futuros... y el descansó terminó antes de que nos diéramos cuenta. Justo antes de volver al aula, les comenté la posibilidad de salir el viernes por la noche y aceptaron sonriendo.

* * * *

Nada más salir del edificio camino a casa cogí el móvil para hablar con Alex pero la señal de línea ocupada me dejó con la ganas. Necesitaba desahogarme con alguien porque si seguía dándole vueltas en su cabeza no iba a llegar a buen puerto. Una opinión objetiva podía ayudarme a contrarrestar mis devaneos.

—Hola Sara

—Hola, ¿qué tal vas?

—No muy bien la verdad —contesté compungida.

—Seguro que no es para tanto.

—Sí que lo es. Al final lo más probable es que tengas que aguantarme un

tiempo antes de que me den el traslado.

—¿Vas a volver? No me lo puedo creer. La última vez que hablamos parecías muy segura de quedarte y muy enamorada... ya sabes.

—Pues... a ver, yo sigo queriendo quedarme y por eso continúo buscando algo aquí pero la opción que más me gustaba era el traslado, sabes que me encanta mi empresa...ahora voy a ver otras posibilidades.

-Oye, ¿no me dijiste que Alex se movía en el mundo musical? ¿No puede aconsejarte o presentarte a alguien?

—Sí puede. De hecho, se ha ofrecido a hacerlo.

—Y tú lo has rechazado, ¿verdad?

—Bueno yo... —respondí dudosa. ¿Cómo podía conocerme tan bien?

—No tienes arreglo. Ya estás hablando con él para que te ayude.

—No seas tan dura conmigo. Estaba pensando en hacerlo.

—Harías bien. Todo el mundo necesita ayuda en algún momento y es bueno aceptarlo. Sé que te cuesta más de lo normal pero debes dejar que te ayuden sobretodo las personas que te quieren.

Después de prometerle que la llamaría para informarle de los progresos, corté la comunicación y volví a intentar hablar con Alex. Otro intento infructuoso. ¿Con quién estaba hablando? Me enfadé. Sí, me enfadé por no conseguir hablar con él. No era una reacción lógica, lo sabía, pero no pude evitarlo.

¿Qué me estaba pasando? Yo no era así, de hecho, siempre me quejaba de la gente que se enfadaba cuando tardaba en recibir respuesta a sus llamadas o mensajes, y no concebía que pudiera existir alguna razón de peso para no contestar una llamada. Pero en este momento, mi necesidad de desahogarme con Alex me hacía sentir decepcionada y ofuscada.

Me metí en el metro enfadada con el mundo en general y conmigo en particular. No podía comportarme así. Parecía una niña pequeña. Sabía que las cosas no siempre salían como uno quería y era normal adaptarse a las circunstancias de la forma más favorable para uno mismo, así que debía tranquilizarme y razonar los pasos a seguir en cualquiera de las opciones: esperar el traslado o nueva empresa.

Enfadada como estaba, el trayecto de cuatro paradas en metro se me hizo muy desagradable. Cualquier empujoncito, olor extraño o mirada penetrante me irritaba aun más, confirmando que la vida era horrible en cualquier aspecto.

* * * *

Al llegar a casa todavía no había podido hablar con Alex y la rabia me había llevado a decidir que no le llamaría esa noche. No estaba disponible, pues se iba a aguantar y no le iba a contar nada hasta que a mí me apeteciera. Sabía que era una rabieta pero ya no tenía tantas ganas de hablar con él.

—Hola ¿Hay alguien en casa?

—Hola hermanita, ¿Qué tal? ¿Más tranquila? —me dio un largo abrazo.

—Un poco pero...

—¿Has conseguido hablar con él?

—No —contesté mientras me quitaba el abrigo—. Todavía no. Solo he podido intercambiar algunos mensajes, pero cada vez que he llamado estaba comunicando.

—¡Venga, ánimo! Estará muy ocupado preparando lo de la gira. Seguro que te llama luego —me lanzó una mirada tierna—. Y no te preocupes más por lo de volver a tu trabajo después del curso. Yo no veo tan malo pasar un mes en la ciudad donde vivías hasta hace poco. Así podrás despedirte en condiciones de todos tus compañeros y organizar la pequeña mudanza.

—Visto así.

—¿Dónde está ese optimismo que mostrabas hace unos días? —preguntó risueño después de un silencio en el que me miraba con curiosidad como si quisiera adivinar mis pensamientos.

—Se esfumó ante el primer obstáculo —reconocí avergonzada, desviando mi mirada.

—Así de fácil ¿eh?

—Ya lo sabes, era difícil que no volviera a mi forma de ser.

—Pues no deberías dejarte llevar tan rápido. Parece que no confías en Alex o que no crees que vuestra relación sea fuerte —giró mi cabeza hasta verme los ojos—. Un mes no es tanto tiempo. He visto cómo te mira Alex, te esperará con impaciencia.

—Yo...

—Confía en él. No vuelvas a dudar.

—Tienes toda la razón —me acerqué a darle un beso fuerte en la mejilla—. ¿Qué haría yo sin ti?

—Estarías llorando por las esquinas —soltó una gran carcajada y se separó para entrar en la cocina.

—Oye ¿y tú qué haces aquí? ¿No te volvías a Madrid hoy?

—He decidido quedarme un poco más. Vic y yo hemos estado hablando y la he convencido para que se venga a pasar unos días conmigo.

—¡Qué bien! Me alegro mucho por vosotros.

—Todavía no sé qué pasará después pero por el momento me quedo y volamos a Madrid el domingo. Se ha pedido una semana libre así que hasta el lunes siguiente no tendremos que decidir si...

—¿Estáis hablando de algo más serio? ¡Carlos me estás asustando! ¡Nunca te he visto así!

—¡Nunca he estado así! No quiero que termine.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues todavía no le he dicho nada pero espero hacer que, después de estos días, no quiera separarse de mí, y proponerle quedarme aquí a vivir.

—¿Cómo? —grité sorprendida y contenta por su decisión.

—Es que yo no tengo trabajo y ella sí.

—No tienes que darme razones. ¡Creo que sería genial!

—Pero no le digas nada. Quiero que sea una sorpresa.

Entre los dos preparamos algo para cenar y pusimos la mesa mientras seguíamos hablando de futuro, de lo que queríamos hacer en un par de semanas. Al poco se abrió la puerta y entró Vic con una gran sonrisa en la cara. Dejó el abrigo y el bolso en el suelo y se lanzó a los brazos de Carlos, tal y como hacíamos desde que éramos pequeñas. Pero ella añadió algo nuevo que no había presenciado hasta ahora, pareció comerle la cara a besos.

A pesar de que se mostraron bastante empalagosos durante toda la cena, no me sentí incómoda sino que me burlaba constantemente de ellos consiguiendo réplicas de su parte relacionadas con Alex. El tiempo pasó con rapidez entre risas, anécdotas y propósitos de futuro, recordándome las reuniones de nuestra niñez.

Tras la cena y una copa, les dejé el sofá grande y me senté en el sillón dispuesta a disfrutar de una película. Mi enfado se había ido relajando y en pocos minutos empecé a notar la pesadez de mis párpados.

* * * *

Debí de quedarme dormida un rato, no podría decir cuánto tiempo, cuando percibí en sueños la vibración de mi móvil y atendí la llamada sobresaltada mirando a mi hermano que era el único que seguía despierto.

—¿Sí? —contesté adormilada.

—¿Hola? ¿Andrea? ¿Estás bien?

—Hola Alex. Sí, estoy bien, solo un poco dormida.

—Lo siento, no he podido llamarte antes.

—Estabas siempre comunicando —reproché mientras me levantaba, hacía un gesto de despedida a Carlos y me dirigía a mi habitación.

—He tenido una tarde muy movida, Andrea. Estoy agotado. ¿Ha ocurrido algo? Tengo varias llamadas perdidas tuyas.

—Bueno, ahora da igual. Necesitaba hablar.

—Lo siento mucho. Me gusta que cuentes conmigo pero no he podido responder, yo...

—No te preocupes. Ya no importa.

—¿Me vas a contar de qué querías hablar? —preguntó tras un silencio en el que debió comprobar mi desánimo.

—Es que ya... —me tumbé desganada en la cama.

—Por favor, cariño.

—Solo necesitaba hablar de mis opciones, pero mi hermano ya me ha despejado dudas.

—¿Qué dudas?

—¿No estabas agotado?

—Y tú dormida, pero necesito escucharte.

—Le conté la posibilidad de tener que volver un mes a Nueva York y me aseguró que un mes se pasa enseguida, que tú no eres como John y que debía tener más confianza en nosotros.

—Tu hermano parece un sabio ¿no?

—Sí —confirmé entre risas.

—También para mí será duro todo un mes pero creo que la espera valdrá la pena y estoy dispuesto a confiar en ti. ¿Tú confiarás en mí?

—Claro que sí —me acababa de decir que esperaría con gusto y yo no podía estar más contenta.

—Entonces ¿esa es la opción que quieres?

—Bueno... también te llamé para pedirte que... preguntaras entre tus contactos si hay algún puesto vacante —pedí avergonzada en voz baja.

—No hay problema, cariño. Preguntaré durante esta semana. ¿Cuándo terminas el curso?

—La semana que viene.

—¿Te marchas la semana que viene? —preguntó extrañado—. No me habías avisado.

—No me voy la semana que viene, solo termino el curso. Me pedí otras dos semanas de vacaciones para alargar mi estancia.

—Mmmm... ¿Cuándo pediste esas dos semanas?

—Te gusta que te regalen los oídos ¿verdad? Pues no pienso alimentar tu ego.

—Vale, no respondas, ya has dicho suficiente —se notaba perfectamente que estaba sonriendo—. Lo importante es que tendrás dos semanas sin curso, solo para mí.

—Tú estarás liado.

—Pero podrías acompañarme a las cenas, los conciertos... todo eso que tú no consideras trabajo —se mostró contento de recordármelo y poder utilizar mis propios argumentos para conseguir más tiempo conmigo.

—Qué buena memoria tienes cuando quieres ¿eh? —le provoqué.

—¡Yo siempre tengo buena memoria! —contestó muy chulo.

—Claro, claro —le di la razón como a los locos, segura de que podría sentir mi sonrisa a través de mi voz.

—Muy graciosa. ¿Estás mejor? —realmente había conseguido otra vez subirme el ánimo.

—Mucho mejor. ¿Cuándo vendrás mañana?

—Tengo otro día bastante liado pero llegaré pronto a la cena. ¿Sobre las seis está bien?

—¡Perfecto! Te estaré esperando con muchas ganas.

—¿Ganas? Mmmm —ronroneó —¿Quieres jugar ahora?

—No me tientes que estoy muy cansada, pero mañana te quedas por la noche y lo compensamos. Además, me vas a dejar cinco días sola así que... ¿No es justo que me des algo memorable para que espere tu regreso con entusiasmo?

—¡Serás bruja! Me vas a exprimir hasta la última gota.

—Te voy a exprimir tanto que no te quedarán fuerzas para ir con ninguna otra y volverás a mis brazos pidiéndome más —le provoqué de nuevo muy segura de mí misma. Una seguridad que en realidad no sentía.

—Eso ya me pasa sin que me exprimas, Andrea. ¿Cuándo te darás cuenta?

Aunque ambos estábamos muy cansados nos costó un poco despedirnos, pero no tardamos mucho más en colgar. Enseguida mi mente divagó entre sueños donde él tenía cierto protagonismo.

Capítulo 15

Hermano cocinillas

Al día siguiente me desperté con mejor ánimo. Tras la conversación con Alex, había decidido centrarme en mi futuro más inmediato, ese que se limitaba a una semana o dos, dejando fuera del alcance mi posible viaje de vuelta. Mi única preocupación dentro de ese margen temporal era la gira por Francia. Ese tema no lo había comentado con nadie pero no conseguía quitármelo de la cabeza ni un segundo. Cuando lo pensaba y razonaba con tranquilidad comprendía que eran miedos infundados, no había ninguna señal de interés por parte de Alex en cualquier cosa ajena a su trabajo. Entendía que esos miedos se debían más bien a experiencias propias y de mis amigas, que no podían aplicarse en este caso ya que Alex no se parecía a ninguno de los protagonistas masculinos de esas historias pasadas, pero el miedo es una sensación difícil de evitar. Lo peor de todo era que me avergonzaba admitir mis dudas pues en el fondo pensaba que era un comportamiento infantil propio de una persona insegura.

Esa noche habíamos quedado los cuatro a cenar en casa y tenía en mente que Alex se quedara tan prendado que no pudiera pensar en otra cosa. Durante la pausa de la comida compré un bocadillo y me acerqué a un par de tiendas con el objetivo claro de comprar un vestido con el que me sintiera sexy y segura de mí.

Cuando volvía a la oficina satisfecha con el vestido y los zapatos nuevos dentro de una gran bolsa, recibí la llamada de mi hermano que se había quedado encargado de las compras para la cena. Lo habíamos dejado todo en sus manos, sin siquiera decidir qué iba a cocinar. Sería una sorpresa.

—Hola, ¿aburrido?

—¡Que va! Estoy haciendo de amo de casa, esperando con emoción que mis mujercitas vuelvan de sus trabajos.

—¿Mis mujercitas? Caray hermano, ¿quién te ha visto y quién te ve?

—Fuera de bromas. Quiero que esta noche sea perfecta. ¿Qué te apetece para cenar? Tiene que ser algo espectacular.

—Pues no lo había pensado, no lo sé... no se me ocurre nada. ¿No iba a

ser una sorpresa?

—No será sorpresa para ti; necesito tu ayuda ¿Qué te parece si hago algo de comida española? ¿Crees que les gustará?

—Seguro que sí. Ya sabes que a Vic le encanta.

—¿Y a Alex?

—Sé que le encanta la paella, la tortilla...

—Estaba pensando en algo más original como arroz negro con alioli.

—¿Pero qué dices? ¡Se nos pondrá la boca negra!

—Era broma —contestó riendo.

—Deberías preparar varias cosas ligeras para que puedan elegir. Algo como almejas a la marinera, tortilla de patatas con alioli, ensalada de pimientos con ventresca, ensaladilla rusa... todo ello junto a un poco de sangría. Muy español ¿verdad?

—Sí, aunque quizás demasiado.

—No lo creo.

—Vale, me hago una idea. Voy a ver qué encuentro en el super.

—Te dejo, Carlos, tengo que subir a la oficina. Además, no creo que pueda dejar de salivar si sigo hablando de buena comida mientras yo solo he comido un bocadillo.

Mi hermano estaba realmente contento. Siempre había sido divertido, extrovertido y animado, pero ahora se le veía pletórico. Solo esperaba que a Vic no le diera miedo; que la velocidad en que Carlos quería dar los siguientes pasos de su relación no llegara a asustarla y huyera. Conocía a mi amiga y sabía que esa opción era posible. ¡Nunca había tenido una relación seria! ¿Podría cambiar tan rápido?

* * * *

Durante el descanso de media tarde, no podía esperar para hablar con alguien de mis dudas sobre la gira y llamé a la persona que estaba más lejos, mi amiga Sara, con la que hacía tiempo que no hablaba. Mis preocupaciones en torno a la gira de Alex iban creciendo y distraían mi concentración. No hacía otra cosa que imaginar distintas historias entre él y alguna de esas hermosas chicas que rodean los grupos musicales en cada uno de sus conciertos.

—Hola, Sara.

—¡Andrea!, ¿cómo estás? —la había sorprendido y se notaba en la voz

que estaba sonriendo.

—Bien.

—¿Solo bien? ¿Y tu chico?

—Todavía...

—No lo niegues. Es tu chico.

—Sé que es mi chico, pero todavía dudo si yo soy su chica.

—¿Por qué dices eso? Está claro que los dos deseáis estar juntos.

—Bueno...yo... —divagué en susurros —es que...

—¿Qué pasa? ¿Ya estás imaginando cosas?

—Yo no imagino nada —mentí descaradamente.

—Andrea, te conozco desde hace tiempo y sé que estarás pensando en todas las posibles opciones de que salga mal.

—Yo no...

—Tú sí, siempre lo haces, y no estoy dispuesta a que eches todo a perder.

—Arggg —grité desesperada—. No lo entiendes. ¡Está todo el día rodeado de chicas guapísimas!

—¿Y?

—Mucho más guapas que yo, Sara —expliqué con un deje de cansancio en mi voz.

—Pues mira, él te prefiere a ti.

—Eso no... no lo sabes. Bueno, sé que está a gusto conmigo y...

—Y tú le quieres.

—Sí. Yo le quiero —reconocí por primera vez en voz alta. Hasta ahora pensaba en un enamoramiento típico de los inicios de una relación pero en los últimos días me había dado cuenta de que había algo más.

—¿Y crees que él no?

—Sé que le gusto. Sé que siente algo más. Pero no tengo claro que sea una relación equilibrada.

—¿Equilibrada? —preguntó extrañada—. ¡Dios mío! Estás enamorada hasta las trancas.

—Yo no he dicho...

—No hace falta que lo digas. Nunca te había visto así. ¡Es genial! ¿Se lo has dicho?

—No —negué en un susurro.

—¿Y él te ha dicho algo?

—Me dijo que me quería y estaba enamorado de mí.

—Pero tú no le crees porque... —dejó la frase sin terminar para darme

pie a seguirla.

—Ufff ... No lo sé. Yo... es que estábamos solos pero... ahora se va de gira y estará en todas las fiestas con gente guapa, animada y con intereses parecidos. Gente de su mundo.

—Andrea, no seas tonta. Primero, —hizo una pausa para crear expectación —creo que él ha demostrado su alto grado de interés por ti en más de una ocasión ¿no? Segundo, —continuó sin dejarme contestar a su pregunta —las otras “hermosas mujeres” de las que hablas no parecen hacerle efecto. Y tercero, te haré la vida imposible si echas a perder la relación por tus miedos. Te juro que no te dejaré tranquila —esta última frase me llegó alta y clara a modo de amenaza, mostrando todo el enfado de Sara por mis continuas dudas.

—Vale, lo he entendido.

—¿De verdad?

—De verdad. No dar nada por sentado hasta que haya alguna prueba, desechar mis temores absurdos y aprovechar para ser feliz al máximo.

—Mmmm, sí, básicamente es eso. Lo has entendido bien.

Los reproches de Sara me hicieron reaccionar, no podía liberarme de mis miedos por completo pero sí aclarar mis ideas. Tenía razón en todos sus argumentos. ¿De verdad era tan tonta? Nada me hacía pensar que Alex no sentía lo mismo, es más, había afirmado que estaba loco por mí. La gira era su trabajo y se codeaba con gente guapa de todo tipo pero nunca se le veía con alguna de esas chicas más de una vez y tampoco en situación cariñosa. Tenía que confiar en él.

* * * *

Al llegar a casa me encontré a la parejita muy melosos casi tumbados en el sofá del salón. Me pareció increíble verles por fin tan a gusto.

—Hola, chicos.

—Hola —respondió mi hermano moviendo ligeramente la mano que reposa sobre el hombro de Vic pero sin dejar de mirar la televisión.

—Bienvenida —Vic volvió la cabeza—. ¿No llegas tarde?

—Sí, he salido un poco más tarde y me apetecía pasear. ¿Y vosotros?

—Descansando un poco. Tu hermano tiene todo controlado para la cena.

—Bueno, todavía me queda pero lo terminaré mientras os acicaláis. Seguro que me da tiempo.

—¡Eh! ¿Estás diciendo que tenemos pinta de necesitar mucho tiempo para

arreglar nuestro careto? —pregunté dándole un capón en la cabeza.

—¡Oye! Nada de agresiones, hermanita.

—Cuando haya “agresiones” te aseguro que lo notarás más —me senté al otro lado colocando su brazo izquierdo sobre mis hombros.

—¡Qué afortunado! ¿Qué he hecho yo para merecer eso?

—¿El qué? —preguntó Vic.

—Tener a dos mujeres preciosas entre mis brazos —apretó sus brazos entorno a nosotras y nos dio un beso en la cabeza a cada una—. He debido hacer algo muy bueno.

—Claro, has preparado la cena —se burló mi amiga.

—¿Y con eso bastaba? Me lo podíais haber dicho antes.

—¿Y quitarte la emoción de descubrirlo tú mismo? Eso nunca lo haría, hermanito —le contesté bromeando, utilizando el mismo apelativo que había usado él antes.

A los pocos minutos las dos nos fuimos a vestir. Agarradas de la mano riendo entre susurros, entramos en el pasillo en dirección a nuestras habitaciones dejando a Carlos en la cocina terminando los últimos preparativos.

Emocionada coloqué el vestido extendido en la cama y entre velozmente en el baño. Quedaba poco tiempo para que llegara Alex, no iba a poder secarme el pelo. Solo me quedaba una solución, ducharme con el horrible gorro de ducha, regalo de mi madre, que había usado dos veces en toda mi vida. Odiaba ducharme sin lavarme la cabeza pero nada iba a estropearme la cena, y llevar el pelo mojado no era mi idea de transmitir una imagen sexy. Al salir de la habitación, las risas y cuchicheos que venían de la cocina me confirmaron que me había entretenido bastante en conseguir esa imagen. Mi amiga, que normalmente dedicaba mucho más tiempo que yo a “acicalarse”, estaba en la cocina abrazando a Carlos por la espalda mientras él intentaba remover el contenido de una de las ollas que estaba al fuego.

—¡Vic, déjale ya! Al final se quemará algo.

—Él no se queja —dijo apretando más los brazos a su cintura.

—Ni me quejaré nunca, cielo —se dio la vuelta y la besó ligeramente en los labios.

—Uff, por favor. ¡Qué empalagosos!

—¡Uau! ¿Y ese vestido?

—¿Te gusta? —giré sobre mí—. Espero que a él también.

—¿Y nosotros somos empalagosos? Mira quién fue a hablar —se rió mi

hermano abrazando con fuerza a mi amiga.

—¡Eh! Que nosotros no hacemos esas cosas en público.

—¡Serás mentirosa! ¿Y el otro día por la mañana?

—¿Cuándo? —la falsa inocencia reflejada en mi cara y mi voz no engañó a nadie.

—¡Ja! Si tuve que salir pitando al trabajo para evitar ver escenas para mayores. Además, está aquí temporalmente y tenemos que aprovechar todo el tiempo que podamos.

—¿Y yo no? —mi rostro entristecido al pensar en la inminente vuelta a Nueva York les hizo separarse un poco.

—Sabes que no he querido decir eso. Solo que hemos tardado tanto en... bueno, en estar juntos, que ahora...

—Lo sé. No os estoy reprochando nada. Solo hablaba en broma.

El ambiente se tornó un poco tenso y me arrepentí de haberlo mencionado justo antes de la cena. Se suponía que iba a ser una velada agradable, pero les transmití mi tristeza solo con una pregunta. Sentí una obligación personal de volver a descargar la tensión y alegrar el ambiente cambiando de tema.

—Por cierto, me ha dicho Carlos que te vas con él a España, ¿eh?

—Sí —afirmó con ilusión mientras estrechaba el abrazo —creo que me merezco unas vacaciones.

—Ja ja ja —me burlé—. Lo que pasa es que ya no puedes vivir sin él.

—Bueno yo...

—¿Y no será que te da miedo dejarlo solo?

—Pues —Vic miró a mi hermano a los ojos y se mordió el labio inferior —un poco de eso también.

—¿Cómo? —exclamó extrañado y ofendido, apartándose de ella con brusquedad—. ¿De verdad piensas que haría algo así? No me lo puedo creer —hizo una pausa mirándola fijamente ofuscado —¿Me consideras capaz de cometer una locura y echarlo todo a perder después de tanto tiempo buscándolo? —respiró profundamente para calmarse—. Te recuerdo que eras tú la que no sabía qué quería, yo lo tenía muy claro.

—Y yo te recuerdo que durante tu supuesta espera, o búsqueda como lo llamas ahora, no fuiste ningún santo —lo miraba con furia como si unos celos nunca sentidos antes le atravesaran el corazón.

—¿Qué yo no fui un santo? ¿Y tú? Me restregabas nuevos rollos cada vez que nos veíamos.

—Y tú debes tener a todas las chicas de tu vecindario loquitas por

disfrutar de una noche contigo. Yo por lo menos no volvía a verles.

—Ni yo tampoco —gritó con furia.

La discusión fue subiendo de tono. Otra vez había sido yo la culpable de que la tensión invadiera toda la cocina y volví a arrepentirme de no pensar antes de hablar.

—Oye, perdonad. Solo quería meterme un poco con vosotros. No os peleéis, por favor. Ninguno de los dos habéis sido unos santos pero nunca os he visto interesados por ninguna de vuestras anteriores parejas.

Todavía se miraban a los ojos fijamente aunque la furia parecía haberse evaporado. Sabía que lo suyo era especial no tenía nada que ver con sus fugaces relaciones. Les había visto picarse durante años y cómo durante las últimas semanas esa actitud había cambiado. Tenía que conseguir que se dieran cuenta.

—No te preocupes —susurró Carlos antes de que pudiera añadir nada—. Yo tengo muy claro lo que siento y lo que estoy dispuesto a dar. Lo que me decepciona es que ella no...

—Yo también lo sé —interrumpió Vic—. Pero... tengo miedo. No...

—No confías en mí.

—No es eso, al menos no el motivo principal. Es que... no confío en mí. No me considero suficiente... —las lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. Temo que puedas ir a buscar algo que yo no te doy.

—¿Qué estás diciendo? No necesito buscar nada en otro sitio. Tengo todo lo que quiero aquí mismo —abrió los brazos para que ella se acercara—. ¿No te lo he demostrado suficiente estos días?

Les dejé solos un rato; se merecían algo de intimidad antes de la cena. Habían descubierto sus sentimientos y necesitaban decirse todavía más. Me metí en mi cuarto pensando en mi propia relación y mis propios miedos.

* * * *

Con los ánimos entre la parejita más calmados, las tiernas miradas y los continuos roces reflejaban la necesidad de sentirse el uno al otro y cierta vulnerabilidad ante unos sentimientos en los que ninguno de los dos parecía tener experiencia alguna. Cuando Alex llamó a la puerta ya estaba la mesa preparada y nos habíamos sentado en los sofás a esperarle.

Carlos se había esmerado mucho cocinando y Vic y yo habíamos adornado la mesa como si estuviéramos festejando algo realmente importante. Copas en

vez de vasos, servilletas elegantes, vajilla completa... parecía un cumpleaños y yo me sentía igual de feliz. No era para menos. Mi hermano y mi mejor amiga habían dejado a un lado sus rencillas y por fin se habían dado cuenta de que no podían vivir el uno sin el otro.

Apenas sonó el timbre, salté del sofá y corrí emocionada a recibir a nuestro invitado. Ya no pensaba en mis miedos ni en su partida inminente. Ya no había más sentimiento que emoción por verle de nuevo.

—Hola —saludó observándome detenidamente con la boca abierta.

—Hola.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo al sentir su mirada. ¿Cómo podía estar tan guapo? Por su aspecto deduje que no había podido pasar por casa a cambiarse. Tenía el pelo un poco despeinado y la corbata aflojada con el botón del cuello suelto. Se le notaba cansado pero con muchas ganas de venir. Y traía una botella de vino y un ramo de flores

—Estás... preciosa —logró decir después del repaso—. Yo... lo siento, no he tenido tiempo de cambiarme.

—No hacía falta.

No podía quitarle los ojos de encima mientras cogí el ramo y me aparté para que entrara. No necesitábamos hablar, nuestras miradas lo decían todo y ese todo se materializó en un beso tímido, que cogió fuerza casi de inmediato. Sin dejar el ramo ni la botella, nuestros cuerpos se juntaron y nos abrazamos apasionadamente. Un ligero sonido procedente otro lado del salón me hizo volver a la realidad y con lentitud me separé intentando calmar nuestros deseos poco antes de que la parejita del sofá se levantara para saludar e iniciar la velada.

—¡Ey! —gritó Carlos a modo de saludo, mientras le palmeaba la espalda—. Menos mal que habéis parado un poco para respirar.

—Es que... —intentó contestar Alex.

—Si lo entiendo perfectamente. Yo estaba igual hace unos minutos —guiñó un ojo con complicidad—. Está muy guapa ¿eh?

—Aha —volvió a repasarne con su mirada, consiguiendo que la sensación de calor subiera hasta mis mejillas.

—Vale, tío, ya basta —exclamó mi hermano para aligerar el ambiente—. Lo primero es lo primero. Todos a cenar y... —centró los ojos en la botella — a beber una copita de esa delicia que nos has traído.

Carlos sirvió cuatro copas y nos sentamos en los sofás alrededor de la mesa baja donde habíamos colocado los platos con los distintos aperitivos

españoles, que resultaron ser un auténtico éxito. Mi hermano había hecho un gran trabajo y la cena estaba deliciosa.

—Mmmm. Hacía tiempo que no probaba una ensaladilla rusa. Te ha salido buenísima Carlos —alabó Alex.

—Muchas gracias, mi trabajo me ha costado —sonrió en respuesta.

—Es que esas manos hacen maravillas —intervino Vic.

—¿Estamos hablando de lo mismo? —pregunté inocentemente—. Porque me da la sensación...

—Todo lo que hago con las manos me sale de maravilla, pequeñaja. No lo pongas en duda.

Pasamos la velada hablando del pasado y riéndonos de las anécdotas que contaban Carlos y Alex. Ambos tenían una forma muy divertida de contar sus experiencias.

Durante la sobremesa decidimos jugar a las películas aunque fue difícil emparejarnos de forma que nadie pudiera beneficiarse de una historia en común, sobretodo porque Alex acababa de llegar al grupo pero nosotros tres nos conocíamos desde muchos años antes y podíamos entendernos solo con un gesto. Al final decidimos respetar las parejas sentimentales ya que yo era la que conocía a Alex desde más tiempo. Como era de esperar nos ganaron, pero el juego resultó bastante reñido.

Como habían ganado, a la hora de recoger les tocó solo llevar cosas a la cocina mientras nosotros las metíamos en el lavaplatos y limpiábamos la cocina. A pesar de llevarnos la peor parte, me sentí cómoda compartiendo esas tareas y con cada roce crecía mi expectación por aquella noche.

Cuando terminamos y volvimos al salón, los dos tortolitos habían servido las últimas copas y nos miraban con interés.

—Caramba, nunca había visto a nadie disfrutar tanto de limpiar los restos de una cena.

—Querido hermano, no ha sido por la tarea sino por la compañía —saqué la lengua burlándome de él.

—Con todo lo que nos hemos peleado por librarnos de las tareas en casa, si lo llego a saber...

—Yo también conozco tu secreto ahora, ya sé que si quiero librarme solo tengo que invitar a Alex —rió Vic mientras se giraba para mirar directamente a Alex—. Debes estar disponible a partir de ahora; eres mi salvación.

—Por cierto, Alex, mi hermana me ha dicho que te vas de gira. ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Hasta el domingo.

—Pues no va a haber quién la soporte estos días.

—Ya le he dicho que podría venir con el grupo. Incluso podría ofrecerle un trabajo entre los técnicos de sonido —me lanzó una mirada pícaro.

—¿Y no has aceptado inmediatamente? Andrea, cualquier chica estaría emocionada de ir de gira con un grupo. Yo estaría encantada.

—No puedo. Estos días son importantísimos en el curso.

Todos lo entendieron pero no me reconfortó en absoluto. Hubiera disfrutado mucho trabajando con él, pero sobretodo en los momentos libres entre actuaciones.

* * * *

Cuando terminamos la copa nos fuimos cada pareja al dormitorio. Tenía muchas ganas de estar a solas con Alex. Le había prometido dejarle seco para tener algo que recordar mientras estaba fuera pero mis temores hicieron mella.

—¿Qué te pasa? Te veo triste.

—Nada. Cosas mías con las que tengo que lidiar yo solita.

—Venga, cuéntamelas —se sentó a mi lado en la cama y me acarició la mejilla.

—Es que no quiero que te enfades.

—No me voy a enfadar —sujetó mi barbilla para que le mirara—. Dímelo.

—Tengo miedo... pero tú no tienes la culpa. Soy yo.

—¿Miedo de qué?

—Estarás rodeado de mujeres preciosas, en una fiesta continua, y conozco ese tipo de mujeres, lanzadas, insinuantes...

—Estaré trabajando, no de fiesta.

—Lo sé.

—Y deseando volver para estar contigo.

—¿De verdad?

—Claro que sí. ¿Acaso lo dudas? Cuando vuelva vas a tener que complacerme hasta que me olvide de que habré pasado cinco días tristes lejos de ti solo porque rechazaste mi oferta de trabajo —afirmó rotundamente mientras me tumbaba en la cama y empezaba a desnudarme—. Cinco días intentando no pensar en ti cada segundo, cinco días añorando momentos como este.

Después de esa pequeña charla nos olvidamos del resto del mundo y nos

centramos en nosotros. Mis sentidos se enfocaron en él, sus ojos, sus manos, su lengua... Lo que empezó tierno y lento se convirtió en una sesión salvaje en la que pudimos estrenar el juguetito que me habían regalado. Fue muy excitante y dejó un recuerdo imborrable para pasar los cinco días de su ausencia.

Dormimos abrazados, como a mí me gustaba. Protegida por sus brazos y reconfortada con su calor. ¿Cómo iba a poder dormir esos días sin él? Iba a tener que comprarme una almohada gigante que ocupara todo su lado de la cama, porque ya teníamos cada uno un lado de la cama, aunque habíamos dormido juntos solo unos días.

Capítulo 16

Malos pensamientos

Habían pasado dos días desde que se fue, ya era viernes. Durante este tiempo habíamos hablado a menudo pero la noche anterior no habíamos podido porque Vic y Carlos viendo cómo estaba de ánimo decidieron sacarme de bares para distraerme. Intentaron que el grupo fuera mayor para que me divirtiera más pero Henry y Jenny declinaron la invitación. Tenían un compromiso esa noche pero aseguraron que vendrían a comer el sábado.

No estaba segura de que salir con los tortolitos me fuera a animar, verles acaramelados no iba a ser fácil para mí, pero me dejé convencer y el resultado fue una borrachera descomunal que me estaba provocando un gran dolor de cabeza por la resaca.

No es que lo pasara mal, me divertí, pero no supe controlar. Estaba triste y bebí para dejar de pensar. Un error.

Llegamos tarde, muy tarde. Borracha y triste me tumbé en la cama y empecé a escribir a Alex.

Yo: “Hola cariño. He salido un rato”

Yo: “Mira. Yo también me divierto”

Le mandé un selfie tumbada como estaba, totalmente vestida.

Yo: “Espero no pillarte dormido”

Alex: “Hola. No estoy dormido”

Alex: “¿Estás bien? No tienes buena cara”

Yo: “Puede que esté un poco...”

Alex: “¿Un poco qué?”

Alex: “¿Cariño?”

No pude enviarle más mensaje. Me quedé completamente dormida con el teléfono en la mano. Por lo que en esos momentos, viernes por la mañana, mi amiga estaba regañándose en la cocina mientras intentaba desayunar algo para que mi estómago dejara de removerse.

—¿Se puede saber qué pensabas? El pobre se quedó preocupado. Me llamó mientras estábamos en la cama. Por dios, Andrea, ten un poco de cuidado.

—¿Qué le dijiste? Dime que no le explicaste que me emborraché para no pensar. Dime que le dijiste que nos divertimos —supliqué escondiendo la cara entre mis manos.

—No hizo falta que le dijera nada. Solo le tranquilicé y se lo pasé a tu hermano. Entre hombres se entienden mejor.

—Nooo. Seguro que le contó todo. ¡Qué vergüenza!

—Lo tienes merecido. ¿Qué habrías pensado tú si él te dejara de escribir de repente y no contestara tus llamadas?

Carlos entró en la cocina y me lanzó una mirada de reproche. No hablamos mucho más, la charla de Vic había tenido su efecto y yo estaba desmoralizada. Seguí dándole vueltas a lo ocurrido mientras me vestía y paseaba de camino a la oficina. Cuando estaba a punto de llegar sonó mi móvil. En la pantalla se leía el nombre del último hombre con el que me apetecía hablar en ese momento. Me moría de vergüenza y no quería admitir mi reacción ante su ausencia, pero tampoco podía dejarle sin noticia, tenía que paliar su preocupación por mi silencio de la noche anterior. Decidí tomar el toro por los cuernos y despejar las dudas cuanto antes.

—Hola.

—Hola. ¿Estás mejor?

—No mucho —uf qué difícil era hablar llena de remordimientos—. Siento lo de anoche. No quería preocuparte.

—Lo sé.

—¿No te has enfadado?

—No. Solo me mosquea un poco. Tú no eres de beber. ¿Ha pasado algo?

—Nada especial. Simplemente salí con ellos y... no sé muy bien qué me pasó. No controlé lo que bebía y no había cenado así que me emborraché demasiado rápido.

—¿Seguro que no ha pasado nada?

—Seguro. Solo que te echo mucho de menos.

—Y yo a ti. Me parece mentira echar tanto de menos estar contigo, cuando nos vemos desde hace menos de dos meses.

—A mí también me parece increíble. Incluso me asusta un poco.

—No te asustes, es emocionante. Aunque espero que te hayas arrepentido y que no vuelvas a rechazar un oferta para viajar conmigo.

La mañana de curso se hizo muy larga. El dolor de cabeza me impedía tener una concentración plena en el trabajo que estábamos realizando pero mis compañeros suplieron mi lentitud de razonamiento.

Durante el descanso, mientras esperaba a que la pastilla para el dolor me hiciera efecto, busqué en Internet noticias relacionadas con los conciertos y la gira del grupo. No tenía que haberlo hecho. Parecía que tenía algún deseo de sufrir sin ninguna razón de peso.

Se veían muchas fotos del grupo con chicas muy guapas a su alrededor. En algunas fotos salía él también aunque nunca muy cerca de las chicas. Sentí envidia por la sensación de felicidad que transmitía cada foto. Se estaban divirtiendo de verdad, no como yo el día anterior.

Yo: "He visto fotos y no parece que lo estés pasando mal"

Alex: "Te aseguro que sí. Es solo fachada. Tengo que disimular"

Alex: "Deja de pensar mal. Te aseguro que cuando te vea no te quedará duda que cuanto te estoy echando de menos"

Yo: "Espero que sí"

Yo: "Esta tarde estaré ocupada. Hablamos mañana"

Alex: "Vale. Duerme bien y sueña conmigo. Yo haré lo mismo ;)"

El resto del día pasó muy rápido. La comida me sentó muy bien y conseguí recuperar mi poder de concentración al quitarme la resaca por completo. Por la tarde, mis tres compañeros del grupo de trabajo y yo estuvimos muy ocupados terminando nuestro gran proyecto. Al salir del curso estábamos muy contentos porque habíamos avanzado mucho. No habíamos salido juntos durante las semanas del curso así que decidimos salir esa misma noche antes de que cada uno tuviera que volver a sus respectivos puestos.

* * * *

Tras escuchar las advertencias de mis compañeros de piso sobre no volver a beber tanto como el día anterior, salí dispuesta a divertirme un poco, bailar mucho y, sobretodo, no pensar en qué estaría haciendo mi maravilloso novio.

Me resultaba increíble recibir esos consejos de mi querida amiga, que había sido siempre la imagen de la fiesta y la borrachera, y de mi hermano, que no se había cortado nunca a la hora de divertirse. El mundo se había vuelto del revés. Desde que estaban juntos se comportaban de forma distinta, con una actitud más serena. Que mi amiga la juerguista me aconsejara control era el colmo. ¿Qué se había creído?

Esa noche me divertí de verdad. Durante unas horas mi mente se mantuvo distraída gracias a mis colegas de curso. Solo me hizo falta media hora para darme cuenta de que Louise y Ralf mantenían algo más que una relación de

amistad, aunque eran muy discretos. En varias ocasiones se centraron en una conversación a dúo, sin importarles que Adam y yo nos sintiéramos excluidos. Así fue cómo, empezamos a hablar de nuestras vidas y me enteré de que venía de Nueva York, como yo, donde trabajaba desde hacía poco más de un año. No recordaba haberle visto por allí pero las oficinas ocupaban un edificio entero y yo no conocía ni a la mitad de los trabajadores.

—Todavía no me lo puedo creer —exclamé sorprendida.

—La verdad es que yo tampoco recuerdo haberte visto.

—Somos tantos que es normal.

—Bueno, espero que cuando volvamos sigamos viéndonos.

—¿Tú cuando te vuelves?

—Justo al acabar el curso ¿y tú?

—Yo... me quedo durante dos semanas de vacaciones.

—¿Es verdad! Recuerdo que nos dijiste que tienes amigos aquí, ¿o era familia?

—Ambos —contesté con una sonrisa—. De hecho, parece que se ha juntado la familia y los amigos —le guiñé el ojo con picardía.

—¿No me digas? ¿Algún cotilleo jugoso y entretenido?

—Algo inesperado pero que me hace muy feliz: mi mejor amiga con mi hermano.

—Me alegro, aunque algunas veces esas relaciones salen mal y luego hay problemas. Porque si ocurre, no podrás salir con los dos y te sentirás incómoda.

—Eso no va a pasar. Los dos llevan mucho tiempo... bueno, creo que ha pasado lo que tenía que pasar, y están muy acaramelados.

Después de un rato de charla nos fuimos a bailar. A pesar de mi poca experiencia Adam se empeñó en bailar toda clase de ritmos latinos y me divertí mucho aprendiendo de un experto. Resultó que él también acudía a clases de baile y cuando le mencioné mis clases de danza del vientre soltó una carcajada insinuando que sería digno de verse.

No me acordé de Alex hasta que alguien se acercó por mi espalda gritando.

—Pero mira a quién tenemos aquí —la voz de John retumbó en mis oídos—. Si es mi querida exnovia Andrea. ¿Dónde has dejado a tu novio?

—John, déjame tranquila. Estás borracho.

—¿Borracho? No estoy borracho, estoy perfectamente —me agarró del brazo e intentó acercarme de forma insinuante—. Ya has cambiado de hombre.

No te valgo yo.

—¡Déjame! —conseguí soltarme de su agarre y separarme.

—¡Suéltala! —exclamó de forma tajante y amenazadora Adam—. Ella no quiere ir contigo.

—¿Qué la deje? ¿Y si no qué vas a hacer?

—No quieras saberlo —Adam se colocó delante de John protegiéndome a su espalda.

—Veo que ya te has buscado otro macho —espetó con burla mirándome directamente—. Me voy, no mereces la pena.

Adam se volvió para consolarme por la tensa situación pero ya no pude divertirme de la misma forma y al poco tiempo me acompañó a casa. Ambos habíamos bebido bastante, aunque no demasiado, y se nos soltó un poco la lengua. Por el camino le conté lo sucedido con John cuando me fui a trabajar a Nueva York y lo ocurrido con Alex en los últimos meses. Para mi sorpresa, se mostró comprensivo y me aconsejó que estuviera tranquila, que si Alex era el adecuado todo saldría bien. Él me contó que estaba loco por una chica de la oficina y que estaba deseando volver para verla de nuevo. No sabía qué iba a pasar porque no había hecho ningún avance. Resultó que era más tímido de lo que parecía cuando la chica le interesaba.

Después de desmaquillarme y ponerme el pijama, aplaqué mis ganas de enviar mensajes a Alex para ver cómo estaba y me tumbé rememorando lo bien que lo había pasado esta noche. Los bailes, las confidencias... todo excepto el encuentro con John. ¿Cómo podía hablarme así? Pensaba que éramos amigos.

Me dormí al poco de tumbarme intentando buscar de nuevo pensamientos agradable y expulsando a John de mi cabeza.

* * * *

Me levanté tarde, más bien tardísimo. Me despertó el timbre de la puerta cuando llegaron Henry y Jenny a comer.

La cabeza me dolía por la resaca; había bebido más de lo que pensaba. Me lavé, me maquille y me tomé una pastilla para el dolor de cabeza. Cuando llegué al salón intenté poner mi mejor cara, rogando para que no me hicieran muchas preguntas y no alzaran mucho la voz.

—Hola chicos ¿Qué tal?

—Hola dormilona ¿Lo pasaste bien anoche? —preguntó mi hermano

burlón.

—Estabas muy bien acompañada —añadió mi hasta ese momento mejor amiga—. Te vimos desde la ventana. Hablabais tan alto que nos asomamos.

—Solo era un compañero del curso.

—Yo no he dicho otra cosa —se defendió Carlos con una sonrisa.

—Entonces dejad de meteros conmigo. Lo pasé bien, bailé mucho, me divertí y Adam es genial como amigo. Además, resulta que trabajamos en el mismo edificio, así que cuando volvamos podremos vernos.

—¿Y Alex? —preguntaron a la vez Carlos y Henry.

—¿Qué pasa con Alex? Os he dicho que Adam es solo un amigo y baila muy bien.

—¿Y qué pensarías tú si Alex se echa una amiga que baila muy bien?

—No es lo mismo.

—Claro que sí.

—Que no. Adam está loco por otra chica de la oficina y está deseando verla.

—¿Seguro? ¿No serás tú esa chica?

—No soy yo. Trabaja en la segunda planta. Además, yo le he contado todo sobre Alex y él me ha dicho que todo va a salir bien. No os pongáis pesados. No es lo que pensáis.

No volvieron a insistir sobre el tema. Tuvimos una comida tranquila en la que nos pusimos al día sobre lo ocurrido en esa última semana, tiempo que llevábamos sin ver a Jennifer y Henry. ¡Cuántas cosas pueden pasar en una semana! No paramos de hablar interrumpiéndonos unos a otros.

Parecía una celebración en toda regla. Mi hermano y Vic se habían esmerado en la cocina y les estábamos sirviendo de cobayas para probar todos los platos que habían preparado con el libro de recetas en la mano. Los invitados por su parte habían traído el postre y un vino buenísimo que me negué a probar dado mi alcoholismo de los dos últimos días.

Me alegré mucho cuando Henry y Jenny nos contaron que habían decidido vivir juntos. En parte yo había jugado un papel muy importante en esa relación y estaba segura de que eran el uno para el otro.

Menos mal que la sobremesa no fue muy larga, porque con la barriga llena me sentía como si me hubieran dado un somnífero. En cuanto se fueron los invitados, me excusé para ir a descansar pero no pude relajarme sin mandar algún mensaje a Alex. Le echaba de menos. Habían pasado solo tres días pero me parecía una eternidad.

Yo: “*Hola*”
Alex: “*Hola, preciosa. Me alegro de oírte*”
Yo: “*¿Oírme? Jajaja. Más bien leerme, ¿no?*”
Alex: “*Sí. Tenía muchas ganas de hablar contigo pero no sabía si era buen momento*”
Yo: “*Iba a echarme una siesta*”
Alex: “*¿Cansada?*”
Yo: “*Mucho. Acaban de irse Henry y Jenny*”
Alex: “*¿Y eso te cansa?*”
Yo: “*No. Es que ayer salí con el grupo del curso*”
Alex: “*Ah. ¿Lo pasaste bien?*”
Yo: “*Sí. Bueno, más o menos*”
Alex: “*¿?*”
Yo: “*Nos encontramos a John y fue un poco desagradable*”
Alex: “*¿Te hizo algo?*”
Yo: “*No. Solo comentarios fuera de lugar. Estaba borracho*”
Alex: “*No lo disculpes*”
Yo: “*No lo hago*”
Alex: “*Me alegro de que lo pasaras bien aunque espero que no tan bien como conmigo*”
Yo: “*Mmmm... bailé mucho, hablé mucho, llegué tarde... a lo mejor lo pasé tan bien como contigo*”
Alex: “*Eso ni en broma*”
Yo: “*Te echo de menos*”
Alex: “*Seguro que ni la mitad de lo que te echo de menos yo a ti*”
Yo: “*Voy a descansar. Hablamos después*”
Alex: “*Después estaré en el último concierto*”
Alex: “*Estoy deseando verte*”
Yo: “*Yyo*”
Me dormí con el teléfono en la mano. Había empezado a bostezar a mitad de nuestra conversación y aguantaba los párpados a duras penas. Me dormí pensando en él.

* * * *

Fue una siesta larga y tranquila, lo que se suele llamar “siesta de pijama y orinal”. Me levanté ya de noche desorientada y con remordimientos por no

haber aprovechado la tarde, pero sobretodo pensando en que sería imposible dormir esa noche.

Salí al salón siguiendo el sonido de la televisión y me encontré a Vic dormida entre los brazos de mi hermano, ambos recostados en el sofá más grande.

—Shhh No hagas ruido, se acaba de quedar dormida y necesito que descanse para esta noche.

—¿Qué vais a hacer?

—Vamos a salir con sus amigos ¿quieres venir?

—Que va. Hoy me quedo en casa.

—¿De verdad? Pero si has dormido toda la tarde, necesitarás cansarte antes de volver a dormir. Unos bailes es lo que necesitas.

—No, de verdad. Llevo dos días saliendo y estoy agotada. Hoy me apetece algo tranquilito. Me haré unas palomitas y veré una película.

A pesar de que hablábamos en susurros, Vic comenzó a moverse y Carlos me hizo señas para callarnos. Decidí prepararme algo ligero para comer y me levante del sofá dejándoles abrazados. Una vez en la cocina, intentando no hacer mucho ruido, me preparé un té y saqué las rodajas de pan para hacerme una sándwich vegetal.

Apenas había dado el primer bocado, Carlos se asomó por la puerta. Había estado tan enfrascada en mis pensamientos que no me había dado cuenta del tiempo que había pasado.

—Nos vamos a preparar para salir ¿Seguro que no quieres venir?

—Te he dicho que no, pesado.

—Es que me das pena, aquí metida en casa como una vieja, echando de menos a tu amorcito que estará rodeado de gente guapa y alegre —sus burlas no me sentaron muy bien.

—Calos, no te pases. Déjala tranquila. ¿No ves que la estás agobiando? Solo faltabas tú para que se hundiera por completo. No le hagas caso Andrea. ¿Quieres que nos quedemos?

—¿Pero qué dices? ¿Estás loca? Tú y yo nos vamos.

—Es mi amiga y si me necesita me quedo —le retó colocando los brazos en su cintura.

—¿Queréis no discutir? Carlos, reconoce que te has pasado un poco sabiendo cómo me siento con la gira de Alex. Vic, no necesito que te quedes, de hecho prefiero que os vayáis los dos a divertirlos porque necesito tranquilidad. Además, aprovecharé para enviarle mensajes.

—¿Estás segura? —preguntaron los dos a la vez.

—Claro que sí. Venga prepararos ya.

Me senté en el sofá, dejé el plato y la taza en la mesa y tomé posesión del mando de la televisión para elegir una película. Estaba dudando entre dos, una romántica y una de suspense cuando apareció la parejita para despedirse y salir por la puerta.

Una vez sola volví a mirar dubitativa mis dos opciones. Me apetecían las dos pero en estos momentos la romántica podría hacerme echar más de menos a Alex. Al final puse a de acción primero pensando en ver las dos una detrás de otra. Al menos cuando llegara el turno a la romántica ya habría hablado con él.

Yo: “Hola”

Alex: “Hola, cariño ¿Qué tal?”

Yo: “Bien, han salido con amigos y me he quedado sola en casa”

Alex: “¿Aburrida?”

Yo: “Decidiendo peli. Luego palomitas”

Alex: “Me gusta tu plan. Mucho más que el mío”

Yo: “¿Tienes tiempo?”

Alex: “Un rato”

Yo: “¿Skype?”

Alex: “Espera, estoy con gente, me voy a mi habitación”

Al poco ya estábamos hablando con la cámara del móvil y nos veíamos las caras por primera vez desde que se había ido. Estaba muy guapo, vestido para salir al concierto y luego de fiesta. ¡Cómo desearía que saliera conmigo!

—Hola, Andrea. Estás guapísima. ¡Qué ganas tengo de verte mañana!

—Cariño, tú si que estás guapo. Espero que te estés acordando de nuestro último día y soñando con la sesión de sexo que tendremos mañana. Ni se te ocurra mirar a ninguna gruppie.

—Te recuerdo que para mí no existe ninguna, excepto tú —me dijo con ternura—. Te juro que la próxima vez te vienes conmigo, si es necesario te rpto —al ver mi sonrisa cambió de tema—. ¿Qué tal ayer?

—Bien. Adam me enseñó a bailar ritmos latinos, da clases en Nueva York.

—¿Trabaja en Nueva York? No me habías dicho nada.

—Hasta ayer no lo supe. No he pasado mucho tiempo con los compañeros de curso fuera de las oficinas y solo hablábamos del curso.

—Entonces, si vuelves a Nueva York ¿le verás?

—Claro, así se me pasará más rápido el mes ¿no crees?

—Sí, claro —contestó no muy convencido.

—¿Estás solo? —tras verle asentir comencé a quitarme la ropa lentamente

—. ¿Quieres verme?

—Mmmm. Quiero verte y muchas más cosas.

Coloqué el teléfono de pie en una cómoda apoyado en unos libros y me fui al centro de la habitación para que pudiera verme entera. Dejando de lado mi vergüenza le hice una pequeña danza del vientre que se transformó en un baile más sensual mientras me quitaba una a una todas las prendas hasta quedar desnuda sentada en el suelo.

—Mierda Andrea. Así no voy a poder salir de la habitación. Voy a tener que darme una ducha para enfriar mis necesidades.

—¿Te ha gustado?

—¿Qué si me ha gustado? Vuelve a hacerlo mañana por la noche y no le dejo salir de la habitación en horas.

—Ahora me gustaría mucho verte a ti pero sé que no puedes —fingí mucha tristeza por la falta de tiempo para un desnudo suyo.

—Me desnudaré lentamente ante ti mañana pero ahora puedo adelantarte una imagen de lo que me has provocado —cogió el teléfono y enfocó a su pantalón abultado.

—Si te vas a tener que dar una ducha fría podrías dejar el teléfono de forma que te pueda ver —sugerí con inocencia.

—Si te dejo verme no será efectiva la ducha, cariño. Solo de pensar que me estás viendo me excitaría.

—Está bien —gruñí enfadada.

—No te enfades, mañana te resarciré.

Sonaron unos golpes a la puerta de su habitación avisándole de que tenían que irse ya. No iba a poder darse la ducha fría. Una sonrisa traviesa afloró en mi cara mientras nos despedíamos y prometíamos hablar a la mañana siguiente.

Apenas cortamos la comunicación la sonrisa se borró. Me había hecho gracia excitarle pero ¿y si iba a calmarse con otra? Sentí la rabia hacerse camino desde mi estómago pero conseguí calmarme haciendo respiraciones profundas y repitiendo una y otra vez que él no haría algo así, que simplemente se reservaría para su vuelta y la noche siguiente sería apoteósica.

* * * *

Más calmada, me dispuse a ver la película de acción, sentada delante de la mesita hasta terminar la comida y tumbada después de costado para estar más cómoda. En esa postura y viendo el final de la segunda película me encontraron Carlos y Vic cuando llegaron a casa.

Venían muy cariñosos. Estuvieron unos minutos conmigo, supongo que por educación, pero no tardaron en irse a su habitación para dar un final feliz a su noche.

A pesar de los ruidos sospechosos procedentes de su habitación, ya no quise seguir viendo la televisión. Me fui a mi habitación para mirar Internet, evitando oírles gracias a unos cascos conectados al ordenador donde almacenaba las canciones que más me gustaban.

Intenté resistirme pero las ganas de saber más del grupo pudieron con mis escasos esfuerzos. Busqué en sus distintas cuentas y descubrí que en su página de Facebook subían cada poco tiempo su ubicación y algunas fotos. Vi muchas fotos del concierto de esa misma tarde, desde distintos ángulos y enfocando a cada uno de los componentes. En esas no aparecía Alex. Luego vi fotos de una fiesta en la que estaban rodeados de gente elegante, todos muy sonrientes con copas en las manos. Allí sí aparecía Alex. Se daban prisa en subir las fotos a Internet para que todos sus fans pudieran verles.

Alex parecía divertirse aunque la sonrisa no llegaba a sus ojos; era fingida por compromiso. Además, no se juntaba mucho a ninguna mujer sino que en todas las fotos aparecía con el grupo, con un posado bastante profesional aunque algunas mostraran mujeres entre sus componentes. Mujeres abrazadas a esos hombres como si los conocieran de toda la vida. Y a lo mejor era así, yo qué sabía. Tenía que dejar de mirar fotos y confiar plenamente en Alex. Necesitaba irme a la cama e intentar descansar. Cerré de golpe la tapa del portátil, me quité los auriculares y me metí entre las sábanas. Una vez arropada me di cuenta de que ya no se oía nada, podría dormirme tranquila.

Capítulo 17

La huida

Me levanté cansada. No había conseguido dormir tranquila después de todas las imágenes que había visto en Internet, pero conseguí quitarme el desánimo con una buena ducha y un copioso desayuno.

Aproveché la ducha para hacer un tratamiento completo, depilación, cremas, mascarilla... todo aquello que en los días normales no tenía tiempo de hacer. Cuando por fin llegué a la cocina para el desayuno, Vic y Carlos seguían sin dar señales de vida y decidí preparar algo especial para afrontar el día con mejor actitud.

La cabeza de Carlos se asomó por la puerta de la cocina cuando ya me había comido mi primera tortita con caramelo.

—Ummmm ¡Qué bien huele eso!

—Y sabe todavía mejor —dije con la boca llena de comida—. Venga, siéntate y aprovecha antes de que venga la fiera de tu novia. No te va a dejar ni una.

—No podría impedirme comer —replicó sentándose a mi lado y sirviéndose dos tortitas directamente en el plato—. Además, tardará un poco. La he dejado con sus cremas en el baño.

—Después del ejercicio que me hicisteis escuchar ayer, seguro que estáis muertos de hambre.

—Ay, ay, ay. Noto cierta envidia en tu reproche.

—Pues, sí. Mucha envidia.

—No te pongas así. Ya te queda nada para verle —me revolvió el pelo cariñosamente.

—Ummmm Sírveme una a mí —entró Vic como un vendaval y se sentó al otro lado.

—Te avisé. Ya no te dejará ninguna —bromeé dando un ligero golpe en el hombro a mi hermano—. ¿Has visto esa cara de deseo?

—Claro que la he visto, aunque en otras circunstancias —me guiñó el ojo con picardía—. ¡Que bien me come mi niña!

Tan solo conseguí comer una tortita más. Hambrientos no paraban de

masticar y parlotear, comentando todas las visitas que tenían previstas para su viaje. Se les veía muy emocionados con su pequeña escapada. Vic hacía mucho tiempo que no visitaba España y quería pasear por toda la ciudad.

Mientras recogíamos platos y tazas, Carlos se ausentó para atender una llamada.

—¿Sabes? Estoy muy emocionada con el viaje pero también un poco nerviosa.

—¿Nerviosa por qué?

—Pues... ¿te das cuenta de que esta vez voy a ver a tus padres en calidad de novia de tu hermano y no como tu amiga? —resopló—. Se me hace raro y me da un poco de vergüenza.

—No te preocupes. Ya les gustas como amiga mía. Seguro que estarán muy contentos de que mi hermano haya decidido quedarse contigo. En cuanto vean lo feliz que es, te adorarán.

—Hay otra cosa —permaneció callada unos segundos, dudando si contármelo—. También me da vergüenza... se ha acostado con casi todas sus amigas, voy a estar incómoda con cualquier mujer que se le acerque, dudando si ha compartido con ella algo más que una copa. Andrea, va a ser horrible ¿verdad?

—Vic, calma, sabemos que no ha sido un santo pero... —hice una pausa de efecto —tú y yo sabemos que ninguna ha pasado de una o dos noches. No creo que ni se acuerde de sus nombres y nunca mantiene una amistad después. Solo son conocidas.

—Lo sé. Yo también tengo un historial amplio pero nunca mantengo contacto y él sí.

—Eso no es verdad.

—Claro que sí. Son chicas cercanas no desconocidas, forman parte de su entorno aunque no sean amigas.

—Vale. Reconozco que eso es verdad y que será duro de aguantar.

—Sospecharé de todas.

—Ey, tranquila —dudé un momento antes de contarle el mayor secreto de mi hermano—. No sé si debería decírtelo pero... no han sido tantas como te crees.

—¿Cómo?!

—Lleva mucho tiempo fijándose en ti.

—Pero...

—Yo no lo he sabido hasta hace unos días pero parece que las que ha

habido son pocas más de las que te ha enseñado. Quería dar esa imagen.

—¿Por qué? No lo entiendo —una lágrima bajó por su mejilla.

—Supongo que por orgullo.

—Y yo... sin darme cuenta —se tapó la cara con ambas manos.

En ese momento entró en la cocina el objeto de la conversación y preocupado se acercó a mi amiga para consolarla.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Yo... no sabía... —lloraba compungida.

—¿Qué no sabías? —le preguntó suavemente mientras le acariciaba el pelo.

Me levanté para darles privacidad y cuando ya estaba por el pasillo les oí sus últimas palabras antes de jadeos intermitentes.

—Te quiero tanto.

—No más que yo a ti.

¡Qué envidia! Esa misma tarde iba a verle otra vez y estaba emocionada. Había quedado en llevar a mi hermano y su nueva novia, mi mejor amiga, al aeropuerto para su viaje a España a conocer a mis padres. Su vuelo salía dos horas antes de la llegada de Alex pero estaba dispuesta a esperar pacientemente hasta verle y darle la bienvenida correspondiente. Una bienvenida que seguramente incluiría abrazos, besos y... algo más.

* * * *

El resto de la mañana, la pareja la dedicó a decidir la ropa para el viaje y colocarla sobre la cama. Desde mi habitación oí a mi hermano regañarla por el sobrepeso que suponía facturar las suficientes maletas para llevar toda la ropa. Conociendo a mi amiga estaba segura de que habría colocado varios montones de ropa, zapatos y cosas de aseo. Ella era así, incapaz de reducir su equipaje. Tenía que llevar de todo para poder decidir en el momento qué quería ponerse y cómo quería maquillarse; libertad de elección hasta el último minuto.

Cuando yo era más pequeña me gané muchas charlas de mis padres y mi hermano al respecto y ya me había hecho una experta del equipaje reducido. ¡Pobre Vic! Lo que iba a sufrir con mi hermano.

Tardaron más de una hora en salir del cuarto decididos a llevarme al parque para airearnos un poco. Me convencieron de la necesidad de caminar un buen rato y comer algo en una terraza. Era uno de los pocos días que hacía

sol y había que aprovecharlo.

En realidad, no tuvieron que hacer mucho esfuerzo para convencerme. Estaba cansada; había estado recogiendo la cocina y el salón mientras ellos se peleaban con el equipaje, y necesitaba salir un rato para despejarme. Pasear tranquilamente y tomar algo bajo la sombrilla de un bar era lo que más apetecía en esos momentos, pero no dije que sí hasta que se ofrecieron a pagar ellos. Así además, conseguía una invitación bien merecida por aguantar sus gritos y recoger todo el piso.

Así en menos de media hora estábamos ya paseando por el parque, cada una cogida a un brazo de Carlos. Era el parque junto al cual me habían robado el bolso y había conocido a Henry. Era el parque al que había ido con Alex unas semanas antes. Ese parque iba a ser una parte importante de mis recuerdos favoritos.

—¿Deseando que llegue esta tarde, hermanita?

—Casi o más que vosotros, grandullón —apreté más su brazo.

—No lo creo, estamos tan nerviosos que hemos tenido que salir un rato —intervino Vic.

—Y yo que creía que era para pasar un tiempo conmigo, ya que estaré una semana entera sin veros.

—Bueno... eso también, claro.

—No te lo crees ni tú —volví a mirar a mi hermano—. Os he oído discutiendo todo el rato. Si no salimos, corríais el riesgo de haceros daño y quizás anulabais el viaje. Os conozco y sois igual de cabezotas.

—Tienes razón ha sido supervivencia —dio un beso a su recién estrenada novia.

Me separé un poco para dejarles algo de intimidad y aproveché para hacer algunas fotos con el móvil. El parque estaba precioso; en cualquier rincón se podía encontrar el objeto para una imagen perfecta. Al cabo de más de diez fotos, mi vista se posó en una pareja sentada en un banco en actitud cariñosa y recordé cuando Alex me dio mi primer beso. No había ocurrido mucho tiempo atrás pero parecía un recuerdo bastante lejano. ¡Habían pasado tantas cosas desde entonces!

—¡Ey! ¿Andrea? No me has oído nada ¿verdad?

—¿Yo? Perdona Vic estaba... recordaba algunas cosas que me han pasado desde que legué a Londres.

—¡Y tanto!

—Lo sé, han sido unas semanas bastante intensas —eché un vistazo por

encima de su cabeza —¿Dónde está Carlos?

—Se ha adelantado para coger mesa en esa terraza —colocó su brazo en torno al mío—. Y yo quería hablar un ratito contigo.

—¿Ah sí? ¿y de qué querías hablar?

—De mi y tu hermano, de ti y Alex, no sé... de todo.

—¿De todo, eh? Tu lo que quieres es restregarme lo bien que te va con tu nuevo novio; pero te recuerdo que es mi hermano y no me gustaría conocer aspectos demasiado íntimos como si hacéis juegucitos sexuales y esas cosas —puse mi mejor cara de horror.

—No pensaba contarte esas cosas. Solo quería decirte que le quiero mucho y que no le voy a hacer daño —se le humedecieron los ojos—. Sé que nunca he dado imagen de tener sentimientos sino que me centraba en disfrutar pero... te aseguro que... —las lágrimas no la dejaron seguir.

—No hace falta que lo digas, Vic. Lo sé —la abracé con fuerza.

—¡Soy tan feliz! Y sé que tú también lo vas a ser con Alex.

—Venga, sécate que tenemos que ir con Carlos.

Mientras se secaba las lágrimas me miraba con interés. Intenté que no viera en mis ojos las dudas por mi relación con Alex. ¿De verdad quería sentirme así cada ve que se fuera de gira con el grupo? ¿Esa iba a ser mi vida junto a él, esperarle mientras se divertía a kilómetros de distancia rodeado de gente guapa con la que tenía muchas cosas en común?

Llegar a la mesa donde esperaba mi hermano fue mi salvación. Dejé de pensar en todo lo que me preocupaba y establecimos una conversación banal en la que me burlé de ellos todo lo que pude por pasar tanto tiempo sin aclarar sus sentimientos. También recordamos algunos encuentros del pasado en los que Carlos se comportaba de manera extraña con Vic y viceversa. Desde el nuevo punto vista sus comportamientos ya no parecían tan extraños.

* * * *

Al volver del parque, Carlos persiguió a Vic haciéndola cosquillas mientras la guiaba por el pasillo hasta su habitación. Yo fui a la cocina a por un vaso de agua, la caminata me había dado sed. Oí sus risas y como cayeron sobre la cama incluso antes de terminar de beber y decidí que no quería ni acercarme al lugar; mi dormitorio quedaba excluido. Me quedé en el salón escuchando música con los cascos para evitar oírles, me tumbé en el sofá y continué con la lectura de mi última novela. Una lectura que me estaba

llevando más tiempo de lo habitual ahora que mi vida social había aumentado.

Recordé todo lo que había pasado durante estos cinco días sin Alex. No estaba orgullosa de reconocer que tenía miedo. Sara me había aconsejado para que no me dejara llevar por lo que ella llamaba “el lado oscuro”, pero cada día de esta gira mi comportamiento reflejaba ese miedo. Las dos borracheras, las búsquedas en Internet, las esperas para recibir sus llamadas... no me gustaba lo que sentía: tristeza, desconfianza, inseguridad y miedo, mucho miedo. ¿Cuánta cercanía conseguían las mujeres de ese entorno estivo? ¿Sabía que él estaba trabajando pero aguantaría el acoso de esas mujeres?

Me estaba volviendo paranoica y no quería seguir pensando en la peor opción, la infidelidad. Estaba convencida que en un pareja la traición era lo peor, y la infidelidad es una de las traiciones más comunes. ¿Esto es lo que me esperaba cada vez que se fuera de gira?

La opción sencilla y que hubiera elegido antes de conocer a Alex sería dejarle, tenía la excusa perfecta. Pero ya no. Él merecía la pena y, en el fondo, no había hecho nada. Por lo menos nada que estuviera confirmado. Esta vez estaba dispuesta a seguir las recomendaciones de Sara. Al menos lo intentaría. Además, me había dicho que la próxima vez iría con él aunque fuera a la fuerza.

El tiempo se pasó volando, pronto me di cuenta de que tenía que darme prisa en vestirme y maquillarme para ir a recoger a Alex al aeropuerto. Quería estar muy guapa. Mientras esperaba a que mi hermano y Vic salieran, no pude evitar escribirle.

Yo: “Ya queda poco. Estoy impaciente”

Alex: “Yo también. Ya estoy en el aeropuerto, solo quedan dos horas para subir al avión”

Yo: “Nosotros salimos en unos minutos. Te esperaré cerca de la puerta de salida”

Alex: “¿Cuándo me veas vendrás corriendo a mis brazos?”

Yo: “¿Eso quieres?”

Alex: “Sería como en las películas ;)”

Yo: “¿Y también quieres que ponga mis piernas alrededor de ti?”

Alex: “Mmmm No estaría mal”

Yo: “Entonces me tengo que quitar el vestidito que me he puesto porque se me verá todo”

Alex: “No, no, déjate el vestido. Te taparé yo”

Al oír las ruedas de las maletas acercarse por el pasillo, me despedí de

Alex y metí rápidamente el móvil en el bolso, fingiendo estar cansada de esperarles.

—Ya era hora.

—No finjas, te he visto —avisó Carlos—. ¿Otra vez mensajitos con Alex?

—Tú calla.

—Espero que esta noche te quite ese mal humor que tienes desde que se fue —contestó sacando la lengua.

—¿Y a ti que te importa? No estarás aquí para verlo —le saqué la lengua también como cuando éramos pequeños.

—Pero seguro que cuando volvamos estás más suave —sonrió con picardía.

Sin perder más tiempo comenzamos nuestro trayecto hacia el aeropuerto. Desde los asientos traseros pude observarles charlando mientras mis pensamientos se enfocaban en mi inminente reencuentro con Alex.

Se les veía muy contentos de comenzar este viaje, a pesar de los nervios de Vic por encontrarse con el mundo de Carlos, sus ex novias, sus amigos... su vida de soltero. Unos días antes, pudimos tener una charla entre mujeres y mi amiga me confesó que entendía la existencia de una vida activa como la había tenido ella, pero no le hacía gracia verla de cerca. No soportaría las comparaciones. Si alguno de los amigos hacía un comentario podría explotar. Tras hablar un buen rato, la había tranquilizado repasando los puntos fuertes de mi hermano, sobretodo, su tendencia a considerar a todas las mujeres como pasatiempo de una noche excepto a ella, a la que siempre había ayudado y consolado.

* * * *

Saludando con la mano me despedí definitivamente de Carlos y Vic mientras recogían sus pertenencias después de pasar el control de seguridad. Habíamos llegado al aeropuerto con tiempo de facturar las dos maletas y tomar algo en los locales del exterior. Sabiendo que la espera me iba a poner de los nervios, se quedaron haciéndome compañía hasta que faltaron diez minutos para embarcar. A mí todavía me quedaban dos largas horas hasta la hora prevista de aterrizaje del vuelo de Alex. Dos horas para verle. Dos horas para mi bienvenida particular.

Me di la vuelta dispuesta a pasear en dirección a la puerta por la que saldrían los pasajeros de su avión, dónde probablemente podría encontrar

algún asiento para descansar un poco. Por el camino, observé el gran número de personas que disfrutaba de una última comida o bebida en los restaurantes y bares del entorno. Era una hora de mucho tránsito y todas las mesas estaban ocupadas.

Miré un mapa del aeropuerto, compré unos pasatiempos y continué mi camino. A pesar de intentar alargar el paseo, cuando encontré un asiento para esperar comprobé en el reloj del teléfono que todavía quedaba hora y media para su llegada. La espera iba a ser larga.

Al cabo de una hora ya estaba cansada de los pasatiempos y levanté la mirada hacia los paneles informativos, frotándome los párpados para descansar la vista pero solo conseguí ponerme más nerviosa cuando comprobé que las letras cambiaban para indicar retraso en el vuelo de Alex. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no habían indicado el retraso desde el despegue? ¿Cuánto más iba a tardar?

Me levanté, me dolía el culo de estar sentada. Tenía que estirar las piernas un rato y decidí dar otro paseo por la zona. Había mucha gente esperando y mi silla se ocupó casi de inmediato. No me importó, necesitaba cambiar de lugar. Me acerqué a la tienda de revistas para ojear algunos ejemplares y, al final, me quedé con una sobre música. Me apoyé en una columna y ojeé las páginas leyendo los titulares de los artículos. Y lo vi. Sí, vi lo que me había temido todo el fin de semana. En un artículo sobre la gira del grupo había una foto de los cuatro en un local y en un segundo plano le vi susurrando a la oreja de una chica, en una postura de mucha confianza e intimidad. Por si fuera poco lo que yo me podía imaginar sola, en el pie de página mencionaban un posible reencuentro de la que fuera unos años antes la pareja más escandalosa dentro de la industria de la música. El artículo creaba esa imagen de misterio en torno a ellos asegurando que se les veía felices por el reencuentro y analizando las posibilidades futuras de la relación, añadiendo en la parte posterior de la página dos fotos más de la pareja, una antigua y otra actual, él con las manos en su cadera y ella muy cerca de su boca.

No lo pude aguantar mucho más. Pasé diez minutos intentando calmarme para poder seguir los consejos de Sara, hablar con él y aclararlo, no comportarme como una niña. Pero no lo conseguí. Las imágenes de ellos dos juntos no se me iban de la cabeza, y pensar que había habido una historia de la que yo no sabía nada me estaba afectando. Creía que habíamos sido sinceros y él solo me había contado su relación con Olivia. Sentía una rabia incontrolable que crecía cada vez que ojeaba de nuevo la revista. Mis ojos se

posaron de nuevo en el panel informativo donde confirmé que el retraso no indicaba la hora prevista. ¿De verdad iba a pasarme los próximos minutos esperando y dando vueltas a esa idea que tanto me torturaba? No, me negué a ello. Si seguía así cuando llegara estaría tan enfadada que podría explotar.

Decidí volver a casa. Las lágrimas me asomaban a los ojos y no podía quedarme en el aeropuerto, tenía que pensar. Mientras conducía me di cuenta de que tampoco podía quedarme en casa si no quería verle. Seguro que se presentaba allí para ver qué había ocurrido.

El bluetooth se conectó para establecer la llamada y a los tres tonos pude oír a mi amiga contestando.

—Andrea ¿qué tal?

—Hola Eli ¿Te pillo mal?

—No ¿Por qué? ¿Necesitas hablar? —la voz preocupada de mi amiga se expandió por todo el coche.

—¿Podría hacerte una visita y quedarme contigo? —supliqué tímidamente.

—Claro que sí. Vente cuando quieras.

—Recojo algo de ropa y salgo para allí. Creo que llegaré tarde.

—No te preocupes, te espero.

—Ah, ¿te puedo pedir otro favor?

—¿Otro? —fingió estar cansada de hacerme favores.

—Sí, Eli necesito que no le digas a nadie que estoy contigo.

—¿Por qué? ¿Andrea, qué pasa?

—Yo... solo necesito pensar, apartarme de todo y que no me molesten.

—Vale. Te doy un día de incógnito. Pero después contestaré a todo aquel que llame preguntando por ti. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias Eli.

—¿Sabes que me tendrás que contar todo, verdad?

—Sí.

Después de tres horas de viaje, mi amiga me hizo un recibimiento silencioso indicándome por gestos que no hiciera ruido, su marido y los niños estaban dormidos. Me señaló la puerta de la habitación de invitados para que dejase la bolsa de mano. Con una tranquilidad que no sentía, me quité los zapatos para estar más cómoda y volví al salón donde me esperaba sentada en uno de los sofás con una copa en la mano. Observé otra copa igual en la mesa baja como una invitación a sentarme en el sillón frente al suyo.

Le conté todo; mis miedos, mi tendencia a pensar lo peor, mis sentimientos hacia él... y por último le enseñé la revista. No paraba de llorar ante lo que

consideraba una gran traición que conllevaría la ruptura de nuestra relación. Bebí más de lo recomendado pero realmente lo necesitaba. Estar convencida de que al día siguiente no me sentiría bien no impidió que siguiera bebiendo para acallar mis pensamientos aunque sabía de primera mano que el alcohol te hacía sentir aún más triste.

Eli fue muy paciente mientras yo me desahogaba. Parecía estar de acuerdo conmigo pero cuando terminé de contárselo me di cuenta de que solo me estaba dejando descargar mis preocupaciones. En ese momento me sugirió otras posibilidades mucho más optimistas que las mías. Posibilidades que yo no había pensado. Posibilidades que se mezclaron en mis sueños y me hicieron sentir ridícula por mi comportamiento.

Antes de irme a la cama, me comentó que le había llamado Vic y que tenía varios mensajes de ella pero no había contestado ninguno. Yo también había recibido llamadas y mensajes. Durante el viaje tuve varias llamadas de Alex, de Carlos y de Vic; no contesté y decidí apagar el móvil. No quería hablar con ninguno de ellos esa noche, no quería enfrentarme a los sermones de mis amigos; necesitaba pensar y desahogarme antes de hablar con Alex, que era el primero al que debía una explicación. Esconderme era cobarde, lo sabía, pero quería tranquilidad durante unas horas. A la mañana siguiente podría hablar con él más serena.

Capítulo 18

La importancia de hablar

Un fuerte dolor de cabeza dentro de mis sueños me hizo volver a la realidad. Llevé mis manos a la cabeza intentando aflojar la presión de mis sienas pero el dolor continuó ahí. ¿Qué había hecho? ¿Cuánto había bebido?

Después de unos minutos giré la cabeza para ver la hora en el teléfono que había dejado en la mesita, donde también había un vaso de agua y una pastilla. Agradecí a Eli su previsión mientras me tomaba la medicina y volví a tumbarme con el brazo cubriéndome los ojos.

Entonces recordé que el día anterior había recibido varias llamadas de Alex antes de apagar el teléfono, me levanté de golpe y encendí el móvil. Ya era mediodía y debía levantarme; tenía el tiempo justo de comer pasear un rato y volverme a Londres, pero en la pantalla del móvil aparecieron numerosas notificaciones de llamadas y mensajes de Alex, de Vic y de Carlos. Armándome de valor ante lo que temía serían un montón de reproches abrí primero los de el hombre al que tenía que haber esperado en el aeropuerto.

Alex: “¿Dónde estás? ¿Ha pasado algo? ¿No venías a recogerme?”

Alex: “¿Por qué no respondes? Tengo muchas ganas de verte. Voy para tu casa”

Alex: “No estás en casa. ¿Qué pasa? Me estoy preocupando de verdad”

Alex: “He hablado con Vic y me ha dicho que estabas en el aeropuerto. ¿Dónde estás?”

Alex: “Es muy tarde y no lees mis mensajes. Espero que estés bien. Mañana al mediodía te llamo de nuevo”

Vic: “¿Dónde estás? Alex me ha llamado muy nervioso porque no te encontraba”

Vic: “¿Has apagado el móvil?”

Vic: “¿Qué estás haciendo Andrea? No me puedo creer que te escondas así. ¿Qué ideas se te han metido en la cabeza?”

Carlos: “Hermanita ¿se puede saber dónde estás? ¿Dónde te has

metido? ¿Crees que desaparecer es lo mejor?”

Carlos: “Alex está hecho polvo. Deberías llamarle”

Carlos: “¿Quieres contestar de una vez?”

Carlos: “Cuando te pille, te vas a enterar. No puedes dejarnos a todos preocupados... y menos el primer día de nuestras vacaciones”

Buena la había liado. Había actuado impulsivamente sin pensar en que se preocuparían al no saber nada de mí. No debería haber apagado el móvil sin mandar antes un mensaje dando una buena excusa; un motivo por el cual mi desaparición no fuera un sinsentido.

Tras aclarar un poco mis ideas, lo primero fue llamar a la oficina para avisar de que no podría ir hoy porque me encontraba mal, que no era del todo mentira. Después escribir un mensaje rápido a cada uno de las tres personas que habían mostrado su preocupación. La única excusa que se me ocurrió fue alegar que me había surgido una emergencia y estaba con Eli pero no me había dado cuenta de que el móvil se había quedado sin batería hasta esa mañana y que lo iba a dejar apagado otra vez para que se cargara bien antes de salir de viaje de regreso. Esperaba que fuera una excusa creíble, porque no me apetecía hablar con nadie, pero suponía que al día siguiente iba a tener problemas.

* * * *

El martes me levanté de nuevo con dolor de cabeza, sin haber dormido suficiente para recuperarme del viaje. Escapar a casa de Eli había sido una tontería. Al final me quedé toda la tarde hablando con ella; una charla muy necesaria que me abrió los ojos, seguida de un entretenido paseo por las caballerizas con el cual pude despejar mi cabeza olvidando por un momento mis miedos y preocupaciones.

No logré ponerme en marcha hasta que había anochecido y, durante todo el camino de vuelta, las luces de los coches brillaron contra mis ojos. Conducir de noche no era uno de mis puntos fuertes, tenía los ojos muy sensibles y las luces me cansaban más de lo habitual. Era tardísimo cuando por fin atravesé la puerta de mi casa, agotada y de mal humor, preocupada por las consecuencias de mi huida. Solo después de ducharme y ponerme el pijama, me atreví a encender el móvil para comprobar esas consecuencias. Una vez más, recibí multitud de notificaciones de llamadas perdidas y mensajes.

Alex: “Sigues con el teléfono apagado, no consigo hablar contigo”

Alex: “He estado toda la noche preocupado ¿Te has creído que tu mensaje de esta mañana era suficiente?”

Alex: “¿Dónde estás? Necesito hablar contigo”

Alex: “No sé qué hacer. Por favor, llámame”

Vic: “Te voy a matar. ¿Cómo puedes ser tan tonta?”

Vic: “Llama a Alex de una vez”

Vic: “Esta no te la perdono”

Carlos: “Ufff ¡Qué mal lo estás haciendo! Lo sabes ¿no?”

Carlos: “Llama a Alex ya y calma a Vic. Me estoy volviendo loco con estos dos”

Sin ánimos para hablar con nadie, me decidí por una contestación a todos explicando que acababa de llegar a casa agotada, que la urgencia de Eli ya estaba arreglada y que hablaríamos al día siguiente.

Pero eso fue la noche anterior y ya era martes, día en que tendría que enfrentarme definitivamente a las consecuencias de mi huida. Como los niños pequeños sentí la necesidad de huir otra vez y no afrontar el castigo o las consecuencias, intentar esconder lo sucedido para que nadie me lo echara en cara y me hiciera sentir mal, pero... yo era adulta. Sabía qué tenía que hacer y solo deseaba con todo mi corazón que fuera rápido y no muy doloroso, que pudiera explicarme, me entendiera y no afectara a nuestra relación. En definitiva, borrara los últimos días y volver a nuestra situación de antes de su marcha de gira.

Era la última semana de curso, unos días bastante relajados después de entregar los trabajos la semana anterior. Durante estos días se resolvían dudas, evaluaban esfuerzos, revisaban trabajos...

A pesar de no encontrarme en mi mejor forma física, después de varias dosis de analgésicos, conseguí atender al curso durante toda la mañana, que pasó más rápido de lo esperado. A la hora de la comida, salimos juntos a la cafetería de al lado. Estábamos charlando animadamente cuando vi a Alex observarme extrañado a través del gran cristal del escaparate y entrar en el local. En ese momento Adam estaba contándome sus planes de vuelta a Nueva York y cómo podríamos vernos.

—.. así que podemos vernos en cuanto llegues a Nueva York y salimos ...

—Hola —interrumpió con cara seria.

—Hola Alex —contesté mientras me levantaba para acercarme buscando cierta intimidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó furioso cuando ya estábamos a suficiente distancia de mis compañeros.

—Yo...

—Te he llamado, te he escrito... yo... —hizo un gesto de desesperación—. Y te encuentro aquí tan tranquila quedando con otra persona.

—No es lo que...

—No lo entiendo —se pasó nervioso la mano por el pelo—. ¿No estábamos bien? Yo... Llevo dos días horribles y...

—Lo siento —bajé los ojos al suelo sintiendo vergüenza. Estaba muy enfadado y me asustaba su reacción ante mis dudas sobre su fidelidad.

—¿Y ya está? ¿No me vas a explicar nada? Porque tus mensajes no fueron muy convincentes.

—Yo... No tengo excusa.

—Habíamos quedado en ir a casa de mi familia esta noche ¿qué pasa con eso?

—Yo... No me acordaba —no le miré a los ojos—. Estoy muy cansada y pensaba irme pronto a la cama. No he dormido bien estos días.

—Ya. Yo tampoco ¿sabes? —contestó iracundo—. Pues ya hablaremos cuando tengas algo que decirme, ¿no? Porque no consigo explicarme qué ha pasado y no puedo afrontar algo que no entiendo. Pensaba que verte arreglaría la situación pero está claro que no es el momento.

No pude decir ni una palabra más, se dio la vuelta y caminó en dirección al parque. Me quedé mirando fijamente su espalda al alejarse de mí, todavía enfadada por las fotos e insinuaciones de la revista pero pensando en que la conversación se había desviado del objetivo. En lugar de buscar una reconciliación lo había enredado más al no hablarle claro. Él lo había intentado, había planteado el problema de forma directa con intención de resolverlo, ¿y qué había hecho yo? Nada, no había contribuido a mejorar la situación en nada. Incluso me había negado a ir a la cena sabiendo lo importante que era para él. ¿No podía hacer un esfuerzo?

La vuelta a la mesa no fue muy divertida. Ya no podía quitarme la cara de Alex de la cabeza y terminaba la comida completamente ausente de la conversación. Adam se dio cuenta enseguida.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada.

—¿De verdad? Pues parece que estoy hablando con una pared —me cogió de la barbilla y giró para verme la cara—. ¿Qué te ha dicho?

—No es eso. Ha habido un malentendido este fin de semana y yo... me fui de la ciudad en lugar de ir a recogerle al aeropuerto.

—¿Huiste? ¿Por qué? ¿Cuál fue el malentendido?

—Bueno... vi una foto suya con una ex en una revista donde se especulaba sobre ellos y...

—¿Eso es todo? —su forma de preguntarlo me hizo sentir ridícula.

—Sí, eso es todo —bajé los ojos para evitar su mirada—. Bueno, no todo.

—Venga, cuenta. Necesitas contarlo.

—Ya se lo he contado a una amiga.

—Entonces, ahora necesitas el punto de vista masculino.

Me hizo sonreír y le conté todo lo ocurrido sin dejar detalle, mientras el resto se despedía y volvía a la oficina. No pudimos entretenernos mucho por el horario pero le dio tiempo a reprocharme haber dudado sin pedir explicaciones y haber huido sin contestar a nadie. Me prometió no decir nada en la oficina a cambio de que llamara a Alex más tarde para intentar hablar con sinceridad del problema.

La tarde pasó mucho más lenta que la mañana. Aunque Adam intentó distraerme no conseguí centrarme en el curso, dándole vueltas a la discusión. Cuando llegué a casa, después de quitarme los zapatos y tirar la fina chaqueta al respaldo del sofá, me senté y marqué su número con intención de decirle que sí quería ir a la cena, que no estaba tan cansada, que... pero contestó una máquina. El maldito contestador automático. Ahora era su móvil el que estaba apagado y probablemente no lo encendería hasta después de la cena o hasta el día siguiente. Me lo tenía merecido.

* * * *

Como no sabía si reconocería el teléfono fijo de Vic, le dejé un mensaje muy corto pidiéndole que me llamara cuando pudiera y colgué antes de añadir alguna tontería. Miré el teléfono durante unos segundos con la esperanza de que sonara hasta que pensé que era una tontería; en una cena con la familia no iba a estar pendiente del móvil. Tenía que esperar, cosa que no se me daba bien. Cuando me veía obligada a esperar, mi cabeza comenzaba a dar vueltas al problema actual o a los que podrían surgir y eso era lo peor en ese momento.

Por el bien de mi estado mental, decidí entretenerme con alguna actividad manual y solo se me ocurrió limpiar y ordenar, pero el piso no era muy grande y tampoco estaba muy desordenado, por lo que volví a estar ociosa una hora después. Entonces me preparé una copa con la intención de relajarme un poco. ¿Cuándo oiría el mensaje? ¿Me llamaría justo al escucharlo?

Tenía que pensar bien lo que iba a contarle. No me hacía gracia volver a admitir mi falta de confianza pero tampoco quería mentirle. Debía contarle exactamente lo que vi y lo que pensé, así él podría ponerse en mi situación y entenderlo mejor.

La discusión del mediodía, en la que claramente me mostraba su intención de seguir sus planes conmigo en la cena de sus padres y después en mi casa, me había hecho sentir culpable al comprender que podía estar muy equivocada. Había prometido a Sara no dejarme llevar por deducciones y a la primera de cambio... Él estaba allí seguro de sus planes. Unos planes que no me dejaban de lado, como cabría esperar si de verdad hubiera otra persona. Unos planes que me indicaban que quería estar conmigo.

Sabía que me había ganado una reprimenda pero necesitaba hablar con Sara. Ella me había advertido de mi tendencia a pensar mal, ella podía ofrecermme un punto de vista ajeno ya que no estaba en el entorno de Alex.

—¡Hola Andrea! ¡Qué sorpresa más grande! ¿Cuándo vuelves?

—Hola Sara, me alegro de oírte. Todavía me queda esta semana para terminar el curso y luego tengo dos semanas de vacaciones que no sé dónde las pasaré.

—¿No sabes dónde las pasarás? —preguntó extrañada—. Andrea, ¿qué has hecho ahora?

—¿Por qué piensas que he hecho algo?

—Te conozco bien. ¿Qué ha pasado?

—Pues... he hecho justo lo que me dijiste que no hiciera... así que te llamo para que me eches la bronca.

—¿Eres masoca? —bromeó entre risas.

—Sé que lo he hecho mal y necesito que alguien más me ponga en mi sitio, y me haga ver la realidad.

—Anda, desahógate, luego te echo la charla.

Sin interrupciones, tarde solo dos minutos en ponerle al día y ella tardo algo más en hacerme ver lo tonta que había sido, no solo por dar crédito a una revista de cotilleos sino por juzgarle sin hablar con él.

Antes de colgar le recordé el día de mi vuelo para que me fuera a recoger

al aeropuerto. Tenía ganas de verla de nuevo, la iba a echar de menos cuando me instalara definitivamente en Londres. ¿Instalarme en Londres? Tal y como estaban las cosas ya no estaba segura de nada.

El sonido de la llegada de un mensaje me sacó de mis reflexiones.

Alex: “Acabo de oír tu mensaje. Todavía estoy en casa de mis padres”

Alex: “No entiendo nada de lo que ha pasado y creo que deberíamos hablar pero no por teléfono”

Yo: “He pasado dos días llorando. Necesito contarte todo pero no quiero malentendidos”

Yo: “Estaba emocionada en el aeropuerto cuando te vi en una revista junto con tu ex en posición muy cariñosa y hacía suposiciones de reconciliación”

Yo: “Sé que no debía...”

Yo: “En realidad, todavía no me creo que estés conmigo y pienso que puedes encontrar alguien mejor”

Después de estos mensajes hubo unos minutos de silencio. Estaba muy nerviosa. Veía los ticks azules, los había leído. ¿Qué estaba pensando? Las lágrimas se acumulados en mis ojos, la había fastidiado. Se había hartado de que dudara de nosotros.

A los cinco minutos, cuando ya estaba llorando sin control, llegó su respuesta.

Alex: “Voy”

Yo: “Sí, por favor”

El presentimiento de que se había estado despidiendo de su familia y por eso había tardado en responder, hizo brotar mis lágrimas con más fuerza. ¿Dejaría de pensar de forma pesimista alguna vez?

* * * *

Aunque no tardó mucho en llamar al telefonillo para que abriera la puerta, me dio tiempo a terminar la copa y ponerme otra. No me había cambiado de ropa, simplemente había intentado relajarme pensando en algo alegre.

Al abrirle el portal le dejé la puerta del piso entornada para que pudiera pasar sin volver a llamar. Me senté otra vez y fijé mi vista en la ventana intentado evitar la caída de más lágrimas.

En menos de un minuto entró, cerró tras él y se acercó lentamente con gesto preocupado y dubitativo. Frente a mí, me quitó la copa de la mano dejándola

en la mesa y me acarició la mejilla.

—Solo voy a decir una cosa antes de dejarte hablar —levantó mi barbilla para verme bien a pesar de la tenue luz—. No hay nadie mejor para mí.

Tiró de mi mano para levantarme del sofá y me besó con pasión tras mucho tiempo de ausencia estrechando su abrazo en torno a mi cintura. El beso fue perdiendo fuerza poco a poco pero sus brazos no se aflojaron ni un milímetro hasta que colocó mi cabeza sobre su pecho y su barbilla sobre mi pelo. El abrazo continuó un tiempo dejándome libertad de iniciar la conversación.

—No quiero que te enfades.

—No me voy a enfadar. Ya me has dicho mucho en los últimos mensajes y puedo imaginar el resto pero prefiero que me lo cuentes para confirmarlo antes de equivocarme.

—Eso tenía que haber hecho yo ¿verdad?

—La verdad es que nos habríamos evitado este mal trago —se separó un poco y me miró antes de colocarme otra vez en la misma postura—. Pero entonces no serías tú ¿no? —apretó sus brazos—. Tendremos que trabajar en ello para no volver a sufrir. Nada más que eso.

Oírle hablar así me calentó el corazón. No estaba juzgándome, ni regañándome, ni dando un ultimátum, ni excusándose..., estaba dando por supuesto que continuábamos y que entre los dos íbamos a arreglarlo.

—El domingo estaba realmente emocionada. ¡Tenía muchas ganas de verte! Mi hermano me tomaba el pelo continuamente porque estaba un poco embobada —hice una pausa recordando lo nerviosa que estaba—. Al despedirme de ellos en el control policial ni siquiera pensaba en las dos horas de espera que todavía me quedaban antes de verte. Me senté frente a la puerta de salida y me entretuve con el teléfono. Quería que pasara el tiempo lo más rápido posible pero parecía que lo habían frenado.

—Suele pasar cuando estás esperando algo bueno —sus palabras llenaron el silencio que había dejado yo.

Se movió hacia el sofá conmigo aún entre sus brazos, nos sentamos y quedamos mirándonos con las manos entrelazadas.

—Entonces fue cuando cometí el error de acercarme a la tienda de prensa y chuches. Antes de seguir tengo que confesarte que miré un par de veces Internet para saber de ti durante los días de la gira, pero intenté que no me afectara. Te lo comento para que sepas cómo era mi ánimo —dejé un nuevo silencio entre nosotros y suspiré profundamente—. El caso es que vi una revista de música en cuya portada estaba el grupo y quise leer el artículo...

—Continúa Andrea, no pares ahora —me animó Alex al ver que me quedaba pensativa.

—El artículo estaba muy bien pero en la segunda hoja vi una foto tuya en una postura muy íntima con una mujer a la que no conozco —alguna lágrima escapó de mis ojos—. Parecía que la estabas besando y yo...

—No fue así —me contradijo apretando más mis manos para impedir que las apartara.

—Alex, te estoy contando lo que parecía y... me gustaría que entendieras mi razonamiento —le tranquilicé—. Parecía que os besabais y, para contribuir a mis temores, el artículo hacía mención a una relación antigua entre ambos y a la posibilidad de una reconciliación.

—¿Qué? ¿Pero qué revista es esa? —soltó de pronto mis manos—. Yo no hago declaraciones y la prensa suele dejarme tranquilo. No puedes creerte nada de lo que publica si está relacionado con mi vida privada, Andrea. No puede ser solo eso. ¿Por eso te fuiste?

—Lo siento. Intenta comprenderlo. Yo... se me juntó todo: miedo a que encontraras alguna pareja en la gira, desconocimiento sobre ella, nunca me habías hablado de ella... De repente vi mis temores confirmados por la foto y el texto. ¿No lo entiendes?

—No, no lo entiendo. Puedo llegar a comprender que tuvieras algunas dudas, más por tu miedo que por mis acciones, porque creo que te he demostrado una y otra vez lo que siento por ti. Lo que no entiendo es que salieras corriendo sin darme ninguna oportunidad de explicarme —no me dejó volverle a coger las manos, se levantó nervioso y comenzó a pasear por el salón—. ¿No lo ves? Hiciste lo mismo al juzgarme en casa de mis padres cuando bajé detrás de Olivia. No puedes actuar así, Andrea.

Paró su paseo frente a la ventana y permaneció pensativo mirando al exterior. Estaba preocupado. Me acerqué por detrás y le rodeé con los brazos apoyando la cabeza en su espalda. Él posó sus manos sobre las mías. Al principio temí que quisiera apartarlas pero solo las cubrió con cariño y suspiró.

—Andrea, no puedes seguir así ¿no lo ves? Yo puedo hacer todo lo posible para que me creas y confíes en mis sentimientos, pero no podremos afrontar los problemas y tus dudas si sales corriendo —se giró con lentitud y me volvió a abrazar—. Me duele bastante que dudes, pero si encima no me vas a dar oportunidad de aclarar malentendidos... no sé si...

—No lo digas —coloqué dos dedos sobre sus labios—. Por favor, sé que

es algo que debo cambiar, solo te pido algo de paciencia.

—La tendré —me besó ligeramente los labios—. No dudes que la tendré pero tú no puedes desaparecer durante días —una amarga sonrisa afloró en su rostro—. Intenta que nunca llegue a la noche ¿vale? —asentí con una sonrisa mientras me observaba fijamente y se ponía más serio—. Ahora, hay otra cosa que me gustaría que te entrara en la cabeza cuanto antes: eres lo mejor que me ha pasado en años. Todo lo que desconoces de mi vida anterior para mí es como si no hubiera pasado, y en este caso de hecho no ha pasado. Solo es una amiga a la que ayudé en un tema amoroso. Nunca ha sido nada más aunque no lo hemos desmentido. No te cambiaría por nadie ¿Lo entiendes Andrea?, por nadie —estrechó el abrazo y volvió a besarme.

Nos dormimos abrazados una hora después, totalmente relajados tras una sesión de amor tierno y dulce que despejó por completo todas mis dudas. Bueno, por completo no pero me fije el propósito de cambiar, confiar y no huir más. Esta vez había tenido mucha suerte pero no podía volver a ocurrir.

Capítulo 19

Juntos

Me desperté rodeada por sus brazos. Era el mejor lugar del mundo; mi cama, junto a él, rodeada por él. Me pegué todavía más y apreté sus brazos en torno a mí. Quería seguir allí todo el día. Sabía que él tenía toda esa semana de descanso después de la gira y deseaba pasarla con él pero era la última semana del curso y no podía faltar. No habíamos tenido la suerte de coincidir en nuestras vacaciones; las mías empezaban la semana siguiente.

Miré el despertador. Todavía podía arañar unos minutos antes de tener que ducharme a toda prisa y salir corriendo hacia la oficina. Todavía podía disfrutar de esa postura.

—¿Estás despierta?

—No

—¿Seguro? —insistió entre risas insonoras.

—No quiero ir —hice un infantil puchero.

—Yo tampoco quiero que vayas —me dio un beso en la cabeza—. Pero tienes que hacerlo y sabes que yo estaré aquí cuando vuelvas. Incluso me acercaré a tu oficina para comer contigo.

—No voy a poder concentrarme.

—Bien, porque me encanta ser el centro de tus pensamientos.

—¿Quién ha dicho que sea porque pienso en ti?

—Ah ¿no? —empezó a hacerme cosquillas—. No mientas.

—No miento —intenté apartarle, no podía dejar de reír.

—Claro que sí —paró sus manos sobre mi cadera—. Admítelo cariño, estás loquita por mí.

Me abrazó, me levantó y me llevó a la ducha. Una ducha repleta de juegos, no tan larga como queríamos porque se acercaba la hora del curso.

Me acompañó hasta la oficina y quedamos para comer. Nos costó separarnos pero la idea de volvernos a ver en unas horas facilitó que no llegara tarde. Esperando con ilusión el momento en que me recogiera, no pude concentrarme mucho. En esta ocasión, mi poca concentración carecía de importancia ya que era la última semana, los trabajos estaban entregados y

solo eran días de resumen y conclusiones.

Durante el descanso de media mañana me aparté un poco para llamar a Vic. Necesitaba explicar todo lo ocurrido a la parejita que estaba en España. Por muy lejos que estuvieran habían vivido mi huida en primera fila por las llamadas continuas de Alex y mis desplantes a sus mensajes. Ambos querían hablar a la vez así que pusieron el altavoz y tuve que aguantar sus reprimendas. Cuando por fin me dejaron hablar, conté cómo me había sentido, cómo habíamos arreglado el problema y mis propósitos para el futuro. Me entendieron y me dieron ánimos, también me contaron cosas del viaje. Se notaba que estaban contentos. Mi hermano estaba exultante y orgulloso de llevar a Vic a todas partes y presentarle a sus amigos dejando claro que era suya. Típico comportamiento macho, marcando sus posesiones. Me burlé de él todo lo que pude pero aguantó mientras interrumpía con frases cada vez más posesivas sobre su recién estrenada novia. Lo nunca visto.

A la hora de la comida me despedí de mis compañeros y salí corriendo para echarme en sus brazos en cuanto le vi esperando apoyado en un coche. Comenzamos a pasear siguiendo de forma instintiva el mismo camino que el primer día que conseguimos quedar solos; fuimos hasta el parque para tomarnos allí un perrito. Me encantó recordar nuestro día entre sonrisas y caricias. Él también se acordaba, su sonrisa y su mirada fija en mis labios le delataban.

Me costó abandonarle en la entrada del edificio para volver al curso pero me consolaba que quedaban solo unos días. La tarde pasó mucho más rápido y de nuevo salí corriendo para encontrarlo en la puerta esperando con una bolsa grande a sus pies.

—¿Y eso? —señalé la bolsa—. ¿Te marchas?

—No, cariño, me traslado.

—¿Te trasladas? ¿A dónde?

—A tu casa —me rodeó y me besó.

—Mmmm ¿A mi casa?

—Sí, toda la semana en tu casa —me besó de nuevo—. Me parece mucho más sencillo que tener que acercarme a la mía todos los días para ducharme y cambiarme. ¿Algo que objetar?

—No, nada que objetar.

—¿Seguro?

—Claro que sí. Aunque pensaba que tendría que mudarme yo a tu casa.

Por supuesto que no tenía nada que objetar, quería aprovechar todo el

tiempo posible con él. En menos tres semanas me volvía a Nueva York. Vale, solo era un mes pero tenía que ir y pensar en ello me entristecía. Aparté esa idea de mi cabeza y me centré en disfrutar del momento actual en el que tenía a mi entera disposición al hombre que ocupaba mis sueños. E iba a empezar a disponer de él inmediatamente.

* * * *

Pasamos varios días sin separarnos más que para que yo asistiera al curso. Durante ese tiempo no recibí ninguna llamada de mis amigas, pero sí muchos mensajes por el grupo de wasap que habíamos reactivado durante nuestra escapada. Estando yo en Nueva York, no parecía tener sentido ese grupo y había estado sin uso durante largas temporadas, pero ahora necesitaba contarles cómo iban las cosas. A Vic se lo había dicho de viva voz pero Anne no sabía todavía nada de mi huida y Eli esperaba confirmación de que todo estaba arreglado. Una tras otra contamos nuestras aventuras de la última semana: Vic y su viaje, Eli y la preparación de una feria equina, y Anne y el nuevo romanticismo de su vida en pareja. Por una vez en nuestra vida parecía que todas estábamos felices.

Las conversaciones a cuatro no eran sencillas pero en breve nos pusimos al día y decidimos que debíamos quedar otra vez antes de tener que irme. La propuesta era ir todas a la finca de Eli a pasar un fin de semana, esta vez con posibilidad de llevar a acompañantes.

Yo: "Qué bien!"

Anne: "Claro! Así no te pasarás el día escondida mandando mensajitos"

Yo: "Yo no hacía eso"

Eli: "Pero si te vimos. Todas lo sabíamos"

Yo: "¿De verdad? Creía que había disimulado"

Vic: "Pues no. No sabes disimular Andrea"

Yo: "Vale ya. Solo me alegra que vayan las parejas"

Yo: "Voy a estar poco aquí y no me quiero perder un fin de semana"

Anne: "Confirmado. Vamos Paul y yo"

Vic: "Confirmado también. Vamos Carlos y yo"

Yo: "¿Ya se lo has preguntado Vic?"

Vic: "No. Pero seguro que no me deja ir sola. jajaja"

Yo: "Yo tengo que ver si tiene conciertos. Os confirmo más tarde"

Eli: "Bien. Pues quedamos el sábado de la semana que viene y os

quedáis hasta el domingo. Yo llevaré a los niños con los abuelos”

Esa misma tarde pude enviarles la confirmación de que Alex me acompañaría a nuestra reunión, pero me quedé pensando en dónde nos íbamos a reunir. Sabía que John se presentaba de vez en cuando en casa de Eli y quería evitar a toda costa volver a verlo. Para mí sería muy violento después de nuestro último encuentro, aunque no estaba segura de que se acordara de algo, pero para Alex sería todavía peor. Desde el día en que se vieron por primera vez habían sentido un rechazo mutuo difícil de disimular, sentimiento que había aumentado cuando le conté el último encuentro. Si se encontraban de nuevo, seguro que la tensión se podría cortar con un cuchillo.

Al recogerme por la tarde, Alex comentó que tenía una sorpresa para la cena; había comprado los mejores ingredientes del mundo, según él mismo aseguraba, y se iba a convertir en mi chef privado durante unas horas. Me contó emocionado que había preparado algo que me iba a encantar pero no me dio más pistas para no fastidiar la sorpresa. A veces se me olvidaba que estaba de vacaciones y tenía mucho tiempo para pensar en divertidos planes en pareja.

Desde el momento que entramos en el piso, no me dejó entrar en la cocina y se encerró en ella durante un buen rato. Aproveché ese momento para llamar a Eli y ponerla al corriente de la situación.

—Hola Eli.

—Hola Andrea. Ya he visto que al final viene también Alex.

—Sí, sí, pero no te llamaba para eso —miré de reojo la puerta de la cocina—. Quería comentarte algo sobre John. ¿No irá a presentarse el fin de semana?

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Ya no lo puedes ni ver? —bromeó.

—Es que la situación es un poco tirante. Creo que te comenté el encuentro que tuvimos con Vic, Carlos, Alex, Henry y Jenny. ¿Recuerdas?

—Sí, claro, pero me dijiste que le pusiste las cosas claras.

—Eso pensé pero me lo volví a encontrar el viernes pasado y me dijo unas cosas —recordé lo sucedido -. Estaba con uno de mis compañeros de curso y preguntó que si ya me había hartado de Alex y más o menos dijo que era una...

—Vale, estaba enfadado.

—No solo enfadado; estaba completamente borracho y casi se pelea con mi compañero. No sé qué le pasa, Eli, lo nuestro fue hace mucho y se ha estado divirtiendo y pasando de mí desde entonces —me volví al oír abrirse la puerta de la cocina. Ya no podía disimular, luego se lo tendría que explicar

a Alex. Le vi acercarse a mí solo vistiendo un delantal bastante pequeño, no parecía llevar nada debajo.

—Lo sé, Andrea. Nunca podré disculparle, sobretodo porque ni yo le entiendo.

—Solo quiero asegurarme de no encontrármelo por ahí —seguí hablando con mi amiga sin quitar la vista del maravilloso cuerpo semitapado que venía hacia mí sujetando un platito con algunos aperitivos.

—No te preocupes. Lo entiendo, yo me ocupo de todo.

—Gracias Eli. Hablamos la semana que viene —me despedía antes de colgar. Mi apuesto cocinero estaba a menos de dos palmos y me ofrecía una pequeña tostada con una crema encima.

—Abre la boca —pidió esquivando mi mano cuando fui a cogerla.

La abrí al momento, totalmente cautivada por la visión que tenía delante.

—¿Te gusta?

—Me gusta —acaricié su hombro—. No sabía que había que vestirse de forma especial para esta cena.

—No te preocupes. Yo mismo me encargaré de tu vestimenta —ronroneó dejando el plato en la mesa—. No tardaré mucho en “vestirte” de forma similar a mí.

—¿Sí? ¿Y cómo lo vas a hacer? —pregunté con voz sugerente, totalmente excitada por la anticipación.

—Tú déjame a mí. Ya verás como no tienes ninguna queja.

Sus manos se colocaron sobre mi cintura, acariciándome mientras me besaba con ternura. Sentí la camiseta deslizarse hacia arriba y poco a poco mis pensamientos se fueron emborronando. Me encontraba dentro de una nube de placer, con sus manos recorriendo toda mi piel, presionando los puntos exactos para conseguir hacerme nadar en un mar de sensaciones.

—Cariño, ¿y la cena? —conseguí preguntar entre jadeos.

—Tenemos tiempo, le quedan 20 minutos al horno —respondió entrecortadamente mientras me besaba a lo largo del pecho bajando hacia el ombligo.

A partir de ahí no fui capaz de volver a hablar, me dejé llevar por completo entre sus expertas manos. Unas manos y unos labios que me provocaban escalofríos recorriendo las zonas más sensibles de mi cuerpo.

Mi cuerpo todavía no había dejado de estremecerse cuando empezó a sonar la alarma del horno y se levantó corriendo dejándome ver su hermoso y fibroso trasero en su camino hacia la cocina. Ni siquiera se había quitado el

delantal.

* * * *

La cena estaba buenísima. No sabía que Alex cocinara tan bien y realmente había sido una agradable sorpresa. Cada día me gustaba más. El hecho de que siguiéramos sin vestirnos hizo que fuera más excitante. Nunca había pasado tiempo desnuda con alguien sin tratarse de un encuentro sexual y por supuesto nunca durante una comida entera. Aunque él tenía mejores vistas que yo pues solo se veía la parte que asomaba por encima de la mesa y él todavía llevaba el delantal.

Me divirtió mucho ver como trataba de evitar que su vista se desviara a mis pechos mientras hablábamos. Además, era muy gracioso lo nervioso que se ponía cuando le pillaba. Sonreí cuando se levantó a recoger los platos y traer el postre. Había que estar muy seguro de sí mismo para pasearse de esa manera por la casa. Yo no me había levantado de la silla en toda la cena, no me sentía tan segura como para darle una visión completa de mi cuerpo mientras portaba los platos o bandejas. Su perfecto trasero me estimuló una vez más. ¿Qué me pasaba? Acabábamos de tener nuestro momento íntimo ¿No era suficiente? Nunca me había ocurrido algo así. Normalmente, tras un encuentro así me quedaba satisfecha y relajada, pero con él era diferente. Verle así me volvía a calentar, aumentando mi anticipación por lo que me esperaba que fuera una noche especial.

—¿Con quién hablabas antes? —preguntó dejando un cuenco con el cremoso postre entre ambos y sentándose a la mesa.

—¿Antes?

—Antes de la cena. Cuando salí de la cocina estabas muy seria, oí algo...

—Ahh —había llegando el momento de la explicación—. Estaba hablando con Eli. Le he confirmado que puedes venir y le he pedido que evite que su hermano se acerque por allí.

—¿Su hermano? —llenó la cucharilla y me la acercó a la boca.

—Sí ¿no te había dicho que John es su hermano? —saboreé el postre—. Mmmm. Esto está riquísimo.

—Pues... no estoy seguro de si me lo dijiste ¿Te gusta? —preguntó señalando el plato.

—Sí, me encanta —dejé que metiera otra cuchara en mi boca—. Le he contado nuestro último encuentro y le he pedido que se asegure de que no se

acerque por la finca durante nuestra estancia.

—Mejor, no tengo ganas de verle —cogió el cuenco y tiró de mi mano hacia el sofá—. Parece que te gusta bastante este postre. Viéndote saborearlo se me ha ocurrido una cosa.

—¿Sí? Miedo me das, tienes tu sonrisa pícara.

—Seguro que disfrutas igual que yo.

Me untó los pechos con parte del postre y empezó a chuparlos dejándolos tan limpios como antes. Después me miró fijamente y comenzó a ponerse postre en la parte baja del ombligo para ir bajando hasta su parte más íntima como invitación a seguir el juego. No necesité más, realmente me atraía la idea de darle placer. Seguimos untándonos hasta terminar el postre entero, cuando no nos quedó más remedio que ir a la ducha, para limpiar nuestra piel pringosa y terminar haciendo el amor contra las frías baldosas de la pared.

—Alex —susurré entre mis jadeos—. Alex, te quiero.

—Andrea, mi amor —jadeó dando una última estocada para relajarse después junto a mí—. No vuelvas a apartarme de tu lado —me mantuvo abrazada un largo rato dando besos en el cuello y la cara.

Cuando salimos del cuarto de baño después de secarnos el uno al otro, nos metimos directamente en la cama tal y como estábamos, desnudos por completo. Abrió los brazos para que me colocara cerca de él y me giró apoyando mi cabeza en su pecho, abrazándome desde atrás. Había descubierto que la famosa posición de la “cucharita” era la que más le gustaba para dormir, como si quisiera evitar que me separara de él.

Dado mi nivel de relajación, no pude evitar dormirme a penas toqué el colchón, mientras él me acariciaba la cara y apartaba mi pelo hacia atrás. Justo antes de caer en los brazos de Morfeo, le oí murmurar algo que no llegué a entender entre la neblina que se había formado en mi cabeza.

* * * *

El jueves fuimos a cenar a casa de sus padres, ya que la vez anterior él había tenido que salir corriendo y no había podido quedarse a la sobremesa. No les había contado la razón por la que no había permanecido más tiempo; no les había contado nada sobre el enfado. Toda la familia estaba presente y se mostraron muy amables a pesar de mi súbita partida al final de la primera y última cena familiar a la que había asistido. Gracias a la ausencia de Olivia, no hubo situaciones tensas ni malentendidos.

Jamie, que ya estaba muy recuperado pero seguía con la rehabilitación, contó graciosas anécdotas de su juventud en las que incluyó escenas vergonzosas con Alex como participante. Fue una cena animada durante la cual me atraganté varias veces por la risa, escupiendo sobre el pantalón de Alex en un par de ocasiones. Una de ellas se preocupó mucho al ver que no paraba de toser y se levantó a toda prisa para ayudarme aunque yo no paraba de reírme.

—Me ha encantado verte de nuevo —me dijo la hermana mientras nos despedíamos en la puerta—. Ha sido una de las cenas más entretenidas de los últimos años.

—Yo también lo he pasado muy bien —le guiñe un ojo—. Aunque casi me muero de la risa.

—Sí, la próxima vez las bromas después de la comida —soltó una carcajada bien sonora—. De verdad espero que vengas más a menudo —se acercó a mi lado y me susurró —mi hermano está mucho más feliz desde que te conoce.

—¿Qué hacéis susurrando? —interrumpió Alex pasando el brazo por encima de mis hombros—. Miedo me das hermanita, ¿no estarás contándole mis más oscuros secretos?

—Tú no tienes de eso Alex, y yo solo digo cosas buenas de ti.

—Zalamera —la regañó, me cogió y me guió hacia la salida—. Se acabó la charla, otro día volvemos. Nos tenemos que ir ya.

—Estás muy desesperado por quedarte con ella a solas ¿eh? —se burló.

—¡Hija! ¿Pero qué cosas dices? —su madre estaba completamente ruborizada.

—Mamá, tranquila, quiero salir ya porque tenemos un largo trayecto y no quiero llegar muy cansado.

—Lo sé cariño, solo a tu hermana se le ocurre pensar así. Andrea, espero volver a veros pronto.

—Mamá, seguro que vendremos la semana que viene o la siguiente.

Durante el camino a casa me burlé de él haciendo un repaso de las historias que había contado su hermano. Aguantó pacientemente mis burlas incluso riéndose conmigo. Y, como había dicho su hermana, no llegó muy cansado; de hecho, nada cansado. Cuando entramos en el dormitorio y vimos la cama, los dos pensábamos en otras cosas que nada tenían que ver con dormir y descansar.

Sin apartar la mirada de los ojos de Alex comencé a desnudarme lentamente. Después de un ligero movimiento de ojos Alex volvió a mirarme

fijamente y me imitó desnudándose poco a poco. Solo cuando ambos estuvimos en ropa interior decidimos acercarnos para acariciarnos y besarnos.

Dejé que tomara las riendas, quería sentirme cuidada y querida, más tarde habría tiempo para ser incitadora, salvaje y decidida. Agradecido tomó la iniciativa, me sentó en la cama y me tumbó hacia atrás para deslizarme las bragas despacio hacia la punta de los pies. Tras un rato acariciando, besando y lamiendo mi piel, erizándose el vello al rozar las zonas más sensibles, se levantó para deshacerse de la última prenda que quedaba en su cuerpo y se tumbó encima para darme un profundo beso en la boca. Un beso que empezó tierno pero se tornó apasionado mientras se introducía en mí. Ese fue el principio de una noche muy intensa en la que Alex decidió aprovechar mis “juguetitos” para aumentar nuestras sensaciones. ¡No había otro sitio en el mundo mejor que entre sus brazos!

Capítulo 20

Vacaciones

El viernes salimos por la noche con mis compañeros de curso, a cuyas últimas clases habíamos asistido esa misma mañana. Al día siguiente Adam se volvía a Nueva York y habíamos quedado todos para despedirnos.

Alex no quería dejarme a solas con Adam, no se fiaba de él a pesar de que le conté con todo detalle todo lo que habíamos hablado. Desconfiaba de la existencia de esa mujer de la que estaba enamorado y no le gustaba nuestra cercana amistad. Yo intentaba tranquilizarle porque no veía ningún problema pero reconocía que si fuera al revés quizás yo también desconfiaría. Entonces me di cuenta de lo que me había explicado varias veces; ahora era yo la que estaba molesta con sus dudas acerca de mí. Por eso le pedí que viniera con nosotros y me propuse acercarle a Adam para que surgiera cierta conexión.

Nos encontramos con ellos directamente en la sala de fiestas, donde tomamos unas copas y charlamos un rato en uno de los rincones más tranquilos. La conversación fue cada vez más animada. Ralf y Adam no paraban de preguntarle a Alex sobre el grupo que representaba mientras Louise y yo conversamos sobre los planes que teníamos. Una hora después, al volver de mi excursión al baño encontré a Adam y Alex enzarzados en una conversación animada.

Me acercaba a la zona cuando comenzó a sonar uno de los ritmos latinos que habíamos bailado Adam y yo la semana anterior. Le vi levantarse para acercarse a mí pero Alex fue más rápido y tiró de mi mano hacia la pista.

Debía de haberlo supuesto por cómo se movía en la cama pero me sorprendió lo bien que bailaba este tipo de música. Adam bailaba bien pero Alex me hacía llegar al cielo, probablemente porque yo no sentía lo mismo estando con uno que con otro. Además, no parecía estar bailando conmigo sino atrayéndome, seduciéndome y excitándome con cada movimiento. El resto del mundo dejó de existir. Ese hombre era un peligro, no iba a poder dejarle bailar con nadie más. Seguro que había bailado con muchas, seguro que ellas se sentían como yo. Me negué a seguir pensando en ello. Solo importaba el presente, del cual disfrutaba minuto a minuto, y el futuro, que era muy

prometedor.

Le vi sonreír y divertirse durante toda la noche. Bailamos, bebimos, hablamos y volvimos a bailar. Era una de las pocas veces que salíamos sin que tuviera que estar pendiente del teléfono; las vacaciones le están sentando bien. Cuando se fue al baño Adam aprovechó para acercarse y aclararme las ideas.

—Ese tío está loco por ti.

—¿Cómo?

—No vuelvas a dudar de él. Te lo digo porque solo os haréis sufrir y...

—¿Cómo puedes saberlo?

—Se nota a la legua, Andrea. Estás más ciega que un topo.

—¿En qué lo has notado?

—Te persigue con la mirada, está celoso de mí, bueno, de todo el que se te acerca... Por favor, Andrea, ¿de verdad no lo ves?

—Pues yo...

—Schss Ahí viene. Verás como se coloca en medio o te saca a bailar para alejarte de mí.

—No creo que...

No pude terminar la frase, sentí un tirón de la mano y un abrazo. Con su pecho pegado a mi espalda me dio un beso en el cuello y me preguntó si íbamos a bailar. Guiñé un ojo a Adam que nos miraba sonriendo y me di la vuelta para seguirle.

A los pocos minutos Adam se reunió con nosotros en la pista y se puso a bailar sin pareja, miré hacia nuestro rincón y comprendí su actitud, Louise y Ralf estaban enrollándose sin hacer caso a nadie. Me dio algo de pena ver que era el único sin pareja y se lo mencioné a Alex para que no sintiera celos si me acercaba a él. Pero no hizo falta. Cuando terminé de explicarle la situación y me giré para incluirle en nuestro círculo, me di cuenta de que Adam ya había conseguido pareja de baile.

La noche terminó entre risas a las puertas de la sala. Después de darnos los teléfonos para mantenernos en contacto y sacarnos un par de fotos de recuerdo, Louise y Ralf se fueron juntos y nosotros tres cogimos un taxi para dejar primero a Adam en su casa y luego seguir hasta el piso de Vic.

—Parece que lo has pasado muy bien —susurré acomodándome entre sus brazos en el asiento trasero del taxi.

—Me parece que tú también —contestó besándome la cabeza.

—Me alegro de que hayas hablado con todos, se te veía animado.

—¿A qué te refieres?

—A Adam. Pensé que estarías tirante.

—Cariño, trabajo mucho de relaciones públicas. ¿De verdad creías que no me podría comportar? —me apretó aún más—. Además, no es mal tipo, aunque no me gusta que se te acerque demasiado.

—No sé como no ves que solo tengo ojos para ti.

—Eso me dijo.

—¿Cómo? —exclamé avergonzada.

—Adam me estuvo explicando por qué no debía estar celoso —su pecho vibró por la risa—. Me sentí un poco incómodo.

—Cualquiera estaría un poco incómodo pero él es así de directo.

—Supongo que no quería ser la causa de problemas, pero no se dio cuenta de que los celos pueden no ser por temas sexuales. También existen celos en amistad, por grado de confianza o por el tiempo que pasas con uno y con otro.

—Siempre preferiré estar contigo a estar con otros —me giré y le besé antes de volver a mi posición inicial—. A mí también me explicó ciertas cosas de ti.

—¿Qué te dijo?

—Que estabas loco por mí.

—Yo tampoco entiendo cómo no te das cuenta tú sola. A veces me parece que soy demasiado obvio.

Llegamos al piso agotados. Esa noche no hubo sesión de sexo pero si de cariño y terminamos dormidos en nuestra posición favorita; él abrazándome por la espalda con un brazo bajo mi cabeza y el otro en mi cintura.

* * * *

En mi primer día de vacaciones Alex me pidió que me mudara a su casa. Estas dos semana el tendría que trabajar y yo no, así que era mucho más fácil de esa manera. No puse ninguna pega. Aunque Vic y Carlos no volvían hasta el jueves y podíamos seguir aprovechando su piso, me parecía lógico mudarnos para simplificarle el día a día.

A la hora de comer ya tenía todas mis cosas en su piso, incluido mi ordenador portátil para poder entretenerme durante los momentos en los que tuviera que trabajar. Esa misma tarde de sábado confirmé que había sido una buena idea porque se pasó dos horas ultimando preparativos del concierto de la noche y la fiesta posterior. Le oía hablar por teléfono desde su despacho y

moverse en círculos gesticulando nervioso cuando no estaba todo en orden todavía.

Tuve tiempo de sobra para revisar mi Twitter e Instagram y llevarme una sorpresa desagradable por un mensaje inoportuno. No dejé que me afectara simplemente lo borré y me centré en el resto de mensajes. Me gustaba consultar con frecuencia ambas cuentas para mantenerme actualizada y contestar los comentarios. No sabía lo que iba a hacer en mis vacaciones ni cuando podría volver a conectarme, me iba a dejar llevar por Alex. Relajarme, acompañarle en sus compromisos y aprovechar los huecos libres para disfrutar con él. Desconocía por completo su agenda durante esa semana pero sí sabía que el sábado siguiente iríamos a la finca de Eli a pasar dos días con mis amigas y sus parejas.

El compromiso de esa noche me hacía especial ilusión; presentarme a todo el grupo era un gran paso. Sabía que no lo había hecho con ninguna de sus novias o ligues, y eso me hacía sentir única.

Por eso, quería elegir un vestido elegante que no estuviera fuera de lugar, un vestido que le dejara con la boca abierta. Un vestido que...

—¿Estás aburrida? Siento haberte dejado sola tanto tiempo —salió del despacho acercándose a mí espalda para colocar los brazos en torno a mis hombros y besarme la cabeza.

—No me he aburrido, estaba pensando y mirando internet —sentada en la silla de la mesa del comedor miraba la pantalla de mi portátil sin mucho interés—. Revisando Instagram he visto este un mensaje que no me ha gustado nada así que lo he borrado. Era de John.

—¿Qué te decía?

—Nada que me sorprenda ya. De verdad que no entiendo su actitud.

—Bueno, a lo mejor hasta ahora no creía haberte perdido.

—Puede, pero nunca le he dado pie a que creyera lo contrario.

—¿Era un mensaje muy grosero?

—Bah, solo un poco —sonreí juntando el índice y el pulgar para indicar lo poquito que me importaba—. Ahora le he bloqueado así que... peor para él.

—Así me gusta. Venga, tenemos media hora para vestirnos. Vamos a cenar con el grupo para poder hablar con ellos antes del concierto.

—¡A divertirse!

—Ya te he dicho que es trabajo, cariño. Aunque sea con un equipo divertido.

—Ya, ya, ya —me burlé.

—Ven aquí ahora mismo, insolente —se hizo el ofendido mientras me hacía cosquillas y me perseguía hacia el dormitorio.

Nos llevó un rato salir de la habitación vestidos pero cuando nos vi en el espejo de la entrada pensé en la pareja perfecta. Había conseguido que mi vestido le dejara con la boca abierta y el me había dejado a mí deseando no salir de casa pero teníamos que ir. Era su trabajo y yo pensaba disfrutarlo.

—Estás preciosa, cariño.

—Tú también.

En el coche algunas de mis inseguridades intentaron salir a flote. Mis dudas sobre si encajaría en el grupo y si me desenvolvería bien en ese ambiente fueron contrarrestadas hábilmente por la mano de Alex cogiéndome cuando no necesitaba cambiar de marcha y las miradas de deseo que me echaba cada vez que parábamos en un semáforo. ¡Malditos nervios!

* * * *

La cena fue muy entretenida. Si eso era lo que llamaba trabajar, iba a pasar dos semanas geniales. Tuvo que repasar todos los puntos clave del concierto y de la fiesta, además de recordar la agenda de la semana siguiente, pero esa tarea no le llevó mucho tiempo y después disfruté de las bromas entre los músicos a propósitos de sus vidas privadas. Parecía una comida familiar, más que profesional. Y Alex era uno más de ellos, con historias y bromas como todos, aunque un poco más mayor que el grupo.

Me encantó sentirme parte de algo así. Mi trabajo de técnico de sonido no permitía ese contacto con los artistas y ese era un mundo muy singular y desconocido para mí. Esa sensación no hizo más que aumentar al poder disfrutar del concierto desde un lado del escenario. Los músicos me saludaban en sus entradas y salidas como si fuera ya de la familia, y Alex a mi lado me sonreía orgulloso por el éxito del espectáculo.

La gran fiesta posterior me afectó de una manera totalmente distinta. Siempre había creído que las gruppies de las películas eran ficción pero observé que existían de verdad. Se pegaban con descaro a los miembros del grupo para conseguir pasar la noche con ellos mientras yo sentía una mezcla de repulsión y pena. ¡Algunas parecían demasiado jóvenes!

Los chicos no me defraudaron, consiguieron agrandar pero sin llegar a más. Algunos de ellos estaban ya con relaciones serias, solo uno era completamente soltero pero tenía las ideas muy claras y un criterio muy selectivo.

Observé como las dejaban sentarse y rodearles, las animaban, hablaban... había cierta cercanía pero no llegaba a intimidad y sobretodo no daban pie a ningún acercamiento sexual, parecía coqueteo simple sin profundizar. Pero cuando ese coqueteo se arrimó a Alex mi sonrisa se enfrió. Miré detenidamente como Alex se excusaba y apartaba con cierta delicadeza a la muchacha que se le había echado encima. El pobre tuvo que ser más tajante dada la insistencia de aquella loca medio borracha. Viendo su situación me acerqué con decisión y le planté un profundo beso en la boca provocando la indignación de la mujer que se alejó diciendo insultos e improperios.

—¿Te has divertido observando mientras me esforzaba en alejarla?

—Mmmm yo nunca haría eso.

—Eres mala, muy mala. No has venido a ayudarme.

—Cariño, no soy tan mala pero no quería parecer muy celosa —seguí abrazándole y besándole en el cuello—. Además, pensaba que tú solito podías deshacerte de ella. Deberías estar más que acostumbrado por el mundo en el que te mueves.

—Las mujeres no suelen acercarse a mí, prefieren a los del grupo, y nunca son tan insistentes. Quizás era demasiado joven para captar las indirectas. No me gusta ser brusco pero no he tenido más remedio.

—Pobrecito ¿Te has sentido como un objeto?

—No te burles, graciosa —me sujetó mientras me hacía cosquillas.

—Vale. ¡Para ya! —exclamé retorciéndome para librarme de su ataque—. No volveré a dejarte solo ante el peligro.

—Eso espero.

No nos quedamos mucho más en la fiesta y el tiempo que pasamos allí estuvimos muy juntos. O él pasaba su brazo sobre mis hombros o yo colocaba mi brazo en torno al suyo, dejando patente la relación que manteníamos para que nadie se acercara con intenciones de coquetear. Y lo conseguimos: nadie se acercó.

Nuestra primera noche en su casa no fue como había pensado. Estaba completamente agotado. Después de toda la tarde estresado y llegar a altas horas de la madrugada, se le cerraban los ojos incluso antes de tumbarse en la cama. No quise hacerle sufrir, yo también estaba muy cansada. Ambos necesitábamos una noche tranquila. Se desvistió como un zombie y tardó menos de diez minutos en dormirse mientras yo me desmaquillaba en el baño. Cuando me apoyé en el marco de la puerta e intenté salir de forma sugerente, me detuve en seco ante su imagen tumbado de lado con la cabeza medio caída

apoyada en su codo, con los ojos cerrados y respirando profundamente.

Le quité el codo y coloqué su cabeza sobre la almohada. Me tumbé a su lado y le observé un rato pensando en el poco tiempo que habíamos pasado juntos y todo lo que habíamos hecho desde que nos habíamos visto en el hotel de Nueva York. Habían sido dos meses nada aburridos. Bostecé adormilada y me di la vuelta para colocarme entre sus brazos.

Esa noche soñé que no me marchaba, que me llamaban desde la oficina y me decían que no era necesario sino que podía empezar directamente en la oficina de Londres después de las vacaciones. Dormí toda la noche con una sonrisa en la boca, con el brazo de Alex en mi cintura y una sensación de paz indescriptible.

* * * *

El domingo fue un día muy tranquilo en el que Alex me dio varias sorpresas, empezando por levantarnos tarde y remolonear en la cama hasta el mediodía, jugando, hablando y riendo. En un momento dado decidió que debíamos ponernos en marcha y tiró de mí hacia el cuarto de baño. Después de ducharnos decidimos llamar a Henry y Jenny para comer con ellos en el parque. Yo los había visto la semana anterior pero Alex hacía tiempo que no coincidía con ellos.

Cuando llegamos ya estaban sentados en una de las mesas de la terraza. Nada más vernos ambos se levantaron para saludar.

—Hola Jenny. Henry, me alegro de verte de nuevo.

—Yo también Alex —respondió dándole una palmadita en la espalda—. Menos mal que has vuelto. Tenías que haber visto a Andrea el fin de semana pasado. Menuda resaca ¿verdad?

—De verdad, cariño, no te puedo dejar sola ¿eh? —bromeó mi acompañante rodeándome los hombros con su brazo.

—Esas cosas no se cuentan —me acerqué a Henry y le dí un golpe en el brazo—. Recuerda quién te presentó a tu maravillosa pareja.

—Y por ello te estaré agradecido toda mi vida —cogió la mano de Jenny—, pero... si haces tonterías atente a las consecuencias. ¿Qué tal la resaca?

—No creo que vuelva a beber tanto en mi vida.

—Un buen aprendizaje —Alex apoyó mi cabeza en su pecho y me dio un beso en el pelo.

Nos sentamos y pedimos la comida

—¿Qué vais a hacer el miércoles? —me preguntó Jenny—. Estamos pensando ir al restaurante de tu amiga Anne. Me has hablado tanto de ella que me apetecía probarlo.

—Lo siento Jenny —interrumpió Alex—. El miércoles no estaremos en Londres.

—¿Ah no? —exclamé sorprendida.

—No —siguió comiendo creando expectación entre los demás—. Tengo una pequeña sorpresa preparada y saldremos el martes por la tarde para volver el jueves a mediodía.

—¿Una sorpresa? Pero... ¿no trabajas?

—Me he cogido un par de días y quiero aprovechar un viaje que tengo que hacer y quedarnos allí un poco más.

—No me habías dicho nada de un viaje.

—Esa es la definición de sorpresa, cariño.

—Pero ni siquiera sabía que tenías que ir de viaje.

—Es que si te lo hubiera dicho me habrías preguntado dónde y esa es la sorpresa —me contestó acariciándome la mejilla y rozando mis labios con los suyos.

—¡Qué bonito! —exclamó Jenny—. Una escapada romántica.

—Alex, estás poniendo el listón muy alto. Ahora tendré que hacer yo algo para contentarla —bromeó Henry guiñando un ojo y señalando con la cabeza hacia Jenny.

—Lo siento, agente —siguió la broma —, pero la oportunidad lo exige.

—¿Y dónde me llevas?

—Es una sorpresa ¿Sabes lo que es una sorpresa verdad? —soltó una carcajada.

—Puede ser una sorpresa ahora —intenté sonsacarle el destino del viaje mostrándome mimosa.

—Alex, lo llevas crudo, ha desplegado sus encantos.

—Pero es que tengo que saber dónde vamos para hacer el equipaje —solté un puchero muy infantil.

—No te preocupes por nada, cariño. Lo tengo todo planificado y me están ayudando —me miró fijamente -. Quiero ver tu cara de asombro cuando leas el cartel en el embarque.

Verle tan ilusionado me emocionó. No quise insistir para no destapar la sorpresa y cambié de tema de conversación después de besarle y susurrarle un suave “te quiero”. Mientras ellos se entretenían hablando de deporte, conté a

Jenny mi encuentro con John y su mensaje. Se mostró sorprendida de que tuviera noticias de él. Ella trabajaba en la misma empresa y no habían vuelto a cruzarse, aunque le habían llegado rumores de que estaba buscando un nuevo traslado.

Al cabo de dos horas nos despedimos de ellos con mi promesa de llamarles cuando supiera el destino del viaje, pero al darme la vuelta pillé a Alex haciendo gestos que indicaban que él les llamaría para decírselo antes. ¿De verdad iba a ser yo la última en enterarme?

* * * *

El lunes pasó sin grandes actividades. Alex tuvo que ausentarse por un par de reuniones en la oficina y tuvimos una cena con el grupo para hablar de su próxima gira. En cuanto mencionó que estarían dos semanas fuera no me enteré de nada más. Se me nubló la mente. Otra vez se iba, y esta vez por más tiempo. Aunque coincidiría con mi estancia en Nueva York, así que ¿qué importaba? Que se fuera dónde tuviera que ir ¿Dónde era? No tenía ni idea, como si se hubieran puesto de acuerdo nadie había mencionado el destino.

Dejé la sonrisa fija en mi cara mientras mi cerebro seguía haciendo de las suyas. En una semana me tendría que ir. Nos separaríamos por primera vez desde... solo habían pasado dos meses pero no quería estar tanto tiempo sin verle. ¡Un mes entero! Bueno, siempre podríamos hablar por Skype pero no era lo mismo.

Decidí dejar a un lado esos pensamientos que lo único que conseguirían sería ponerme triste y me centré en el famoso viaje sorpresa del día siguiente. No había vuelto a preguntarle a dónde íbamos; también quería que fuera sorpresa. ¿Dónde íbamos? Pensé en islas paradisíacas, en ciudades italianas antiguas y románticas, en paisajes verdes de naturaleza salvaje en el norte de Europa... No podía hacerme una idea de lo que había pensado.

Hasta que trajeron los postres Alex no pudo dedicarme ni un minuto. Desconocía por completo todos los puntos a concretar para preparar una gira. Por mi trabajo sabía bien los aspectos técnicos de un concierto o evento pero no los aspectos logísticos como hoteles, billetes, reuniones, restaurantes, fiestas... y un sin fin de compromisos que debían cerrarse antes de iniciar la gira.

Le observo mientras enumera las distintas fiestas a las que tendrán que asistir. No está alegre pero tampoco disgustado; simplemente no muestra

ninguna emoción especial. Habla de juergas como si fueran eventos literarios. Para él es trabajo y no debía olvidarlo porque si durante una gira de cuatro días salieron todas esas fotos y los periodistas especularon de esa manera, no podía ni imaginar qué pasaría en una que durara dos semanas. Sobretudo si había fans femeninas alrededor y si alguna de ellas decidía seguirles a todos los conciertos. Podía llegar a ser un martirio.

Intenté pensar en ese mes como en un descanso temporal en el que cada uno estuviera con sus amigos; cada uno concentrado en su trabajo durante unos días para luego poder volver juntos a Londres.

En realidad todavía no habíamos hablado de qué pasaría después de ese mes. Yo estaba segura de querer volver a Europa, a algún punto más cercano a mi familia y mis amigas. No podía negar que Alex era el motivo principal por el que me había planteado el traslado pero, aún si lo nuestro no llegaba a funcionar, tenía otros beneficios añadidos por lo que había decidido que era el momento ideal para solicitarlo.

Me gustaba verle mientras trabajaba, se ponía muy serio y profesional pero de vez en cuando conseguía desviar su mirada hacia mí y hacerme algún gesto como guiñarme un ojo o sonreír. Esos momentos hacían que no me sintiera fuera de lugar, me mostraban que realmente valoraba que le acompañara.

Capítulo 21

Viaje sorpresa

El martes me levanté como si no hubiera dormido nada. Los nervios por el viaje me despertaron varias veces y verle dormir plácidamente a mi lado no mejoró mi humor. Alex aguantó pacientemente y con una sonrisa en la cara todas mis salidas de tono al despertar, durante el desayuno y en el taxi. Si quería que siguiera siendo una sorpresa tenía que hacerlo pero no se lo puse fácil.

Cada vez que intentaba sonsacarle algo, me contestaba con una risita. Cuando amenazaba con no moverme hasta saberlo, se acercaba a darme un beso y bromeaba conmigo. Cuando fingía que ya todo me resultaba indiferente, me acariciaba con ternura.

Sabía que viajábamos a algún punto de Europa porque me había dicho que el tiempo era similar que en Londres y no tardaríamos más de tres horas en llegar. Se vio obligado a darme algo de información después de insistir en la necesidad de conocer esos detalles para hacer la maleta y elegir la ropa para el viaje.

Alex había hecho el check-in en la web y no pasamos por ningún mostrador. Tampoco tuve tiempo de ver las pantallas de los vuelos que salían a esas horas; habíamos llegado tan justos de tiempo que me cogió de la mano y me llevó corriendo hacia la puerta de embarque pasando por el control policial.

Cuando vi nuestro destino no podía dejar de sonreír. Me lancé a los brazos de Alex y comencé a besarle la cara mientras las dos azafatas insistían en que les entregáramos la documentación y entráramos. Éramos de los últimos en llegar y debíamos subir lo antes posible para no retrasar el vuelo. Nada más entrar en el pasillo de acceso al avión volví a lanzarme en sus brazos.

—Cariño, te quiero tanto —estaba tan emocionada de volver a Madrid que no podía contenerme—. Me has dado la mejor sorpresa.

—Lo sé. Estaba seguro de que te encantaría. Y ha sido muy difícil mantenerlo en secreto. Creo que me he ganado una buena compensación —me guiñó el ojo con una sonrisa enorme—. Ya verás cuando veas el hotel. No vas

a poder resistirte a mí.

—Eso ya me pasa.

—Bueno, vamos dentro cariño. Quiero empezar nuestro viaje ya, que me presentes a tu familia y a tus amigos, y que pasemos unos momentos inolvidables.

—¿Has hablado con Carlos y Vic?

—Claro, está todo preparado. Ya saben que vamos y han quedado con amigos para esta noche —metió mi maleta en el compartimento y se sentó a mi lado—. Ah, y tus padres nos esperan a comer mañana.

—¿No te insistió mi madre en que durmiéramos en su casa? Es muy grande.

—Algo dijo... pero no me conocen y preferí tener más libertad.

—Mucho mejor así. Veo que lo has pensado todo.

Me recosté sobre su hombro sintiéndome la mujer más feliz del mundo. Esta noche pensaba agradecerle esta sorpresa de una forma que iba a recordar durante mucho tiempo. Ya estaba imaginando su cara cuando me viera con mi nuevo conjunto de lencería. Yo también podía sorprenderle y esperaba que le gustara tanto como a mí descubrir el destino de nuestro viaje. Me hacía ilusión presentarle a mis amigos y mi familia, enseñarle mis sitios preferidos... unir mis dos mundos para que fueran uno solo. Sabía que ya había estado en Madrid pero seguro que no conocía los mismos bares y rincones que yo.

Mi hermano nos esperaba a la salida levantando un gracioso cartón con dibujos entorno a nuestras iniciales “A & A”, todo ello imitando el logo de los famosos chocolates M&M. Al verlo dejé que Alex cogiera mi maleta y fui a saludarle como siempre hacía, colgándome de sus hombros con las piernas en torno a su cintura.

—Hola, hermanito —grité emocionada.

—Hola, renacuaja. ¿Te ha gustado la sorpresa?

—Me ha encantado —miré con adoración a Alex que en esos momentos saludaba a Vic—. Es increíble que estemos aquí los cuatro.

—Y lo vamos a pasar genial. Esta tarde hemos quedado con todos en el bar.

Bajé las piernas y re Coloqué mi ropa antes de saludar efusivamente a mi amiga, ahora casi cuñada, y animarla a que me contara todo lo sucedido estos días, incluidas las reacciones de mis padres a su noviazgo y sus sensaciones al conocer a los amigos y amigas de mi hermano. A algunos los conocía de antes, cuando venía a visitarme en vacaciones, pero muchos eran desconocidos para

ella. Conociendo su miedo a conocer rollos anteriores, quería saber si estaba bien y no había sido muy difícil encajar.

Los hombres iban delante con las maletas mientras nos quedamos retiradas para poder hablar con tranquilidad.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—Sí. Tu hermano ha sido muy atento. Supongo que habrá habido algún rollo con sus amigas pero me ha hecho sentir la única desde el principio. Ninguna ha mostrado que hubiera una relación especial.

—Porque no la ha habido, ya te lo dije. Eran rollos cortos y nunca del grupo.

—Menos mal, tenía mucho miedo.

—No sé porqué. Imagina que fuera al revés. Si tú le presentaras a tus amigos no habría posibilidad de encontrar ex amantes. Hasta ahora has sido de las que aplica la norma de usar y tirar —solté una carcajada por la que Alex se volvió con una ceja levantada.

—Así que era una zorra ¿eh? —siguió mi broma—. ¿Y tú quieres una persona así de cuñada?

—Claro que sí, cariño —la abracé fuerte—. ¿Ya te lo ha pedido?

—¿Qué dices loca? Todavía no.

—Pues no le queda mucho. Lo veo en las nubes.

—Eso no te lo crees ni tú. Primero vamos a ver cómo convivimos y luego...

Seguí su mirada y vi que estaba fija en el trasero de mi hermano. No tenía arreglo, siempre pensando en lo mismo. Eso me hizo fijarme en el de Alex que se dio la vuelta al llegar al coche y me guiñó el ojo cuando me pilló observándole.

Dejamos las maletas en la recepción del hotel y fuimos a comer de tapas. Durante una hora tuve que contarles lo ocurrido en mi huida a la finca de Eli y aguanté estoicamente sus reproches por mi actitud gracias a la mano de Alex entrelazada a la mía. Después nos fuimos a descansar para poder aguantar la noche que nos tenían preparada.

El hotel era precioso y la habitación increíble, pero no descansamos mucho. Como había previsto, mi conjunto de lencería fue el detonante de una sesión de amor muy excitante, con mucho sexo y ternura, seguida de un baño lleno de confidencias y una pequeña siesta.

* * * *

El encuentro con mis amigos, que también eran los de mi hermano, fue muy emotivo. Hacía tiempo que no los veía y teníamos muchas cosas que contarnos. En mi caso, la principal estaba a mi lado. Incluí a Alex en cada una de las conversaciones para que no se sintiera mal aunque en algún momento de la noche me comentó que no hacía falta que me esforzara tanto, que le encantaba escucharnos. Pero yo no solo lo hacía por él sino que me gustaba presentarle como mi pareja y me ilusionaba que me hubiera preparado esta sorpresa.

El momento más extraño fue cuando uno de mis amigos le reconoció. Javier había estado en un concierto del grupo y en una de las fiestas de su última gira. Estaban hablando de esa fiesta cuando mencionó que había venido con una amiga extranjera que estaba de vacaciones en su casa. Aquello me extrañó porque ninguno sabíamos que tuviera una amiga “especial”. Al poco se acercó a nosotros una rubia y le entregó una de las dos copas que llevaba. La mujer al ver a Alex se puso a gritar muy contenta y le abrazó efusivamente, dejándome un poco apartada. Entonces la reconocí, era la mujer de la foto de la revista. La famosa foto que me hizo huir de todo. ¡No podía ser! No quería verla. Noté como la sangre desaparecía de mi cabeza cuando Alex se daba la vuelta para presentármela.

—Andrea, ella es Francesca.

—¿Andrea? ¿Tú eres Andrea? Alex me ha hablado mucho de ti. Me alegro de conocerte —me besó las mejillas sin dejar de sonreír.

—Si... Hola... Yo también —no me salían las palabras con fluidez.

—Alex estaba triste durante la gira porque no te había convencido para acompañarle.

—No pude. Tenía un curso obligatorio por el trabajo —no tenía derecho a ser tan simpática, había centrado mi odio en ella durante unas horas y si resultaba no ser la acosadora que yo había pensado todo se desmoronaba y yo resultaba ser la peor persona del mundo por desconfiada.

—A mí me encantan todas sus giras. Esperemos que a la próxima puedas venir —se acercó a mí y susurró guiñando un ojo —, y si no puedes, no te preocupes, yo le protejo de todas las arpías acosadoras para que vuelva sano y salvo a tus brazos.

—Gracias, supongo —pues sí era simpática.

Alex me miraba fijamente sonriendo con los brazos cruzados en el pecho. No interrumpió mientras hablábamos, dejando que yo sacara mis propias

conclusiones pero en un momento dado le vi decirme con los labios “lo ves”. Yo me sentía muy ridícula por haber pensado tan mal de ellos que no pude concentrarme en la conversación hasta después de un rato pero me resultó agradable conocer a alguna persona normal dentro de su mundillo.

Después del bar de tapas fuimos a una discoteca a bailar. A pesar de mis celos paranoicos, como los llamaban mis amigos, no me vi afectada cuando después de dar un espectáculo conmigo con uno de sus sensuales bailes, mi pareja sacó a bailar a Vic y Francesca. Me di cuenta de que los bailes con ellas no eran iguales. Además, me sentía segura a pesar de que Vic le persiguió durante un tiempo y Francesca... todavía no sabía con certeza lo que había pasado entre ellos pero debía confiar en Alex y él me había asegurado que nunca habían llegado a liarse.

Volvimos al hotel paseando. Los dos estábamos un poco achispados después de las copas y animados por los bailes y la música. Hablamos, reímos e incluso cantamos por la calle agarrados del brazo. Cuando entramos en la recepción del hotel ya nos habíamos despejado un poco con el aire fresco de la noche y subimos en el ascensor mirándonos a los ojos con amor pero con un cansancio muy presente.

Tras desnudarnos y pasar por el baño nos metimos en la cama con la única intención de dormir, aunque no faltaron besos y otros gestos de cariño, sin llegar a nada más. Me sentía muy feliz cuando por fin cerré los ojos agotada, con su suave respiración a mi lado y su calor envolviéndome bajo las sábanas.

* * * *

Me despertó con caricias y besos, comenzando la exploración que por cansancio no tuvo lugar la noche anterior. Teníamos tiempo para disfrutar antes de que me dejara unas horas por trabajo. Pedimos el desayuno en la habitación y aprovechamos cada minuto hasta la hora de salir.

Nos despedimos en la puerta del hotel quedando en vernos de nuevo en la casa de mis padres para comer. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba de visita? Realmente echaba en falta mis paseos por el centro mirando escaparates y disfrutando de las plazas y jardines. Compré cosas totalmente innecesarias, tomé un par de cafés en bares antiguos y saqué un montón de fotos y selfies. ¡Una verdadera turista en mi propia ciudad! Seguro que mis padres no se lo creían.

Alex: “Ya he terminado. ¿Dónde estás?”

Yo: “Cerca de casa de mis padres”

Alex: “Yo también, espérame fuera. Quiero saludarte como es debido”

Alex: “Y sin espectadores”

Yo: “Mmmm eso promete”

Cuando llegó me abrazó con fuerza y me besó de forma salvaje, con necesidad, mientras bajaba las manos hacia mi trasero y apretaba cada nalga estrechándome contra su pelvis. Decididamente un saludo no apto para mis padres. ¡Y en plena calle! ¿Me reconocería alguno de los vecinos?

Mientras subíamos en ascensor me contó su productiva reunión y yo le conté mis actividades de turista. Ilusionada le enseñé el contenido de las bolsas, sacando una a una mis compras. Intenté disimular al llegar a la última pero se percató y quiso indagar. Alejándole la bolsa, le comenté que tenía un regalo para él pero no se lo daría hasta llegar al hotel. Tenía que ser una sorpresa.

En cuanto tocamos el timbre de la puerta oímos voces dentro, mi madre nerviosa pidiendo desde la cocina a gritos que alguien abriera, mi padre contestando que estaba ocupado y Carlos diciendo “Ya voy yo”. Unos sonidos que hicieron aflorar agradables recuerdos de mi infancia. Había vuelto a casa.

Al poco de entrar y saludar a Carlos, mi padre se asomó desde el salón y mi madre desde la cocina. Casi tropiezan en el pasillo.

—Hola mamá, hola papá —les di un beso a cada uno—. Os quiero presentar a Alex. Él es mi padre, Fernando.

—Hola Alex. Ya nos ha contado algo Carlos. Bienvenido a nuestra casa.

—Encantado, Fernando. Gracias por la invitación —le estrechó la mano.

—Y ella es mi madre, Isabel —continué la presentación.

—Hola Isabel, encantado de conocerla —se acercó a ella para darle dos besos—. En vuestra visita a Londres, no pude verles pero Andrea me ha hablado mucho de su familia.

—Pues nosotros no teníamos ni idea de tu existencia hasta que Carlos nos ha puesto al corriente —me reprochó mi madre, mientras todos nos movíamos hacia el salón—. Siempre somos los últimos en enterarnos de las buenas noticias.

—No digas eso mamá. Solo lo sabía Carlos y pensaba contároslo junto con mi traslado definitivo a Londres.

—¿Te quedas en Londres?! ¿De verdad? —exclamó con alegría—. Estarás tan cerquita que podremos visitarte a menudo.

—No mamá, primero tengo que volver un mes a Nueva York y luego me

trasladan.

—¿Pero ya es seguro?

—Sí. ¿Eso no os lo contó Carlos?

—No les cuento todo, querida hermana —fingió estar indignado—. Quería que les dieras una sorpresa. ¿Alex quieres una cerveza?

Con las bebidas ya servidas, nos sentamos en los sofás del salón esperando que mi madre sacara la comida. La mesa ya estaba puesta y poco más podíamos ayudar, solo faltaba esperar la alarma del horno. La fuente con el asado de cordero era lo único que faltaba en la gran mesa donde ya esperaban las guarniciones.

Vic todavía se estaba duchando y pensé en ir a verla para tener una de esas charlas típicas entre nosotras que tanto echaba de menos, pero me parecía más oportuno acompañar a Alex en su primer encuentro con mis padres. No es que mis padres fueran a comérselo vivo si yo no estaba delante, pero quería que sintiera mi apoyo en caso de necesitarlo. Tras media hora de conversación, vi claro que Alex no necesitaba ayuda a la hora de las relaciones sociales. ¡Qué tonta! Ese era su trabajo habitual, relaciones públicas, seguro que mis padres no habían supuesto un gran reto. ¿O sí? Coloqué mi mano sobre la suya al ver que las movía un poco nervioso y noté que le sudaban.

—¿Estás bien? —le susurré cuando mis padres estaban distraídos con la entrada de Vic perfectamente vestida para la ocasión.

—Sí, solo un poco nervioso.

—¿Por qué? Si hablas con gente habitualmente. Esto es muy fácil.

—Pero son tus padres, Andrea, no es lo mismo.

—Tranquilo. Están encantados.

Poco a poco se fue relajando. Yo les puse al corriente de mis proyectos, traslado a Londres y vivir con mi apuesto novio. Después, Carlos le fue preguntando cosas a Alex para que contara a qué se dedicaba y durante el postre mis padres se centraron en indagar sobre nuestra relación, cómo nos conocimos, si conocía a su familia, si le acompañaba en sus giras... No me extrañó el interrogatorio, ese día éramos la novedad, igual que la semana anterior lo habían sido Carlos y Vic.

Me sentía muy feliz; toda la familia junta y en pareja. Contemplé a mis padres totalmente relajados. Ellos también estaban contentos al ver a sus hijos felices. Pensé que probablemente ya sospechaban que había algo entre su hijo y mi mejor amiga, eran demasiado listos para no detectarlo y ella había venido a casa durante las vacaciones varios años, por lo que no habría sido una

sorpresa tan grande. Mi caso era distinto; no sabían nada de mis relaciones de pareja porque siempre me había mantenido a distancia. Era el primer novio que llevaba a casa desde el instituto y me emocioné al verles observarlo con satisfacción, confirmándome que él era el hombre correcto.

* * * *

A media tarde, después de las conversaciones típicas de sobremesa y antes de sentir ese sopor que te hace desear con todas tus fuerzas una buena siesta, Alex y yo salimos a despejarnos un poco. Paseamos por las calles hasta alcanzar nuestro objetivo, El Retiro. El enorme parque nos acogió con todos sus colores propios del otoño y una temperatura perfecta para un largo paseo.

Hacía mucho tiempo que no paseaba por allí y, dijeran lo que dijeran del maravilloso Central Park de Nueva York, El Retiro era parte de mí infancia, era más yo. Con mucha tranquilidad, comenzamos a disfrutar de los títeres y artistas ambulantes colocados a lo largo del camino, para acabar en el embarcadero y dar una vuelta con la barca.

—¿Has estado alguna vez aquí? —le pregunté cuando paró los remos en el centro del lago.

—He estado en el parque pero no había montado en barca.

—Yo he estado muchas veces. Cuando éramos pequeños nos montábamos los chicos en una barca y las chicas en la otra y nos mojábamos con los remos. ¡Era la guerra!

—¿Con esta agua? No parece muy limpia —su expresión de asco me hizo reír.

—Eso era lo de menos, tonto —refleje cara de nostalgia—. Lo pasábamos muy bien.

—Solo bromeaba. ¿Pero tú has visto los bichos que hay en el agua? Parecen monstruos. ¡Nunca había visto peces tan grandes!

—No seas exagerado —me reí a carcajadas—. Sí dan un poco de miedo pero...

—¡¿Un poco de miedo?! Pero mira ese de ahí.

—No te muevas tanto que volcamos.

—Entonces —se puso serio e hizo una pequeña pausa dudando si debía decir lo que pensaba —¿te gustaría volver a vivir a Madrid?

—Por ahora no —contesté después de pensarlo unos segundos —, y no sé si en algún momento del futuro me gustaría. Pero estar más cerca y poder venir

más a menudo, me apetece mucho. Me gusta vivir fuera de España, y Londres tiene mucho atractivo para mí en estos momentos —sonreí con mirada pícaro.

—¿En estos momentos? Pues esperemos que dure bastante.

Seguimos veinte minutos más en la barca, observando los asombrosos y numerosos ejemplares de peces que en algunos lugares parecían no dejar espacio para el agua, dándose golpes ferozmente.

Después volvimos al hotel a tiempo de prepararnos para salir con los amigos un rato. Una salida similar a la del día anterior con el mismo grupo de amigos, entre los que Alex se desenvolvía como uno más. No estuvimos tan acaramelados como el primer día porque él ya no necesitaba ese apoyo, pero estábamos pendientes el uno del otro y a la mínima oportunidad me invitaba a bailar para conseguir más intimidad. En varios momentos de la noche nos juntamos Vic, Francesca y yo, hablando sin parar o bailando como locas sin nuestras parejas. Me pareció todavía más simpática e intercambiamos nuestros números de teléfono para quedar algún día solo chicas.

Al llegar a la habitación la tensión que había sentido crecer desde que salimos del primer bar se hizo más patente y explotó cuando nos lanzamos uno contra el otro con ansiedad para eliminar las barreras de ropa.

* * * *

El miércoles terminó nuestra escapada. Esa tarde Alex tenía un compromiso en Londres y no podíamos quedarnos más. Además, había programado el viaje de tal forma que nuestra vuelta coincidía con la de Vic y Carlos.

Antes de dejar la habitación de hotel, mientras Alex estaba entretenido con una llamada de Skype, aproveché para repasar las fotos que habíamos hecho con mis amigos, con mis padres, en el parque... seleccioné algunas y las compartí en la red. Siempre había sido muy precavida y no solía subir fotos que pudieran dar pistas de que no estaba en casa. Solía esperar a estar de vuelta pero volvíamos esa misma tarde y no creía que hubiera ningún problema. Como era habitual, al poco de colgar las fotos recibí comentarios de las amigas que no estaban en Madrid, Sara, Eli y Anne, diciendo que les gustaría estar conmigo y mostrando una envidia sana por mi viaje.

De repente le oí gritar al teléfono, estaba furioso. Algo iba mal, no había salido como él lo había programado. Suponía que estaba relacionado con su próxima gira. Estuvo discutiendo casi media hora antes de aparecer a mi lado

en la terraza para avisarme de que debíamos salir ya. No quise mencionar su enfado en ese momento, pensé que era mejor intentar distraerlo para alegrarle el día.

El plan era pasar por casa de mis padres para poder despedirnos y, junto con mi hermano y mi “cuñada”, ir en taxi al aeropuerto para volver a Londres. Cuando llegamos a la casa estaban desayunando tranquilamente en la terraza con las maletas totalmente preparadas en la puerta. Mi hermano había aprovechado ese viaje para llenar dos maletas completas en previsión de quedarse una buena temporada en Londres, o quizás para siempre. Como nosotros dos habíamos ido con maletas de mano podríamos facturar una de sus maletas sin cargo.

La despedida de mis padres no fue tan amarga como otras veces porque ya teníamos previsto vernos en mes y medio en Londres. Ahora todo iba a ser más sencillo.

En el avión decidimos sentarnos sin nuestras parejas, Vic conmigo y Carlos con Alex. Ya habíamos acordado que en Londres ellos se quedarían en el piso de mi amiga mientras yo me mudaba al de Alex y me pareció una buena despedida compartir anécdotas durante el viaje y pasar esas horas con ella sabiendo que ya no nos chocaríamos al levantarnos a desayunar, ni coincidiríamos en el baño, ni pasaríamos tardes enteras viendo películas... En pocos días me volvía a Nueva York y ese tiempo lo pasaría con Alex. No sabía cuál sería mi situación a mi vuelta con el traslado definitivo pero no quería hacer castillos en el aire. Todavía no habíamos hablado en serio sobre si viviría con Vic o mi mudanza sería directamente a su casa, pero no era el momento de pensar en ese tema.

Lo pasamos bien bromeando sobre lo coladas que estábamos de nuestros respectivos novios, aunque a ella le costaba ponerle nombre a su relación con mi hermano, y sobre cómo habían cambiado nuestras vidas en las últimas semanas, riéndonos de nosotras mismas y de nuestras “sólidas” ideas sobre la vida hasta ese momento. Rememoramos el malentendido inicial con respecto a Alex, los problemas con John, el tira y afloja con Carlos, la reunión de amigas, mi huida... y me contó de nuevo algunos detalles sobre sus vacaciones con mi hermano.

Antes de lo que pensábamos llegamos a nuestro destino y tuvimos que separarnos en dos taxis. Quedamos en vernos de nuevo el viernes. Ya había llevado mis maletas a casa de Alex antes del viaje y no era necesario pasar por casa de Vic.

Mientras él atendía sus compromisos me eché una larga siesta, habían sido dos días llenos de emociones y esa misma tarde teníamos una cena con productores para la realización de un video clip del grupo y un documental de su trayectoria. Era una cena importante y tenía que estar descansada.

Capítulo 22

A caballo

Nuestro último fin de semana antes de irme a Nueva York comenzó el sábado con el viaje en coche hacia la finca de Eli. Habíamos quedado en vernos allí todos a la hora de comer y no hacía falta madrugar.

Cuando llegamos a su calle, ya estaban esperando fuera del portal con una enorme sonrisa en la cara. Tras meter las minimaletas junto a las nuestras, Carlos y Vic se acomodaron en los asientos traseros y comenzó nuestra aventura.

Mi hermano, el payaso de la familia, amenizó el viaje con anécdotas de nuestra infancia, animado por las preguntas y observaciones de Alex. Mi amiga y yo intentamos que no contara nuestras historias más vergonzosas pero no lo conseguimos, menos mal que no las conocía todas, y nos vimos en la “obligación” de vengarnos contando algunas cosas suyas también. A pesar del atasco que encontramos para salir de la capital y en los primeros kilómetros del viaje, gracias a la conversación el trayecto se hizo muy corto y llegamos riendo a la finca donde encontramos a Eli, Logan, Anne y Paul esperándonos sentados en el porche con los aperitivos. Un poco antes les había avisado por wasap que ya estábamos llegando para que pudieran calcular los tiempos para terminar la comida.

—¡Hola! —gritamos Vic y yo saliendo del coche corriendo en cuanto Alex aparcó.

Los gritos de las cuatro cuando nos juntamos en un abrazo se podían oír de lejos, mientras Alex y Carlos bajaban las maletas riéndose de nosotras.

—¿Qué tal estáis? ¿Hambrientas?

—Ya hemos empezado con algo. He traído aperitivos —respondió Anne, nuestra experta cocinera.

—Ya lo veo —bromeó Vic.

—¿Qué esperabas Vic? Pero ya está todo preparado para pasar dentro —dijo la anfitriona.

—Pues entonces, ¡vamos!

—¡Espera! Primero las presentaciones —interrumpí—. Eli, Logan, él es

Alex.

—Me alegro de verte por fin. He oído hablar muchísimo de ti —Eli le guiñó un ojo—. Si quieres sabes algo de los dos días desaparecida de Andrea, yo soy tu chica. Te adelanto que estuvo aquí todo el rato.

—Ya me lo contó —sonrió satisfecho—. Yo también me alegro de conocerte. Hola, Logan.

—Pues ya está. Todos los demás nos conocemos.

A pesar del amplio jardín, la posibilidad de hacer una barbacoa ni se llegó a valorar por el fresco del otoño y la previsión de lluvia para la tarde. Dentro de la casa, la mesa puesta nos recibió para dar cabida a las cuatro parejas. Le hice señal a Vic para que se sentara con Anne y los demás mientras yo iba a ayudar a Eli a traer la comida de la cocina.

—Oye Eli. ¿Conseguiste solucionar lo de John?

—Sí, tranquila que no aparecerá por aquí. De verdad que no le entiendo. Se suponía que vuestra ruptura ya estaba aceptada desde hace años. No sé qué le pasa pero cuando le dije que no podía acercarse a la finca se puso chulo. Le he tenido que amenazar

—¿Con qué le has amenazado?

—Cosas nuestras. No te preocupes.

—Perfecto. Entonces ¿qué llevo?

Volví al comedor con dos bandejas, una en cada mano, herencia de mis horas como camarera durante mis estudios en la universidad. Las dejé en el centro de la mesa y me senté junto a Alex dispuesta a disfrutar por completo de la comida sin pensar en nadie más que las personas sentadas a la mesa.

* * * *

Por la tarde, después de un postre bomba, dimos un paseo hasta las cuadras, donde Eli nos enseñó todos los caballos mientras Logan ensillaba algunos. Mi amiga propuso darnos una clase a los que no supiéramos montar y dejar libres para dar un largo paseo a aquellos que supieran. Yo había montado solo dos veces en toda mi vida y no me sentía muy segura. Alex esperó a que terminaran mis diez minutos de clases básicas con Eli para luego sentarme delante de él en su caballo e ir juntos a dar un paseo.

Llegamos al riachuelo antes de que el resto saliera de las cuadras, pero nos alcanzaron al poco rato. El paseo resultó muy entretenido cuando empezaron a contar sus experiencias a la hora de aprender a montar. Alex

explicó que aprendió de pequeño en uno de los campamentos de verano al que le enviaron sus padres. Por lo visto había una chica y quería impresionarla porque a ella le encantaban los caballos. Su motivación me hizo sentir celos hasta que mencionó que ni siquiera iba al instituto. Entonces me lo imaginé pequeño y desgarbado, con pantalones cortos y camiseta de camuflaje, intentando llamar la atención de la niña en el escaso mes que duraría el campamento.

—¿Por una niña? —bromeé cuando nos apartamos un poco del grupo.

—Sí. Los hombres hacemos muchas cosas para impresionar a las mujeres, incluso completas locuras.

—Entonces yo te lo he puesto muy fácil. Voy a tener que exigir...

—Ya no puedes exigir nada —empezó a hacerme cosquillas.

—Para, para —me removí entre sus brazos muerta de risa—. Algún día me darás mi minuto de príncipe valiente. Creo que me lo merezco.

—Seguro que te lo mereces, cariño —apretó los brazos y me beso la nuca por debajo de mi coleta.

—Logan y yo nos volvemos a casa, todavía tenemos que hacer varias cosas antes de preparar la cena —elevó la voz Eli por encima de los distintos grupos que se habían formado.

—Paul y yo también vamos y te ayudamos con la cena; sabes que las cocinas son nuestra especialidad —repuso Anne.

—Nosotros nos quedamos un rato más. En la ciudad no se ven estas maravillas —alegó Vic—. Pero llegaremos a tiempo de ayudaros con la mesa.

—Vale urbanitas, luego nos vemos. No os perdáis.

Nos quedamos los cuatro mirando como se alejaban en dirección a la casa, separándonos luego en busca de cierta intimidad. Enrollarse en mitad del campo, entre los árboles, no solo se reservaba a los adolescentes. Todavía encima del caballo seguimos hablando de los campamentos a los que le enviaron sus padres y le comenté que yo solo había ido a uno en toda mi vida.

—¿De verdad? ¿Solo una vez? ¿Y cómo te fue? —me abrazó fuerte de nuevo—. ¿Había un chico?

—Pues claro que había un chico. ¿No lo hay siempre?

—Brujilla. Me vas a contar ahora mismo todo lo que pasó ese verano. ¿Cuántos años tenías?

—Muy pocos. Creo que fue en primaria.

—Seguro que eras muy avanzada para tu edad. No me sigas contando; no quiero sufrir —bromeó tapándose los oídos.

—Exagerado. Yo era muy tímida e inocente.

—Y yo me lo creo —se burló.

—Pues deberías. Me desmelené en la Universidad compartiendo habitación con Vic.

—Conociendo a tu amiga, eso sí me lo creo.

Todo alrededor de mí invitaba a la relajación. Los sonidos de la naturaleza, los olores, los colores... además de la compañía y la falta de compromisos. Incluso habíamos apagado los teléfonos para evitar interrupciones y disfrutar de un tiempo alejados del mundo.

* * * *

No tardamos en llegar a la casa después de nuestro momento de intimidad. Entramos los cuatro riendo en el salón para encontrarnos que ya estaban colocando las cosas en la mesa. Tomamos el relevo mientras ellos terminaban la comida. Me extrañó no ver a Logan por ninguna parte, pero Eli comentó que había tenido que ir al despacho para arreglar algunos asuntos de la finca y le avisaría justo antes de servir la comida.

Cuando nos sentamos a cenar, el cielo estaba naranja y el Sol casi había desaparecido; una puesta de Sol preciosa que se observaba a través de la pared de cristal del salón como un bello y enorme cuadro.

Durante la cena, Eli nos explicó con detalle en qué consistía la feria del día siguiente, la exposición de caballos en la nave grande, las demostraciones, los participantes... y la finalidad de este tipo de encuentros. Nunca me había parado a pensar en ello, pero resultó interesante conocer un poco el mundo de las razas y cruces de cuabras.

Después de los postres sacaron algunas botellas y nos servimos las copas. Aprovechando que Alex estaba entretenido con Carlos y Paul, me acerqué a Vic.

—Hola, excompi de piso.

—No seré yo la que te ha echado.

—Claro que no, pero me parecía lo correcto dejaros toda la casa para vosotros solos.

—Ah, claro. Porque a ti no te apetecía nada mudarte con Alex.

—Mmmm... vale, me has pillado —puse cara de culpable.

—¿Cómo lo llevas? Por lo que he visto, parece que bien.

—Sí —me ruboricé—. Demasiado bien.

—Nunca es demasiado, Andrea. Yo creo que no he sido más feliz en mi vida.

—También se te nota.

—Ya era hora de dejar de dar tumbos por ahí. Carlos me hace feliz y no necesito más. Y en el sexo...

—¡Para Vic! ¡Que es mi hermano! —me tapé los oídos—. No necesito saberlo.

—Vale, y a ti Alex.

—No pienso contártelo. Solo te diré que también soy muy feliz pero tengo mucho miedo de que se acabe cuando me vaya en una semana.

—Dime algo que no sepa. Es que las separaciones dan miedo pero yo os veo bien. Podréis con ello.

—La verdad es que no pensaba en mi marcha desde ayer y me ha venido genial estar entretenida.

Carlos y Alex nos interrumpieron trayendo dos copas para nosotras y se sentaron a nuestro lado, incluyéndonos en la conversación del grupo sobre juegos de la infancia. Al final acabamos jugando a las películas con mímica compitiendo en dos grupos de cuatro personas. Formar los grupos no fue tarea simple. Al principio pensaron evitar complicidades y entendimientos fuera de la mímica, separando a las parejas, a las que habíamos compartido cuarto y a los hermanos. Pero entonces solo me podía quedar con Logan y Paul, ya que Eli y Anne eran sus parejas. Entonces relajamos las normas, dejando que Eli se pusiera en nuestro grupo pues estábamos convencidos de que Logan y ella no había jugado a este juego en su vida, y no pensábamos que tuvieran ventaja por ir juntos. Pero vimos que Vic y Carlos quedaban en el mismo grupo y, después de mucho debate nos centramos en separar solo a las parejas. Elegir los grupos fue casi tan divertido como jugar después.

Cuando por fin nos fuimos a la cama estaba agotada, aunque tampoco tanto como para no tener nuestra ración de cariño y amor. Me había llevado mi camisón más sugerente; suave seda que se resbalaba por mi cuerpo. Al salir del baño conseguí un efecto despertador en Alex, se le abrieron mucho los ojos y empezó a moverse con pasos lentos hacia mí.

—¿Me has echado de menos?

No pude decir nada más. De forma casi salvaje, me elevó y me llevó a la cama mientras me besaba con fuerza. Y ahí empezó a nublarse todo bajo una saturación de sensaciones que fueron en aumento hasta llegar a la explosión final de todos mis sentidos. Nuestros cuerpos sudorosos y muy cansados, se

separaron ligeramente intentado recobrarlos del esfuerzo.

Después de ir al baño a limpiar los restos de la pasión, se metió en un lado de la cama y dio una palmada en el otro para que me colocara junto a él. Todavía exhausto me abrazó, durmiéndonos casi al instante.

—Te quiero —oí un susurro cerca de mi oído justo antes de vencerme el sueño.

* * * *

Me desperté antes que él pero me quedé en la misma postura rememorando el día anterior. Cuando mi estómago empezó a hacer ruidos decidí dejarle dormí un poco más y bajar a la cocina a ver si alguien había tenido la misma idea. Si tenía suerte, habría hasta un buen té recién preparado y unas tostadas.

Al bajar sigilosamente las escaleras para no despertar a nadie, me pareció oír una conversación agitada.

—Te he dicho que no, John, hoy no puedes venir. No me enfades más —Eli estaba indignada, conteniendo la voz para no gritar a su hermano.

—...

—No te entiendo, de verdad. ¿Para qué quieres venir?

—...

—Déjalo estar. Llevas años pasando del tema, pero cuando la has visto de nuevo... Me parece un poco posesivo, siempre lo has sido, pero en este caso es que ella no es nada tuyo. Dejó de serlo hace tiempo.

—...

—Supéralo, John. Estoy convencida de que en realidad no es amor lo que sientes, es rabia.

—...

—Ella es feliz ahora. No lo empeores más, por lo que me ha contado ya has hecho bastante. ¡Si hasta te ha bloqueado!

—...

—Hablamos otro día con más calma. Ahora no puedo hablar —dijo rápidamente cuando decidí entrar en la cocina y dejarme ver—. Hola, Andrea, ¿ya levantada?

—Mi estómago no perdona, estoy hambrienta —obvié la conversación que había oído—. Mmmm has preparado té, huele a canela.

—Toma un poco —me pasó una taza—. Tienes pan en la tostadora, estará listo en unos segundos.

—Eres mi ángel —dejé la taza en la mesa y la abracé.

—Buenos días —saludó Vic despeinada y bostezando.

—¿También te ha despertado tu estómago?

—Ya me conoces Andrea, si no fuera así seguiría en la cama —cogió una de mis tostadas—. ¿Qué les pasa a los hombres? No aguantan nada.

—Serán los vuestros. Mi Logan, como buen hombre de campo fuerte y saludable, lleva despierto unas horas —nos guiñó el ojo con una sonrisa pícaro—. Y ya ha cumplido con sus obligaciones maritales matutinas.

—¡Serás golfa! Lo que quieres es ponernos los dientes largos —bromeé—. Pero en cuanto haya repuesto fuerzas, ya verás, no me esperéis muy pronto.

—Oye bonita que, por los ruidos de ayer, tú ya le diste un buen repaso por la noche. Yo estaba muy cansada.

—Hola —saludaron Paul y Anne desde la puerta.

—¿Ya arreglados? Vic, corre que tenemos que despertarles o llegaremos tarde. Ya somos las últimas, como siempre.

Subimos las escaleras de dos en dos con los últimos bocados de tostada todavía en la boca y nos desviamos directas a cada habitación. En la mía nada había cambiado, Alex seguía durmiendo boca abajo, semitapado con la colcha. Le desperté besando ligeramente su espalda una y otra vez hasta que se revolvió y entreabrió los ojos.

En cuanto le informé de que éramos casi los últimos en bajar, se levantó a toda prisa, me cogió en brazos y me llevó a la ducha. Un error desde el punto de vista de la prisa en prepararse, pero un acierto en cuanto a disfrutar de ese cuerpo que había estado besando unos segundos antes. Al final sí fuimos los últimos en bajar y nuestra enorme sonrisa nos delató.

* * * *

La feria equina estaba en una zona de tierra sin asfaltar, por lo que fuimos en los dos coches de campo de Eli, dejando en la finca los coches de ciudad cuyas ruedas eran más bajas. Al principio pensé que era una exageración pero al llegar al aparcamiento vi que todos los asistentes venían en el mismo tipo de coches. Aquello me sorprendió; nunca había visto tanto coche enorme junto. Sonreí emocionada por el ambiente de júbilo que se vivía desde el propio aparcamiento.

Seguimos a Eli hacia la larga fila de personas que intentaban entrar en la gran carpa; parecía que habíamos llegado en la hora punta. La carpa carecía

de lonas en los laterales, solo tenía techo para dar un poco de sombra a todos los participantes y espectadores, y cuando ya estábamos a pocos pasos de la entrada, pudimos ver los caballos más cercanos. Eran caballos de campo, fuertes y resistentes según dijo Eli.

Una vez dentro, paseamos despacio observando los ejemplares y escuchando atentamente las explicaciones sobre las dimensiones y colores de cada parte del caballo, que se debían observar antes de decidir la compra. Logan y Eli estaban allí por negocios así que escudriñaban uno a uno todos los caballos expuestos. Sentí mucha curiosidad por ese mundo totalmente desconocido para mí y, por lo que pude ver, también para Alex que, en ocasiones, miraba absorto al animal hasta que yo le cogía del brazo para avanzar junto al resto.

A mitad de la carpa había una barra de bar dónde pudimos beber refrescos y cerveza, y comer algo. Llevábamos ya dos horas de pie cuando llegamos a la zona de los caballos más hermosos, con otros usos para cruce o carreras. ¡Eran preciosos!

—¿Te gusta? —me preguntó Alex al verme con la mirada fija en uno de ellos.

—Me encanta.

—Pero te dan miedo.

—¿Por qué dices eso?

—Por el momento en que te montaste en el de la finca.

—No es miedo, es respeto. ¡Son tan grandes!

—¿Sabes que yo tengo un caballo? Cuando volvamos podemos montar.

—No me habías dicho nada. Y no lo has mencionado cuando hicimos nuestra excursión.

—No suelo contarlo, entre mis conocidos queda un poco pretencioso.

—Eso dependerá de donde esté. ¿Tienen cuadras tus padres?

—No. Está en una granja vecina, me lo cuida un amigo, que tiene también un caballo, y yo le compro toda la comida. De vez en cuando voy, le ayudo a limpiarlos y le paseo.

—Entonces no es pretencioso.

—Pues muchos en Londres piensan que si puedes mantener un caballo es porque eres rico. ¿Vendrás a montarlo conmigo?

—Claro que sí.

Volvimos hacia el grupo para terminar la visita con las demostraciones exteriores de las habilidades de los caballos, que fueron un gran espectáculo.

El tiempo pasó muy deprisa y sin darnos cuenta ya estábamos los cuatro solos en el coche de vuelta a Londres. La despedida había tenido que ser corta y rápida porque no queríamos llegar muy tarde a nuestras casas.

Capítulo 23

Se acerca la vuelta

Toda la semana siguiente pasó muy rápido entre comidas, cenas y conciertos, en los que conocí a varios jefes de empresas que me podían ofrecer trabajo en el futuro. No me dio tiempo a pensar en nada, solo a dejarme llevar pero el siguiente sábado por la mañana empecé a sentir los nervios de mi inminente partida.

Todo este tiempo me presentó como su novia con total naturalidad, delante de familiares, amigos y relaciones laborales. ¡Era perfecto! Aunque los primeros días fueron extraños y estaba un poco cohibida, en ningún momento me sentí fuera de lugar pues conocía el mundo de la música desde sus entrañas.

Durante mis dos semanas de vacaciones casi no paramos, pero los compromisos de Alex, nuestro viaje fugaz a Madrid, su familia y los amigos no evitaron que tuviéramos nuestros momentos solos disfrutando como pareja.

Pero todo aquello iba a acabar y sentía crecer mi ansiedad con cada día que pasaba. Mis nervios aumentaron cuando recibí la llamada de Sara para confirmar mi llegada prevista para el día siguiente por la noche. Me quedaba muy poco para el vuelo que me devolvería a mi vida en Nueva York.

—¿Entonces llegas seguro mañana?

—Claro. ¿Pensabas que iba a cambiar de idea?

—Bueno, pensaba que a lo mejor habías encontrado algún trabajo y conseguías quedarte allí.

—Pues no. Vas a tener que aguantarme todavía un tiempo —solté una carcajada poco femenina que distrajo a Alex de su trabajo en el ordenador.

—No me va a suponer un gran esfuerzo. Echo de menos tener compañía... excepto algunas veces, que me ha venido muy bien para poner en práctica habilidades amorosas en todas las habitaciones del piso —bromeó.

—Puaj, no me lo tenías que haber contado. Ahora me vendrán imágenes cuando entre en tu casa.

—¿Y qué te pensabas? ¿Qué me iba a limitar a mi dormitorio?

—Pero en el mío no ¿verdad?

—He dicho TODAS. Y no te hagas la mojigata que sé que habrías hecho lo mismo —siguió bromeando.

—A pesar de que preferiría quedarme aquí, por razones obvias, de verdad que estoy deseando verte. Te he echado de menos.

—Yo también. Nos vemos mañana.

Me quedé un poco triste al pensar que no la vería mucho una vez me hubiera mudado a Londres. Tener partes de tu vida a ambos lados del Atlántico se hacía difícil pero esperaba poder seguir manteniendo una relación bastante estrecha.

—¡Ey! ¿Qué pasa? No me gusta esa cara.

—Nada. Es que echo de menos a Sara pero me gustaría quedarme aquí.

—Bueno, ya verás como este mes se te pasa rápido.

—Supongo que sí. Todavía no me creo que mañana sea mi vuelo.

—Te aseguro que a mí tampoco me hace mucha gracia, intentar no pensar más en ello.

Fue un día triste para mí a pesar de sus intentos de mostrarse alegre y darme ánimos. No dejaba de pensar que pasaría un mes sin tocarle, sin sentirle. Le vería a través de Internet pero echaría de menos sus manos y su olor.

Comimos con Carlos y Vic en un restaurante precioso pero no fui muy buena compañía. En algunos momentos me reí con las chorradas de mi hermano y despejé un poco mi mente, pero a menudo me quedaba pensativa fuera de la conversación.

Habían decidido que Carlos buscaría trabajo en Londres, ya que nada le obligaba a desarrollar su profesión en Madrid. Como diseñador gráfico podía incluso trabajar online sin problemas, cosa que estaba valorando para poder volar a cualquier parte en caso de que su relación no funcionase. Pero Carlos estaba convencido de que funcionaría a pesar de los miedos de Vic.

Por mi parte, cada vez que les veía se me hacía más raro pensar que solo hace unas semanas estaban liándose con otras personas. Parecían encajar perfectamente, como si llevaran saliendo una eternidad. Y es que en el fondo era así, se conocían desde... el primer año de universidad cuando vino a Madrid conmigo durante las vacaciones de verano. Desde el principio tuvieron una conexión especial. Tenían la complicidad de dos personas muy amigas y, a pesar de lo que muchos decían, el sexo no lo había estropeado ni complicado, solo había sido el siguiente paso natural.

* * * *

Por la tarde Alex fue a llevar una cosa a su hermano en casa de sus padres y yo me quedé para hacer las maletas. Solo quedaban unas horas y cada vez estaba más nerviosa.

No había conseguido ningún trabajo en Londres, lo cual no era extraño en tan solo dos semanas. Alex había hablado con muchos de sus contactos y, durante la semana que le había acompañado, me había presentado a varios de ellos para dejar una buena impresión y abrir posibilidades, pero todavía no habían dado su fruto. Por el momento no había puestos libres, me tendrían en cuenta en un futuro.

Me había resignado a volver y tenía mi mente enfocada al momento en el que podría mudarme definitivamente a Londres. Solo sería un mes, en eso me debía centrar. Un mes pasaba muy rápido.

Al terminar con las maletas y encontrarme sin nada que hacer, decidí llamar a mi jefe para acordar una reunión para el lunes.

—¡Hola, Andrea! Me alegra oírte.

—Hola James, solo llamaba para confirmarte mi llegada mañana; el lunes me tendrás en la oficina puntual y despejada.

—¡Perfecto! Durante estos dos meses han pasado muchas cosas y ya tenía ganas de que volvieras. Vas a tener que pasarte un tiempo enseñando a tu sustituto; parece que le falta curtirse un poco. Muy buenas calificaciones y todo eso, pero a la hora de la verdad... nadie funciona como tú.

—No me adules James, sigo pensando en trasladarme. Pasaré un mes contigo y enseñaré todo al pobre novato, pero después...

—Bueno, de eso quería hablarte.

—¿De qué?

—De pasar un mes aquí.

—Eso es lo que me dijiste —empecé a preocuparme.

—No, Andrea. Yo te dije que como mínimo un mes.

—¿Me estás diciendo que a lo mejor me tengo que quedar más tiempo?

—Bueno, yo...

—No me lo puedo creer. Confié en tus palabras.

—Andrea, tranquila, no es seguro, solo que a lo mejor debes quedarte un mes y medio.

—Pero... —se me apagó la voz pensando en que tardaría más en estar con Alex.

—Chsss. Solo es una posibilidad remota, en principio el puesto que vas a cubrir en Londres estará libre dentro de un mes porque se traslada a Alemania, pero parece que se podría retrasar un poco. Quería avisarte para que luego no te encontraras la sorpresa.

—Pues gracias, supongo —repliqué compungida—. Pero ahora mi despedida será todavía más triste.

No iba a dejar que me afectara. No iba a dejar que me afectara... me repetía una y otra vez. Tomé la decisión de hacer como si no me lo hubieran dicho y continué con mis planes como si la llamada no hubiera tenido lugar. No duró mucho mi firme propósito. Al cabo de una hora oí el sonido de las llaves en la cerradura y al poco Alex apareció en el cuarto, donde ya estaba cerrando las maletas después de repasar dos veces el contenido. Al verle me faltó tiempo para contarle con tristeza mi conversación telefónica palabra por palabra.

—Anímate y no pienses en ello.

—¿Cómo puedes decirme eso?

—Porque no es nada de tiempo si luego vas a quedarte aquí —me abrazó con fuerza—. Incluso a lo mejor se te hace corto —continuó enigmático.

—¿Corto? Ya, seguro —bufé.

—Pueden pasar mil cosas durante un mes.

—Pues eso precisamente es lo que me da miedo.

—También pueden pasar cosas buenas, ¿no crees? Por ejemplo, puede mudarse a Alemania antes, o puede haber una baja temporal de otra persona a la que puedas sustituir mientras esperas tu puesto, o...

—Nunca he tenido tanta suerte pero... está bien, voy a pensar en positivo. Seguro que pasa algo y puedo volver antes.

—Así me gusta. Ahora a lo importante ¿has terminado las maletas? Quiero hacer algo especial esta última noche. Te voy a presentar a mis amigos para que asumas de una vez que eres alguien importante para mí, y después volveremos a casa para que me des tanto cariño que pueda aguantar unos días, como hiciste antes de la gira.

Para hacer tiempo hasta la hora de salir, vimos una comedia que le gustaba mucho donde un agente secreto debía acudir al psicólogo después de una experiencia traumática al mismo tiempo iba al médico por sus problemas estomacales y continuaba con su operación encubierta. El agente se pasa toda la película disimulando los nervios por el estrés al que está sometido. Esos sí que eran problemas de verdad y no los míos.

Cuando acabó tuvimos el tiempo justo para prepararnos y salir corriendo hacia el bar donde había quedado.

* * * *

Durante el camino me fue contando historias sobre los amigos que íbamos a ver. Tres eran amigos desde la Universidad y los otros dos desde el Instituto. Llevaban más de cuatro años en el mismo gimnasio y se habían hecho inseparables cuando se apuntaron todos juntos a boxeo. Según Alex, poder darse golpes con toda seguridad había sido muy liberador, pues se sacaban de quicio muchas veces con sus bromas pesadas. Después del gimnasio siempre se tomaban una copa pero desde hacía más de un mes que él no participaba y esperaban con interés conocer la causa, es decir, yo. Suponía que estarían mosqueados conmigo por cambiar la rutina y, por lo que me estaba contando mi novio, yo iba a ser la única novedad del grupo, es decir, el blanco de toda la curiosidad de sus compañeros. Si me hubiera avisado antes al menos podría haber tomado la precaución de quedar con Vic o Jennifer para tener algo de apoyo.

Alex me hizo un resumen de cada uno de ellos, aspecto físico, forma de ser y trabajo, que me ayudó a reconocerlos al instante. En cuanto abrieron la puerta del bar, les vieron apoyados en la barra con sus copas en la mano. Se hicieron el típico saludo masculino con un abrazo distanciado pero dándose unas palmadas en la espalda y me presentó uno a uno. Gracias a sus bromas me sentí cómoda desde el principio. Hubo un par que me echaron en cara haberles robado a Alex y otros dos insinuaron que les eligiera a ellos, que él no valía la pena, pero el último fue el más gracioso al decirme que ahora tendría más motivos para golpearle, añadiendo a su lista la envidia por la suerte que había tenido al conocerme.

Era la única representante del género femenino y me sentí muy mimada por todos, hasta mi vuelta de los aseos cuando me encontré de golpe con una desagradable realidad. Delante de mí estaba Olivia muy cerca de Alex.

—Hola mi amor. Te he visto desde allí y no he podido evitar las ganas de saludarte.

—Porque no te vas de una vez Olivia —estaba enfadado de verdad.

—Solo quiero arreglar las cosas; fue un malentendido. Desde que ha llegado esa, has cambiado —se acercó a él para cogerle del brazo.

—No hables así de ella —cogió el brazo de Olivia y lo alejó—. Y todo

cambió mucho antes. Te lo he intentado explicar varias veces pero no pareces entenderlo. Ya no siento nada por ti, en todo caso rechazo, así que te ruego amablemente que me dejes en paz —la tensión de la voz y sus dientes apretados indicaban que estaba haciendo un esfuerzo inhumano para decirlo con palabras amables.

—Si quieres puedes quedarte conmigo —bromeó uno de los amigos de Alex acercándose para cogerla de la cintura.

—¿Pero qué haces? —gritó intentando escaparse.

—Uch ¿me rechazas? Me partes el corazón —se llevó ambas manos al corazón fingiendo un gran pesar.

Olivia salió corriendo perseguida por sus dos amigas justo antes de que Alex se percatara de que yo estaba justo a la espalda de sus amigas y había visto todo.

—Cariño, ya estás aquí. Ven que te pido otra copa —abrió los brazos junto a la barra para que me colocara a su lado.

—He visto que teníamos una visita.

—Sí, pero creo que tenía otro compromiso —disimuló con una sonrisa—. En cualquier caso, ya no está y no creo que vuelva.

—Mucho mejor. No tengo ganas de malos rollos mi último día.

Al poco rato decidieron ir a otro bar; estaban dispuestos a enseñarme todos los que más les gustaban pero yo no creía que aguantáramos tanto. En el segundo no estuvimos mucho rato, estaba extrañamente vacío y nos apetecía un poco más de animación. El tercero fue mejor, uno más adecuado para la noche donde no servían comidas y la luz tenue animaba a las parejas a bailar y achucharse. Había mucha gente y no me gustó sentir el agarre entre tantos empujones pero encontramos un rincón donde colocarnos, otra vez junto a la barra. Estos chicos no hacían más que beber; pero Alex consciente de mi gran afición tiró de mi mano hasta la pista de baile, donde pasamos gran parte del tiempo.

Cuando íbamos a salir del bar para continuar con nuestra ruta, entre los empujones de la gente que se interponía en el camino una mano me agarró por detrás impidiendo que siguiera al grupo.

—¡Ey! ¡Suéltame!

—Tranquila, nena. Soy yo.

—¿Pero qué demonios haces, John? ¿No te he dicho ya varias veces que me dejes tranquila? ¿No te dijo tu hermana que no quería verte el fin de semana pasado?

—Pero nena, tu y yo tenemos algo —se acercó e intento abrazarme para darme un beso.

El aliento le apestaba a alcohol y sus movimientos eran muy torpes. Parecía el típico borracho agobiante que podías encontrarte en algunos bares. Me dio mucho asco pero sobretodo pena; él no era así. ¿Qué le habría pasado? Ni lo sabía, ni tenía intención de averiguarlo. Solo quería seguir con Alex y que nadie nos fastidiara nuestra noche.

—John, entre tu y yo no hay nada desde hace tiempo. ¡Si ni siquiera nos hemos visto en años!

—Eso da igual, un amor como el nuestro no se acaba tan fácilmente.

—¿Un amor como el nuestro? No me hagas reír —repliqué con desdén.

Mi querido caballero valiente llegó en ese momento y se colocó justo a mi lado cogiéndome de la cintura. Ese fue mi momento “princesa”, en el que mi pareja espantaba a los moscones y me salvaba de asedio. Que yo podía haberme librado sola; seguro que sí, pero era muy reconfortante que otra persona me ayudara, haciéndome la vida más sencilla.

—¿Algún problema cariño?

—Cariño —repitió John con sorna y rencor, llevándose su copa a la boca.

—Sí, cariño —repliqué estrechando el abrazo de Alex.

—No lo conoces lo suficiente. Eso no es amor —gritó atropelladamente.

El rostro de mi “caballero andante” se volvió rígido y su brazo se tensó en torno a mi cintura. El comentario de John no le había hecho ninguna gracia, le costaba contenerse.

—Déjalo Alex, está demasiado borracho —apoyé mis manos sobre su pecho y le empujé hacia la salida, mientras le calmaba hablándole de lo que le haría cuando llegáramos a casa.

—¡Átala corto! El otro día la vi con otro hombre, parece que cambia como de camisa.

Seguimos ignorando sus gritos despreciando nuestra relación hasta que cruzamos la puerta del local. No íbamos a dejar que su patético intento de malmeter en nuestra relación diera su fruto.

—¡Vaya noche! ¿Se han puesto de acuerdo o qué? Primero tu ex y luego el mío —protesté una vez fuera.

—No te preocupes. No lograrán desanimarnos. Vamos deprisa que les perdemos —sus amigos ya andaban calle abajo para elegir otro sitio en el que beber la última copa.

Después del siguiente bar, donde conseguimos despejarnos y casi olvidar

los dos desagradables encuentros de la noche, nos fuimos a casa a completar el plan previsto para esa noche.

Capítulo 24

Triste despedida

Habiendo dormido escasamente cuatro horas, el domingo no tuve tiempo de pensar. Salté de la cama en cuanto Alex me avisó de que quedaban tres horas para mi vuelo. Tenía que facturar dos horas antes y no pudimos ni desayunar hasta que mis maletas ya estaban en la cinta transportadora. Justo en ese momento mis nervios se relajaron y asumí mi partida.

Habíamos ido los dos solos al aeropuerto porque no quería grandes despedidas y disfrutamos de un largo desayuno en el cual Alex intentaba continuamente animarme, muy seguro de que todo iba a ir bien y nos volveríamos a ver antes de lo que pensaba. Y al final lo consiguió. Cuando terminamos de desayunar no estaba tan triste. Era algo temporal y pasaría rápido, aunque no por ello pude evitar que algunas lágrimas se me escaparan durante nuestras últimas palabras antes de separarnos.

—Ya está. No tengo más tiempo. Si no paso ahora el control pierdo el vuelo.

—Pues venga, date prisa —me dio un beso rápido y me empujó hacia la fila de personas que esperaba en el control—. Recuerda, va a ser más corto de lo que piensas —gritó a mi espalda.

—Eso espero —le grité de vuelta.

Le vi de pie detrás de las cintas de seguridad hasta que, una vez pasado el control policial, le saludé con la mano y me dirigí hacia la puerta de embarque. Corrí hasta el pequeño mostrador donde una azafata ya estaba llamando a los últimos pasajeros y mostré rápidamente mi identificación y mi billete.

Al contrario que en el viaje de venida donde conocí a Jennifer, esta vez tenía a una pareja de ancianos a un lado y el pasillo al otro, ¡y sin niños alrededor! Iba a ser un viaje tranquilo en el que podría dormir todas las horas que no había podido dormir esa noche. Dormir y una película era el mejor plan en esos momentos.

Me tomé un chicle para evitar que se me taponaran los oídos durante el despegue y esperé sin cerrar los ojos hasta que estábamos volando a una altura

estable, momento en que el capitán dio la bienvenida y nos informó de la programación. Apenas cerré los ojos segundos después, me quedé dormida. Estaba muy cansada y los nervios me habían abandonado, no era difícil imaginar que esa relajación iba a hacer sucumbir al sueño casi de inmediato.

La azafata me despertó cuando pasaron el carrito de la comida por el pasillo a mi lado. Un despertar brusco pero necesario porque no quería llegar famélica. Me desperté un poco y observé que la pareja de mi lado estaba también dormida con las manos entrelazadas y las cabezas apoyadas una en la otra. ¡Qué tierno! Daba mucha pena despertarles pero la azafata sabía cuál era su tarea y con voz suave les informó sobre el menú para que decidieran si preferían seguir durmiendo o no.

La comida coincidió con una nueva película que aguanté despierta a duras penas antes de volver a caer en un sueño profundo hasta el inicio del descenso para el aterrizaje.

Al salir del aeropuerto hacia la parada de taxis una sensación conocida me golpeó, estaba en Nueva York. Los olores, los sonidos, la gente... estaba en la que había sido mi casa desde hacía unos años. Mi cabeza se había preparado para dar el siguiente paso con mi traslado pero nunca iba a sacar esta ciudad de mi corazón.

El viaje en taxi fue largo. Como era de esperar, los atascos propios de una gran urbe impedían un tráfico fluido y permanecimos parados en varias ocasiones. Casi una hora después me apeé del vehículo y permanecí de pie junto a mi maleta mirando la fachada de la casa de mi amiga Sara. Una casa que en breve dejaría de ser mi hogar.

* * * *

Con decisión presioné el botón del telefonillo. No tuve que esperar mucho; al mismo tiempo que sentí que preguntaban por el telefonillo quién era, un vecino abrió la puerta del portal que conseguí sujetar con un pie para que no volviera a cerrarse.

—¡Ya estoy aquí! —grité llena de júbilo.

—¡Andrea! ¡Qué bien! ¡Sube! —aunque ya tenía la puerta sujeta por el pie, el típico ruido de apertura de puerta sonó fuerte por el portal.

—¿El ascensor sigue estropeado? —pregunté ya casi dentro.

—No, ya puedes subir tu maletón sin ayuda.

—Muy graciosa. Te veo ahora.

Menos mal que ya estaba arreglado. Dos meses antes, cuando salí corriendo de la casa para coger el vuelo a Londres por el curso, tuve que bajar la enorme maleta por las escaleras y no fue fácil. Hubiera sido todavía peor subirla. Antes de cerrarse la puerta del ascensor un vecino entró y se colocó junto a mí. El desconocido vecino, que debía haberse mudado durante mi ausencia, continuó ascendiendo después de mi piso sin emitir palabra alguna.

La puerta estaba entornada y no tuve que llamar al timbre. Al abrirla del todo para poder pasar la maleta, oí una voz que gritaba desde la cocina.

—Me pillas terminando la cena, creí que llegabas un poco más tarde.

—Pues te acompaño, aunque no tengo mucha hambre —dejé la maleta en mitad del salón y entré en la cocina.

—Ven aquí y dame un abrazo, pero cuidado no te manches con la cuchara.

La abracé fuerte, con lágrimas asomando en mis ojos. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos; una separación de dos meses y medio después de vernos a diario durante más de tres años, era una larga separación.

—Me alegro mucho de verte. Te he echado de menos.

—No exageres, si hemos hablado a menudo. Además, sabemos que has estado muy entretenida con un espécimen masculino que ha alterado tus prioridades.

—Ya. Pero hasta que te he visto no me he dado cuenta de lo mucho que os añoraba, a ti y a esta ciudad —me limpié las lágrimas—. No te equivoques, pienso seguir adelante con el traslado pero...

—Lo entiendo perfectamente.

—Sabes que cuando me vaya tendrás que venirme a visitar al menos una vez al año o vendré a tirarte de las orejas, ¿verdad?

—Y tú sabes que me voy a plantar en tu casa sin avisar en cuanto tenga días libres, ¿verdad?

—Vamos a cenar, que nos estamos poniendo muy melancólicas y solo es el primer día de vuelta.

Pusimos los platos directamente en la pequeña mesa de la cocina y comimos charlando para ponernos al día sobre lo ocurrido durante mi ausencia. Muchas cosas ya se las había contado por teléfono pero esta vez se las conté con mayor detalle y ella me hizo más preguntas.

También le conté mi intención de ir a clases de baile con Adam y otros planes para este mes que pasaría en su casa hasta el traslado. Además, le comenté que el mes a lo mejor se alargaba un poco por si estaba buscando otra persona para compartir habitación. Este punto parecía no importarle mucho.

El plan de asistir a clases de baile le pareció fantástico, apuntándose a acompañarme cuando dispusiera de tiempo. Le apetecía hacer algo nuevo y los bailes latinos siempre le habían gustado, el único problema era que su trabajo no le dejaba mucho tiempo libre y la mayoría de las veces que había empezado alguna actividad, había faltado tantas veces que terminaba por desapuntarse.

Después de ver una película de acción, el género romántico estaba prohibido hasta nueva orden, ambas nos fuimos a la cama a descansar. Al día siguiente yo tenía una jornada laboral intensa y necesitaba disponer de mis cinco sentidos al máximo. No solo tendría que retomar los temas pendientes propios de su puesto sino que, según me había informado James, debía formar a la persona que iba a sustituirme.

Antes de dormirme quería hablar con Alex, no había podido comunicarme con él desde mi despertar. Dada la diferencia horaria, pensé que era mejor enviar un mensaje para tantear.

Yo: “¿Hola?”

Alex: “Hola”

Yo: “Ya estoy en mi cuarto”

Alex: “¿Acabas de llegar?”

Yo: “No. Pero Sara no me ha dejado ni un momento”

Yo: “Me ha acribillado a preguntas”

Alex: “Era de esperar. Lleváis mucho sin veros”

Yo: “Y algunas cosas es mejor contarlas cara a cara”

Alex: “¿Todo bien?”

Yo: “Un poco cansada. ¿Y tú?”

Alex: “Muy solo”

Yo: “Y yo”

Yo: “Mañana intento llamarte por Skype”

Alex: “¿Tendrás tiempo?”

Yo: “Tendría que llamarte al levantarme para no pillarte de noche”

Alex: “De eso no te preocupes. Sabes que me acuesto tarde”

Yo: “Lo intento mañana por la mañana. Si no te mando un mensaje”

Alex: “De acuerdo. Tengo ganas de verte”

Alex: “Te quiero. Duerme bien”

Yo: “Te quiero. Tu también duerme bien”

No fue una conversación muy larga pero fue suficiente. Al día siguiente intentaría comunicarme por Skype a una hora más decente para él. Ahora solo

necesitaba una ducha templada y una sesión de cremas para sentirme como nueva. A pesar de haber dormido gran parte del viaje en avión, al meterme entre las sábanas de mi tan añorada cama no tardé en dormirme. Apenas me acomodé en mi postura habitual, de lado abrazada a la almohada, mis músculos se relajaron por completo liberando la tensión acumulada por el viaje.

* * * *

Me desperté con suficiente tiempo para hacer la llamada de Skype y pude ver a Alex risueño y trajeado sentado en el despacho de su casa. No teníamos mucho tiempo, yo debía salir hacia la oficina y él tenía una reunión en pocos minutos, pero fue suficiente para dejarme una sonrisa bobalicona en la cara. Quedamos en que le despertaría esa noche para algunos juegucitos.

Mi llegada puntual al trabajo fue peculiar. Por una parte estaban aquellos con los que trabajaba estrechamente, que me saludaron efusivamente; por otra, aquellos con los que no tenía una relación tan cercana pero me conocían, que me saludaron por compromiso al cruzarse conmigo; y, por último, tres personas nuevas a las que no había visto nunca que me miraron con expectación. Una de esas tres personas debía ser mi sustituto o sustituta, persona a la que debía formar para pasarle el testigo.

En cuanto llegó James, me hizo un signo con la cabeza para que le siguiera hacia su despacho para una reunión, en la que establecimos con detalle mis tareas de las dos próximas semanas. No entramos en temas personales pues esa misma noche me había invitado a cenar a su casa; su familia estaba deseando verme de nuevo.

Poco antes de dar por finalizada la reunión, hizo venir a mi sustituto, un chico espigado que parecía recién salido del instituto, bastante tímido.

—Andrea, él es Marc. Tal y como hemos hablado, durante estas dos semanas debes prepararle para hacerse cargo de las funciones propias de tu puesto, siendo tú responsable de los resultados. Las dos semanas siguientes irás delegando en él cada vez más tareas, que pasarán a ser responsabilidad suya y permanecerás como apoyo a sus consultas. Al llegar el mes completo debería estar a cargo de todo y hacerse el traspaso total de funciones.

—Por supuesto James. Déjame el día de hoy para organizarme, hacer recuento de proyectos en marcha, listado de tareas, resumen de funciones con frecuencia anual... y mañana empezamos a fondo con la formación.

—Eso tienes que verlo directamente con Marc. La formación y el traspaso de funciones son tuyas y tú te organizas. Tienes total libertad. —Se volvió a Marc —y tú fíjate bien, vas a aprender de una gran profesional.

—Gracias, señor. Lo haré lo mejor posible.

—Marc, vamos a tomar un café para presentarnos y te planteo cómo lo vamos a hacer.

Durante el café me explicó su situación personal y los estudios que había cursado, además de sus ambiciones y proyectos de futuro. Parecía un chico bien preparado, que tenía las ideas claras y sabía perfectamente lo que quería. Iba a ser muy fácil enseñarle.

Al volver hacia sus respectivas mesas, le confirmé que el día siguiente por la mañana le entregaría un marco resumen de mis funciones con los protocolos de actuación y empezaríamos con la formación en base a ello pero con tareas concretas.

El día se me pasó volando. A medio día, me comí un simple sándwich y aproveché para visitar el gimnasio situado en uno de los locales del edificio. Desfogué parte de la tensión de los últimos días en las máquinas y me metí en la sauna a liberar toxinas. Cuando salí me sentía como nueva.

La tarde fue igual de intensa que la mañana. Antes de poder darme cuenta ya era la hora de terminar la jornada y tenía el tiempo justo para llegar a casa, cambiarme y llegar en bus a la cena. El bus estaba tan lleno que fue imposible sentarse. Pasé media hora de pie intentando mitigar los vaivenes del autobús al frenar en cada parada, para no molestar a los pasajeros de mi alrededor. Mis esfuerzos no evitaron que en alguna ocasión los bruscos frenazos me arrojaran contra un hombre de gran estatura que impidió que me cayera.

El recibimiento en casa de mi jefe fue tan acogedor y alegre como siempre. Su esposa, Alina, acababa de terminar de preparar algo que no logré identificar, aunque su exquisito olor se expandía por toda la casa llegando hasta la entrada. La mesa ya estaba puesta y solo faltaba uno de sus hijos que estaba de camino, la hija estaba en la ducha y bajaría en unos minutos.

—Bueno, Andrea, cuéntanos. ¿Cómo ha sido tu estancia en Europa? — indagó Alina cuando dejó la bandeja de entrantes y se sentó en un sillón junto a nosotros.

—¿No te ha contado nada James? Seguro que algo te ha dicho.

—Sí, pero prefiero oírlo directamente de primera mano —sonrió con cariño.

—Pues... hay un hombre —comencé haciéndome a tímida.

—Siempre hay un hombre —se rió poniendo la mano en el muslo de su marido, que también reía—. Son unos liantes ¿verdad?

—Sí, muuyy liantes y muuyy entretenidos —era fácil hablar con ella y me sentía cómoda bromeando—. Pues, ese hombre ha conseguido embaucarme, pobrecita de mí, y ahora no puedo vivir sin él —afloré mi vena dramática adoptando un gesto de inocente víctima.

—Y tú no has hecho nada ¿verdad cariño? No les has animado ni has sucumbido a sus peticiones...

—A ver... una no es de piedra —estallamos las dos en carcajadas.

—Así que es tu hombre.

—Creo que sí pero no estoy segura. Ha sido todo muy rápido.

—Y yo creo que nunca te había visto tan feliz.

—Yo tampoco —confirmó James que se había mantenido silencioso hasta ahora.

—Probablemente tengáis razón. Nunca me había sentido así, pero da miedo... mucho miedo, casi pánico —insistí—. Y además todavía me cuesta creerlo; un hombre de mundo como él que puede acceder a mujeres preciosas y famosas.

—Eso sí que no. No voy a consentir que te consideres menos que esas golfas.

—No todas son unas golfas, Alina. He conocido a una amiga suya que no lo es.

—Pues será la excepción que confirma la regla. Ya conoces el refrán.

—No seas prejuiciosa, cariño, seguro que algunas son muy simpáticas —le reprochó James.

—Pero cabezas vacías si pueden pasarse todos esos días persiguiendo a un grupo de gira es que no tienen trabajo estable como nuestra Andrea. Ella está a otro nivel. —ese comentario me infló el orgullo y me subió la autoestima.

La cena fue muy agradable. Los hijos de James y Alina, a los que conocía muy bien, no pararon de contarme las noticias, él había conseguido un ascenso y ahora estaba trabajando muchísimo y ella estaba liada con una web de moda que subía poco a poco en cuanto a visitas y compras.

No me cabía duda de que se lo habían ganado, sus padres siempre habían inculcado la política del esfuerzo cuya recompensa se centraba en el logro de los objetivos.

* * * *

Llegué a casa cansada del viaje en bus y con la tripa llena, pero no estaba dispuesta a incumplir mi promesa de llamar a Alex.

La primera llamada no descolgó; debía de estar dormido. Comencé a desvestirme y asearme para meterme en la cama y darle algo más de tiempo. La segunda llamada sí descolgó y pude verle la cara somnolienta.

—Hola cariño, es muy pronto por ahí.

—No es muy pronto pero me acosté tarde. Ya sabes, un concierto.

—¿Estás muy cansado?

—Espera que me despejo con agua, ya dormiré luego.

Se llevó el teléfono al baño y le vi lavarse la cara en el lavabo. Después de secarse volvió toda su atención hacia mí.

—¿Cómo estás tú? ¿Qué tal la vuelta a la oficina?

—Bien. He conocido al que debo formar para ocuparse de mis tareas. Es un poco joven pero lo va a hacer bien.

—Me alegro, entonces este mes será fácil para ti.

—Pero hoy ya he tenido que desahogarme en el gimnasio. Creo que voy a tener que ir a menudo.

—¿Para desahogarte?

—Sí.

—¿No quieres desahogarte de otra manera?

—¿Ahora?

—A mí me parece un momento perfecto.

—A mí también.

Le vi desabrocharse la camisa del pijama. No solía usarla pero ya empezaba a hacer frío. Cuando ya había sacado un brazo me miró y paró de moverse.

—¿Y tú? Creía que esto era cosa de dos.

—Uy, sí, es verdad ¿Qué quieres que haga?

—A sí me gusta, obediente —siguió quitándose la camisa—. Primero despeja la parte de abajo, pantalones fuera.

Coloqué el teléfono en un soporte de madera para que quedara de pie y pudiera verme mientras que deshacía de las prendas. Cuando iba a desabrocharme la camisa me paró.

—¿No quieres que me quite la camisa?

—No. Solo desabrocha algunos botones deja los dos de en medio

abrochados y ábrela un poco.

—¿Así?

—Sí, ahora siéntate en el borde de la cama y abre las piernas —su mirada cambió cuando le obedecí y pudo observarme al completo.

—¿Y tú no me vas a mostrar nada a mí?

—Claro que sí, pero ahora déjame observarte un poco. No te puedes imaginar lo sexy que estás en estos momentos y como me afecta —cogió el teléfono y dirigió la cámara hacia el bulto de los pantalones.

—Yo también quiero verte —reproché como una niña mimada.

—Vale, vale, yo también me pondré en el borde de la cama.

Dejó el teléfono vertical apoyado en unos libros, se quitó el pantalón y se sentó también en su cama. Todo era muy excitante y nuestros movimientos fueron aumentando el calor entre nosotros. Terminamos los dos satisfechos sentados mirándonos el uno al otro, queriendo más pero conformándonos con ese placer a distancia.

Esa fue nuestra primera conversación íntima por Skype pero no fue la última. De hecho, se convirtió en una actividad frecuente para calmar las ganas de estar juntos.

Capítulo 25

A la espera del traslado

Después más de una semana tenía una rutina más o menos fija: me levantaba y hablaba por wasap con Alex, llegaba a trabajar y pasaba toda la mañana con Marc, comía poco e iba al gimnasio, la tarde organizaba algunas tareas o iba a baile según el día, después volvía a casa y esperaba a una hora decente para poder llamar a Alex vía Skype y vernos durante un rato. A veces me llamaba él antes de acostarse cuando le tocaba trabajar hasta muy tarde y sabía que estaba en casa.

Tenía que reconocer que el tiempo se me estaba pasando más rápido de lo que había pensado en un principio. Entre la rutina, mis continuos intentos por ayudar a Adam con la chica de la oficina y los esfuerzos de Sara por distraerme saliendo al cine o a bares, no tenía casi tiempo de pensar en la distancia que nos separaba. Además, todas las noches acabábamos conectados.

Adam había sido un reto. El pobre era más tímido de lo que me pareció en un principio y fue difícil que la chica, tan tímida o más que él, le hablara por primera vez. Durante unos días coincidí con ella en la cafetería, fingiendo casualidad, y comencé a hablarle de cualquier cosa. Al cuarto día, por indicación mía, se acercó Adam a preguntarme algo de trabajo. El quinto día Adam ya estaba sentado cuando entramos y yo la forcé sutilmente a sentarnos con él. Después de tres días con encuentros similares, en los que yo intentaba dejarles llevar la conversación para que pudieran descubrir sus puntos en común, con ellos, un día dejé de ir para ver cómo se comportaban.

Cuando vi a Adam, esa misma tarde en la clase de baile, estaba tan feliz que no hubiera hecho falta que me contara nada. Aun así, totalmente eufórico me contó que se acercó a su mesa y se sentó como si fuera lo más normal del mundo y le preguntó qué tal había sido su mañana. Tras un momento de sorpresa, ella se puso a hablar con naturalidad y así pasaron un buen rato. Hablaron de todo y de nada, pero sobretodo de trabajo y de rutinas diarias. Al final la había invitado a salir alguna tarde juntos y a venir a las clases de baile, pero esa tarde no podía porque tenía que ir a ver a su madre.

Pues sí que había hecho avances. Adam estaba lanzado, tanto tiempo contenido sin atreverse a acercarse no le hacía un hombre paciente.

—Entonces todo va bien y ya has avanzado más que en todo el año pasado —quise confirmar mientras dejábamos las bolsas y prendas de abrigo en los percheros de la pared y nos dirigíamos al centro de la sala para empezar la clase de baile.

—Sí, y voy a encontrar la mejor manera de agradecértelo.

—Me alegro de haberte ayudado —y de verdad era así, me alegraba mucho de haberles ayudado a conocerse. Se veía a la legua que había conexión y el único obstáculo, o el principal, era la timidez de ella.

Después de la clase nos tomamos un refresco y nos marchamos cada uno a su casa. Así lo hacíamos desde el primer día que fuimos a clases. Se estaba convirtiendo en una agradable costumbre.

Decidida a llegar pronto a casa, paré un taxi al salir del bar y le indiqué la dirección. Nada más subir al taxi miré mi móvil y comencé a escribir dejando claro al conductor que no esperaba ninguna conversación de su parte.

Yo: “Hola. Probablemente estés dormido pero quería escribirte”

Yo: “Acabo de salir de mi clase de baile”

Yo: “Es muy divertida. Cuando volvamos a salir te enseñaré todo lo que he aprendido”

Yo: “Estoy deseando verte por Skype esta noche”

Gracias a Dios, el tráfico era fluido y no tardé en bajar del taxi. Antes de subir al piso, pasé por la tienda a comprar algo para la cena. Como no sabía si Sara llegaría a comer simplemente prepararía una ensalada; sencillo, rápido y sano.

A no ser que hubiera salido y llegara tarde a casa, todavía tenía tiempo para cenar viendo una película antes de intentar contactar a Alex. Sería una tarde tranquila con un final muy esperado.

* * * *

El viernes de la segunda semana James me llamó al despacho, quería evaluar mis sensaciones con respecto a mi sustituto y comentar algo sobre mi partida. Dejé a Marc con las tareas delegadas y pasé por la cafetería a por agua antes de dirigirme al despacho de mi jefe. No habíamos hablado de mi traslado desde el día que llegué. ¿Me gustaría lo que me iba a decir? Estaba nerviosa.

—Hola Andrea, siéntate. Dime ¿qué tal el sustituto? ¿Se está haciendo cargo de todo? ¿Es duro de mollera?

—Marc es bueno, lo capta todo a la primera. No hay que repetir explicaciones.

—Perfecto, ¿ya le has pasado todo?

—Casi todo. La semana que viene ya estará a cargo de todo.

—Bien, vais más rápido de lo previsto. Te aburrirás el resto del tiempo.

—Espero que no —bromeé -. No me tengas en ascuas. ¿Qué querías decirme de mi traslado?

—Nada malo, no te preocupes. Parece ser que es muy posible que puedas volver antes, quizás a finales de la semana que viene.

—¿De verdad? —pregunté ilusionada e incrédula, levantándome de un salto.

—Todavía me lo tienen que confirmar.

—Gracias, gracias —le di un abrazo emocionada.

Salí sonriendo y caminé deprisa hasta mi mesa. Estaba pletórica, eufórica, deseando contar a todos mis amigos que los problemas se habían resuelto y que muy probablemente podría volver a Londres en menos tiempo. Controlé el desfase horario y llamé a Alex, él era el primero en la lista de amigos a los que avisar. No respondió. Odiaba no poder contactar con él. Ahora tendría que hablarlo con otra persona y él no sería el primero. Le pregunté por mensaje si podíamos hablar pero tampoco me contestó. Entonces mandé unos mensajes a mi hermano, él estaba trabajando en casa, seguro que contestaba.

Yo: “¿Hola?”

Carlos: “Hola, renacuaja. ¿Cómo va todo?”

Yo: “Muy bien!!. Me acaban de dar una buena noticia”

Carlos: “¿Te ha tocado la lotería?”

Yo: “No hombre jajaja. Es algo mas fácil”

Carlos: “¿Un ascenso?”

Yo: “Frío, frío”

Carlos: “¿Me lo vas a decir ya?”

Yo: “Pero si no me das tiempo”

Yo: “A lo mejor puedo trasladarme para finales de la semana que viene”

Carlos: “¿No me digas? ¿Se lo has dicho a Alex?”

Yo: “No he podido. No contesta. Eres el primero en saberlo”

Carlos: “Que honor”

Yo: “A ver si consigo hablar con él”

Carlos: “Me alegro mucho de que lo consigas antes”

Yo: “Díselo a Vic”

Carlos: “No lo dudes”

Después de mi hermano llamé a Sara, que era una de las más afectadas por mi partida. Se alegró mucho por mí pero me hizo prometer que antes de irme haríamos una de nuestras salidas a fundir la noche. Antes de colgar también hablamos sobre mi imposibilidad de hablar con Alex, al que encontraba raro desde hace unos días. Parecía estar ocultándome algo sobre la misteriosa gira que estaba preparando.

Sara no solo me tranquilizó sino que me aseguró que con las sesiones nocturnas que oía a través de la pared no entendía muy bien mis dudas. A pesar de mi vergüenza, o vengándose de no dejarla dormir, siguió bromeando sobre esas sesiones de Skype hasta que ambas soltamos una gran carcajada que yo tuve que suavizar frente a las miradas sorprendidas de mis compañeros de oficina.

A media tarde seguía sin poder hablar con Alex. No entendía qué pasaba, su móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Siendo viernes, suponía que estaría liado con algún concierto o entrevista del grupo pero siempre conseguía sacar unos minutos para devolver las llamadas.

* * * *

Una hora antes de salir de la oficina, seguía muy excitada por la idea de volver antes y necesitaba contarlo a los cuatro vientos. Dado que Alex seguía no disponible, decidí poner al corriente a mi grupo de amigas.

Yo: “Hola, a lo mejor me tenéis por ahí antes de lo previsto ;)”

Vic: “Ya me ha contado Carlos. ¿Contenta?”

Yo: “Claro. Deseando ir”

Eli: “¿Cómo que antes de lo previsto?”

Anne: “Que no tendrá que esperar un mes ¿no?”

Yo: “Exacto. Parece que se arregla el traslado antes”

Eli: “Que bien. Así podemos hacer otra quedada”

Yo: “¿Otra? Jajaja ¿Quieres recuperar los años separadas?”

Eli: “No estaría mal fijar una quedada cada dos meses”

Anne: “Lo que quiere es liberarse de su ostracismo en la finca”

Eli: “La liberación jajaja”

Yo: “Pues deberíamos plantear varios planes”

Anne: “¿Cuándo vendrías?”

Yo: “Me han dicho dentro de una semana, lo más probable, falta confirmación”

Vic: “Pues avisa cuando confirmen y planificamos. ¿Has conseguido decírselo a Alex?”

Yo: “No. Está fuera de cobertura o apagado”

Eli: “Ánimo. Estará trabajando. Se va a poner muy contento”

La conversación me calmó lo suficiente para salir del trabajo más tranquila y dar un paseo hasta casa pensando en la cena. Había quedado con Sara en salir esta noche a tomar unas copas pero antes disfrutaría de una cena sencilla esperando su vuelta tras una de sus habituales jornadas intensas y largas.

Una vez más me pregunté qué pasaba con Alex. ¿Cómo podía estar todo el día con el móvil apagado o sin cobertura? Era el primero a quien quería decírselo y no había podido hablar con él. Ya lo sabía casi todo el mundo menos él y no sabía cuándo iba a poder contárselo. Es verdad, que todavía no había llamado a mis padres pero quería esperar un poco más por si cambiaba algo, ellos no vivían en Londres y no era tan urgente que lo supieran, podía incluso avisarles cuando ya estuviera viviendo allí.

* * * *

Sara llegó exhausta después de cenar. La pobre estaba agotada pero quería cumplir su promesa de salir las dos juntas de copas. Al ver que yo ya estaba preparada, esbozó una sonrisa y corrió hacia su cuarto, donde se duchó y maquilló para volver al salón completamente renovada. Un cambio radical.

Cuando la vi entrar, arrastrando los pies, y dejarse caer en el sofá, pensé que se cancelaba el plan de la noche, pero a los pocos segundos ya estaba en pie y corría hacia su habitación. Sara tenía mucha vitalidad y era muy cabezota, se había propuesto salir esa noche y nada lo iba a impedir.

No cogimos el coche de Sara porque ambas queríamos beber, y nos fuimos andando a algunos bares cercanos a casa. Poco más tarde ya estábamos cómodamente sentadas en dos taburetes de la barra de un bar con nuestra copa en la mano.

—Brindemos porque todo está saliendo como querías, Andrea.

—Sí, vamos a brindar porque siempre nos salga todo como queremos.

—¡Cómo te voy a echar de menos! —gritó mientras me abrazaba.

—¡Yo también!

—Venga toda la copa para dentro.

—Tu lo que quieres es emborracharme. Y te llamas amiga mía.

—Lo que quiero es diversión, Andrea. Por cierto, ¿cómo se lo ha tomado Alex?

—Todavía no he podido hablar con él.

—¿No? ¿Por qué?

—Fuera de cobertura.

—Pues a divertirse y mañana lo intentas de nuevo —dejó la copa vacía en la barra y me cogió la mano—. ¡Vamos a bailar!

Tiró de mí hacia la pequeña pista situada al fondo del bar, empezando a bailar a medio camino. Contoneaba las caderas hacia los lados mientras se esforzaba por pasar entre la gente y llegar a la pista.

Bailamos las dos juntas de forma sugerente apartando a los hombres que se acercaban. ¿Por qué tenían que intentar ponerse entre las dos? Queríamos estar las dos solas pero ellos parecían pensar que necesitábamos compañía.

Después de bailar un rato más, fuimos a otro bar para cambiar un poco de ambiente. Con la copa en la mano nos retiramos a un rincón para hablar un poco. Varios hombres intentaron entablar conversación con nosotras de las formas más ridículas y obvias que se podía imaginar. A todos ellos mi amiga les dijo que no estábamos sin compromiso, que ambas teníamos novio.

—Sara, si quieres puedes elegir a uno de ellos y pasar una buena noche.

—No pienso dejarte sola.

—Tranquila, no te preocupes, entiendo perfectamente que ligués con alguno al fin y al cabo eres libre.

—Urgg —gruño.

—¿Ya no eres libre? —me asombré—. Hay algo que no me has contado pillina.

—Bueno, yo... es que... en realidad no es nada todavía, solo estamos conociéndonos.

—¿Cuántas veces habéis salido?

—Cuatro.

—¡Vaya! —volví a sorprenderme, ella nunca salía más de dos veces con el mismo—. Sara tiene novio, Sara tiene novio, Sara tiene novio —canté metiéndome con ella.

—Cállate, arpía —intentó taparme la boca con la mano.

—Bueno, ya no soy la única.

—Oye, que lo mío está empezando. Tú en cambio ya casi estás casada.

—¿Casada? No exageres.

—Ya verás, en nada te lo pide.

—No cambies de tema. Sabes que me alegro mucho por ti ¿verdad? —la abracé -. Y me lo tienes que presentar antes de que me vaya ¿eh? Que tengo que dar mi visto bueno.

Todavía fuimos a un último bar antes de volver a casa, un poco achispadas por las copas que habíamos tomado. Subimos las escaleras a trompicones hablando demasiado alto para la hora que era y riéndonos de cualquier ocurrencia. Tardamos en abrir la puerta porque curiosamente la llave no entraba o quizás no veíamos bien la cerradura.

Ya en la habitación, tumbada en la cama mirando el techo, me encontré pensando en Alex de nuevo y en que todavía no había podido hablar con él. Era una pena porque estaba segura de que le habría gustado conocer las nuevas noticias. Ahora tendría que esperar hasta el día siguiente, estaba cansada y no pensaba llamarle ni enviarle un mensaje estando achispada, ya había aprendido la lección de la última vez que estaban separados y había bebido.

Me dormí pensando en él y en que pronto volveríamos a estar juntos. Pensé en cómo iban a ser nuestros días, en cómo sería mi vida después de mi traslado. Y una sonrisa boba se estableció en mi cara.

* * * *

A pesar de la ligera resaca, el sábado nos levantamos pronto para ir a clase de baile. Era la primera vez que Sara podría asistir y estaba emocionada. El malestar inicial al despertar después de una noche de fiesta, se eliminó casi por completo con un desayuno copioso y una ducha fresca. Cuando vimos la hora salimos corriendo ¡Que tarde!

Llegamos a la clase sofocadas y paramos antes de entrar para poder coger aire y calmarnos. Nada más abrir la puerta vimos a Adam practicando en el centro de la sala.

—Hola Adam. Ella es Sara. ¿Dónde está Alina?

—No se ha atrevido a venir —sonrió —, pero creo que la semana que viene lo consigo.

—Ya verás como sí. Te veo feliz

—Lo estoy.

—¿Quién es Alina? —intentó meterse en la conversación Sara.

—Me alegro tanto de haberte ayudado —ignoré sin querer a mi amiga.

—Y yo.

—¿Me vais a decir quién es Alina? —intervino Sara, sabiendo que estaba fuera de juego porque nosotros trabajábamos en la misma empresa y habíamos hecho el curso juntos -. ¿Alguien de Londres?

—No. Es una compañera de trabajo que le gusta y con la que no se ha atrevido a hablar en un año.

—¿Un año? ¡No pareces tan parado! —exclamó extrañada.

—Y no soy parado... al menos no lo soy habitualmente. Pero es que ella...

—Ella te gusta de verdad y no quieres dar la imagen equivocada.

—En resumen, es una compañera de la oficina muy interesante a la que, nuestra querida Andrea, me ha ayudado a acercarme —explicó distraído Adam para después hacerme cosquillas—. Por cierto, Andrea, ¿no tienes nada que decirme de la reunión con James?

—Es verdad que a ti no te lo he dicho, aunque supongo que te has enterado porque ese tipo de noticias corre como la pólvora en la oficina.

—Pues no te creas, no lo sabe casi nadie. Lo que pasa es que yo tengo una antena especial, pero lo único que sé es que te ha llamado para algo del traslado y que estás terminando de preparar a tu sustituto, lo demás lo he deducido. ¿Qué te ha dicho? ¿Cuándo te vas?

—¿Me estás echando?

—Uy que sensible estás. No creo que el pobre lo haya dicho para echarte sino para poder hacer una fiesta de despedida ¿verdad? —le defendió Sara, guiñándole un ojo.

—No sé si creerte Sara; Adam no tiene muchas ideas buenas - bromeé.

—Bueno, ¿Cuándo te vas? —insiste él.

—Probablemente a finales de la semana que viene.

—Estarás contenta ¿no?

—Está eufórica. Tenías que haberla oído ayer cuando me llamó para contármelo.

—¿Y qué te ha dicho Alex?

—Todavía no he podido hablar con él.

—¿Por qué no le llamas en cuanto terminemos la clase a ver qué te dice?

Tuvimos que dejar de hablar porque entró la profesora y comenzó la clase asignando las parejas. A mí me tocó con Adam y a Sara con un desconocido, de todas formas, Adam era también un desconocido para ella así que le daba igual.

Mi compañero era una excelente pareja de baile y según pasaba el tiempo de clase, la música nos animaba a ser más osados y hacer pasos más sensuales. Mientras estamos muy juntos con las piernas entrelazadas y nuestras pelvis tocándose, bamboleando las caderas, me imaginé haciendo el mismo baile con Alex. Él también sabía bailar muy bien, tendríamos que probar este baile tan sensual. Entre todos esos movimientos, uno de los giros me hizo volver la mirada hacia una enorme ventana y creí ver una figura mirándome. Se parecía a Alex. ¿De verdad estaba tan confusa que me lo imaginaba aquí? Volvimos a girar y entonces fue Adam el que me murmuró que Alex estaba en la calle mirándonos con el ceño fruncido.

Paramos en seco el baile, ambos miramos a través de la ventana y efectivamente allí estaba de pie mirándome con tristeza. Su mirada se centró en mí unos segundos y se dio la vuelta para alejarse.

—Oye, ¿qué os pasa? —preguntó Sara al vernos parados.

—Alex estaba fuera mirándonos —contestó Adam por mí, al ver que me había quedado en shock.

—¿Alex aquí? ¿En Nueva York? ¿Y qué haces ahí parada, Andrea?

Les oía hablar pero no era capaz de entender nada. Mi cerebro repasaba todos y cada uno de los días en los que nos habíamos visto por Skype, pensé en este tiempo que no había podido localizarle probablemente porque estaba en el avión, y me di cuenta de lo que habría pensado yo si le hubiera visto bailando con una mujer como estaba yo con Adam.

Mi mente hizo click en ese momento y mi deseo por verle, poder explicarle todo y abrazarle superó mi sentido del pudor.

Capítulo 26

Juntos de nuevo

Salí corriendo de la clase sin dar explicaciones a nadie y sin recoger mi bolso y mi abrigo. Le vi justo antes de que doblara la esquina para meterse por la primera calle de la izquierda. Corrí; corrí tan rápido como pude. No podía dejarle escapar. No así. Y le alcancé justo antes de que cerrara la puerta del taxi.

—¡Espera! Por favor, no te vayas —apoyé la mano en la puerta y hablé jadeante por la carrera.

—No ha sido buena idea. No debía haber venido.

—Ha sido la mejor idea —le acaricié la mejilla—. ¡Te he echado tanto de menos!

—¿Y por eso estás con él? —preguntó con rabia volviendo la cara hacia un lado.

—No estoy con él y lo sabes —le contesté con calma—. No hagas esto, no te enfades, hablemos como acordamos. La última vez por Skype te conté que íbamos a clases de baile, que le había ayudado a conseguir una cita con su compañera... te lo he contado todo. Por favor, no te vayas.

Por una vez fui razonable y no impulsiva, fui conciliadora y no huí ni le dejé huir a él. Se disculpó con el conductor y salió del taxi mientras yo le miraba esperando que se volviera para empezar a hablar. Todavía no podía creer que estaba allí, en Nueva York, conmigo. Ahora podría ver su cara cuando le dijera que me volvía a Londres antes de lo previsto.

—Es cierto, lo sé. Pero después de todo lo que he organizado para estar aquí contigo, verte entrelazada con... no ha sido agradable. Me hubiera gustado ser yo el que estaba entre tus brazos.

—Eso justo estaba pensando yo cuando bailaba, que ojalá fueras tú. Pensaba en cuando bailara así contigo. Y de repente te veo a través del cristal. De verdad creí que estaba imaginándote, que eras producto de mi mente.

—Necesitaba verte y tocarte —susurró después de unos segundos de silencio en que nuestra mirada quedó entrelazada.

—Te veo y no me lo creo. ¡Tenía tantas ganas de tenerte a mi lado! —me

lancé a sus brazos y presioné fuerte hundiendo mi cara en su cuello.

—Yo también, cariño. No te puedes imaginar todo lo que he hecho para poder estar aquí contigo —me besó apasionadamente—. Y me voy a quedar contigo hasta que vuelvas.

—¿De verdad? ¿No es broma? —grité ilusionada con lágrimas en los ojos.

—De verdad —me acarició las mejillas apartando las lágrimas—. ¿Te acuerdas la gira que estaba organizando? Pues es por Estados Unidos con base en Nueva York, así podré estar contigo.

—¿Has organizado una gira solo para estar cerca de mí? —pregunté emocionada.

—La gira ya estaba prevista, la estaba organizando desde antes de tu formación, pero he conseguido que todo esté organizado de forma que yo pueda quedarme aquí contigo.

—¿Entonces por qué huías? Me dijiste a mí que no huyera y lo haces tú.

—Solo quería alejarme un rato para pensar con claridad. No me iba definitivamente, nunca te dejaría escapar tan fácilmente. Solo volvería a buscarte más tarde probablemente con flores o algún regalo —sonrió de medio lado con aire travieso—. Me pareció que no había pensado bien mi estrategia para sorprenderte.

—¿Estrategia para sorprenderme? Creo que sí lo habías pensado muy bien; me has sorprendido y mucho —volví a abrazarle mientras le besaba con altas dosis de ternura alternadas con pasión—. ¿Y que más has organizado para estos días?

—El grupo tiene cuatro conciertos durante estas dos semanas. Esta semana tienen en Nueva York y Miami, y he pensado que vendrías con nosotros Los de la costa oeste, la semana siguiente, ya están completamente preparados. Además, he contratado un responsable del desarrollo durante el concierto, lo que significa que estoy totalmente libre para disfrutar contigo como quieras.

—¿Cómo quiera? —mil posibilidades cruzaron por mi mente—. ¿Dónde te alojas?

Me di cuenta de que debí ser totalmente transparente cuando una sonora carcajada rompió su tranquilidad para dar paso después a sonrisa que atravesó su rostro de lado a lado.

—Así me gusta, cariño. Las cosas claras y directa al grano —me abrazó elevándome y girando sobre sí mismo—. Desde que te conozco, vivo pendiente de ti; tus mensajes, tus llamadas... han cambiado mis prioridades y nunca me había pasado.

—¿Ni siquiera con Olivia?

—Ni siquiera con Olivia.

—Y yo que creía que algo te había pasado porque no me habías contestado en todo el día de ayer —susurré ya con los pies en la tierra—. Está claro que mi maleta de dudas no me deja pensar con claridad.

—Todos tenemos una maleta, pero la tuya está muy llena, cariño —me acarició con ternura—. No podía contestarte; primero por el viaje y luego porque no quería que te dieras cuenta de que estaba aquí.

—Ha sido la mejor sorpresa que podías darme. Ahora, tengo yo una sorpresa para ti —me quedé en silencio solo un segundo para dar expectación—. Me han dicho que muy probablemente pueda mudarme a Londres antes de lo que pensábamos pero me lo confirman el lunes o el martes. Así que podré volver contigo cuando termine tu gira.

Nos miramos a los ojos sonriendo, contentos por la seguridad de que a partir de ese momento no volveríamos a separarnos tanto tiempo y podríamos regresar a casa juntos. Porque ya la consideraba nuestra casa, donde iba a pasar a una segunda etapa de nuestra relación.

Me había dicho que desde que me conocía su vida había cambiado y que había escalado a los primeros puestos dentro de su lista de prioridades. En mi caso, el cambio todavía había sido más profundo, había cambiado mi forma de afrontar la vida. Desde nuestra última discusión me sentía feliz y más confiada, me había propuesto no huir y luchar por lo que quería. Me había desecho de parte de mis dudas y mi maleta se iba vaciando poco a poco.

No hablamos mucho mientras el taxi nos llevaba a su hotel. Me pasó el brazo sobre los hombros y me estrujó en un abrazo besándome el pelo. Parecía querer retenerme a toda costa. En cuanto bajamos, entrelazó su mano con la mía y me llevó a toda prisa a la recepción, para informar de que me quedaba en su habitación. No tardó mucho en tirar de mi hacia el ascensor, subir sin soltar mi mano, y después correr por el pasillo hasta su suite.

Solo era mediodía pero no importaba, me llevó hasta la cama y no salimos hasta dos horas después, cuando nuestros estómagos protestaron. Mientras el pedía que subieran algo de comer a la habitación, por señas le indiqué que cogía su móvil y me dio tiempo de mandar unos mensajes a Sara, la única persona de la cual sabía el número de teléfono de memoria. Brevemente, le resumí el resultado de nuestro encuentro y la decisión de quedarme con él en el hotel, confirmando que al día siguiente pasaría por el piso para recoger mis cosas incluyendo el bolso y el abrigo que había olvidado en clase.

Cuando ya estaba escribiendo mi despedida, noté sus brazos en torno a mí desde atrás y sus labios en mi nuca.

—Te quiero —susurró en mi oído.

—Yo también te quiero. Desde que te conozco soy más feliz. Sé que me queda camino que recorrer pero mis dudas ya no pesan tanto, van desapareciendo; ya no tengo pensamientos negativos tan a menudo —estreché sus brazos en torno a mi cuerpo—. No pienso alejarme de ti.

—No puedes imaginar lo contento que estoy de que hayas pedido el traslado y que a partir de ahora podemos vivir juntos, sobretodo sabiendo que parte de tus razones para el cambio haya sido estar conmigo —me besó en el cuello—. Que lo hayas hecho por mí.

—Por ti sería capaz de hacer muchas cosas, pero en este caso creo que lo he hecho por mí.

Me dio la vuelta para mirarme a los ojos y me aseguró que nunca dejaría que esa felicidad se fuera a ninguna parte, que me haría feliz todos los días si yo se lo permitía y que no dejaría de mandarme mensajes a diario. Nos habíamos conocido por mensajes y lo consideraba una parte importante de nuestra relación. Yo pensaba lo mismo: los mensajes eran importantes entre nosotros. Que Alex pensara lo mismo, me confirmó que estábamos hechos el uno para el otro y aquello podía funcionar.

FIN

DIANA MESLA

No pensé escribir hasta que llegué a la cuarentena, una edad tardía para muchos, pero un momento muy especial para mí. Siempre me había resultado más fácil expresarme a través de números; informes económicos con textos concisos.

Comencé a escribir como medio terapéutico frente a una situación laboral de gran incertidumbre, sin ninguna previsión de publicar una historia enfocada a una salida optimista de los momentos difíciles que se plantean en la vida. Antes de publicar su primera novela ya tenía en mente otro argumento que le llevó a escribir de nuevo.

Durante los pocos meses que tardé en terminar la primera novela, descubrí una liberadora manera de transmitir sensaciones y miedos, de dejar volar la imaginación.

Blogger: <https://dianamesla.blogspot.com/>

Instagram: @dianamesla

Twitter: @dianamesla